Esta es la primera réplica global y sistemática, desde la izquierda, al conjunto de tomas de posición y teorizaciones de los PC occidentales conocidas como "eurocomunismo". Mandel sitúa el fenómeno dentro del proceso de descomposición del stalinismo y de la crisis, cada vez más acentuada, del capitalismo mundial, e investiga sus raíces teóricas y políticas, su desarrollo concreto y las perspectivas que abre para el movimiento obrero actual. A la vez que define al eurocomunismo, levanta frente a él una alternativa revolucionaria coherente en sus distintos niveles, teórico, político, estratégico.



ArgumentoS

CRITICA DEL EUROCOMUNISMO — Ernest Mandel





Ernest Mandel

CRITICA DEL EUROCOMUNISMO



editorial fontamara

Título original: *Critique de l'eurocommunisme*

Primera edición castellana: marzo 1978

Traducción: Emilio Olcina Aya

Portada: Albert Vázquez Berenguer

ISBN 84 - 7367 - 046 - 9
Depósito Legal: B. 9345 - 1978

Impreso en Gráficas Diamante,
Zamora, 83, Barcelona - 18

Indice general

A LA MEMORIA DE

Alfonso Peralta («Alejandro»)

asesinado en México el 12 de mayo de 1977

y de

Robert Langston

fallecido en París el 10 de junio de 1977

dos camaradas ejemplares y amigos muy queridos

Prefacio

La presente obra consiste en once ensayos sobre el eurocomunismo, cinco de los cuales fueron redactados en momentos distintos para su publicación en la revista «Inprecor» (se trata de los capítulos II, III, V, VII y IX). Han sido ligeramente retocados, con objeto de que constituyeran un todo con los otros seis ensayos, redactados especialmente para este libro. A pesar de la diferencia de fechas en su redacción, el conjunto de estos ensayos proporciona, en nuestra opinión, un análisis coherente del eurocomunismo, de sus orígenes y raíces históricas lejanas, de su significación en el marco de la profunda crisis que sacude a la sociedad capitalista en Europa occidental, de sus ligámenes con la crisis general del stalinismo, y de sus repercusiones en el seno de la URSS y de las «democracias populares».

18 de octubre de 1977.
E. M.

1

Los amargos frutos del «socialismo en un solo país»

Las raíces históricas e ideológicas del eurocomunismo.

En vísperas de la primera guerra mundial, la II Internacional representó una fuerza política impresionante. Reagrupó a millones de miembros en Europa. Estaba representada por cientos de diputados en los parlamentos. Movilizó a inmensas muchedumbres en mítines y manifestaciones públicas, principalmente contra el militarismo y las amenazas de guerra. Encarnó social, política y moralmente la resistencia contra el cataclismo que se perfiló en el horizonte.

Ya en el congreso de Stuttgart, en 1907, la II Internacional adoptó, tras fuertes debates, una fórmula no desprovista de claridad: «Si la guerra estallara a pesar de todo, es un deber de los socialistas actuar por su pronta conclusión y operar con todas sus fuerzas para utilizar la crisis económica y política provocada por la guerra para levantar a los pueblos y acelerar de ese modo la abolición de la dominación capitalista de clase.» Los congresos de Copenhague y de Basilea (1912) readoptaron fórmulas análogas.[1] De hecho, hasta el 27 de julio de 1914, los principales partidos socialdemócratas repitieron el juramento de oponerse a la guerra por todos los medios. Luego, el 1.º de agosto de

1. Y Jaurès, que no era, sin embargo, ni "izquierdista" ni socialista revolucionario, proclamó en Basilea: "¡No iremos a la guerra contra nuestros hermanos! ¡No dispararemos contra ellos! Si a pesar de todo estallara la conflagración, habrá entonces guerra en otro frente, habrá la revolución."

1914, se produjo el brusco viraje en los principales países (con la excepción de Italia, neutral). Bajo el pretexto de «defensa nacional», la socialdemocracia se hundió en un sostenimiento, prácticamente sin matices, de la empresa de pillaje de su propia burguesía imperialista que representó objetivamente la guerra para todas y cada una de las potencias comprometidas en ella.

El choque traumático provocado por este viraje en toda la izquierda revolucionaria del movimiento obrero fue profundo y duradero. No adquirió tan sólo la forma de un ajuste de cuentas, llevado más a fondo, con la corriente oportunista, reformista y revisionista que había preparado objetivamente, en el seno de la socialdemocracia, el paso a la abierta colaboración de clases y a la «Unión Sagrada» desde hacía muchos años. Adquirió también la forma de una profunda reacción internacionalista.

Los marxistas no ignoraron, desde luego, ni entonces ni después, que el paso abierto de la socialdemocracia al campo de la burguesía imperialista tenía raíces sociales múltiples. No puede explicarse tan sólo por una degeneración ideológica y política, que no hacía más que acompañar una integración creciente de los aparatos burocratizados de los partidos y sindicatos de masas en la sociedad burguesa.

La multiplicación de las prebendas de las que gozaban los mandatarios de los partidos socialdemócratas en el seno del estado democrático-burgués acabó por crear una comunidad de intereses entre esos mandatarios y la burguesía. El considerable aumento del nivel de vida de las capas privilegiadas de la clase obrera favoreció un clima político en el que el programa mínimo (las reivindicaciones inmediatas) estuvo cada vez más separado del programa máximo (el derrocamiento del régimen capitalista). La ausencia de una comprensión global de la naturaleza de la era imperialista; el rechazo de una orientación hacia grandes movilizaciones extraparlamentarias de masas (defendida en vano por Rosa Luxemburg a partir de 1910); la ausencia de perspectivas revolucionarias y la incapacidad para modificar la táctica gradualista en función de la comprensión de que iban a convertirse en inevitables las convulsiones violentas, todas esas debilidades políticas y teóricas habían preparado también, indudablemente, el terreno a la catástrofe de agosto de 1914.

Pero aun sin considerarse decisivas, la ausencia de disciplina internacional y la ausencia de hábitos prácticos en la aplicación de las resoluciones adoptadas mayoritariamente por los congresos de la Internacional se clasificaron entre los principales factores que habían contribuido al viraje espectacular de los principales partidos socialistas a finales de julio de 1914.

No fue Lenin el único en proclamar: la II Internacional ha muerto, hay que construir la III Internacional sobre una base

doctrinal y organizativa mucho más firme. También Rosa Luxemburg, y buena parte de la mayoría «centrista» de la conferencia de Zimmerwald, aceptaron la idea de que «la Internacional es nuestra única patria» y de que convenía imponer la disciplina internacional en el seno del movimiento obrero revolucionario, al menos en cuanto a las grandes cuestiones internacionales.[2] Este concepto no fue producto de la victoria de la revolución de Octubre, de la predominancia adquirida por los bolcheviques tras la fundación del Comintern, o de una supuesta inclinación de Lenin a extender al mundo entero sus «concepciones organizativas rusas». Fue patrimonio común de todos los internacionalistas, bolcheviques o no, a partir de 1915. Fue la reacción casi unánime frente a la catástrofe que había golpeado al movimiento obrero internacional en agosto de 1914.

Fue también más que esto: fue un concepto organizativo ajustado a una visión teórica más correcta de las tendencias hacia la internacionalización de la lucha de clases en la época imperialista. La noción de revolución mundial, que, antes de 1914, había flotado vagamente en el segundo plano del «marxismo ortodoxo», como reminiscencia de lo que había ocurrido en 1848, o, todo lo más, como una tendencia de las revoluciones a extenderse a varios países,[3] adquirió una actualidad candente en el marco de la toma de conciencia de la unidad orgánica y contradictoria de la economía mundial, tal como el imperialismo la había forjado.

Casi la totalidad de los marxistas revolucionarios rechazaron, muy justificadamente, la idea utópica de una revolución que debiera estallar simultáneamente en todos los principales países del mundo (idea que, tras su apariencia radical, proporcionaba un pretexto al rechazo reformista y centrista a luchar por la con-

2. En las "Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional" que redactó Rosa Luxemburg y que fueron adoptadas en la primera conferencia del grupo "Die Internationale" (posteriormente grupo "Spartakus") en la primavera de 1915, leemos, en particular: "El centro de gravedad de la organización de clase del proletariado reside en la Internacional. La Internacional decide, en tiempo de paz, sobre la táctica de las secciones nacionales respecto al militarismo, a la política colonial, a la política comercial, a las celebraciones de mayo, y decide además sobre la táctica a adoptar en tiempo de guerra. El deber de aplicar las decisiones de la Internacional precede a todos los demás deberes de la organización. Las secciones nacionales que contravienen sus decisiones se excluyen por sí mismas de la Internacional." Y más adelante: "La patria de los proletarios, cuya defensa pasa por delante de todo, es la Internacional socialista." (En: Rosa Luxemburg: *La crisis de la socialdemocracia*, Editions La Taupe, Bruselas, 1970, pp. 224, 225.)

3. Así, Kautsky había previsto correctamente que la revolución rusa de 1905 abriría un ciclo revolucionario en los países de Oriente.

quista del poder por el proletariado en cada país, en todo momento en que las relaciones de fuerza político-sociales lo permitieran). Pero comprendieron el inevitable entretejimiento de revoluciones que conquistaran primro el poder, chocando luego con la intervención internacional de la burguesía, incluyendo su intervención militar; de contrarrevoluciones temporalmente triunfantes en otros países, que agravarían considerablemente las contradicciones a las que se enfrentaría el proletariado victorioso, momentáneamente aislado; de la radicalización y exacerbación internacional de la lucha de clases como resultado de las repercusiones internacionales de las revoluciones y contrarrevoluciones victoriosas; de las incidencias económicas de esta lucha de clases en el desarollo, a medio y largo plazo, de la coyuntura de la economía capitalista internacional, y de las repercusiones de esta coyuntura sobre la propia lucha de clases; integrándose además todo ello en el complejo de los conflictos entre naciones oprimidas (sobre todo, aunque no solamente, las de los países coloniales y semicoloniales) y el imperialismo.

Fue en función de los problemas estratégicos y tácticos específicos que se desprenden de esta compleja realidad de la lucha internacional de clases, es decir, de esta *realidad de la revolución mundial,* que se creó la Internacional Comunista, sobre la base de una disciplina internacional aceptada en común. La idea de una Internacional centralizada democráticamente es un concepto esencialmente *político,* es parte integrante de una teoría global de la realidad social del mundo en la era imperialista, y no un subproducto de la «extrapolación internacional de las concepciones organizativas de Lenin.» Nada de lo que se haya producido a escala mundial durante los sesenta años transcurridos desde la revolución de Octubre permite, por lo demás, impugnar en lo esencial la validez de esta teoría. Fue la base granítica sobre la que se fundó el movimiento comunista después de 1917. Sigue siendo la base granítica del marxismo revolucionario de hoy. Trotsky no tuvo otro mérito que el de explicitarla más sistemáticamente en el segundo panel de su teoría de la revolución permanente.[4]

4. "El triunfo de la revolución socialista es inconcebible dentro de las fronteras nacionales de un país. Una de las causas fundamentales de la crisis de la sociedad burguesa consiste en que las fuerzas productivas creadas por ella no pueden conciliarse ya con los límites del Estado nacional. De aquí se originan las guerras imperialistas, de una parte, y la utopía burguesa de los Estados Unidos de Europa, de otra. La revolución socialista empieza en la palestra nacional, se desarrolla en la internacional y llega a su término y remate en la mundial. Por lo tanto, la revolución socialista se convierte en permanente en un sentido nuevo y más amplio de la palabra: en el sentido de que sólo se consuma con la victoria definitiva de la nueva sociedad en todo el planeta." "El capitalismo, al crear un mercado mundial, una división mundial del trabajo y fuerzas productivas mundiales, se encarga por sí solo de preparar la economía mundial en su conjunto para la transformación socialista." (León Trotsky: *La revolución permanente*, trad. Andreu Nin, Fontamara, Barcelona, 1976, p. 218.)

Stalin y su fracción, mayoritaria en el CC y entre los cuadros dirigentes del PCUS, colocaron una tremenda carga explosiva bajo esa base granítica cuando desarrollaron bruscamente, a partir de 1924, su teoría sobre la posibilidad de llevar a término la construcción del socialismo en un solo país.[5]

Una vez más, el origen, en última instancia, de ese giro no es, evidentemente, ideológico. No debe buscarse en la debilidad de la capacidad teórica de determinado individuo o en la poca clarividencia política de un grupo de cuadros. Su origen es social, y está vinculado a intereses materiales precisos. Ese viraje teórico encuentra su explicación, en último análisis, en el ascenso y consolidación, en el seno de la sociedad soviética, de una nueva capa social privilegiada materialmente, la burocracia soviética, y en la simbiosis progresiva entre esa capa y el aparato del partido. La teoría staliniana del «socialismo en un solo país» expresó, ante todo, el conservadurismo pequeñoburgués de esa burocracia, así como el creciente deseo del aparato del partido de disfrutar las prebendas del poder. La idea, desarrollada por innumerables comentadores, de que esta teoría fue aceptada porque ofrecía «una perspectiva concreta de desarrollo económico del país» ante el fracaso real de la revolución mundial, es profundamente anacrónica.[6] No explica en lo más mínimo el encadenamiento real entre las peripecias de la lucha de clases internacional, la política económica de la URSS, las luchas sociales en ese país, los conflictos políticos y debates teóricos en el seno del PCUS, y la evolución del Comintern.

5. Hasta principios de 1924, es decir, hasta la primera edición de *Lenin y el leninismo,* el propio Stalin escribe: "Para derrocar a la burguesía, bastan los esfuerzos de un solo país, la historia de nuestra revolución lo demuestra. Para la victoria definitiva del socialismo, para la organización de la producción socialista, los esfuerzos de un solo país, sobre todo de un país campesino como Rusia, no son ya suficientes: son necesarios los esfuerzos de los proletarios de varios países avanzados... Estos son en términos generales los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria." En las ediciones ulteriores de *Cuestiones del leninismo,* este pasaje fue modificado.

6. Ver, entre otros, Jean Ellenstein: *Histoire du phénomène stalinien,* Grasset, París, pp. 64-65.

Aunque las revisiones teóricas deban *explicarse*, en última instancia, por cambios socioeconómicos (de otro modo se rompe con el materialismo histórico, basado en la tesis de que la existencia social es lo que determina la conciencia), esto no significa que esta revisión, una vez efectuada, no tenga una dinámica propia y, hasta cierto punto, autónoma. De hecho, la adopción de la teoría sobre la posibilidad de llevar a término «el socialismo en un solo país» tuvo profundas repercusiones que sacudieron a todo el movimiento comunista internacional. El hecho de que la inmensa mayoría de los cuadros comunistas convencidos y sinceros no tuvieran conciencia de ello, ni en 1924, ni en 1928, ni en 1934, demuestra lo difícil que resulta para el pensamiento humano, aun dotado de un instrumento analítico tan excepcional como el método marxista, comprender inmediatamente una conmoción radical de las coordenadas del terreno social en que se mueve. Lo cual no hace sino aumentar el mérito de la minoría comunista agrupada en torno a León Trotsky, que comprendió casi instantáneamente cuáles serían sus desastrosos efectos a largo plazo.

La adopción de la teoría del «socialismo en un solo país» conducía a cinco transformaciones que iban a conmocionar, de un extremo al otro, la base teórica y estratégica, así como la práctica política y la estructura organizativa, de los partidos comunistas y de la Internacional Comunista, modificando radicalmente su función objetiva en el mundo contemporáneo:

— Implicaba revisar el concepto mismo de revolución mundial, y la actualidad de esa revolución mundial en la época imperialista, cosa que, por lo demás, tuvo como consecuencia la revisión de la totalidad de la teoría de la época imperialista.

— De ahí se desprendía una modificación no menos fundamental de la relación entre la defensa del estado proletario aislado (y el *inicio* de construcción socialista en el seno de ese estado), por una parte, y la revolución internacional por otra. Se proclamó que la defensa del «bastión» era la primera tarea del movimiento comunista y del proletariado mundial, lo cual llevaba progresivamente a una creciente subordinación de los intereses de la revolución internacional a los (pretendidos) intereses de la defensa del «bastión».

— Esta subordinación desembocaba en que los PC dejaran de ser fuerzas que operaban por el derrocamiento revolucionario del capitalismo en sus países respectivos (y la IC un instrumento para el derrocamiento revolucionario del sistema imperialista y del capitalismo a escala mundial) para convertirse en instrumentos prioritarios de la defensa del «bastión soviético», lo cual llevó, de forma creciente, a la adaptación automática de esos partidos y de la IC a los zigzags de la diplomacia del Kremlin.

— Semejante adaptación no podía sino desembocar en un «mesianismo nacional» soviético (en realidad, mesianismo nacionalista pequeñoburgués de la burocracia soviética),[7] puesto que esta subordinación sistemática no se justificaba más que en función de la importancia decisiva atribuida a la Unión Soviética, al proletariado soviético y al PC de la US en relación a la humanidad entera. Los conceptos de estado-guía y de partido-guía, que desempeñaron un papel tan fundamental en la época staliniana, y que Kruschev y Brezhnev han intentado salvar del naufragio del stalinismo, encuentran su origen en este mesianismo pequeñoburgués. Su corolario organizativo inevitable fue el monolitismo en el seno de la IC y de los PC, la supresión de todo debate o reflexión críticos, que amenazaban con trastornar la tranquilidad y los intereses de los dirigentes el «estado-guía», la burocratización de la IC como subproducto de la burocratización del PCUS y del estado soviético.

— En la misma medida en que toda esa degeneración teórica, política y organizativa minaba las bases en que se fundaban el programa y la existencia de la Internacional Comunista, no podía a la larga sino descomponerla. Las burocracias de los partidos comunistas no se sometieron ciegamente a las órdenes del Kremlin —que dejaron de corresponder, de forma cada vez más manifiesta, a los intereses del proletariado de sus países respectivos— más que en la medida en que no vieron otra salida, ya fuera en función de su dependencia material, ya en función de la visión que tenían de las perspectivas políticas nacionales e internacionales a medio plazo.[8]

Cuando esta situación se modificó, ya sólo era cuestión de tiempo el que el «monolitismo férreo» cayera como un castillo de naipes. El «mesianismo nacional» del PCUS iba a producir tantos «mesianismos» como PC poderosos y materialmente independientes del Kremlin hubiera. El «centro único» iba a producir el policentrismo. El «internacionalismo proletario», identificado con la «defensa del bastión soviético», iba a desembocar en una proliferación de «nacionalcomunismos». *En este sentido, el eurocomunismo estaba inscrito en filigrana en el devenir del movimiento comunista mundial desde la adopción de la teoría del*

7. La fórmula fue utilizada por Trotsky en *La revolución permanente.*

8. La llegada de Hitler al poder y la inevitabilidad de una guerra entre la Alemania nazi y la Unión Soviética desempeñaron a este respecto un papel determinante entre numerosos cuadros de los PC de los años 30.

«*socialismo en un solo país*». Trotsky, con su genio profético, lo comprendió y lo proclamó ya a partir de entonces:

«El marxismo ha eneñado siempre a los obreros que incluso la lucha por los salarios y la limitación de la jornada de trabajo no puede tener éxito si no es una lucha internacional. Y he aquí que actualmente, de golpe, nos encontramos con que el ideal de la sociedad socialista puede realizarse con las solas fuerzas de una nación. Es un golpe mortal asestado a la Internacional. La convicción inquebrantable de que el objetivo fundamental de clase puede alcanzarse aún menos que los objetivos parciales, por medios nacionales, o en el marco de una nación, constituye la médula del internacionalismo revolucionario. Si se puede llegar al objetivo final en el interior de las fronteras nacionales por los esfuerzos del proletariado de una nación, entonces desaparece la razón de ser del internacionalismo. La teoría de la posibilidad de realizar el socialismo en un solo país rompe la relación interior que existe entre el patriotismo del proletariado vencedor y el derrotismo del proletariado de los países burgueses. Hasta ahora, el proletariado de los países capitalistas progresivos no hace otra cosa que avanzar hacia el porvenir. ¿Cómo marchará hacia él, qué caminos seguirá en su marcha? Todo esto depende por completo, enteramente, de cómo considere la organización de la sociedad socialista: es decir, de que la considere como un problema nacional o internacional.

En general, si es posible realizar el socialismo en un solo país se puede admitir esta teoría no solamente *después* de la conquista del poder, sino también *antes*. Si el socialismo es realizable en el marco nacional de la URSS atrasada, lo será mucho más en el de la Alemania progresiva. Mañana, los directores del partido comunista alemán desarrollarán esta teoría. El proyecto de programa les da ese derecho. Pasado mañana le tocará el turno al partido comunista francés. Eso será el comienzo de la descomposición de la Internacional Comunista, que seguirá la línea política del socialpatriotismo. El partido comunista de cualquier país capitalista, después de haberse penetrado de la idea de que hay en el seno de su estado todas las premisas «necesarias y suficientes» para organizar por sus propias fuerzas la «sociedad socialista integral» no se distinguirá, en el fondo, en nada de la socialdemocracia revolucionaria, que tampoco había comenzado por Noske, pero que ha fracasado definitivamente al tropezar con esta cuestión el 4 de agosto de 1914.

Cuando se dice que el hecho mismo de la existencia de la URSS es una garantía contra el socialpatriotismo, pues el patriotismo hacia la república obrera es un deber revolucionario, se expresa justamente el espíritu nacional limitado por esta utilización unilateral de una idea justa : sólo se mira a la URSS y se cierran los ojos ante el proletariado mundial. No se puede orientar a éste por el derrotismo hacia el estado burgués sino abordando en el programa el problema esencial desde el punto de vista internacional, rechazando sin piedad el contrabando socialpatriota que se oculta aún, tratando de hacer su nido en el dominio teórico del programa de la Internacional «leninista».*

El viraje del séptimo congreso del Comintern

La trnsformación de la Internacional Comunista de instrumento de la revolución socialista en instrumento de la diplomacia de la burocracia soviética contenía en germen la posibilidad de su transformación periódica en instrumento de la contrarrevolución burguesa, es decir, de defensa de la propiedad privada. El carácter conservador de la burocracia, su miedo a las repercusiones internacionales de cualquier avance de la revolución en cualquier parte del mundo, la conciencia que tiene de que la pasividad y la despolitización del proletariado soviético constituyen el fundamento de su poder y de sus privilegios, y el peligro de ver esta pasividad y esta despolitización cuestionadas de nuevo en función de un gran progreso de la revolución mundial, todo ello la inclina a una política de coexistencia pacífica con el imperialismo, de búsqueda del reparto del mundo en esferas de influencia, de defensa encarnizada del *statu quo*.[9]

El viraje hacia una política de defensa del estado burgués y del *statu quo* social en el seno de los países imperialistas, que implicaba la defensa de la propiedad privada en los casos de grave crisis social y la defensa nacional en caso de guerra imperialista, se realizó en el séptimo congreso del Comintern en los países imperialistas llamados «democráticos». Lo había precedido un viraje inicial en este sentido del PCF, a raíz del pacto militar Stalin-Laval. La política llamada de frente popular fue su traducción más nítida, y su aplicación en el curso de la guerra civil española su traducción más radical. En contra de las colectivizaciones realizadas espontáneamente por los trabajadores y los campesinos pobres de la España republicana, en contra de los

* León Trotsky: *La Internacional Comunista después de Lenin*. Ediciones V, México, 1972, trad. de Andreu Nin, pp. 178-180.

9. Los maoístas que hacen remontar la política de coexistencia pacífica a Kruschev actúan con ignorancia o con mala fe. ¿Habrá que recordarles la célebre entrevista concedida por Stalin al periodista norteamericano Howard en 1934, en la que el "padre de los pueblos" trató de "malentendido tragicómico" la idea de que la Unión Soviética intentara servir la causa de la revolución mundial?

órganos de poder creados por el proletariado, y en particular de aquellos comités y milicias que infligieron una derrota decisiva a los insurrectos militar-fascistas en junio de 1936 en casi todas las ciudades importantes del país, el PC se erigió como el defensor más encarnizado, consecuente y sanguinario del restablecimiento del orden burgués.

No lo hizo, desde luego, como agente de la burguesía, sino como agente del Kremlin, obsesionado por el miedo a que una revolución victoriosa en España y en Francia condujera a una «gran alianza» de todas las potencias imperialistas contra la Unión Soviética. No se trataba, claro está, más que de un viraje táctico. En cuanto la diplomacia soviética se cambió de chaqueta y concluyó el pacto Hitler-Stalin, los PC empezaron a acusar de belicistas a los «imperialistas anglosajones», se hicieron otra vez «derrotistas» en los países imperialistas «democráticos», y no vacilaron siquiera en apoyar, en otoño de 1939, la ofensiva de paz de la diplomacia nazi, reclamando la detención de las hostilidades sin restablecimiento de la independencia de Polonia y Checoslovaquia.

Estas dos consideraciones son importantes para comprender que ocasionalmente, y dentro de unos estrechos límites, la burocracia soviética, cuyos privilegios tienen por base material un modo de producción resultante de la abolición de la propiedad privada y del capitalismo, puede tratar de extender su poder extendiendo la zona en la que funciona este nuevo modo de producción. Así lo hizo ya en 1939-40 en Polonia oriental, los países bálticos y Besarabia. Así lo hizo, a mayor escala, en 1947-49, en los países de su «glacis» militar, conquistados al final de la segunda guerra mundial en Europa oriental. Pero cada vez lo hizo con medios militar-burocráticos bajo su control estricto, sin dirigir ninguna verdadera revolución popular de masas, en unas condiciones tales que de ello no podía resultar una repolitización entusiasta del proletariado soviético, y siempre con previo acuerdo con el imperialismo en cuanto al reparto del mundo en zonas de influencia. Hay que descartar que esto pueda reproducirse en Europa o en Asia en un futuro previsible. Estas excepciones confirman, pues, la apreciación global de la política exterior de la burocracia como contrarrevolucionaria, después de haberse transformado esta burocracia en una capa osificada en la URSS, imposible de eliminar si no es por medio de una revolución política.

Los PC realizaron el viraje de 1935 por fidelidad a la Unión Soviética, tal como la entendían (es decir, fidelidad a la burocracia soviética, de la que dependieron cada vez más, material y políticamente). Pero el viraje del séptimo congreso del Comintern, con todo lo que implicó, desencadenó otro mecanismo autónomo cuyo control iba a perder el Kremlin. Al integrarse cada vez más en el estado burgués, apropiándose de las prebendas de la democracia parlamentaria burguesa como resultado de sus éxitos electorales y sindicales, los aparatos de los PC de los países imperialistas «democráticos» quedaban en adelante sometidos a una presión material independiente, y en cierta medida antagónica, de la del Kremlin. Así como el «socialismo en un solo país» desemboca en el nacionalcomunismo, la teoría y la práctica del frente popular desembocan en una línea política que alimenta un proceso gradual de socialdemocratización. He ahí dos de las principales raíces históricas del eurocomunismo.

La mayoría de los dirigentes eurocomunistas más lúcidos son perfectamente conscientes de ello. Constantemente se refieren a los «grandes precedentes históricos» de la política de frente popular y de la «unión antifascista de la resistencia», en el curso e inmediatamente después de la segunda guerra mundial, como a etapas preparatorias del eurocomunismo. No se equivocan al recordar de este modo, a su manera, a los maoístas, en parte ignorantes, en parte deshonestos, que el verdadero precursor del eurocomunismo es el mismísimo José Stalin. Basta con examinar los documentos del PCF, del PCI, del PCE, y de otros muchos PC, de las épocas 1935-38 y 1941-47, para encontrar, escritas por sus líderes de entonces, por los más fieles lugartenientes de Stalin en la misma URSS y fuera de ella, incluso por el propio Stalin, las mismas fórmulas revisionistas acerca del estado burgués, la «nueva democracia» y la «democracia avanzada» de las que nuestros maostalinistas fingen hoy indignarse, olvidando, por lo demás, que el propio Mao las había copiado fielmente en 1941.[10]

La desagradable sorpresa del Kremlin resulta del hecho de que creyó poder controlar todos los movimientos de esta mecánica: «¡Derecha! ¡Izquierda! ¡Firmes!» Su suficiencia burocrática se vio ya quebrantada cuando se concluyó el pacto Hitler-Stalin. Los acontecimientos posteriores han hecho que se

10. Cfr. "Acerca de la nueva democracia": "La República de nueva democracia será distinta de la vieja forma euroamericana de república capitalista bajo dictadura burguesa... Será también distinta de la república socialista de tipo soviético bajo la dictadura del proletariado... Para un determinado período (!) histórico, esta forma no es aplicable a las revoluciones de los países coloniales y semicoloniales. Durante este período, las revoluciones de todos (!) los países coloniales y semicoloniales adoptarán una tercera forma de estado, es decir, la república de la nueva democracia... una forma de estado transitoria... bajo la dictadura común (!) de distintas (!) clases antiimperialistas." (Mao Tse-tung: *On New Democracy*, pp. 350-351 de "Selected Works of Mao Tse-tung", vol. II, Foreign Language Press, Pekín, 1965.)

olvide la grave crisis que atravesó entonces, en particular, el PCF; no menos de un 40 % de su grupo parlamentario, incluyendo a varios miembros del BP, desaprobaron a Moscú en aquella ocasión; parte de ellos se pasaron al campo de su propia burguesía.[11] A pesar de todo, el grueso del aparato permaneció fiel al Kremlin.

Lo mismo se produjo tras el inicio de la «guerra fría» que sucedió a la «gran alianza antifascista». Todos los PC de la Europa capitalista dieron obedientemente un giro de 180 grados. Afirmaron, como un solo hombre, que si «persiguiendo al agresor imperialista» el Ejército Rojo llegara a las fronteras del propio país, sería recibido en él con los brazos abiertos, como fuerza liberadora. No era ése, indudablemente, el lenguaje de un partido socialdemócrata.

En distintos momentos, en los años 60 (en algunos casos ya en el curso de los años 50), algunos PC de la Europa capitalista volvieron a realizar el viraje hacia la adaptación a la socialdemocracia, lo cual coincidía más o menos con algún viraje paralelo del Kremlin: viaje de Kruschev a los Estados Unidos; «el espíritu de Camp David»; encuentro Kruschev-Kennedy en Viena, etcétera. Esta vez, sin embargo, el mecanismo no sólo era más difícil de controlar que en 1935-38 o en 1941-47, sino que además estaba bastante descompuesto.

La razón fundamental de ello está en los efectos acumulativos de los sucesivos virajes, la duración del nuevo viraje reformista, la modificación en la composición del aparato de los PC, la distinta naturaleza del reclutamiento de los PC en base a su política neorreformista a largo plazo. Los virajes que se sucedían cada tres años, cosa que daba una gran flexibilidad y diversidad a la experiencia de los burócratas y cuadros de los PC, han sido sustituidos por una práctica reformista aplicada sin interrupción desde hace cerca de veinte años, y a veces más. Una generación entera de cuadros eurocomunistas no ha aprendido ya nada más que a preparar unas buenas elecciones y a conducir acciones reivindicativas inmediatas. La desaparición progresiva de toda la generación comunista que se formó en los años anteriores de 1935, durante la resistencia, o incluso durante los años de la «guerra fría», y que conoció una práctica política muy distinta a la de hoy, desempeña en esto un papel muy importante.

No es menos significativo otro proceso acumulativo: el de la instalación casi permanente del aparato de los PC en la cercanía de los pesebres del estado democrático-burgués. En cuanto a esto, se repite, más o menos, un proceso de degeneración análogo al que conoció la socialdemocracia clásica entre 1900 y 1914. Esto es aplicable sobre todo a los grandes partidos comunistas en los países capitalistas, ante todo el PCI y el PCF. Largos años de clandestinidad han preservado hasta ahora al PC portugués y al español de los efectos directos de esta corrupción (cosa que puede cambiar rápidamente); la línea derechista de esos partidos está determinada, por el momento, por factores ideológicos y de orientación estratégica. Pero incluso PC más pequeños, como los de Suecia, Bélgica, Suiza, los Países Bajos, Finlandia o Gran Bretaña, se ven parcialmente arrastrados por este movimiento, ya sea a nivel municipal, ya a nivel sindical. A veces, gracias al ejemplo del vecino, la ideología se anticipa a la realidad. El deseo de acceder al pesebre precede al acceso mismo, y dicta a partir de entonces la línea política.

Pero el acento hay que ponerlo ante todo en el cambio del contexto internacional. La crisis conjunta del imperialismo y el stalinismo mina los conceptos en que se basaba la ideología staliniana. La revolución china rompió el cerco capitalista de la URSS. Junto con las revoluciones yugoslava, vietnamita, cubana, ha roto el mito de «la Unión Soviética, único bastión de la revolución mundial». El conflicto chino-soviético permite a Togliatti desarrollar una actitud de Poncio Pilatos («ambos tienen algo de culpa») y mina todavía más el concepto de un «bastión central» que debe defenderse. Además, identificar los progresos de la revolución mundial con la sola defensa del «campo socialista» —sobre todo cuando Yugoslavia, en primer lugar, y luego China, se han visto proyectadas fuera de ese «campo», y cuando ese «campo» ha permitido el bombardeo de Hanoi socialista prácticamente sin reaccionar— es algo cada vez menos creíble. Paradójalmente, el fortalecimiento militar e industrial de la misma URSS destruye uno de los principales resortes con los que funcionaba la mecánica staliniana de los años treinta y cuarenta. Nadie se cree seriamente que pese hoy sobre la Unión Soviética una amenaza mortal de aniquilación, cosa que muchos comunistas creían, naturalmente, y con razón, en la época de Hitler (otra cosa es que optaran o no por la réplica correcta ante esa amenaza). La idea de «competición pacífica entre los dos campos», que debería ser ganada por el «campo socialista» antes de que el socialismo pueda triunfar en Occidente, es el nuevo mito que sustituye al viejo. Pero su fuerza de persuasión está muy mermada.

En estas condiciones, deja de ser evidente la necesidad implacable de la subordinación a las órdenes del Kremlin, incluso según la estrecha lógica del «socialismo en un solo país». Los

11. A. Rossi: *Physiologie du PCF*, Editions Self, París, 1948. A. Rossi: *Les communistes français pendant la "drôle de guerre"*, Ed. Albatros, París, 1951.

intereses de los aparatos de los PC «nacionales» se autonomizan cada vez más de los de la burocracia soviética. Esta autonomía tiene su propia lógica, conlleva sus propias consecuencias. Conseguir votos en las elecciones, conquistar alcaldías y escaños parlamentarios, mantener o conquistar el control sobre los sindicatos o las cooperativas de masas, son cosas que progresivamente pasan por delante de los imperativos de la «defensa de la URSS», o incluso de la del «campo socialista». El que estos dos imperativos pueden colusionar es algo que, para todo burócrata de cualquier PC de la Europa capitalista capaz de ver y oír, quedó confirmado con las reacciones de los militantes comunistas de base, de la clase obrera y de las masas trabajadoras de la Europa capitalista ante el aplastamiento de la revolución húngara de 1956 o ante la invasión de la República Socialista de Checoslovaquia en 1968.

Las etapas de la crisis del stalinismo

En este sentido, la aparición gradual del fenómeno del eurocomunismo —ya que se trata de una formación gradual y no de una transformación radical de un día para otro, como fingen creer muchos observadores— está vinculada inextricablemente a la crisis progresiva del stalinismo, que se va transformando poco a poco en una crisis de descomposición.[12]

Como ya hemos dicho, la crisis de descomposición del stalinismo resulta inevitablemente de la conquista, por parte de cierto número de PC, de bases materiales y políticas independientes del Kremlin, una vez aceptada universalmente la doctrina del «socialismo en un solo país» por el conjunto de esos partidos. Los casos más claros son, evidentemente, los de los PC yugoslavo y chino. Ambos conquistaron el poder encabezando una gran revolución popular [13] que movilizaba a millones (en el caso de China, decenas de millones) de trabajadores y de campesinos, por mucho que fuera una revolución burocratizada desde sus orígenes y una movilización controlada y manipulada burocráticamente en amplia medida. Como consecuencia de ello, esos partidos y sus direcciones gozaron de un enorme prestigio ante las masas trabajadoras de sus respectivos países y adquirieron tanto una base material como una base política autónomas para resistirse victoriosamente a los *ukases* del Kremlin, cosa que no había podido hacer ninguna dirección comunista que quisiera permanecer en el marco del Comintern antes de 1946.

El caso del PC checoslovaco va en el mismo sentido. Este partido había recibido el poder de manos del Kremlin en febrero de 1948, desempeñando en esta ocasión un papel mucho más decisivo la presión militar-burocrática que la movilización de una fracción de la clase obrera controlada por el PC. A consecuencia de su imitación de los métodos stalinistas y de su infeudación a la burocracia soviética, disminuyeron sensiblemente sus cimientos populares entre 1949 y 1967. Pero la decisión de su fracción «centrista» de iniciar el proceso que iba a conducir a la primavera de Praga de 1968, el apoyo popular a esta nueva orientación, la rápida conquista de la autonomía de acción y la politización progresiva de la clase obrera le proporcionaron un apoyo masivo en el seno de las masas trabajadoras cuando defendió estas primeras conquistas (que representaron objetivamente conquistas de los pródromos de la revolución política) frente a la presión creciente del Kremlin. Este apoyo hizo posible el apogeo del 14.º congreso del PCCh, congreso clandestino y obrero de resistencia a la imposición del Kremlin. Pero esta imposición se apoyó en los carros de combate, y la fracción «centrista» fue barrida por los «normalizadores» por mediación de esos carros de combate y de sus propias vacilaciones.

El caso del equipo fidelista cubano es una confirmación en negativo de la misma regla. Este equipo tomó el poder encabezando una formidable movilización obrera y campesina de masas, mucho menos burocratizada y manipulada que en los casos de Yugoslavia o China. Barrió las objeciones, la resistencia y el sabotaje de los stalinistas cubanos y llevó a término un proceso de revolución permanente mediante la destrucción del orden burgués y la creación de un estado obrero, adquiriendo de este modo una independencia política casi total, en un comienzo, en relación al Kremlin. Pero el aislamiento de la revolución cubana en el hemisferio occidental, el bloqueo y la agresión por parte del imperialismo americano, la creciente fragildad de la situación militar y económica a lo largo de los años 60, las derrotas sufridas por la revolución latinoamericana, tuvieron como resultado una dependencia material cada vez más total en relación a la burocracia soviética. De ahí la regresión política del equipo fidelista.

La burocracia soviética, acostumbrada a tratar sólo con

12. Trotsky define el séptimo congreso del Comintern como congreso de liquidación, (Artículo del 23 de agosto de 1935.) "Writings of Leon Trotsky" 1935-36, Pathfinder Press, New York, 1977, pp. 84 y fol.) Formalmente, la fórmula se reveló exacta a partir de 1943. Y nunca se realizó un octavo congreso. Sustancialmente, la fórmula se verificó correcta después de la segunda guerra mundial, durante la crisis progresiva del stalinismo.

13. Se utiliza aquí este término no en el sentido de una revolución con un sentido de clase específico distinto a una revolución burguesa o una revolución proletaria, sino en el sentido descriptivo de una revolución en la que las masas populares participan mayoritariamente de forma activa.

sirvientes a los que se dan órdenes o con «trotskistas enemigos del pueblo» que deben exterminarse, se desconcertó ante la imprevista resistencia con que se topó bruscamente dentro de su propia órbita. Su primer reflejo fue el de la violencia transpuesta al plano de las relaciones de estado: excomunión de Tito, bloqueo de Yugoslavia, movilización de los ejércitos en las fronteras con Yugoslavia, llamamientos a la insurrección, o incluso al asesinato.

El método brutal fracasó. Kruschev cambió el rumbo hacia la conciliación. Los «bandidos trotskistas y fascistas de la camarilla Tito-Rankovic» se transformaron de un día para otro en «los queridísimos camaradas yugoslavos».[14] La llegada al aeródromo de Belgrado de Kruschev en persona para dar un abrazo a esos «queridos camaradas» reencontrados fue un golpe tan fuerte para el mito de la infalibilidad del PCUS y de la subordinación de todos los PC a las órdenes del Kremlin como lo había sido siete años antes la excomunión de Tito.

El mismo Kruschev, y Brezhnev a continuación, arremetieron también brutalmente contra la dirección china cuando ésta se negó a doblegarse: bloqueo económico, negativa de ayuda militar, movilización y concentración del ejército en la frontera china, escaramuzas ocasionales que podían degenerar a veces en choques armados de mayor envergadura, como los del Usuri. El fracaso volvió a ser total. La dirección china, lejos de doblegarse bajo la presión y la excomunión, afirmó cada vez más su autonomía política y organizativa.

A estas dos confrontaciones debe añadirse, naturalmente, la del XX congreso del PCUS y el comienzo de la destalinización. No sólo el mito de la infalibilidad fue ahí destruido —sin duda definitivamente—, sino que, además, la manifiesta incapacidad de la burocracia para explicar las razones profundas de la degeneración staliniana, la insuficiencia flagrante de la fórmula del «culto de la personalidad», la impotencia del aparato soviético para realizar ninguna réforma institucional capaz de ofrecer unas mínimas garantías contra el retorno a crímenes y errores tan monstruosos, todo ello despojó de cualquier credibilidad

14. Los maoístas no se comportaron mucho mejor. Después de haber arrastrado por el fango durante un decenio a los comunistas yugoslavos como a los peores "revisionistas" o hasta "fascistas" "restauradores del capitalismo", suspendieron repentinamente cualquier crítica pública a la LCY a partir de agosto de 1968. Los maoístas tampoco han explicado nunca en qué difieren las relaciones de producción y la estructura socioeconómica de Rumanía de las de Bulgaria o la URSS. Ahora bien, *por la sola razón* de que Ceausescu no ha atacado nunca al PC chino, siguen tratando como "socialista" a Rumanía, mientras que la URSS es "socialimperialista" y en Bulgaria, según parece, ha sido restaurado el capitalismo...

al «modelo soviético» como «modelo de construcción del socialismo» y minó así, irremediablemente, el principio del «estado-guía» y del «partido-guía». Togliatti fue el primero en comprenderlo, estableciendo en su «Testamento de Yalta» un vínculo causal entre la insuficiencia de la teoría del «culto de la personalidad», las «imperfecciones» del modelo soviético del socialismo» y un ascenso inevitable del «policentrismo» en el seno del movimiento comunista internacional.[15] El Kremlin estaba perdiendo el control de todo lo que no podía ya controlar con los medios militares y económicos más directos.

La invasión de la República Socialista de Checoslovaquia fue la gota que hizo desbordar el vaso. ¡Qué largo era el camino recorrido entre el aplastamiento de la revolución húngara por los carros de combate soviéticos en noviembre de 1956, sin que ninguna dirección de ningún PC —con la excepción del PC yugoslavo— formulara la menor crítica pública, y las múltiples protestas que siguieron a la invasión de la CSSR, provenientes de los PC eurocomunistas! No puede explicarse este vuelco tan sólo por el verdadero entusiasmo que había provocado la «primavera de Praga» entre las filas de los PC europeos, sino también por el provocado entre las del proletariado europeo en su conjunto. Los múltiples vínculos tejidos por la dirección dubcekista con los eurocomunistas cuentan, evidentemente, para algo. La manifiesta impopularidad del hecho a los ojos de las masas trabajadoras de Europa, el temor a una nueva oleada de anticomunismo y a graves retrocesos electorales, desempeñaron igualmente un papel en ese asunto.

Pero lo que había, más que nada, era una sorda inquietud político-histórica: «Y si mañana estuviéramos en el poder nosotros, comunistas italianos, franceses, británicos, y si nuestra política disgustara al «hermano mayor», ¿qué le impediría tratar a «nuestro» país como ha tratado a Checoslovaquia, qué le impediría zurrarnos la badana o «hacernos» algo peor, como «hizo» con Frantisek Kriegel y sus camaradas, secuestrados en cuanto llegaron a Praga los carros de combate?» Esta capacidad de imaginar lo inimaginable, que no se había adquirido aún en 1936, o en 1949, existía ahora incuestionablemente. El tiempo había hecho su trabajo. La experiencia del stalinismo, al menos en sus peores aspectos, había sido asimilada. Hubo como un grito unánime salido del corazón: «¿Eso, a nosotros? ¡Jamás!»

La Internacional staliniana había muerto. O, por lo menos, se redujo cada vez más a organizaciones esqueléticas que vivían

15. Ver, sobre este célebre "Testamento de Yalta" de Togliatti, así como sobre sus antecedentes: Giorgio Napolitano: *La politique du Parti Communiste italien*, Editions Sociales, París, 1976.

directamente de los subsidios del Kremlin. Ya no había lugar en su seno para partidos de masa con raíces propias en su clase obrera, en la misma medida en que la clase obrera internacional había ahora asimilado lo esencial de la naturaleza del stalinismo.

Eurocomunismo y coexistencia pacífica

El viraje del séptimo congreso del Comintern había sido justificado, en lo esencial, por la necesidad para la URSS de «maniobrar entre las potencias imperialistas». Esta necesidad es un hecho objetivo. También la Rusia de Lenin y Trotsky tuvo que concluir el tratado de Brest-Litovsk y el tratado de Rapallo. En cambio, lo que no constituye una necesidad, sino un abandono de los principios elementales del marxismo, es que los partidos obreros modifiquen su curso de oposición irrevocable a la burguesía imperialista en función de estos tratados y coloquen su táctica en línea con las maniobras, forzosamente coyunturales y pasajeras, de la diplomacia del estado obrero.

La «división de las potencias imperialistas» abre un terreno de maniobras tanto después como antes de la segunda guerra mundial. No se orienta tan sólo en base a la oposición de las potencias imperialistas entre ellas. Se orienta también, y cada vez más, en base al apoyo (pasajero) a tal o cual fracción interna de la burguesía imperialista de un mismo país contra tal o cual otra fracción. Cualquier partido comunista que se deje arrastrar por esta vía añade, al abandono de la independencia de clase del proletariado y de los principios elementales del comunismo, un peligro creciente de abandonar incluso la defensa de los intereses materiales más inmediatos de la clase obrera.

¿Recuerda alguien el apoyo concedido por el PCF a la «defensa de la independencia nacional» de de Gaulle y los gaullistas contra los «atlantistas» que apoyaban la CED? Ya se sabe lo que pasó luego. De Gaulle llega al poder en 1958 gracias a un golpe de estado militar e instaura un «estado fuerte» que hace retroceder hasta muy lejos a la clase obrera francesa durante casi un decenio. Fue necesario Mayo del 68 para permitirle recobrar el terreno perdido.

Pero de nuevo nos encontramos en presencia de una mecánica cada vez más imposible de controlar por el Kremlin. ¿Quién será quien juzgue, y con qué criterios, cuál es la fracción *imperialista* y cuál la variante de política *burguesa* más favorable «para la paz»? Antes, la elección era sencilla. Stalin tenía siempre razón, incluso cuando proclamó de repente, en 1940, a los trabajadores alemanes que su enemigo principal ya no era Hitler, sino «la fracción belicista de Fritz Thyssen», que pretendía romper el pacto germano-soviético de no agresión. Puesto que la infalibilidad queda eliminada para siempre con la rehabilitación de Tito y con el XX congreso, están abiertas las taquillas para apostar por uno u otro caballo para el «gran premio de la paz».

¿Son los «atlantistas» el enemigo número 1 de la paz y de la distensión? Eso parece seguir creyendo Georges Marchais. (El Kremlin, por lo que a él respecta, no está muy de acuerdo con este juicio. No se sentía nada descontento de los «atlantistas» Nixon y Kissinger, ni mucho menos.) ¿Acaso el peligro de un arma nuclear independiente alemana (o germano-británica, o franco-germano-británica) transforma quizá a la OTAN en un mal menor? Las preferencias de Segrè parecen ir más bien por ahí (y no nos sorprendería que hubiera recibido la discreta bendición de Gromyko). ¿Puede convertirse a la OTAN en una cosa menos nociva poniendo un dedo «socialista» en el gatillo? Marchais y Berlinguer se inclinan prudentemente hacia esta solución «intermedia». ¿No sería quizá mejor proclamar una posición de «neutralismo positivo»? Esa parece ser la posición adoptada por Santiago Carrillo. En cuanto a Cunhal, que se atiene a las vociferaciones de antaño contra la OTAN, con gran satisfacción del PC de los Estados Unidos, observa con inquietud que la «Pravda» reproduce cada vez más raramente sus ardorosas profesiones de fe. El DKP es el único que no tiene problemas: repite como un loro lo que se dice en Berlín Este.

Con todo esto, cuando nos encontramos a maoístas semiortodoxos tratando de levantar un acta de acusación contra la política exterior de los eurocomunistas, la acrobacia que se ven obligados a ejecutar para lograr introducir la complejidad de las posiciones en su sistema simplista resulta un penoso espectáculo: los eurocomunistas, esos anticomunistas modernos (sic), demuestran su sometimiento al socialimperialismo soviético negándose a oponerse resueltamente al imperialismo americano, y sacrificando la independencia nacional, que no puede realizarse más que por medio de una lucha irreductible contra las dos superpotencias, que se han puesto de acuerdo para someter a Europa, y cuyo acuerdo mutuo implica una lucha feroz e implacable por la hegemonía, que las llevará mañana a degollarse entre sí (y a degollarnos a todos los demás) en el curso de la inevitable tercera guerra mundial. Por eso no debe excluirse *a priori* una alianza táctica con el imperialismo norteamericano, menos agresivo por estar debilitado...[16]

16. ¿Pensará alguien que exageramos? Léase el artículo de José Sanro-

¿Favorece el eurocomunismo «la distensión» o hace que incrementen «las tensiones»? ¿Favorece la hegemonía del imperialismo americano o afianza, por el contrario, la afirmación de la Europa imperialista frente a los EEUU? Estas preguntas, planteadas de esta manera vulgar, hacen imposible cualquier respuesta razonable.

El eurocomunismo constituye un fenómeno de regresión política e ideológica de una fracción del movimiento obrero europeo, en unas condiciones de exacerbación de las tensiones y de las luchas de clases. Es esta exacerbación, y no la política cada vez más reformista de los dirigentes eurocomunistas, la que provoca la evasión de capitales de Portugal, de Italia, de Francia y de España sucesivamente. De la misma forma, si la perspectiva de una participación gubernamental de los PC eurocomunistas asusta a fracciones de la burguesía europea no es precisamente por los golpes que esos ministros bonachones se dispongan a asestar a la propiedad privada: todo el mundo sabe que sus planes son más moderados que los del ejecutivo del Labour Party de 1945 o de 1977. Además, como demuestra este ejemplo, ¡hay una distancia entre la copa y los labios, y entre los planes y la política gubernamental! Es en función de las perspectivas de *ascenso revolucionario de las masas, difícilmente controlable por los PC*, aunque estimulado, a su pesar, por la llegada al poder de un gobierno «de izquierda» y las reacciones que provocaría por parte de la gran burguesía, que el imperialismo los alienta.

No hay ninguna razón para suponer que los dirigentes eurocomunistas se hayan convertido en agentes directos del imperialismo americano, aunque algunas de sus maniobras puedan favorecer tal o cual operación de la administración Carter. No puede aportarse ninguna explicación materialista a semejante hipótesis estrafalaria. Su integración creciente al aparato del estado burgués los convertiría, como posibilidad límite, en agentes *de su propia burguesía*, es decir, la burguesía *europea*, aliada, sin duda, pero también competidora (y una competidora cada vez más feroz, cada vez más afianzada) del imperialismo americano. ¿Que el eurocomunismo entorpece sus maniobras frente a Washington? Sí, si se le atribuye la responsabilidad de la fuga de capitales, de la huelga de inversiones, del estancamiento prácticamente total de la economía, lo cual es absolutamente injustificado. No, si se ve en él un elemento suplementario de reestabilización del orden burgués en la *Europa capitalista;* de

---

má Aldea, secretario general de la ORT española, publicado en el diario "El País" el 6 de agosto de 1977 bajo el título elocuente de "El eurocomunismo, una forma del anticomunismo moderno."

hecho, el último dique que deberá derribar la revolución socialista antes de su triunfo.

Durante dos decenios, toda la fracción militante de la clase obrera de la Europa del sudoeste era ferozmente hostil a «su» estado burgués, con «su» ejército y «su» policía. Si el «compromiso histórico» tiene algún sentido, ése es precisamente el de eliminar esta hostilidad.[17] El paralelismo con la socialdemocracia de 1914 a 1929 vuelve a ser chocante. En el caso (poco probable, en nuestra opinión) de que esta maniobra se viera coronada por el éxito, la burguesía europea se vería reforzada y no debilitada en relación al imperialismo americano. Paradojalmente, los sustentadores más convencidos de la teoría maoísta de las dos «superpotencias» deberían conceder un prejuicio favorable a la estrategia eurocomunista, por cuanto se orienta en el sentido de reforzar «la independencia (y la fuerza) de Europa (la Europa imperialista)» frente a los EEUU. ¿Y cómo no darse cuenta de que la transformación de unos grandes partidos obreros de agencia de la burocracia soviética en fuerzas políticas autónomas que se inclinan hacia una alianza «histórica» con una fracción de su burguesía imperialista refuerza a esa misma Europa imperialista también frente a la URSS?

Está fuera de duda el que los partidos eurocomunistas sean partidarios sinceros de la distensión. Están convencidos de que sus proyectos reformistas, y no hablemos ya de su proyecto de participación gubernamental, no tienen la menor posibilidad de realizarse en el caso de una recaída en la guerra fría, por no hablar ya de la guerra a secas. Sería absurdo acusarlos de belicismo. Si algo hay que reprocharles es que expanden la peligrosa ilusión pacifista de que la paz puede salvarse a la larga tan sólo mediante la «presión» sobre el capitalismo, sin abolirlo. Pero esta ilusión pacifista la han heredado de «la ortodoxia staliniana», de la que era y sigue siendo parte integrante. Es otro corolario lógico del «socialismo en un solo país».

El temor expresado por determinados medios burgueses de que, independientemente de la «buena fe» con que los dirigentes eurocomunistas tomen sus distancias frente a Moscú, el aumento de su peso en la vida política y, llegado el caso, en los gobiernos de la Europa capitalista, implique «objetivamente» el peligro de una «finlandización», de una «neutralización» de esa Europa, es doblemente infundado. En primer lugar, porque los dirigentes del PCF y del PCI han afirmado ya claramente

---

17. Ver el interesante debate entre el PC italiano y los "intelectuales de izquierda", en el cual el primero proclama con orgullo que su tarea consiste en salvar y defender "el estado democrático". ("Le Monde Diplomatique" de agosto de 1977 da cuenta de este debate.)

que dejan de plantear la ruptura con la Alianza Atlántica como condición previa para una participación gubernamental (es interesante subrayar que el PC portugués, a pesar de su fiel «seguidismo» respecto al Kremlin, ha actuado igual durante los gobiernos provisionales en los que participó en 1974-75). En segundo lugar, porque, a diferencia de la situación finlandesa, los dirigentes eurocomunistas se han manifestado a favor de un fortalecimiento, y no de un debilitamiento, de la «defensa nacional» de sus respectivas burguesías. Y estas burguesías son cualquier cosa menos «neutrales».

Partiendo de ahí, el único elemento realista en esos miedos de los burgueses más osificados es que las mismas *transformaciones en las relaciones de fuerzas sociopolíticas* que podrían desembocar en la entrada al gobierno de los eurocomunistas puedan conllevar rupturas de la Alianza Atlántica. Esto es incuestionablemente cierto. Todavía habría que añadir, para no caer en sofismas, que el objetivo político de los dirigentes eurocomunistas es precisamente la limitación de estas transformaciones, su canalización hacia vías compatibles con el mantenimiento del orden burgués (y, en último extremo, con el mantenimiento de la Alianza Atlántica). Si alguna vez llega a producirse la ruptura con la OTAN de tal o cual país de Europa occidental, no será por culpa, sino a pesar, de los esfuerzos políticos de los eurocomunistas.

Queda por saber si, desde el punto de vista de la burocracia soviética, no son preferibles la OTAN y la situación actual al nuevo reparto de cartas que resultaría de un reforzamiento militar autónomo del imperialismo europeo, al que el eurocomunismo hubiera contribuido a su manera. Es perfectamente posible, como lo es el que los guiños cómplices del Kremlin a Giscard, que vienen repitiéndose desde antes de las últimas elecciones presidenciales, y a los que Marchais reprocha —justificadamente, desde su punto de vista— «la ausencia de internacionalismo proletario», reflejan una sorda inquietud respecto a una Europa «tripolar», con un rearme autónomo germano-franco-italo-británico (por no hablar de una Europa «tetrapolar», con una revolución socialista victoriosa en uno o varios países de la Europa del sudoeste).

Para el movimiento obrero internacional y la clase obrera europea, éstos no son sino juegos en gran medida gratuitos y a la vez demasiado peligrosos. La clase obrera no tiene por qué elegir entre distintas variantes de política internacional *burguesa*. Ahora bien, de esto es de lo que se trata en todas esas especulaciones. La clase obrera debe combatir por una política internacional *obrera*, es decir, una política independiente de clase, opuesta a toda alianza con una determinada fracción del imperialismo en contra de otra. Esto se traduce hoy en dos fórmulas: ¡Contra el armamento (ante todo el armamento nuclear) y contra los preparativos de guerra de *toda* burguesía imperialista! ¡Por los Estados Unidos socialistas de Europa!

¿Hay lugar para un «verdadero reformismo» en la Europa capitalista de hoy?

Cuando hablamos de un proceso de socialdemocratización de los PC de Europa occidental, los representantes del eurocomunismo reaccionan airados: no tenemos nada en común con la socialdemocracia de hoy, afirman. Nunca hemos dicho que los PC estén transformándose en la misma cosa que la miserable socialdemocracia de Helmut Schmidt, de Wilson-Healy-Callaghan o de Mario Soares. Hemos subrayado el evidente paralelismo con la evolución de la socialdemocracia de los años 1910-1930, que era, a pesar de todo, una cosa distinta a la de hoy. Los dirigentes eurocomunistas no han respondido aún seriamente a esta comparación.

Ahora bien, nosotros hablamos de un *proceso*. La socialdemocracia de hoy es producto de la de los años 1920, pero es muy diferente de ella. De la misma forma, la socialdemocracia de los años 20 era producto de la capitulación de 1914, pero por eso mismo había sufrido transformaciones importantes respecto a la de antes de agosto de 1914. Y la capitulación de agosto de 1914 era a su vez producto de los cambios que se habían producido en el seno de la socialdemocracia clásica con anterioridad a la primera guerra mundial.

Análogamente, el eurocomunismo, que aún no ha transformado a los PC en partidos socialdemócratas, sino que tan sólo ha acelerado su evolución en este sentido, es producto de una opción cada vez más sistemática y a largo plazo desde el final de la «guerra fría», opción que a su vez es resultado de las transformaciones introducidas en el Comintern por el séptimo congreso, el frente popular y la política de «unión antifascista» del período 1941-47, transformaciones inconcebibles sin el viraje hacia el «socialismo en un solo país» en la URSS y en el Comintern a partir de 1924.

Describiendo los orígenes de la traición socialpatriota en el seno de la socialdemocracia internacional, Trotsky subraya el rasgo siguiente:

«El patriotismo de los socialdemócratas alemanes ha comenzado por ser el patriotismo muy legítimo que sentían hacia su partido, el más poderoso de la Segunda Internacional. La socialdemocracia alemana tenía la intención de erigir "su" sociedad

socialista basándose en la alta técnica alemana y en las cualidades superiores de organización del pueblo alemán. Si se deja de lado a los burócratas empedernidos, a los arribistas, a los negociantes parlamentarios y a los estafadores políticos en general, el socialpatriotismo del socialdemócrata de filas se derivaba precisamente de la esperanza de organizar el socialismo alemán. No se puede pensar que los centenares de millares de militantes que formaban los cuadros socialdemócratas (sin hablar de los millones de obreros de filas) tratasen de defender a los Hohenzollern o a la burguesía. No, querían proteger la industria alemana, la técnica y la cultura alemanas, y, sobre todo, las organizaciones de la clase obrera alemana como premisas nacionales "necesarias y suficientes" del socialismo.» *

La analogía con la evolución del PCF, y sobre todo del PCI, resulta soprendente. En los escritos de los eurocomunistas se repite como un leit-motiv que toda crisis «catastrófica» del «estado democrático» pondría en peligro «las conquistas de la clase obrera». He ahí la razón profunda por la que los PC se transforman en «factor de orden».[18] Lograrán la gratitud de las «capas medias» por su abnegación, su «sentido de estado», su negativa a «explotar las dificultades con fines partidarios». Así es como consolidarán lo conquistado, y luego, poco a poco, lo extenderán...

Volveremos más adelante sobre las contradicciones manifiestas contenidas en la estrategia que se funda en razonamientos semejantes.[19] Lo indiscutible es que éstos repiten textualmente otros razonamientos análogos de la socialdemocracia: la tercera raíz histórica del eurocomunismo es la «estrategia de desgaste» de Kautsky, q.e.p.d. Y está condenado a llevar a las mismas derrotas y bancarrotas en las que desembocó la socialdemocracia clásica.

Y es que todo eso hace abstracción del factor decisivo de la política en la sociedad burguesa: la lucha de clases elemental. A fuerza de sucesivas mediaciones introducidas entre el análisis socioeconómico y el análisis político, este último acaba por desligarse por completo de su base y por ser considerado como un juego totalmente autónomo en el que la astucia, la táctica, la maniobra, el compromiso, la sicología, lo son todo, mientras que

* L. Trotsky: *La Internacional Comunista después de Lenin.* Ed. cit., pp. 177-178.

18. Cf. la aceptación por el PC italiano de las medidas destinadas a "reforzar el orden público" propuestas por el gobierno Andreotti durante el verano de 1977.

19. Ver capítulo VIII del presente libro: "La estrategia del eurocomunismo".

el interés material de clase ya no es nada. Pero toda la historia del siglo XX testimonia en contra de semejantes concepciones burocráticas, maniobreras y manipuladoras de la política, que no son *esencialmente* stalinistas en la medida en que son comunes a la burocracia socialdemócrata y a la burocracia stalinista. La burguesía europea es indudablemente demasiado instruida y experta para que se la paralice con «astucias». En cuanto a la clase obrera, políticamente menos experimentada, puede, sin duda, verse engañada ocasionalmente por maniobras hábiles. Pero el engaño desemboca en la desmoralización que conduce al debilitamiento de la clase obrera. Y este debiiltamiento hace que se incline la balanza en un sentido contrario a los designios reformistas (y eurocomunistas).

Dos características esenciales de la actual conyuntura hacen que la «transformación gradual del capitalismo» perseguida por los eurocomunistas sea aún menos realizable que los proyectos similares de Kautsky y C.ª antes de la primera guerra mundial.

Ante todo, la Europa capitalista evoluciona hoy en un clima de crisis económica y social de larga duración, que ha restringido al máximo los márgenes de maniobra de la burguesía imperialista y su posibilidad de conceder reformas. De hecho, de lo que se habla en todos lados es de austeridad y no de reformas. La mayor parte de los proyectos eurocomunistas (empezando por el «Programa Común» francés) estaban condicionados por una proyección a medio y largo plazo de una tasa de crecimiento económico del 5 % anual. En el marco del régimen capitalista, incluso «acondicionado», esto se ha convertido en algo totalmente utópico para los años próximos. Toda orientación reformista es una orientación de *gestión de la crisis* y no una orientación «profundamente transformadora». Seguirá siéndolo en la Europa capitalista de los años 70 y 80. Sólo rompiendo con la burguesía, sólo aboliendo el régimen capitalista, puede abrirse una salida hacia un crecimiento acelerado.

En segundo lugar, la internacionalización de las fuerzas productivas, del capital y de la lucha de clases está hoy mucho más avanzada que en 1914, en 1936 o en 1945. La interpenetración internacional de los capitales en el seno del Mercado Común es un hecho, aunque siga siendo un fenómeno que se desarrolla de forma desigual y contradictoria. En estas condiciones, cualquier proyecto de «transformación gradual del capitalismo» sobre una base nacional, que mantenga al mismo tiempo las estructuras fundamentales de la economía capitalista, es totalmente utópico, si no reaccionario. No puede implicar más que una elección desgarradora entre dos males de los que la clase obrera debe huir como de la peste: o bien una capitulación en cadena ante las imposiciones del capital financiero internacio-

nal (¡ver a Wilson-Healy-Callaghan!), o bien un creciente recurrir al proteccionismo. Ambas opciones se saldarán con regresiones del nivel de vida de la clase obrera. Ambas la encierran en una situación política sin salida.

Los dirigentes del PCI lo intuyen, por lo demás, confusamente. Insisten en el hecho de que no pretenden en absoluto recaer en el proteccionismo. Acaban incluso por valorizar al Mercado Común, a la Europa del capital. Pero esto convierte al proyecto político eurocomunista en algo aún más irrealista. ¿A quién se quiere hacer creer que podría introducirse «gradualmente» el socialismo en Italia o en Francia, sin dejar de estar asociado al gran capital alemán federal y británico?

El «socialismo en un solo país» traducido en «comunismo nacional» a realizar gradualmente en cada país de Europa aisladamente conduce a un callejón sin salida alguna. El comunismo, como cualquier política y cualquier proyecto de clase del proletariado, es internacional o no es nada. No existe ningún sucedáneo de la orientación hacia los Estados Unidos socialistas de Europa, única respuesta históricamente válida y superior a la integración capitalista de Europa. No hay más derrocamiento concebible del capitalismo en Europa que el que se oriente hacia este objetivo y esté sustentado por él.

El «centro único», el internacionalismo proletario y el destino del eurocomunismo

El internacionalismo proletario está basado en la comunidad de intereses de clase del proletariado de todos los países, en oposición a la competencia capitalista estructurada en mercados y estados separados entre ellos por la lógica de la propiedad privada de los medios de producción. Implica la solidaridad indispensable con toda lucha obrera compatible con el interés de clase.[20] Esto no se puede negar, en la teoría y en la práctica, más que si se niega esta comunidad de intereses, rechazándose así las principales premisas de la teoría marxista sobre la posibilidad de una emancipación socialista de la humanidad. Esta negativa implica, en el mejor de los casos, un repliegue hacia la utopía, hacia un socialismo surgido del adoctrinamiento y la propaganda y no basado en la toma de conciencia de intereses materiales y sociales comunes. En el peor de los casos, implica el abandono de toda perspectiva socialista, es decir, la caída en el pesimismo o la indiferencia en cuanto al destino del género humano.

20. Hay, desde luego, luchas obreras reaccionarias, como por ejemplo las huelgas contra el empleo de trabajadores de otra raza u otra nacionalidad. Pero un solo instante de reflexión indica que se trata de conflictos entre unos obreros y otros, y no de conflictos entre obreros y capitalistas.

Pero el internacionalismo proletario, como cualquier panel de la conciencia de clase del proletariado, no puede ser otra cosa que una conquista progresiva de la masa de los asalariados, basada en la experiencia efectiva de lucha y solidaridad. Creer que será resultado automático de órdenes desde arriba o de la difusión de discursos, artículos, folletos y libros —por importante que sea, por lo demás, esta educación— equivale a no comprender nada de la formación concreta de la conciencia de clase entre amplias masas, a recaer en el idealismo histórico.

Ahora bien, la única práctica que puede desembocar en una difusión cada vez más amplia del internacionalismo proletario es una práctica de *solidaridad recíproca*. Al desviar a la IC de sus objetivos iniciales, al desnaturalizarla convirtiéndola en un instrumento dócil de sus maniobras diplomáticos y de la defensa de sus privilegios particulares, la burocracia stalinista asestó un golpe mortal al internacionalismo proletario en las filas del movimiento que controló a escala mundial.

Los trabajadores alemanes, españoles, franceses; los PC polaco y yugoslavo (disueltos); los comunistas alemanes y austríacos refugiados en la URSS, luego librados a Hitler por Stalin; el pueblo tártaro, «borrado del mapa», han figurado entre los que han sufrido en carne propia la alimentación forzosa en base a esos amargos frutos del «socialismo en un solo país». El conflicto Stalin-Tito, el conflicto chino-soviético, el conflicto con la dirección del PC checoslovaco en 1968, la disputa del eurocomunismo, son los sucesivos boomerangs que a la postre han golpeado a la burocracia soviética como consecuencia de ese pecado original.

Cuando los portavoces de esta burocracia y sus dóciles loritos de los PC búlgaro, checoslovaco «normalizado», alemán, austríaco, norteamericano, acusan hoy a los dirigentes llamados eurocomunistas de «traicionar el internacionalismo proletario», su cinismo sólo es comparable a su torpeza casi ingenua. Aquellos que han traicionado y siguen traicionando innumerables revoluciones, huelgas, movimientos económicos y políticos de los trabajadores en cien países de todas las partes del mundo, ¿con qué derecho pueden invocar hoy este principio, que sólo tiene un valor aceptable si está basado en la estricta reciprocidad y universalidad? Un minero español de Asturias, que ha visto debilitados varios de sus movimientos reivindicativos bajo el régimen franquista por importaciones de carbón proveniente de «los países socialistas», ¿tiene por qué recibir lecciones de «internacionalismo proletario» de aquellos que se comportaron entonces como unos vulgares rompehuelgas? Los militantes bri-

tánicos del Labour Party, que recuerdan que por miedo a estorbar la «gran alianza antifascista» el Kremlin les aconsejó mantener, en 1945, una alianza con sus explotadores capitalistas *tories*, Churchill y Eden, ¿pueden tomarse en serio los llamamientos al internacionalismo proletario que procedan de esta fuente sospechosa? Los militantes obreros indios que saben que el Kremlin obligó a la dirección del PC indio a combatir abiertamente el movimiento por la independencia nacional de ese país colonial en agosto de 1942, ¿pueden tomarse en serio las referencias al internacionalismo proletario proferidas por Brezhnev y Dange?[21]

Está sobrentendida en toda esta campaña la brillante fórmula de Maurice Thorez: «El internacionalismo proletario es la solidaridad con la Unión Soviética».[22] Pues no, el internacionalismo proletario es la defensa *conjunta* de los intereses de los proletarios de *todos* los países (entre los cuales están también, naturalmente, los de la Unión Soviética, incluyendo la defensa de lo que subsiste de las conquistas de Octubre). Cualquiera que no comprenda que esta fórmula de Thorez es hoy inaceptable para la inmensa mayoría de los militantes de los PC, y por la casi totalidad del proletariado mundial, no ha comprendido nada de todo lo que ha cambiado en el mundo en el curso de los últimos treinta años.

Al rechazar el «centro único» director del movimiento comunista internacional, los dirigentes eurocomunistas se imaginan rechazar la subordinación a las instrucciones procedentes del Kremlin, la subordinación de sus partidos a unos intereses que no son los suyos (no decimos: que no son los de su proletariado, porque hace mucho que ellos mismos han dejado de defender estos intereses de forma consecuente). Los militantes

21. Un ejemplo reciente y particularmente chocante. El PC japonés ha tomado posición a favor de la devolución de las islas Kuriles al Japón, después de su anexión a la URSS en 1945. El PC soviético lo acusa de chovinismo, y con razón. Pero qué decir de la posición chovinista de Stalin, identificándose cínicamente con el zarismo imperialista, cuando escribe, al final de la segunda guerra mundial: "La derrota de las tropas rusas en 1904 dejó recuerdos amargos en el espíritu del pueblo (!). Era como una mancha negra para nuestro país (!). Nuestro pueblo ha creído y esperado que llegará el día en que el Japón sea aplastado y esta mancha borrada. Nosotros (!), los de la vieja generación, hemos esperado este día durante cuarenta años".

22. La fórmula procede del mismo Stalin. Según este autor, un comunista se define como "aquél que, sin evasiones, incondicional, abierta y honestamente" convierte la causa de la revolución mundial en sinónimo de los intereses y de la defensa de la URSS. (*Sochineniya*, tomo X, p. 61 de la edición de 1949.)

comunistas se imaginan reencontrar una «autonomía», una «independencia» desde hace tanto tiempo deseada. Pero la dialéctica de la lucha de clases es implacable. Escapando a la tutela de la burocracia soviética, caerán fatalmente bajo la de su propia burguesía, por cuanto que no vuelven a encontrar la línea de la lucha anticapitalista intransigente.

Ahora bien, no es posible ninguna lucha anticapitalista intransigente en la época imperialista si no es una lucha internacional. No es posible ninguna lucha internacional consecuente sin una organización internacional. El célebre «centro único», que tan profundamente desacreditaron Stalin y el stalinismo al identificarlo con las órdenes burocráticas al servicio de una fracción de la clase (la burocracia privilegiada de la URSS), es la única solución de recambio que espera a los militantes comunistas que deseen realmente reencontrar la independencia de clase ante la burguesía y ante la burocracia soviética.

Todo «nacionalcomunismo» en un país capitalista está condenado a ser un «comunismo» que se integra al estado burgués. Toda negativa a la integración en el estado burgués sólo puede, a la larga, encontrar coherencia y credibilidad si está subtendida por un proyecto internacional de lucha de clase y de organización proletaria. No es posible oponerse a la propia burguesía en el plano de la política interior y ser neutral o consentidor respecto a ella en el plano internacional y militar. La indiferencia o la traición respecto a las luchas de clase internacionales acabarán tarde o temprano por transformarse en indiferencia o traición respecto a la lucha de clase nacional. Así es la dialéctica objetiva de la sociedad burguesa, confirmada por innumerables precedentes históricos.

Cuando un puñado de marxistas revolucionarios agrupados en torno a León Trotsky pusieron manos a la obra para reconstruir la Internacional, sabían, desde luego, perfectamente que su empresa no hacía sino anticiparse a lo que sería mañana la nueva Internacional comunista de masas. Sólo constituían su primer núcleo. Aunque hoy sean diez o veinte veces más fuertes que en la época de la conferencia fundacional o que inmediatamente después de la segunda guerra mundial, siguen siendo tan sólo esto: el núcleo que ha asegurado la continuidad y el enriquecimiento del programa comunista, y que ha educado a millares de cuadros sobre esta base. Lo restante, la fusión de estos cuadros y de este programa con las amplias masas, será producto combinado de su capacidad política y de los desarrollos de la lucha de clase (provocando, aunque no automáticamente, saltos hacia adelante de la conciencia de clase).

Los marxistas revolucionarios, nadando resueltamente contra la corriente, reafirman hoy enérgicamente: ¡No a los comunis-

mos nacionales, sí al «centro único»! Desde luego, no un «centro» burocrático que dé órdenes por vía administrativa. No un «centro» que designe y destituya a las direcciones nacionales independientemente de la maduración y la comprensión de la mayoría de los miembros de los partidos nacionales. Ni mucho menos un centro que dicte unas «tácticas» únicas, sin tomar en cuenta la evolución desigual de las relaciones de fuerza entre las clases en los distintos países (eso que los eurocomunistas llaman pudorosamente «no tomar en cuenta las particularidades históricas de cada nación»). Y, menos que nada, un «centro» que dé órdenes, subordinando los intereses de la lucha de clase del proletariado de un país cualquiera a los intereses de una fracción del proletariado de otro país, o a las maniobras diplomáticas de un estado determinado.

Sino un «centro único» que permita centralizar las experiencias, la práctica y las enseñanzas que de ella se desprenden, de los proletarios de todos los países. Un «centro» que, sobre esta base y a través de la discusión abierta y la persuasión, elabore una orientación común de todos los comunistas ante los grandes problemas internacionales. Un «centro» que permita por ello superar el estadio de la «solidaridad» verbal y de los insípidos «intercambios de experiencias» y alcanzar un número creciente de *acciones comunes* de los proletarios a escala mundial. Un centro» que contraponga a la centralización internacional de la contrarrevolución burguesa una centralización progresiva de la iniciativa revolucionaria internacional.

En la época de las «multinacionales», de la internacionalización cada vez más avanzada del capital, la creciente internacionalización de la lucha de clase es una tendencia *objetiva* e irreversible. Tan sólo acciones de clase coordinadas internacionalmente pueden constituir una réplica eficaz a las maniobras internacionales del capital. Negarse a una centralización internacional de la política y de la organización de clase significa quedarse atrás respecto a las tendencias objetivas y espontáneas de la lucha de clase en vez de ir por delante de ellas. ¿Cómo podía actuarse eficazmente contra el apoyo del imperialismo al putsch militar-fascista de Pinochet sino mediante una réplica a escala internacional? ¿Cómo ayudar a los esclavos coloniales rebelados y agredidos por el imperialismo, sino con una réplica a escala internacional? ¿Cómo podía neutralizarse el bloqueo de Portugal mientras se desarrolló el proceso revolucionario de 1975 sino mediante una réplica obrera coordinada internacionalmente? Entretanto, el eurocomunismo llegaba a los resultados tragicómicos del PCF defendiendo «el vino francés» contra el «vino italiano», sostenido por el PCI.

En la época de las guerras, de las revoluciones y las contrarrevoluciones, el dilema «revolución permanente o socialismo en un solo país», «internacionalismo proletario o nacionalcomunismo», «centro único», es decir, *organización* internacional, o dispersión socialpatriota, tiene implicaciones terribles, a las que Lenin, Trotsky, Rosa y sus compañeros eran ya sensibles en 1914, pero que tantos comunistas (y no únicamente los aún recientemente ligados al Kremlin) parecen haber olvidado. Ante la multiplicación de los conflictos armados en el mundo, toda negativa a la disciplina internacional en relación a cuestiones internacionales puede desembocar tarde o temprano en la situación invocada por Rosa en la fórmula acerba con que refutaba los sofismas centristas contra la disciplina internacional: «Proletarios de todos los países, uníos en tiempo de paz y desgolláos los unos a los otros en tiempo de guerra».

Ya se han dado casos de proletarios invocando, todos ellos, el comunismo, e inscribiendo todos ellos en sus banderas «proletarios de todos los países», y *degollándose entre ellos*, en Hungría en 1956, y luego en el Usuri. Ya han luchado a bayonetazos en Angola. Pueden hacerlo mañana en el Ogadem y en otras partes.

No hay, por lo demás, más solución de recambio a estas catástrofes que una verdadera Internacional comunista centralizada democráticamente, que trate a todos los partidos en un pie de igualdad, que no reconozca el «mesianismo nacional» de ningún país, de ningún proletariado nacional ni de ningún partido, que se esfuerce, constante, paciente y obstinadamente en despejar los intereses de clase comunes de la maraña de los intereses parciales, fragmentarios, y de la conciencia fragmentaria que los refleja.

El querer construir una organización mundial semejante es sin duda la tarea más difícil que se haya propuesto la humanidad. Lo demuestra el que Marx, Engels, Lenin, Trotsky, no pudieran en vida realizarla hasta el final. Pero sabemos que la humanidad no se propone nunca tareas que no pueda realizar. Y estamos convencidos de que ninguno de los problemas vitales con que se enfrenta hoy la humanidad —¡problemas de supervivencia en el sentido literal del término!— se resolverá sin la creación de esta Internacional comunista de masas y sin la difusión de la conciencia proletaria internacionalista entre las grandes masas del mundo, que deben subtenderla.

1.º de septiembre de 1977

2

Las tres dimensiones del Eurocomunismo

1. *El eurocomunismo y la burguesía imperialista*

Lo que se designa como «eurocomunismo» representa, en primer lugar, una codificación de la evolución que han conocido los partidos comunistas de Europa occidental desde el séptimo congreso del Comintern, la cual los ha conducido —exceptuando cortos intervalos entre septiembre de 1937 y la primavera de 1941, y en la época de la guerra de Corea— a poner en práctica una política de colaboración de clases con su propia burguesía.

Examinado bajo este ángulo, el último congreso del PCF, así como el abandono del término «dictadura del proletariado» por los partidos comunistas italiano, español, británico, sueco y belga, constituye el contrapeso del congreso de Görlitz de la socialdemocracia alemana. Tras un período bastante prolongado en que la práctica cotidiana entraba en una contradicción cada vez más aguda con la «ortodoxia» programática formal-literaria (el programa de Erfurt, entonces, para la socialdemocracia; los «principios del marxismo-leninismo» ahora, para los partidos comunistas stalinistas) se adoptó finalmente el programa de la práctica cotidiana. El revisionismo se codificó igualmente en los escritos teóricos.

¿Significa esto que la codificación oficial de la práctica neorreformista de los partidos comunistas de Europa occidental no hará cambiar en gran cosa su práctica? Está claro que estos partidos han practicado ya una política de colaboración de clases desde hace decenas de años. En la salida de la segunda guerra mundial, con su participación en el gobierno, el desarme

de los partisanos, la participación activa en la reconstitución del estado y el aparato de represión burgués (incluso en plena guerra colonial), así como de la economía capitalista, salvaron literalmente al sistema capitalista en Francia y en Italia. La socialdemocracia, en Europa central, había actuado igual después de la primera guerra mundial. El papel contrarrevolucionario de la dirección del PC se había comprobado ya en la España republicana, en 1936-1938. Entonces, esta política se realizaba bajo la cobertura de la «defensa de la Unión Soviética». Ahora se reconoce, francamente, el abandono de la teoría marxista-leninista del estado. ¿Pero cambia esto alguna cosa en la práctica?

Para contestar correctamente a esta pregunta, debe comprenderse que la degeneración reformista de las organizaciones de masa de la clase obrera constituye un *proceso* y no un «acontecimiento». En este proceso, la práctica cotidiana, teoría oficial (como base de la formación de los cuadros), la naturaleza del reclutamiento de militantes, el papel objetivo de la lucha de clases, la comprensión misma de la dirección del partido, de los cuadros y de los militantes, entran en juego como otros tantos engranajes imbricados que no pueden considerarse ni como elementos independientes, ni como si formaran una única totalidad.

El militante medio de cualquier partido comunista de Europa occidental, después del viraje hacia la política de frente popular en los años 1930 y 1940, se había adherido a este partido, a pesar de su práctica reformista, porque lo identificaba con la revolución de Octubre y con la Unión Soviética, como encarnación de la revolución de octubre de 1917. Hoy, éste es un caso cada vez más infrecuente. En el pasado, los cuadros de esos partidos estaban preparados para vuelcos tácticos como consecuencia de los bruscos movimientos de la política del Comintern (la táctica cambiaba cada tres o cuatro años). Los cuadros actuales de los partidos comunistas de Europa occidental, con muy pocas excepciones, han estado comprometidos desde hace veinte o veinticinco años en una política puramente reformista. En *este contexto*, la codificación del neorreformismo marca una nueva etapa significativa del viraje derechista de estos partidos.

La burguesía imperialista tiene perfecta conciencia de estos cambios. No le entusiasma la perspectiva de una participación gubernamental de los eurocomunistas, al menos mientras no se vea confrontada con una crisis revolucionaria explosiva. Sigue desconfiando de los partidos comunistas, de una forma cualitativamente superior a lo que puedan ser sus reticencias respecto a la socialdemocracia. Pero comprende que algo ha cambiado. Uno de los ideólogos destacados de la guerra fría, el diplomático norteamericano George Keenan, ha expresado esto claramente en una entrevista televisada reproducida en la «New York Review of Docks» del 20 de enero de 1977: «Hoy, cuando entran en cuestión los partidos comunistas italiano y francés, no se trata de los mismos partidos comunistas a los que tuvimos que enfrentarnos en 1947».

Hemos utilizado desde hace años el concepto de *socialdemocratización gradual* de los partidos comunistas de Europa occidental. Los desarrollos recientes confirman plenamente este diagnóstico. Se trata, sin embargo, como ya hemos dicho, de un proceso. Aunque los partidos comunistas de Europa occidental no se limiten ya a sostener tan sólo la democracia parlamentaria burguesa, sino también la policía burguesa, igual que la socialdemocracia clásica, siguen manteniendo vínculos específicos con la Unión Soviética y el «campo socialista». A pesar de las críticas crecientes a la política interior de la burocracia soviética, conservan respecto a ella una relación distinta a la de los partidos socialdemócratas. Sus relaciones con el imperialismo internacional (tanto el imperialismo norteamericano como el europeo y el japonés) no son de ningún modo idénticas a las que sostiene la socialdemocracia.

A la inversa, tanto la burocracia soviética, por un lado, como el capital internacional, por otro, siguen comportándose de un modo distinto con los partidos comunistas y con los partidos socialdemócratas.

Los límites, todavía no franqueados hoy, del proceso de socialdemocratización gradual de los partidos comunistas de Europa, se explican fundamentalmente en base a los intereses propios, políticos o materiales, del enorme aparato burocrático de esos partidos. Su existencia está ligada a su *identidad específica*, y esta identidad, a su vez, depende estrechamente de su «relación específica» con el «campo socialista». Por lo demás, fue para defender esta misma identidad específica del PCF y su peso hegemónico en el seno de la clase obrera organizada que la dirección del PCF lanzó su espectacular ofensiva antisocialdemócrata en otoño de 1977.

Si el proceso de socialdemocratización llegara a su «triste término», ya nada justificaría entonces la existencia específica de esos PC frente a la socialdemocracia. Este es el riesgo que (¿todavía?) no quieren correr los dirigentes de los partidos comunistas. Otros factores, como la tradición, los vínculos materiales que subsisten, las ventajas que el partido comunista consigue, frente al PS, en los sectores combativos de la clase obrera, gracias a su vinculación a su identidad histórica, el peligro de que muchos miembros y simpatizantes se unan a organizaciones a la izquierda del PC, esos factores, en su conjunto, for-

man una combinación que explica los límites actuales del proceso de socialdemocratización.

Desde el punto de vista histórico, el eurocomunismo no significa tan sólo la confirmación de la evolución derechista (acentuada) de la mayoría de los partidos comunistas de Europa occidental. Explica una tal evolución hacia la derecha *en unas condiciones específicas*, en sí y para sí, nuevas. Se produce, al mismo tiempo, en un período de ascenso creciente, en parte tumultuoso, de las luchas de clases en el sur de Europa, que conducen al umbral de situaciones prerrevolucionarias y revolucionarias. En estas condiciones, la total adhesión a la democracia parlamentaria burguesa y a la colaboración de clases, incluyendo al gran capital (¡como en Italia!), marca un viraje hacia una traición de clase más aguda y abierta de lo que ha sido en el pasado. Lo que se ha producido en Italia estas últimas semanas lo ilustra.* Igual que la socialdemocracia después de 1914, los eurocomunistas se ven obligados a sacrificar no sólo la lucha revolucionaria de clase, sino también los *intereses cotidianos inmediatos* de los asalariados en el altar de la reconciliación de clase con la burguesía.

Lo indispensable que es destruir los aparatos de estado y de represión de la burguesía, si se quiere impedir que estos aparatos sean utilizados en la protección de la propiedad privada aun en contra de la voluntad, expresada democráticamente, de la mayoría de la población, sin descartar, si se da el caso, la violencia más sanguinaria: he aquí una lección que no han extraído de la experiencia chilena. Por el contrario, lo que se afirma es la vieja «cordura» de la socialdemocracia: evitar una prueba de fuerza total con la burguesía. Y cuando la exacerbación de las contradicciones de clase y la polarización de las fuerzas políticas, en el marco de una situación prerrevolucionaria o revolucionaria, conduce a esa prueba de fuerza, la conclusión política que se extrae entonces de esta «cordura» es muy simple: frenar la movilización obrera, aun si esto divide a los trabajadores y desmoviliza a capas enteras del proletariado. La aplicación con éxito de semejante línea sólo puede conducir a la victoria de la contrarrevolución.[1]

* Alusión a las negociaciones, promovidas por el PCI, entre distintas fuerzas políticas, en torno al plan de austeridad y al conjunto de medidas económico-sociales del gobierno Andreotti. (N. d. E.)

1. Tras los acontecimientos de Bolonia de febrero-marzo de 1977, el dirigente comunista Buffalini explicó, en la sesión del Comité Central del PCI del 14 de marzo de 1977, que "contrariamente a los años 1950 y 1960... la policía defiende hoy el orden democrático (!) frente a los adversarios del régimen democrático". ¡Nos parece estar oyendo a un Hilferding o a un Severing en la época del apogeo de la República de Weimar!

Por otro lado, el factor *determinante* del viraje a derecha de los eurocomunistas no es ya hoy, como en 1935 o después de la agresión del imperialismo nazi contra la Unión Soviética, el alineamiento en base a las necesidades inmediatas de la diplomacia soviética. En esta ocasión, el factor determinante es la voluntad de salir del ghetto en política interior, de romper el aislamiento en el plano parlamentario y de realizar la junción con la socialdemocracia y la pequeña burguesía «liberal». Así pues, el viraje del eurocomunismo no se ha producido en medida alguna por orden de Moscú, y ni siquiera de forma más o menos simultánea. Varios años separan el momento del viraje en países como Italia, Suecia, Francia y España, cosa que indica incontestablemente que han sido determinantes unos factores nacionales y no internacionales.

Incontestablemente, el viraje hacia la derecha de los partidos comunistas de Europa occidental no indispone en absoluto al Kremlin. Se inscribe en la política de «coexistencia pacífica» y de «distensión», es decir, de congelación en Europa de las esferas de influencia respectivas del capital mundial y de la burocracia soviética tal como se establecieron en Yalta y Potsdam. Sin embargo, es acogido con cierto malestar, cuando no con abierta hostilidad, por la burocracia soviética y sus burocracias satélites de Europa del Este. Hay varias razones para ello, entre las cuales de ninguna manera debe contarse la «fidelidad» de Brezhnev a los «principios del marxismo-leninismo» ni su amor a la «dictadura del proletariado». Una de estas razones está relacionada con el hecho de que la adhesión de los eurocomunistas a la colaboración de clases con la burguesía, no para proteger determinadas maniobras diplomáticas del Kremlin, sino, de forma cada vez más determinante, como resultado del oportunismo electoral y parlamentario —es decir, de la creciente integración en la *sociedad burguesa* y en el *aparato burgués de estado*— suscita el peligro de que, en caso de conflicto entre la Unión Soviética y los imperialismos de Europa occidental, los eurocomunistas se alineen con su propia burguesía en contra de la Unión Soviética.

Por el momento, no se pueden formular más que hipótesis al respecto. El proceso no está aún lo bastante avanzado para que esta cuestión pueda responderse con un sí o con un no. Pero, para Moscú, la pérdida de un instrumento político eficaz en la política interior de los países de Europa occidental significaría una grave derrota. Y el Kremlin percibe claramente que tal peligro existe, al menos potencialmente.

Trotsky había previsto correctamente esto ya en 1938, aunque se equivocara en cuanto a los ritmos de desarrollo. En su artículo «Munich, última advertencia», escribió las líneas siguien-

res en relación a la evolución de los partidos comunistas de Europa occidental, que deberían constituir el punto de partida fundamental para la comprensión del eurocomunismo:

«En lo que concierne al ex Comintern, su base social, propiamente hablando, tiene una doble naturaleza. Por un lado, vive de los subsidios del Kremlin, se somete a sus órdenes y, desde este punto de vista, cada burócrata comunista es el hermano menor y el subordinado del burócrata soviético. Por otro lado, los diferentes aparatos del ex Comintern beben de la misma fuente que la socialdemocracia, es decir, de las superganancias del imperialismo. El crecimiento de los partidos comunistas durante los últimos años, su infiltración en las filas de la pequeña burguesía, su instalación en el aparato del estado, en los sindicatos, los parlamentos, los municipios, etc., han reforzado hasta el límite su dependencia respecto al imperialismo nacional, en detrimento de su tradicional dependencia respecto al Kremlin.

»Han pasado diez años desde que se formuló la predicción de que la teoría del socialismo en un solo país conduciría inevitablemente al desarrollo de tendencias nacionalistas en las secciones del Comintern... Hoy, podemos predecir con seguridad el inicio de una nueva etapa. El incremento de las contradicciones interimperialistas, la proximidad evidente del peligro de guerra y el aislamiento, igualmente evidente, de la Unión Soviética, han de reforzar inevitablemente las tendencias nacionalistas centrífugas en el seno del Comintern. Cada una de las secciones empezará a elaborar una política patriótica por cuenta propia. Stalin ha reconciliado a los partidos comunistas de las democracias imperialistas con sus propias burguesías. Esta etapa está ahora superada. El procurador bonapartista ha desempeñado su papel. En adelante, los comunista-chovinistas tendrán que velar por sus propios asuntos, cuyos intereses están lejos de coincidir siempre con la "defensa de la URSS".» *

2. *El eurocomunismo y la burocracia soviética*

Lo que resulta sin embargo mucho más importante que este malestar de la burocracia soviética en relación al futuro comportamiento de los eurocomunistas respecto a la Unión Soviética y al «campo socialista» es el temor y la hostilidad del Kremlin frente a las críticas acerbas que se permiten hoy los eurocomunistas en relación a los peores excesos de la represión burocrática: condena de la invasión de Checoslovaquia en 1968, condena del internamiento de los opositores políticos en clínicas siquiátricas en la Unión Soviética, condena de los atentados contra las libertades democráticas y los derechos cívicos, apoyo a la «Carta de los 77», protesta, más discreta, contra la represión de las huelgas en Polonia, sigilosa condena de la expulsión de Wolf Biermann y de su expatriación.

Nos encontramos ahí con un fenómeno que ha sido subrayado, con energía creciente, por los marxistas revolucionarios en sus análisis de la crisis del stalinismo desde 1948, pero que no ha sido comprendido (o no lo ha sido del todo) por otras tendencias críticas frente a la dirección soviética: el hecho, precisamente, de que la burocracia soviética no haya cortado completamente el cordón umbilical que la une al movimiento obrero internacional y, por ello mismo, a la clase obrera internacional. Por tanto, todo lo que ocurre en los partidos comunistas fuera de la Unión Soviética (o de las «democracias populares») tiene efectos, de rebote, en las relaciones internas de la Unión Soviética y de esas «democracias populares». Estas repercusiones pueden ser dañinas, o incluso francamente amenazadoras para la estabilidad de la dominación de la burocracia soviética.

En Europa del Este y en la Unión Soviética, estas declaraciones de los eurocomunistas a favor del pluralismo político y de las libertades democráticas encuentran, naturalmente, un eco, no como resultado de ninguna adhesión al capitalismo y al estado burgués, sino, al contrario, porque se perciben como una alternativa a las formas políticas actuales de dominación *en el propio país* (es decir, como un modelo alternativo de estado obrero). Ahí reside el enorme potencial explosivo objetivo del eurocomunismo desde el punto de vista del Kremlin.

Cuando Jimmy Carter se erige en abogado de los derechos burgueses en la URSS, cuando un Soljenitsyn arrastra por el fango a la revolución de Octubre, todo esto no puede sino ser útil para la política interior de la burocracia. Esto le permite, en efecto, paralizar a su propia clase obrera con esta alternativa: o bien el desempleo masivo del régimen capitalista, o bien el monopolio del poder de la burocracia. Pero cuando Berlinguer, Carrillo o Marchais abogan, de dientes para afuera, por el «pluralismo político en la construcción del socialismo», la situación se vuelve contra el Kremlin. O tiene que explicar que los partidos comunistas más poderosos del mundo capitalista se han pasado al campo del imperialismo, o tiene que reconocer que existe, también desde el punto de vista de la clase obrera, una alternativa a la forma de dominación del stalinismo y el neostalinismo. En ambos casos se resiente su autoridad política, y el margen de maniobra de la oposición política en la URSS y

* "Writings of Leon Trotsky", 1938-39, Pathfinder Press, New York, 1973, pp. 70-71.

en las «democracias populares» se amplía considerablemente. Desde este punto de vista, puede afirmarse, sin exageración, que el eurocomunismo ha abierto una profunda brecha en el aparato stalinista internacional, ensanchada por la crisis de este aparato y, ante todo, de sus relaciones con las masas en la URSS y en las «democracias populares». Con ello acelera objetivamente el desarrollo hacia la revolución política.

¿No entra esto en contradicción con la afirmación de que el eurocomunismo representa principalmente un viraje derechista, es decir, una adaptación a la socialdemocracia de Europa occidental, a la pequeña burguesía, y, en parte, al gran capital? Para resolver esta aparente contradicción basta con formular la pregunta de otro modo: *¿por qué* los partidos comunistas de Europa occidental critican hoy, cada vez más ampliamente —aunque sigan haciéndolo de forma insuficiente— la represión interna ejercida por la burocracia soviética? ¿Está la cuestión, principalmente, en conquistar los favores de la burguesía occidental, en tener entrada en sus salones? Esta sería una interpretación simplista.

Como ya hemos mostrado, el fundamento de los virajes tácticos del eurocomunismo durante estos últimos años es una cuestión de política electoral. De lo que se trata es de franquear un obstáculo determinado hacia los electores (e incluso hacia los militantes sindicalistas cercanos a los PC). Desde este punto de vista, la crítica por los eurocomunistas de la política represiva de la burocracia no puede, en ningún caso, tener como objetivo la obtención de sufragios burgueses o de las capas superiores de las «clases medias». El oportunismo electoral está orientado hacia la clase obrera y las capas medias no acomodadas. Por lo demás, es entre estos sectores donde los partidos comunistas más poderosos (ante todo en Italia, Francia y España) pueden obtener los resultados más significativos de su eurocomunismo. En otros términos, la crítica creciente contra la burocracia soviética no es, esencialmente, una concesión a la burguesía, sino, por el contrario, a la clase obrera de Europa occidental.

No puede relativizarse este análisis arguyendo la influencia reformista y socialdemócrata sobre la clase obrera, es decir, el peso que tiene en su seno la ideología burguesa o pequeño burguesa. Hay, sin duda, una parte de verdad en esta afirmación, pero sólo una parte. En efecto, en Italia, es el PCI, y no la socialdemocracia, el que ha asentado su hegemonía en la clase obrera (y en el movimiento obrero) desde hace decenios. Y es difícil presentar, en España, a la combativa clase obrera de estos últimos años como totalmente dominada por el reformismo. Al contrario: en la medida en que se produce un auge

de las luchas de clases en la Europa del sur, y en parte en algunos otros países europeos, se desarrolla, junto a este ascenso, una tendencia anticapitalista, y no de colaboración de clases, en amplias capas de trabajadores.

En estas condiciones, la crítica creciente de los eurocomunistas al Kremlin no es, en ninguna medida significativa, una concesión a la ideología y la influencia burguesas en la clase obrera, sino, por el contrario, una concesión al componente antiburocrático, mucho más poderoso hoy que en el pasado, de la conciencia media de las capas de trabajadores combativos.

Debemos deducir de ello no una actitud negativa, sino positiva ante *este* aspecto del eurocomunismo. ¡Sería paradojal, por no decir otra cosa, que unos marxistas revolucionarios que durante decenas de años han denunciado los crímenes cometidos por la burocracia contra su propia clase obrera y contra la de Europa oriental vacilaran, de repente, por encontrar esta crítica un débil eco incluso entre las direcciones de numerosos partidos comunistas oficiales *de Occidente*! Lo que denunciamos, *en este contexto*, de los eurocomunistas no es su «capitulación ante el imperialismo», sino su inconsecuencia y su carencia del valor necesario para llevar su reflexión hasta sus últimas conclusiones. La crítica «objetivista» del stalinismo, al estilo de Ellenstein, que trata de explicarlo todo por medio de las «condiciones objetivas»; la vaporosa defensa del «pluralismo político», que no reivindica claramente el derecho a formar tantos partidos soviéticos distintos como deseen los pueblos trabajadores, tanto en la URSS como en las «democracias populares», incluyendo a partidos de oposición y una prensa de oposición; el referirse a la «democracia socialista» sin pronunciarse clara y firmemente en favor del *poder democrático de los consejos*, es decir, en favor de consejos libre y democráticamente elegidos como columna vertebral de la autoadministración de los trabajadores, todo esto convierte en incoherente y de escasa credibilidad la crítica actual de los eurocomunistas a las relaciones políticas en vigor en el Este. Tan sólo una caracterización marxista de la naturaleza de la burocracia soviética como capa social privilegiada, tan sólo la comprensión de la imbricación de estos problemas políticos con los de una sociedad que se encuentra a medio camino entre el capitalismo y el socialismo —y con unas relaciones de producción específicas, con unas contradicciones y una dinámica específicas— pueden explicar la realidad de la sociedad soviética tanto en su infraestructura como en su sobrestructura, y definir científicamente la perspectiva de la lucha por romper el monopolio burocrático del poder, por instaurar el poder de los trabajadores, por la revolución política.

Todo esto está ausente en los eurocomunistas. Por esto es

que criticamos sus tesis sobre la sociedad soviética. Pero discutir esta cuestión con sus cuadros y sus militantes es hoy cualitativamente más fácil que en el pasado. Esto es un progreso, no un retroceso.

Hay sectarios incurables que quisieran ignorarlo y que presentan las cosas como si el eurocomunismo o bien no fuera más que una «maquinación» en connivencia con el Kremlin para facilitar la «distensión internacional», o bien significara, por el contrario, el abandono inmediato de la «defensa de la Unión Soviética». El primer argumento es ridículo. ¿Puede creerse seriamente que el Kremlin haya ordenado a Carrillo, Marchais y Berlinguer que criticaran al Kremlin? El segundo argumento abre rutas peligrosas. Efectivamente, la cuestión no está hoy, ni en Checoslovaquia, ni en Polonia, por no hablar ya de la URSS, en ningún conflicto entre el imperialismo y la sociedad soviética. La restauración del capitalismo no está a la orden del día en lo inmediato.

En todos estos casos, de lo que se trata es de un conflicto entre la burocracia soviética y unas capas (o la mayoría) de la población trabajadora oprimida, estrechamente encuadrada y atomizada, y en ningún caso de una tentativa de restauración de la propiedad privada (tan sólo los más imbéciles de los imbéciles caen en el juego de las groseras calumnias de la burocracia al respecto).

En este conflicto entre la clase obrera y la burocracia, estamos en un cien por cien al lado de la clase obrera, sea cual sea el nivel de conciencia de los trabajadores (si es bajo y confuso, esto es una consecuencia de la dictadura burocrática, y sólo podrá elevarse mediante la lucha por el derrocamiento de esta dictadura). Aquél que identifique este conflicto entre la burocracia y la población trabajadora con el conflicto entre la sociedad soviética y el capital internacional, capitula ante el stalinismo. Significa capitular ante el stalinismo ver una «concesión al imperialismo» en el tímido apoyo que conceden los eurocomunistas a la lucha por los derechos del hombre, es decir, por las libertades democráticas en la URSS y en las «democracias populares», bajo el pretexto de que Jimmy Carter mete ya bastante ruido con esos mismos derechos del hombre. Con este mismo razonamiento podría calificarse de «apoyo al imperialismo» el sostenimiento sin reservas de los marxistas revolucionarios a la revolución húngara de 1956, o la oposición a la invasión de la CSSR en 1968, por cuanto el imperialismo metía aún mucho más ruido en aquellas ocasiones.

Juzgamos estos conflictos según las fuerzas sociales en presencia, y no en función de la propaganda imperialista. Una huelga justa no deja de merecer el apoyo de todo el movimiento

sindical por el hecho de que un patrono competidor del capitalista afectado considere útil echarle públicamente una zancadilla aprovechando la ocasión. El conflicto político opone, en la URSS y en las «democracias populares», a la burocracia con las masas trabajadoras, y no con la burguesía imperialista. Cuando los dirigentes eurocomunistas atacan (¡quedándose cortos!) a la burocracia, se colocan al lado de las masas, no al lado del imperialismo.

3. *El eurocomunismo y la clase obrera de Europa occidental*

El hecho de que este viraje político-programático de los eurocomunistas hacia la derecha sea simultáneo a un auge de las luchas de masas y a una agravación de la crisis social —al menos en los países del sur de Europa, donde se encuentran los partidos eurocomunistas más poderosos— permite ya explicar la contradicción entre el hecho de que los eurocomunistas deban hacer concesiones, simultáneamente, a la presión reformista pequeño burguesa por la derecha y a la presión antiburocrática por la izquierda. La comprensión de este aspecto específico del eurocomunismo permite aprehender sus contradicciones internas, y ante todo las contradicciones de su dinámica, de forma más completa que en relación tan sólo a la burocracia soviética.

El stalinismo clásico constituía un sistema cerrado sobre sí mismo, que correspondía a una lógica social determinada (aunque se trate de una lógica capaz de conducir a una locura totalitaria). La Unión Soviética era la patria de todos los trabajadores del mundo entero y la capital de la revolución mundial. Todos los intereses de todos los sectores del movimiento obrero internacional debían subordinarse de forma absoluta a los de la defensa de la Unión Soviética. Estos intereses estaban representados por el «Comité Central del PCUS», con el omnisciente secretario general a su cabeza. Cualquier crítica al Comité Central o al secretario general constituía inmediatamente expresión de la presión (o la influencia) política de la clase social enemiga y, en último análisis, la manifestación de una traición de clase. Aquél que no se alineaba incondicionalmente detrás de Stalin se situaba «objetivamente» contra el socialismo y a favor del imperialismo.

A partir del XX congreso del PCUS, por lo menos, si no desde la rehabilitación de Tito, o incluso desde la ruptura entre Moscú y Belgrado, este sistema cerrado ha mostrado cada vez más grietas. Entre los eurocomunistas, poca cosa se ha salvado de la quiebra. Hoy se reconoce, abierta o tácitamente, que puede

estarse «en el seno del movimiento obrero internacional» sin dejar de hacer una crítica despiadada de la política de la dirección soviética en muchas cuestiones. Al mismo tiempo, se reconoce, abierta o tácitamente, que la sociedad soviética, lejos de ser «un paraíso de los trabajadores», presenta bajo muchos aspectos unos rasgos *que ningún partido* eurocomunista podría introducir en su propio país en caso de derrocamiento del capitalismo. En el lugar de una serie de sólidos dogmas se encuentran hoy, cada vez más, interrogantes críticos y una tímida exigencia de discusiones abiertas (en las que debemos tomar parte en toda la medida de lo posible). Hemos trabajado desde hace mucho tiempo en estas cuestiones, y hemos obtenido resultados mucho más serios, desde el punto de vista marxista, que cualquier otra corriente del movimiento obrero internacional.

Pero no hay ninguna muralla de China que separe la «infalibilidad» del «gran Stalin» de la de numerosos «mini-Stalin» a escala nacional, regional o local. Si la dirección del PCUS puede equivocarse, lo mismo sucede con las direcciones del PCI, el PCF o el PCE. La exigencia de una reflexión crítica sobre la política actual de la burocracia soviética (empezando por una reflexión crítica sobre la historia de la sociedad soviética) conduce indefectiblemente a la exigencia de una reflexión crítica sobre la actual política de los propios eurocomunistas (y, de entrada, sobre la noción que tienen de su propia historia).

En otros términos, la dinámica del eurocomunismo ensancha indudablemente *el campo de la democracia obrera*, de la libre discusión interna y pública en el seno del movimiento obrero y de los partidos comunistas de Europa occidental, y dentro de las organizaciones de masas más o menos influidas o controladas por ellos, ante todo los sindicatos. No es posible pronunciarse durante años a favor del «pluralismo» en el estado y la sociedad (incluyendo al futuro estado obrero) y aferrarse, al mismo tiempo, al dogma del partido «monolítico» o siquiera de los sindicatos «monolíticos». Pero el ensanchamiento del campo de la democracia obrera, que la dinámica del eurocomunismo ha permitido objetivamente, tropieza con las consecuencias objetivas, pero sobre todo subjetivas, del viraje derechista del eurocomunismo. No se puede predicar la «tolerancia» y la «democracia» y pensar que al mismo tiempo se pueda impunemente hacer tragar a los obreros combativos una politica de austeridad (caso de Italia) o de presión (España).

De hecho, el eurocomunismo conduce inevitablemente, al menos en la fase de ascenso de las luchas de masas, a diferenciaciones crecientes en los sindicatos dirigidos por los partidos comunistas y, también en estos últimos —tanto más cuanto que se trata de partidos de masa—, y en especial entre los jóvenes

y los trabajadores combativos, a un desquiciamiento acentuado del control burocrático sobre los sectores significativos de trabajadores de vanguardia y a la exigencia creciente del derecho de tendencia en los partidos comunistas, los sindicatos y las organizaciones de masas. Puede verse fácilmente la diferencia si se comparan los resultados de la orientación adoptada por Berlinguer en 1976-77 con los de la política de Togliatti en 1943-47 en las grandes empresas del norte de Italia.

Independientemente de la rebelión de la base obrera y sindicalista contra el curso seguido por Berlinguer —véase el llamamiento sostenido por delegados de más de 600 consejos de fábrica—,* empiezan a diferenciarse tres tendencias en el seno del Comité Central: un «ala derecha» en torno a Amendola, un «centro» en torno a Berlinguer, y un «ala izquierda» en torno a Cossuta y a viejos stalinistas tipo Longo. Se ha manifestado ya el mismo fenómeno en el PCE, en el que un «ala izquierda» en torno a Camacho se contrapuso a un «ala derecha» partidaria de la disolución de Comisiones Obreras, mientras que el «centro», en torno a Carrillo, después de pactar con la derecha, se reencontró con Camacho en este punto.

No nos hacemos ilusiones de ninguna clase en cuanto a la posibilidad de una «autorreforma» de la burocracia stalinista, ya sea la de la URSS o la de los partidos eurocomunistas de masas de los países imperialistas. Estos partidos no pueden transformarse en partidos revolucionarios o centristas «bajo la presión de las masas». Pero estamos totalmente convencidos de que se ha abierto un nuevo período de crisis de estos partidos, a un nivel superior, desde el momento en que, bajo los efectos de la dinámica del eurocomunismo, se ha aflojado el cerrojo del control burocrático. Cuál será la salida de esta crisis, qué sectores de trabajadores combativos se liberarán del aparato burocrático, en qué medida las oposiciones internas de estos partidos impondrán determinados límites a la capacidad de maniobra de sus direcciones, he ahí otras tantas cuestiones que sólo resolverán las relaciones de fuerza. Y la conformación de estas relaciones de fuerza viene determinada decisivamente, en último análisis, por la actividad de las masas y por el papel de los marxistas revolucionarios en las luchas de masas y en las confrontaciones políticas y programáticas.

El as en la manga del eurocomunismo, hasta ahora, en países como Italia, Francia o España, era el hecho de que parecía representar, a los ojos de las masas, *una estrategia política global digna de crédito*. El contenido reformista de esta estrategia quedaba con ello parcialmente disimulado (y no se tomaba muy

* Reproducido en "Inprecor", nueva serie, n.º 4.

en serio: las campañas anticomunistas de la gran burguesía desempeñan un papel importante en la ocultación de este aspecto a los ojos de amplias masas). Lo que seducía, y en parte sigue seduciendo, se deriva de que, por primera vez desde 1948, parece posible liberarse de la situación de bloqueo político que duraba desde hacía años, situación que las masas identifican, de forma instintiva o semiconsciente, con la profundización de la crisis social del capitalismo tardío.* «La izquierda, unida, conseguirá cada vez más votos. Logrará la mayoría en el parlamento con dos o tres embestidas electorales. Y cuando llegue la prueba de fuerza, se encontrará en buena posición.» Así es como muchos trabajadores entienden el eurocomunismo; los trabajadores alemanes entendían de la misma manera la «estrategia de desgaste» de Kautsky y la «táctica probada duraderamente» de Ebert y Scheidemann (los precursores históricos de la estrategia del eurocomunismo).

Pero cuanto más se agravan las dificultades económicas del capitalismo tardío, más se refuerza el ataque de los patronos contra los avances conseguidos por los trabajadores, más se profundizan objetivamente la crisis social y los enfrentamientos de clases, más rápidamente se acerca esta estrategia a la prueba de la verdad. La colaboración con la burguesía, o incluso un «compromiso histórico», han dejado de ser posibles sobre la base de nuevas reformas. Exigen nuevas ofrendas, que serán arrancadas a la clase obrera, para elevar la tasa de ganancia. Por muy positiva y verosímil que las amplias masas puedan considerar «la alternativa política de izquierda», están cada vez menos dispuestas a permitir amputaciones en su nivel de vida o en sus libertades democráticas con tales sacrificios. A este nivel, han de chocar con el aparato del PC. Y esta confrontación está preñada de una severa crisis del eurocomunismo, a consecuencia de su misma dinámica ideológica y política.

Una salida negativa de esta crisis, es decir, una derrota de la clase obrera ante la patronal y el estado burgués como resultado de la recuperación de sus luchas por parte de la burocracia del PC y de la ausencia de alternativa política, implicaría una modificación de la relación de fuerzas a favor del capital,** modificación que podría tener graves consecuencias. Una victoria de la clase obrera en esta crisis (impensable sin un reforzamiento cualitativo de una nueva dirección revolucionaria) necesitaría de la implicación de amplias masas de trabajadores en una práctica de autoorganización anticapitalista y de huelgas políticas de masas, en contra de la voluntad de los eurocomunistas. Abriría el camino hacia la revolución socialista en Europa occidental. De una forma u otra, la estrategia eurocomunista está condenada a la quiebra.

Muchos trabajadores, jóvenes e intelectuales íntegros, alentados por el eurocomunismo en su actitud crítica hacia el stalinismo, combatirán mañana en primera fila por los intereses de su clase y de la revolución socialista. Una política principista y firme de unidad de acción para soluciones inmediatas y reivindicaciones transitorias que respondan a las necesidades urgentes de las masas, que se combine con una explicación paciente y pedagógica de la esencia del stalinismo, de nuestro programa socialista, de los consejos obreros y de nuestra alternativa estratégica, será el arma determinante para abrirles el camino hacia nuestras filas. El eurocomunismo no es más que una estación de tránsito, sin horarios. Para los comunistas auténticos no hay otra salida que la vía del leninismo, de la IV Internacional.

15 de abril de 1977

* El concepto de "capitalismo tardío" ha sido ampliamente desarrollado por Ernest Mandel en su *Tratado de economía marxista* (ERA, México, 1960), y en *El capitalismo tardío*, de próxima aparición, también en Ediciones ERA. (N. d. E.)

** En distintas ocasiones, en el manuscrito francés, el autor, a efectos de brevedad, designa con las palabras "capital" y "trabajo", respectivamente, a las clases poseedoras y a las clases trabajadoras. En estas ocasiones, y subrayando el carácter impreciso y coloquial de este empleo, el autor utiliza estas palabras con mayúscula. Hemos creído innecesario, aquí y en lo sucesivo, este recurso tipográfico, bastando con la presente aclaración. (N. d. E.)

3

La conferencia de Berlín Este: una nueva etapa en la crisis del stalinismo

Finalmente ha podido celebrarse, en Berlín Este, la conferencia de veintinueve partidos comunistas de Europa. La prensa de los PC de determinados países —empezando por «Pravda»— ha celebrado como una gran victoria esta ceremonia. Se sabía que Brezhnev la había convertido en una cuestión de prestigio personal. Lo cierto es que las divergencias que una serie de direcciones de PC —en particular los de Yugoslavia, Italia, España, Francia, y, parcialmente, Rumania— opusieron a la dirección soviética del PC en torno a párrafos clave de la declaración final fueron tan profundas que durante tiempo pareció que la conferencia no podría ni siquiera reunirse.

Si finalmente se ha celebrado, a pesar de todo, ha sido esencialmente porque los dirigentes del Kremlin han cedido en prácticamente todos los puntos a los que apuntaban sus adversarios. Las concesiones que les resultaron más duras fueron, sin duda, el abandono de toda condena del PC chino y del maoísmo en la declaración común, y el abandono del dogma del «papel dirigente (o piloto) del PCUS». Ni siquiera estas concesiones han impedido a los más apasionados paladines del policentrismo —empezando por Berlinguer y Santiago Carrillo, pero también Tito— afirmar claramente que conferencias como esa eran de hecho inútiles; que, en el futuro, no había ya que elaborar documentos comunes, y que la cuestión de la estrategia y la táctica hacia el socialismo, así como la orientación política, eran de la exclusiva competencia de cada partido nacional.

Falsas interpretaciones...

¿Cómo situar esta conferencia en la historia del movimiento stalinista? Una serie de interpretaciones deben rechazarse de salida. Una de ellas, compartida por la burguesía más conservadora, tipo Kissinger o Fanfani, y por determinados dogmáticos llamados de extrema izquierda, afirma fríamente que esta conferencia no es más que una venda para los ojos de los tontos crédulos, y que en realidad Brezhnev, Berlinguer, Tito y Santiago Carrillo están completamente de acuerdo en todo.

Si así fuera, serían incomprensibles las discusiones interminables, los conflictos múltiples, los escándalos que han estado a punto de impedir la celebración de la conferencia, las acerbas diatribas de Suslov, Ponomarev y Bilak contra el eurocomunismo, los ataques públicos de «Rude Pravo» contra el PCF y el PCI, la tentativa de Moscú de crear un PC «E» de Lister contra el PCE de Carrillo, la carta del PCUS a todos los «partidos hermanos» denunciando «la ausencia de actitud crítica» en «nuestros camaradas comunistas» (franceses) en relación a las «invenciones anticomunistas de la burguesía».

La otra tesis, diametralmente opuesta a la primera e igualmente errónea, presenta al eurocomunismo como el fin de las relaciones privilegiadas con Moscú de los PC francés, italiano, español, británico, sueco, etc., y ve ya despuntar el alba de la «reunificación del movimiento obrero occidental». Si el PCF abandona la dictadura del proletariado, la escisión de Tours ya no tiene objeto, afirman algunos en Francia. Parece, por lo demás, que Ceausescu haya planteado realmente la cuestión, en términos análogos, durante la conferencia de Berlín Este.

... y la interpretación correcta

Cualquier interpretación correcta de la conferencia de Berlín Este debe partir, contrariamente a esas tesis, de un fenómeno que se desarrolla desde 1948 y que los marxistas revolucionarios llaman crisis del stalinismo. Esta crisis, unas veces con una cadencia acelerada, otras de forma más bien lenta y vacilante, progresa bajo la influencia de una serie de contradicciones, en parte autónomas, en parte interconectadas por un verdadero sistema de vasos comunicantes. La crisis del stalinismo es el conjunto de cinco crisis.

1. La crisis del control del Kremlin sobre los PC que ejercen un poder estatal, empezando por aquellos de entre esos partidos que conquistaron el poder de forma autónoma respecto a la burocracia soviética, en cabeza de una verdadera revolución socialista de masas, aun cuando estuviera deformada burocráticamente desde un comienzo (el PC yugoslavo, el PC chino y el PC vietnamita).

2. La crisis del control de los PC de los países capitalistas sobre las masas trabajadoras, ante todo las masas obreras, arrastradas hacia un creciente combatividad, hacia una toma de conciencia anticapitalista, hacia una clara desconfianza ante las manipulaciones burocráticas, unas masas, además, expuestas a una influencia, todavía pequeña, sin duda, pero en aumento, de una vanguardia más influyente, más eficaz y mejor implantada en la clase que en el curso de los treinta años precedentes.

3. La crisis del control de los PC en el poder en las «democracias populares» (y en China) sobre unas masas que despiertan a la combatividad y a la actividad política, crisis que puede llegar hasta el umbral de una auténtica revolución política (octubre-noviembre de 1956 en Hungría, «Primavera de Praga» en 1968 en la República Socialista de Checoslovaquia; levantamientos obreros parciales en Polonia en 1956, 1970 y 1976).

4. La crisis del control de la burocracia soviética sobre la sociedad soviética. Esta última no está todavía marcada por un despertar de amplias masas a la actividad y la politización. Pero la dialéctica de la «destalinización» y de la maduración de las condiciones *objetivas* de la revolución política ha desencadenado en ella una primera confrontación entre la burocracia y las oposiciones políticas, que añade una nueva dimensión a la crisis del stalinismo.

5. La crisis de las relaciones entre los PC de los países de la Europa capitalista y el Kremlin, que proviene simultáneamente de la forma en que esos partidos se han visto obligados a «asimilar» la destalinización, de la forma en que se insertan en la vida política de sus respectivos países, y de la forma en que se ven expuestos a la presión paralela y contradictoria de la burguesía imperialista (y de la política general de «coexistencia pacífica»), por un lado, y, por otro, del ascenso de la revolución proletaria.

Si se comprende toda esta complejidad del proceso de crisis del stalinismo, se puede inmediatamente poner el dedo en la causa fundamental del error en la interpretación del eurocomunismo y de la conferencia de Berlín Este cometido por tantos comentadores de «derecha» y de «izquierda». *La burocracia soviética tiene que juzgar todo lo que ocurre en los partidos comunistas no sólo en función de sus relaciones y de sus proyectos de «distensión» con el imperialismo, sino también en función de sus relaciones con las masas trabajadoras en las «democracias populares» y en la misma URSS.*

Desde luego, cuando Berlinguer, Marchais y Santiago Carrillo abjuran de la dictadura del proletariado, se pronuncian a favor de las «vías parlamentarias y electorales hacia el socialismo», predican la alianza con partidos burgueses, y afirman que incluso respetarán la Alianza Atlántica cuando sean ministros en gobiernos de coalición, el Kremlin sólo hace muecas de circunstancia ante una galería desengañada. Desde hace tiempo, exactamente desde que el PCF votó los créditos de guerra en Francia, y desde el séptimo congreso del Comintern, la práctica de los PC se orientó una y otra vez en ese sentido.

La teoría ha terminado por alcanzar a la práctica. Los PC reformistas han repetido, a este respecto, el proceso de revisión del marxismo iniciado por los socialdemócratas a principios de siglo. El Kremlin está de acuerdo en lo esencial. ¿Abjurar de la dictadura del proletariado para conseguir tres carteras? ¡Un negocio excelente! Más cosas se vieron bajo Stalin.[1]

¿Es que la burocracia soviética teme que, esta vez, la integración en el aparato del estado burgués llegue hasta el fin, que, en caso de conflicto entre la burguesía europea y el Kremlin, los PC de masas elijan sin rodeos el campo de sus propias burguesías en contra de la URSS?

Indudablemente, cuanto más realicen los PC su reclutamiento sobre bases reformistas, tanto más se reduce la diferencia ideológica con la socialdemocracia, y tanto más numerosos serán los mandatarios y los burócratas dispuestos a dar este salto (eran ya muy numerosos en agosto-septiembre de 1939, y lo serán todavía más en la próxima ocasión). Pero para el conjunto de estos PC, romper completamente con la URSS equivale a perder su propia identidad, a entrar irreversiblemente en un proceso de absorción por parte de la socialdemocracia. En vista de la importante base material que les garantiza su existencia autónoma, es poco probable que las direcciones de estos partidos lleguen hasta el final en el proceso de socialdemocratización y rompan con Moscú. En el fondo, pues, las relaciones actuales ya les convienen.

Pero cuando Berlinguer, Santiago Carrillo y Marchais hablan de pluralidad de los partidos políticos «en la construcción del socialismo», cuando predican la independencia sindical, cuando se pronuncian a favor del derecho de huelga después del derrocamiento del capitalismo, cuando denuncian —de manera todavía muy vacilante e insuficiente— las violaciones y crímenes contra la democracia proletaria y los derechos elementales del hombre en la URSS y en las «democracias populares», entonces sí que la burocracia soviética se indigna y se aterra. No ver más que el aspecto de «capitulación ante la burguesía» en el eurocomunismo equivale a no comprender que los PC italiano, francés, español y portugués evolucionan hoy dentro de una situación prerrevolucionaria, bajo la presión de una clase obrera que ha tomado conciencia de una serie de crímenes del stalinismo y que está totalmente decidida a impedir su repetición por todos los medios. Ver en los juramentos democráticos de los Berlinguer y los Carrillo tan sólo concesiones a la burguesía equivale a no comprender *el poderoso componente antiburocrático* que acompaña el ascenso revolucionario en la Europa capitalista. Era ya perceptible en mayo del 68. Se ha revelado con fuerza en el proceso revolucionario portugués. Será todavía más poderoso en las revoluciones española, italiana, francesa, que ascienden.

A los Berlinguer, Marchais, Santiago Carrillo y Cunhal, los consejos obreros no les gustan más que a los Brezhnev, Husak o Kadar. Pero no pueden oponerse frontalmente a su aparición, por cuanto que nos encontramos en la fase ascendente del proceso revolucionario en Europa meridional. Se verán obligados a zigzaguear más que a golpear, a maniobrar más que a liquidar. Por lo demás, esto es lo que hace todavía más peligroso su papel desde el punto de vista del destino de la revolución socialista, ya que estas maniobras se orientan incontestablemente hacia la reestabilización del orden burgués. Sin embargo, tienen que pagar un precio ideológico y político por la ejecución de estas maniobras en el período de ascenso revolucionario. Esto es lo que siembra la cizaña en el seno de la burocracia. Esto es lo que tiene para el Kremlin efectos de boomerang. Y la acción de los obreros polacos contra el alza de los precios, momentáneamente coronada por el éxito, no puede por menos que

1. Bastaría con citar un solo texto, el de la carta enviada por Stalin, Molotov y Vorochilov al primer ministro español, Largo Caballero, con fecha 21 de diciembre de 1936:

"La revolución española se abre caminos que, en muchos aspectos, difieren del camino recorrido por Rusia. Lo determina así la diferencia de premisas de orden social, histórico y geográfico, las exigencias de la situación internacional, distintas de las que tuvo ante sí la revolución rusa. *Es muy posible que la vía parlamentaria resulte un procedimiento de desarrollo revolucionario más (!) eficaz en España de lo que fue en Rusia.*" (Citado en Santiago Carrillo: *Eurocomunismo y Estado*, Ed. Crítica, Barcelona, 1977, p. 157.)

De la misma forma, el PC británico adoptó, en 1951, con la clara aprobación de Stalin, un proyecto de programa sobre la "vía británica al socialismo", que se identificaba explícitamente con la "vía parlamentaria". Ya en 1947, y también con el total apoyo de Stalin, Harry Pollitt, secretario general del PC británico, había abandonado la perspectiva de la dictadura del proletariado para aquél país.

incrementar los peligros que el Kremlin ve despuntar para su dominación desde distintos lados.

Los dirigentes de los PC de Europa occidental defienden algunos principios elementales de aplicación de las libertades democráticas y de los derechos del hombre en la fase de construcción del socialismo *en sus propios países*, sin que el Kremlin los excomulgue como excomulgó, todavía, a Tito o a Mao. Se puede ser pues partidario de un sistema pluripartidista, de una verdadera libertad de prensa, de un verdadero derecho de huelga de los obreros después del derrocamiento del capitalismo, sin convertirse automáticamente en un «anticomunista endemoniado», en un «agente del imperialismo», o hasta en un «hitlero-trotskista». A partir de ahí, se plantea de inmediato la cuestión: si un comunista checoslovaco, alemán oriental, polaco, búlgaro, soviético (¡o yugoslavo!) reclamara la aplicación de los mismos principios también en su país, ¿se convertiría, en este caso, en «anticomunista», en «partidario de la restauración del capitalismo», en una «víbora lúbrica», en un «agitador antisoviético», por haber repetido lo mismo que los «camaradas» Santiago Carrillo, Berlinguer, Marchais, proclamaron abiertamente en Berlín Este?

Según una información procedente de fuente generalmente bien informada —aunque todavía no podamos confirmar la autenticidad del documento—, una carta que se distribuyó entre los participantes en la conferencia de Berlín Este provenía de una serie de dirigentes del PC checoslovaco eliminados por la normalización» (parece ser, sin embargo, que Dubcek no la firmó). Esta carta habla de una «fracción» de comunistas checoslovacos que están de acuerdo con los eurocomunistas, cuyas tesis triunfan en la conferencia. Reclaman, en estas condiciones, que se ponga fin a la represión que los afecta, que se les restablezca en sus derechos, ¡puesto que su línea política ha sido ya rehabilitada de hecho!

Para salirse de apuros, «Pravda» censuró todos los pasajes «conflictivos» de los discursos de los dirigentes eurocomunistas en Berlín Este. Otras burocracias de las «democracias populares» no pudieron imitar totalmente el paso dado por Moscú. La burocracia de la RDA, hasta entonces la más rígida y servil en la subordinación al Kremlin, se vio obligada a publicar los discursos de los Berlinguer y C.ª *sin ningún corte*, por esta sencilla razón: ¡la radiotelevisión de la RDA los había retransmitido ya *en directo*, y millones de personas ya los conocían! Se ha verificado una vez más, esta vez en Europa del Este, el potencial revolucionario de la «transmisión instantánea del acontecimiento» en momentos de crisis política importante.

El mayor temor del Kremlin no es pues tanto el de ver relajarse todavía más su influencia sobre los PC de Europa occidental; su mayor temor está en los efectos del eurocomunismo y de las concesiones a los sentimientos antiburocráticos de las masas que comporta sobre el control ejercido por Moscú sobre los PC y las masas de la Europa del Este y de la misma URSS. La acentuación de la crisis del stalinismo a través de la conferencia de Berlín Este anuncia, a su manera, la formidable tempestad que se provocará en la Europa del Este y en la URSS (y por qué no en China) tras las primeras victorias de la revolución proletaria en la Europa capitalista.

Cabría preguntarse, a partir de ahí, por qué el Kremlin ha terminado por ceder ante el eurocomunismo si tan nefastos pueden ser sus rebotes en su propia esfera de influencia. La respuesta está en que hubiera sido peor el remedio que la enfermdad. Un nuevo «cisma», el tercero, en el universo stalinista, con la excomunión abierta de los dirigentes de los PC español, italiano, francés, británico, hubiera desatado todavía más fuerzas centrífugas en las «democracias populares» y en la URSS. A la luz, sobre todo, de los grandes acontecimientos que se avecinan en España y en Italia, semejante excomunión, que habría dejado al Kremlin sin capacidad de intervenir en la vida política de la Europa capitalista, hubiera tenido graves consecuencias, tanto en relación al imperialismo como en relación a la fracción menos despolitizada de las masas de la URSS y de la Europa del Este. Brezhnev ha optado pues por lo que constituye, desde su punto de vista, el mal menor.

Un paso adelante, dos pasos atrás

¿Quiere todo esto decir que aplaudimos los éxitos que han obtenido, incontestablemente, el policentrismo y el eurocomunismo en Berlín Este? Esto sería hacernos culpables de una apreciación unilateral y oportunista del balance de esta conferencia.

Ante todo, el renovado prestigio, logrado a bajo precio, obtenido en Berlín Este por los Berlinguer y C.ª aumenta su capacidad de manipulación y, en consecuencia, de traición a la revolución proletaria en ascenso en Occidente, a la revolución política en ascenso en Oriente. Así lo atestiguan los comentarios de R. Havemann, que es sin embargo un comunista honesto, crítico, de izquierda, un feroz adversario de la burocracia, publicados en «Der Spiegel» el 5 de julio de 1976. Entusiasmado por las profesiones de fe «democráticas» de los dirigentes eurocomunistas, y poniendo la esperanza en miles de efectos benéficos para los comunistas opositores y para los trabajadores de las «democracias populares», Havemann no se da cuenta de las

decisivas concesiones a la burguesía. El abandono de toda lucha por la destrucción del aparato de estado burgués, el estrangulamiento de la autoorganización de las masas, que es consecuencia inevitable del apego a las instituciones parlamentarias burguesas, son cosas que implican peligros de derrota de la revolución socialista en Europa meridional. Son evidentes las consecuencias desastrosas que comportaría esta derrota para la clase obrera y para los comunistas críticos en Europa oriental.

En segundo lugar, los repliegues ideológicos de los dirigentes de los PC de masas de Europa occidental desencadenan también una dinámica objetiva. Tienen consecuencias nefastas tanto para los militantes y los cuadros comunistas como sobre los trabajadores comunistas. Toda una generación de trabajadores de vanguardia adheridos a los PC porque los consideran los *partidos de masas* más combativos y más anticapitalistas se verá sistemáticamente deformada por la confusión entre las libertades democráticas de las masas y las instituciones democráticas burguesas, entre la oposición a la dictadura burocrática y al régimen del partido único y la oposición al poder de los consejos obreros, y, en el límite, entre la «austeridad» impuesta por un gobierno de coalición con la burguesía para restaurar la tasa de ganancia capitalista y la «etapa de transición hacia el socialismo». Esto puede tener consecuencias muy graves en el caso de una prueba de fuerza decisiva entre el aparato de estado burgués y los órganos de un poder obrero naciente, como en el caso de Alemania en 1918-19 o en el de la España republicana en 1936-37.

Esto delimita la responsabilidad de los marxistas revolucionarios, que deben combinar la utilización de la nueva brecha abierta en el muro stalinista por el eurocomunismo con la lucha intransigente por una estrategia revolucionaria anticapitalista en Europa occidental. Ensanchar la brecha significa también empujar a los dirigentes «europeos» hasta sus atrincheramientos en cuanto a las cuestiones de la democracia proletaria.

Porque una cosa es gallear como grandes demócratas ante amplios auditorios en Roma, París, Madrid o incluso Berlín Este, y otra es practicar la democracia proletaria allí donde se ostenta un poder real. Esta contradicción también tenemos el deber de subrayarla y de explotarla en provecho de la clase obrera.

¿Qué es lo que esperan esos grandes demócratas para admitir el derecho de tendencia en el seno de la CGT, de la CGIL (la central comunista italiana), de las coordinadoras nacionales y regionales de Comisiones Obreras, controladas por ellos? ¿Qué esperan para admitir la elección, en todos los congresos sindicales, de delegados elegidos en asambleas generales contradictorias, después de informes y contrainformes de todas y cada una de las tendencias sindicales y de las corrientes ideológicas presentes en los sindicatos? ¿Qué esperan para introducir la libertad de prensa en la prensa sindical, con tribunas de discusión abiertas a las distintas tendencias? ¿Están dispuestos a terminar de una vez por todas con la práctica burocrática de expulsar a las minorías revolucionarias de los sindicatos? ¿Qué esperan para reintroducir el derecho de tendencia en sus propios partidos?

En lo que respecta a la denuncia de los crímenes cometidos por la burocracia contra la democracia obrera, contra los derechos de los trabajadores y contra los derechos del hombre, sus tímidas primeras protestas no pueden satisfacer a nadie. Hay dirigentes del PC español que declaran que Trotsky fue un gran revolucionario.[2] Saludamos este reconocimiento como un

2. Extracto de un diálogo entre Fernando Claudín, ex dirigente y ex miembro del PC español, y Manuel Azcárate, actualmente miembro del Comité Ejecutivo de este partido, diálogo publicado en el semanario español "Triunfo" el 3 de julio de 1976 bajo el título de "Azcárate y Claudín discuten sobre el eurocomunismo".

Claudín: ...En la URSS (sean cuales sean las razones históricas y objetivas) se ha creado un sistema burocrático. Según Trotsky, por un lado había estructuras socialistas y por otro una superestructura burocrática (lo que él llamaba "un estado obrero deformado") que estaba en contradicción con esa estructura socialista. Pero el mismo Trotsky, al final de su vida, planteaba que si eso se convertía en un régimen estable, esa clase burocrática se transformaría en clase dominante, no en tanto que conjunto de propietarios privados y de un estado sometido a esos propietarios, sino por la función que sus componentes cumplen en el estado y el partido. Por esas razones, no me parece mecánico caracterizarlo como un sistema en el que no existen relaciones de producción socialistas; incluso, al contrario, me parece que lo mecánico puede ser la interpretación de que por un lado hay relaciones de producción socialistas y por otro una superestructura política e ideológica que no es socialista. Este es uno de los grandes problemas que está en investigación y discusión actualmente en el marxismo para llegar a una definición lo más científica posible de la naturaleza del sistema soviético, que no se puede asimilar al sistema capitalista occidental, pero tampoco se puede definir, a mi juicio, como un sistema socialista... Tú has dicho que uno de los problemas importantes es la cuestión de la relación del estado con el partido. ¿Por qué el PCE y otros partidos comunistas consideran que pueden y deben existir varios partidos tanto en la fase de transición como en la sociedad socialista? ¿Es una cuestión táctica, o es una cuestión profunda que corresponde a una exigencia de la realidad social en estas diferentes fases de la marcha hacia el socialismo?

Azcárate: Va a resultar que yo estoy más de acuerdo con Trotsky que tú *(risas)*. No me preocupa. Trotsky ha sido un gran revolucionario, un gran pensador marxista que, independientemente de que algunas de sus teorías

paso adelante. De esto se desprende inmediatamente que esos mismos dirigentes deberían denunciar públicamente los crímenes cometidos por la GPU contra Andreu Nin, contra los dirigentes del POUM, contra los trotskistas y los anarquistas de izquierda, durante la guerra civil española.

Pero aún hay más. Un ex miembro (¿o será miembro todavía?) del PCE, Ramón Mercader, es el asesino del gran revolucionario Trotsky. Vive en Moscú, posee una importante condecoración soviética, y distrae sus ocios redactando una historia (a lo mejor será también «crítica», ¿quién sabe?) de la guerra civil española. Los dirigentes del PCE, del PCI, del PCF, deberían reclamar el procesamiento de ese miserable asesino ante un tribunal constituido por el movimiento obrero internacional. Deberían exigir la rehabilitación pública de Trotsky, de Bujarin, de Zinoviev, de Kamenev, de Rakovski, de todos los viejos bolcheviques. Deberían exigir que las obras de todos estos grandes revolucionarios se imprimieran y difundieran libremente en la URSS y en las «democracias populares». Si no, sus juramentos a favor de la democracia socialista siguen siendo poco dignos de crédito.

Es aplicable la misma observación a los paladines del «comunismo liberal» en Europa oriental. Parece como si Tito y Ceausescu se rompieran las manos aplaudiendo al eurocomunismo. Pero en Yugoslavia se multiplican las violaciones a la democracia proletaria (¡y a la autogestión! Como prueba, el asunto de los profesores de filosofía marxista de Belgrado). En cuanto al régimen interior rumano, sigue siendo uno de los más represivos y stalinistas de las «democracias populares». Que esos señores empiecen a poner de acuerdo sus actos y sus palabras, porque si no la credibilidad de sus juramentos «democráticos» quedará aún más minada.

—sobre todo en la última época— han mostrado ser falsas, buena parte de su crítica al sistema soviético, a la luz del tiempo, cobra una validez, sobre todo en lo referente a la deformación burocrática del sistema soviético. Sin querer agotar ahora una discusión sobre un tema en el que hay que seguir investigando, yo diría que el sistema soviético es un régimen socialista primario como consecuencia de su nivel de partida, extraordinariamente bajo, de las condiciones internacionales en que ha nacido y de una serie de deformaciones tremendas, de las que ha sido expresión el stalinismo... que le han bloqueado en ese estado primario. Estoy de acuerdo en que hay una distancia enorme entre su realidad y lo que es nuestro ideal socialista... En cuanto a nuestra concepción de la marcha al socialismo, hay que basarse en la pluralidad de partidos: socialistas y también de enemigos del socialismo que representen sectores que no estén de acuerdo con el socialismo, pero que, en nuestra opinión, serán vencidos políticamente por el hecho de que los partidos partidarios del socialismo sean más fuertes que ellos. Ni en Marx ni en Lenin había la idea de que el socialismo significaba un solo partido...

La conferencia de Berlín Este no sólo refleja una profundización de la crisis del stalinismo. Refleja también una profundización de su quiebra ideológica y teórica. En el momento en que el sistema capitalista internacional ha conocido su crisis más grave desde la segunda guerra mundial, los PC de Europa son totalmente incapaces de extraer de ello unas conclusiones para los trabajadores de Europa y del mundo. No tienen para ofrecerles más que los paliativos neokeynesianos de anteayer, paliativos que la propia burguesía está cuestionando por ser cada vez menos eficaces. En el momento en que la internacionalización de las fuerzas productivas y de los conflictos de clases alcanzan un nivel jamás alcanzado en el pasado, los PC se enorgullecen de un repliegue nacionalista cada vez más pronunciado.

Ante esta quiebra, la IV Internacional, heredera legítima del comunismo y de la Internacional Comunista, encarna hoy el pensamiento marxista vivo, el internacionalismo proletario y el curso hacia la revolución proletaria. Con unas fuerzas aún escasas y muy insuficientes en relación a las gigantescas tareas de nuestra época, pero con unas fuerzas que, al fin y al cabo, están en rápido crecimiento, que se han multiplicado por diez en el curso de los últimos años, dice a los proletarios de Europa y del mundo: «La crisis combinada del capitalismo y del stalinismo facilita la solución de vuestra tarea histórica. ¡Adelante, hacia la revolución socialista, hacia el derrocamiento del reinado del capital, hacia el poder democrático de los consejos de trabajadores, hacia los Estados Unidos Socialistas de Europa y del mundo!»

Hace cuarenta años, Trotsky escribió: «Hay muchos indicios de que la caída del Comintern, dado que no se apoya *directamente* en la GPU, precederá a la caída de la camarilla bonapartista y de la burocracia thermidoriana en su conjunto.» * Cuando Tito, parafraseando a Berlinguer, afirma, refiriéndose a la conferencia de Berlín Este, que no tiene «ni pasado ni futuro», confirma, a su manera, el pronóstico de Trotsky. En Varsovia se murmura que Stalin ha muerto por tercera vez en Berlín Este, pero que todavía no está completamente muerto. La victoria de la revolución proletaria lo enterrará definitivamente.

18 de julio de 1976.

* León Trotsky: *El programa de transición*, Fontamara, Barcelona, 1977, p. 73.

4

El petardo Ellenstein

Entre todos los partidos comunistas importantes de Europa, el Partido Comunista Francés era el que más retraso llevaba en la asimilación de la «destalinización». La tradición de Maurice Thorez influía no poco en esto, ya que durante mucho tiempo el secretario general del PCF se había vanagloriado del «honroso título» de «stalinista».[1] Pero la ley del desarrollo desigual actúa en el terreno de las ideas igual que en todos los terrenos de la historia. Ellenstein, con su *Historia del fenómeno stalinista*, salva de un solo salto la distancia respecto a la crítica del stalinismo efectuada hasta el momento por los PC italiano, belga, británico y sueco, para no hablar ya de los PC portugués o alemán occidental.

El punto de partida de Ellenstein, autor, por lo demás, de una historia de la URSS en cuatro volúmenes [2] que no explica en absoluto el «fenómeno stalinista», es la notoria insuficiencia de la «explicación» de los «atentados contra la legalidad socialista» —que costaron la vida a millones de personas, entre las cuales

1. Por ejemplo, Thorez se obstinó hasta su muerte en hablar del "supuesto informe Kruschev", refiriéndose al informe secreto del XX congreso del PCUS. A qué contradicciones tragicómicas puede llegar este juego del escondite puede verse en el apasionante relato de Simone Signoret (*La nostalgie n'est plus ce qu'elle était* [La nostalgia ya no es lo que era], Seuil, París, 1976, pp. 152-159, 169-173, 209-211) de los antecedentes, peripecias y secuelas de su viaje a Moscú en noviembre-diciembre de 1956, en el curso del cual se entrevistó con los jefes del PCUS, incluyendo a Kruschev, que habló ampliamente de su "supuesto informe".

2. Jean Ellenstein: *Histoire de l'URSS*, Editions Sociales, París.

figuraban, probablemente, más comunistas que los que asesinó Hitler—, por medio del «culto a la personalidad», es decir, por medio de un fenómeno esencialmente subjetivo: la personalidad de Stalin, el peso que tuvo en la dirección del Partido Comunista de la URSS, su dictadura personal, los métodos con que la estableció y consolidó, etc.

Innumerables personalidades han denunciado, justificadamente, y dentro incluso de los PC, el carácter científicamente insatisfactorio y a la vez profundamente antimarxista de semejante «explicación». El mismo argumento había sido ya utilizado, con ocasión del informe Kruschev, en febrero de 1956, por numerosas corrientes comunistas antistalinistas, empezando por la IV Internacional.

El rescate de un subjetivismo no superado

El libro de Ellenstein constituye pues un esfuerzo por superar esta interpretación subjetivista de la historia, por encontrar una explicación más materialista, integrando al «fenómeno stalinista» en un contexto histórico de conjunto. Pero, de entrada, surge una contradicción. Cuando Ellenstein habla del «fenómeno stalinista» en lugar del «culto a la personalidad», ¿no parece como si tropezara en la misma piedra que denuncia? El hecho es que el peso de la personalidad de Stalin es decisivo en todo su libro. Ellenstein se esfuerza en explicar por qué aparecieron y pudieron imponerse los fenómenos de asfixia de la democracia interna del partido y del Comintern, de la creciente importancia de la policía secreta (GPU, NKVD) en el seno de la sociedad, del terror masivo utilizado como medio de «resolución» de las contradicciones sociales y políticas, de las purgas y exterminios a gran escala, generalizados por Stalin en la sociedad soviética. Pero en último análisis vuelve al mismo punto de partida: ¿por qué *Stalin* —o, si se quiere, aunque la diferencia es mínima, la dirección central del partido, que se había confundido con la del estado, y que se redujo progresivamente a la persona de Stalin, apoyado por sus «más fieles lugartenientes», Molotov, Kaganovich, Vorochilov— recurrió a estas medidas? No nos hemos alejado prácticamente en nada del terreno del subjetivismo.

Las consecuencias teóricas y políticas de este error metodológico son flagrantes. Arrojan luz también, sin duda, sobre las motivaciones del autor, sobre las razones por las que adopta este método y no otro —sin que por ello le acusemos de mala fe.

Se puede hablar del «fenómeno stalinista» sin dejar de designar a la URSS como un país socialista ni de tratar a esta «degeneración» como algo interno del «universo socialista», como algo que no se desprende estructuralmente de ella. Es posible, pues, denunciar el stalinismo y a la vez conservar unos vínculos de privilegio con la Unión Soviética y su actual dirección. Es posible seguir esperando, contra toda evidencia, la continuación de la «destalinización desde arriba», una autorreforma de la dictadura por parte de los mismos dirigentes del Kremlin. Puede considerarse que el régimen del partido único es hoy irreversible en la URSS —«El partido único era en la URSS un hecho irreversible, producto de una historia que hemos estudiado, y respecto al cual no era posible retroceder. La democracia política sólo podía desarrollarse a partir de esa realidad del partido único y dirigente.» (p. 242)[3]— pero al mismo tiempo que el stalinismo ha desaparecido a pesar de todo, o está en vías de desaparecer, y que en la URSS no subsisten más que sus «secuelas», desagradables, sin duda, pero cada vez menos graves. Pero para el «socialismo con los colores de la bandera francesa» el partido único, con toda evidencia, no es conveniente.

Salta a la vista que se trata de una posición que le va que ni pintada al equipo agrupado en torno a Georges Marchais. Este equipo se esfuerza, mediante un ejercicio de equilibrismo cada vez más difícil, por aparecer en Francia como hiperdemocrático, sin dejar por ello de negarse a ir hasta el fondo en la crítica de la dictadura burocrática en la URSS para no cortar el puente con los «partidos hermanos» del Este. Pero también es evidente que este ejercicio de equilibrismo no puede prolongarse indefinidamente. La posición de Ellenstein no es más que una posición transitoria. Santiago Carrillo ha ido mucho más lejos.[4] Allí donde Ellenstein ha tirado un petardo, Carrillo ha arrojado una bomba contra el edificio de la ortodoxia stalinista.

Una de las consecuencias de este subjetivismo, no completamente superado, del análisis de Ellenstein es que sigue estando apresado en toda una mitología conceptual heredada directamente de Stalin y cuyo carácter revisionista en relación al marxismo y a la doctrina de Lenin ha sido demostrado infinidad de veces. Se identifica al socialismo con la sola supresión de la propiedad privada de los medios de producción y no con la desaparición de las clases sociales. Se proclama inevitable la supervivencia de las categorías mercantiles y monetarias bajo el socialismo, y las concepciones en sentido contrario se rechazan perentoriamente como «utópicas». Puesto que sobreviven las clases

3. Todas las referencias al libro de Ellenstein se remiten a: Jean Ellenstein: *Histoire du phénomène stalinien*, Grasset, París, 1975.

4. Véase el capítulo V del presente libro, consagrado a la obra de Santiago Carrillo: *Eurocomunismo y Estado*.

sociales, también el estado sobrevive bajo el socialismo. Ellenstein vuelve a tomar, por lo demás, irreflexivamente, el argumento de Stalin que explica la supervivencia del estado «bajo el socialismo» por la presión del «enemigo exterior». Una sociedad sin clases, con un alto grado de cohesión social y de superioridad tecnológica respecto al entorno capitalista, no tendría necesidad, sin embargo, de ningún *órgano especial de coerción contra sus propios ciudadanos* para defenderse del enemigo exterior. Y el estado, según el marxismo, es precisamente este órgano de coerción.

Todas estas contradicciones desaparecen en cuanto se admite que el socialismo no se ha realizado en absoluto en la URSS, que entre el capitalismo y el socialismo hay un período de transición durante el cual sobreviven las clases sociales y el estado, y sobreviven también, al menos en parte, las categorías mercantiles. La degeneración burocrática queda situada en el seno de las contradicciones surgidas de tal sociedad de transición, y no en el de las «contradicciones del socialismo».

Y ahí está precisamente la principal dificultad teórica con que se enfrenta Ellenstein, dificultad que no controla demasiado bien: *¿cómo limitar el «fenómeno stalinista» al dominio de la superestructura esencialmente?*

Ellenstein tiene razón, sin duda, cuando responde anticipadamente a sus críticos[5] que una misma infraestructura social puede dar lugar a superestructuras —sistemas ideológicos, *formas* de estado y de gobierno— muy distintas (aunque relacionadas por determinados lazos comunes).

Así, por ejemplo, la misma infraestructura capitalista ha dado origen a formas de estado tan distintas como el Tercer Reich nazi, la República de Weimar y la de Bonn, a sistemas ideológicos dominantes tan distintos como la doctrina que proclama la igualdad de derechos de todos los hombres y la doctrina de la superioridad racial de la raza blanca (o ariogermánica). No hay ninguna razón para considerar que sea «inadmisible» para un marxista el que una misma infraestructura social, la de la época de transición entre el capitalismo y el socialismo, pueda dar origen a superestructuras tan distintas como una ejemplar democracia de consejos, por un lado, y por otro el totalitarismo stalinista.

Pero Ellenstein va un paso más allá cuando afirma: «La clave para la comprensión del fenómeno stalinista la encontramos al nivel del estudio del estado» (p. 230). Esto no sólo es incoherente desde el punto de vista teórico, sino que tampoco está conforme con los hechos (parcialmente revelados, parcialmente ocultos todavía en su propio libro).

Las distintas superestructuras que se levantan sobre una misma base social se explican, *en último análisis*, por contradicciones y transformaciones de la base misma. La clave de la superestructura no se encuentra nunca en la sola superestructura, y suponerlo es romper con el materialismo histórico. El paso de la República de Weimar a la dictadura nazi no puede explicarse exclusiva o esencialmente como un fenómeno político. Tiene raíces socioeconómicas más profundas.

En cuanto a los hechos, enseñan que de ninguna manera puede reducirse el «fenómeno stalinista» a fenómenos superestructurales: terror de estado, dictadura de un solo hombre, policía todopoderosa, dogmatismo ideológico, etc. Estos fenómenos, manifiestamente, están imbricados en un conjunto de *relaciones sociales y de relaciones de producción características*: ausencia de autogestión de los trabajadores; ausencia de autoadministración de los ciudadanos y de control de éstos sobre la administración política y económica; planificación centralizada burocráticamente; apropiación y distribución del sobreproducto social por el estado, al margen de todo control de los productores; régimen del director único y todopoderoso en el seno de la empresa; mantenimiento en ésta de la estructura jerárquica; sistema de remuneración que proporciona grandes privilegios a los altos funcionarios y que somete a buena parte del proletariado a las angustias del trabajo a destajo, etc. ¿Cómo puede pretender un marxista que la «clave» para explicar todos estos fenómenos se encuentre al solo nivel del estado, de la superestructura social, sin con ello poner cabeza abajo al materialismo histórico?

Otra consecuencia del subjetivismo no superado en la interpretación de la historia de la URSS consiste en un deslizamiento peligroso hacia posiciones ideologizantes, que atribuyen a tal o cual «error» de Lenin y los bolcheviques la «responsabilidad inicial» del stalinismo. Ayer se identificaban, positivamente, el stalinismo y el leninismo. Hoy se encuentran los «gérmenes» de todo lo reprobable en el stalinismo, preexistente desde la revolución de Octubre. Ellenstein no lo dice explícitamente. Pero insiste mucho en el peso exorbitante de la Cheka desde 1921, en el hecho de que ya aquel año «quedara establecido cierto número de instituciones, de estructuras, de mecanismos que subsistirían más allá de las necesidades y de las circunstancias que les habían dado origen» (p. 25). Y vuelve a ello en sus conclusiones (p. 230). «La dictadura era una espada de doble filo.» La

5. En particular el profesor Steigerwald, el principal teórico del DKP alemán occidental, que sa consagrado una larga crítica al libro de Ellenstein en el número de septiembre de 1977 de la revista "Marxistische Blätter".

dictadura era, simultáneamente, necesaria y portadora del stalinismo.

El núcleo de verdad que hay en este razonamiento es de naturaleza banal y tautológica. Si no hubiera habido una determinada burocracia desde un comienzo, ésta no hubiera podido adueñarse del poder. Si no hubiera habido un estado, éste no hubiera podido degenerar.

Esta clase de razonamiento no conduce muy lejos. De la misma forma podría decirse que si en Alemania no hubiera habido sufragio universal Hitler no hubiera podido obtener de ninguna manera doce millones de votos. Pero ¿debe concluirse de ello que los «gérmenes» del nazismo se encuentran en el sufragio universal, y que sin sufragio universal no hubiera habido fascismo?

La verdadera cuestión, susurrada por los adversarios del comunismo y de la revolución de Octubre, a los que Ellenstein no se molesta mucho en replicar, está en saber si la dictadura del proletariado conduce *inevitablemente* a la dictadura de la burocracia, si las medidas de urgencia adoptadas por los bolcheviques contra el terror contrarrevolucionario debían producir fatalmente el terror staliniano, si el stalinismo es hijo legítimo del leninismo. Si a esta cuestión respondemos «no, mil veces no», ello no se debe tan sólo a una interpretación teórica correcta de todo lo ocurrido en la URSS y a escala mundial entre 1917 y la actualidad. Se debe también, y ante todo, a un hecho histórico que se desprende del mismo libro de Ellenstein. Stalin, para establecer su dictadura, tuvo que destruir físicamente al partido de Lenin. Este último produjo la dictadura sólo en el mismo sentido en que la vida «produce» la muerte: como su propia negación.

Del subjetivismo al objetivismo

Paradojalmente, el hecho de no haber superado completamente las secuelas de la interpretación subjetivista del «fenómeno stalinista» conduce a Ellenstein a combinar una explicación fundamentalmente subjetivista con una serie de interpretaciones de tipo «objetivista». El stalinismo, según parece, es «producto de las circunstancias»: el pasado bárbaro de Rusia; la presión de la agresión (o de la amenaza de agresión) extranjera; la necesidad devoradora de la industrialización del país; el peso del campesinado en la sociedad rusa; la debilidad numérica y cultural del proletariado; la falta de una tradición democrática, etc. Todo esto desemboca en una fórmula célebre, utilizada primero

por Brandler-Thalheimer en Alemania,[6] vuelta a utilizar después por Isaac Deutscher, y «recuperada» hoy por toda un ala de los dirigentes eurocomunistas: «Una economía y una sociedad socialistas han nacido de la revolución de Octubre y (!) de la política de Stalin... Al mismo tiempo, se han utilizado procedimientos totalitarios» (p. 88). Stalin «desarrollaba el socialismo, aunque procediera de forma despótica» (p. 116). Brandler había sido todavía más preciso y conciso: el stalinismo es la construcción del socialismo con medios bárbaros.

En la base de este razonamiento hay una petición de principios: socialismo = construcción de una economía sin propiedad privada de los medios de produción (con todos sus efectos civilizadores). Si se admite esta definición, lo restante cae de su propio peso. Pero esta definición es falsa, no marxista, ultrasimplificadora. La supresión de la propiedad privada de los medios de producción es una *condición previa necesaria, pero insuficiente*, para la construcción del socialismo, es decir, de una sociedad sin clases. Son necesarias muchas condiciones suplementarias: revolución en las relaciones de producción; elevación del nivel de conciencia, de la confianza en ellas mismas, de la capacidad de autoadministración de las masas trabajadoras; revolución en los hábitos, las costumbres y la cultura; florecimiento de la personalidad humana en todos los productores; unificación progresiva de las condiciones de vida y de acceso a la información y a la cultura, y esto a escala mundial, etc.

Considerados bajo este punto de vista, los «medios bárbaros» no sólo no han aproximado el objetivo socialista, sino que lo han alejado enormemente. Para un marxista, la fórmula de «construir el socialismo con medios bárbaros» es tan absurda como para un músico la fórmula de «aprender a tocar el piano amputando la mano izquierda».

La debilidad empírica de esta interpretación objetivista, fatalista, y todavía un poquillo apologética («hemos» sido engañados tanto tiempo por Stalin porque «veíamos» las realizaciones socialistas, y por esta razón «cerrábamos» los ojos ante los «me-

6. Heinrich Brandler fue el dirigente político, August Thalheimer el principal teórico del ala derecha del PC alemán, al que dirigió, en particular, en 1922-23. Apartada de la dirección tras el fracaso del "octubre alemán" de 1923, fue excluida de la IC en 1928. Mantuvo una corriente de oposición internacional durante los años 30, y una corriente comunista de oposición independiente en Alemania durante los años 40 y 50. Se caracterizó siempre por una postura muy cociliadora respecto a Stalin (¡llegando hasta aprobar el primer proceso de Moscú!). Brandler influenció en parte a Isaac Deutscher. El único brandleriano superviviente es nuestro amigo el profesor Wolfgang Abendroth. No resulta sorprendente que éste haya saludado entusiásticamente la aparición del libro de Ellenstein.

dios bárbaros»), reside en su carácter abstracto. En cuanto nos acercamos a la interpretación de *hechos concretos*, ya no explica nada en absoluto. La política del Comintern, que permitió la toma del poder por Hitler, ¿era acaso «producto de las circunstancias objetivas de Rusia»? ¿Era inevitable para «construir el socialismo»? ¿Era inevitable la colectivización forzosa? ¿Sirvió para la «construcción del socialismo»? El tremendo despilfarro de recursos materiales que se deriva de la combinación entre la planificación centralizada burocráticamente y el sistema de «dirección única» y de «rentabilidad individual» de las empresas, ¿es quizá producto del «pasado bárbaro de Rusia»? ¿Sirve para la «construcción del socialismo»? Podríamos prolongar esta lista hasta la saciedad. La interpretación objetivista no consigue *explicar* lo que ha ocurrido en la URSS mejor de lo que hace la interpretación objetivista. La combinación de ambas apenas supera el nivel de los tópicos.

La clave social para explicar el «fenómeno stalinista»

Todas estas insuficiencias y contradicciones desaparecen si introducimos, en la cadena del razonamiento, un *eslabón intermedio decisivo*: el de *una fuerza social a cuyos intereses corresponden*, en último análisis, todas las «desviaciones», «errores» y «crímenes» de Stalin y del stalinismo: la burocracia soviética.

El stalinismo no es ni una «déformación del estado socialista» ni la suma de las «instituciones y prácticas totalitarias» para «construir el socialismo con medios bárbaros». El stalinismo es el conjunto de las orientaciones políticas, de las estructuras de poder, de los métodos de gobierno y de planificación, que expresan el monopolio del poder de la burocracia soviética y la salvaguardia de sus privilegios en el seno de una sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo. Esta es la única explicación del «fenómeno stalinista» conforme al método del materialismo histórico y capaz de dar cuenta del *conjunto* de los aspectos contradictorios de este «fenómeno».[7]

Ellenstein no niega el «fenómeno burocrático» en la URSS. A veces habla incluso de la «burocracia» (véase, en particular, pp. 92-93). Pero, en términos generales, no le atribuye la importancia que le corresponde en la explicación de la degeneración de la URSS. Se encierra pronto en un dilema fácil y, tratándose de alguien que ha leído todo lo que ha leído Ellenstein, no carente de mala fe[8]: o bien la burocracia es una clase, o bien no es una capa *social* (pp. 198-200), y llega a negar la identificación entre funcionarios y burócratas (p. 200) y a remitir la burocracia al «burocratismo» (¡un concepto forjado por el propio Stalin!), es decir, llega una vez más a una interpretación subjetivista:

«Cierto que el fenómeno stalinista es burocrático, pero esto significa que el papel (?) de las oficinas predomina sobre el de las masas, que la decisión administrativa predomina sobre el estímulo económico.» (p. 200)

No: la burocracia sí que es, desde luego, un grupo social bien definido: el de todos los que detentan el monopolio del poder de administración en la URSS, se apropian de privilegios importantes gracias a ello y defienden ferozmente, con uñas y dientes, tanto ese monopolio del poder como esos privilegios.

Cierto que esta burocracia no es una clase. Pero las clases sociales no son lo único que hay en la sociología maxista o en la interpretación de las sociedades según el método del materialismo histórico. Hay también fracciones de clases sociales. Hay capas sociales. Has castas. La burocracia pertenece a esta última categoría, como los «escribas» y los «mandarines» en el modo de producción asiático.

Decimos que la categoría social de la burocracia es la clave para explicar y comprender el «fenómeno stalinista». Ya que en cuanto la introducimos en el análisis de la evolución de la URSS entre 1923 y la actualidad comprendemos que los grandes zigzags en política económica e internacional, que los rasgos principales de las instituciones estatales desnaturalizadas (desde la dictadura del proletariado deformada hasta la dictadura despótica de Stalin, luego hasta la dictadura «colegiada») *corresponden a los intereses sociales de esta capa cristalizada*, a su naturaleza y a su situación contradictoria.

Comprendemos a partir de entonces por qué la «destalinización» no es ni podía ser ninguna «autorreforma de la burocracia», es decir, la abolición desde arriba de su monopolio del

7. Se encontrará un desarrollo detallado de esta idea en *La revolución traicionada* de León Trotsky, en los demás escritos de Trotsky dedicados a la cuestión de la URSS, en los documentos de la IV Internacional, y en numerosos escritos del autor del presente libro (sobre todo en "Diez tesis sobre la sociedad de transición del capitalismo al socialismo"), la mayor parte de los cuales se publicarán dentro de poco reunidos en una obra en Editions Taupe Rouge.

8. Ellenstein polemiza contra unos "trotskistas" que según él defendían la tesis de la clase burocrática, mencionando en particular a James Burnham y a Bruno Rizzi, olvidándose de añadir que estos autores habían roto con el trotskismo por haber formulado esta tesis. Con la misma lógica podría afirmarse que la tesis de la nueva clase burocrática fue formulada por el "stalinista" Djilas...

poder y de sus privilegios, sino tan sólo una *adaptación* de sus *métodos* de poder a circunstancias objetivas y subjetivas modificadas. Y comprendemos que no habrá en la URSS una democracia socialista sin una revolución política.

Todo esto es «trotskismo». Ellenstein despliega en su obra un antitrotskismo primitivo heredado directamente de su pasado staliniano.[9] Pero no existe forma alguna de abordar el «fenómeno stalinista» de manera científica, es decir, marxista, sin beber en el pozo del trotskismo.[10] Así pues, nuestro consejo a Ellenstein y demás «expertos» en stalinismo es el siguiente: ¡No escupáis en la sopa, porque correréis el peligro de moriros de hambre! [11]

9. Cfr. p. 96, donde Ellenstein trata de recuperar parcialmente a Trotsky contra los trotskistas de 1975, "que se caracterizan por su antisovietismo y por su estrategia pasadista y dogmática". Hay ex stalinianos estilo Ellenstein que carecen de todo pudor cuando hablan de los trotskistas a los que ellos habían calumniado y a los que gustosamente habrían enviado al Gulag durante decenios. Hoy, dándole la vuelta a la chaqueta, ¡intentan incluso convertir a sus víctimas en corresponsables de sus verdugos! Cuánto hay que apreciar, después de esto, los comentarios, mucho más dignos, de Leopold Trepper, el héroe de la *Orquesta Roja*, que escribe en sus memorias: "Pero ¿quién fue el que protestó en esa época? ¿Quién se levantó para gritar su asco? Los trotskistas pueden reivindicar este honor. A semejanza de su líder, que pagó su obstinación con un golpe de piolet, combatieron totalmente el stalinismo, y fueron los únicos. En la época de las grandes purgas, ya sólo podían gritar su rebeldía en las inmensidades heladas donde se les había arrastrado para exterminarlos. En los campos de trabajo, su conducta fue digna e incluso ejemplar. Pero su voz se perdió en la tundra.
Hoy, los trotskistas tienen derecho a acusar a los que antes aullaron a la muerte junto con los lobos. Que no olviden, sin embargo, que poseían respecto a nosotros la ventaja inmensa de tener un sistema político coherente, susceptible de reemplazar al stalinismo, y al que podían asirse en la profunda angustia de la revolución traicionada. Ellos no "confesaban", porque sabían que sus confesiones no servirían ni al partido ni al socialismo." (Leopold Trepper: *Le Grand Jeu*, Albin Michel, 1975, p. 64.)

10. Para una crítica más detallada del libro de Ellenstein, véanse dos excelentes artículos, el de Jean-François Godchau, publicado en la revista "Quatrième Internationale" (n.º de otoño de 1975), y el de Pierre Frank, publicado en la revista británica "The International" (n.º de otoño de 1977).

11. Señalemos que en una entrevista a "Der Spiegel" del 16 de mayo de 1977 Ellenstein afirma que está de acuerdo con las posiciones sobre la URSS defendidas por Trotsky en 1939. No tiene nada de sorprendente que la burocracia soviética le haya declarado *persona non grata*...

5

Santiago Carrillo y la naturaleza de la URSS

El secretario general del PCE, Santiago Carrillo, acaba de publicar, en Editorial Crítica/Grijalbo, en Barcelona, un libro titulado *Eurocomunismo y Estado*.* Este libro representa el más claro reflejo de todos los aspectos contradictorios del eurocomunismo que nosotros habíamos puesto de relieve.

El revisionismo

No nos extenderemos mucho sobre la forma explícita con que Santiago Carrillo asume el revisionismo neorreformista de su partido. Nada falta: la crítica de los pasajes «excesivos» de *El Estado y la revolución* de Lenin; las referencias al célebre prefacio de Engels, de 1894-95, al libro de Karl Marx *Las luchas de clases en Francia*, referencias idénticas a las de las polémicas de Bernstein y Kautsky contra los bolcheviques, sin mencionar que este texto había sido amputado por la socialdemocracia y que Engels había protestado contra esta falsificación; la «prolongación» teórica de la «táctica» de frente popular y de la «resistencia»; los sofismas sobre los «aspectos» de clase del aparato de estado y de otros «aspectos» no de clase, etc.

Debe subrayarse que Santiago Carrillo, lógico consigo mismo, formula claramente las principales premisas teóricas y analíticas del reformismo. La revolución es *imposible* en los países

* Santiago Carrillo: *Eurocomunismo y Estado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977.

capitalistas industrializados. Hay que evitar a cualquier precio el enfrentamiento total con la burguesía y su aparato de represión, porque si no es *inevitable* una derrota sangrienta (p. 83):

«La cuestión es *si una transformación democrática de la mentalidad militar puede obtenerse como consecuencia de una crisis social, debida a factores distintos a la guerra.* En caso de que la respuesta fuese negativa habría que renunciar al socialismo y resignarse eternamente al *statu quo* polítco-social, o bien ponerse a desear demencialmente el estallido de un conflicto bélico.» *

El que una crisis revolucionaria pueda *desagregar* y *paralizar* progresivamente el aparato represivo-militar de la burguesía si el proletariado da prueba de la resolución, la audacia y la iniciativa necesarias, y si moviliza su enorme fuerza revolucionair en su conjunto —la inmensa mayoría de la nación en la casi totalidad de los países occidentales— bajo la dirección de un partido revolucionario que esté a la altura de su tarea, es una idea que ni siquiera toma en consideración, ni, para qué decirlo, entre a refutarla.

Igualmente clara es la forma como Santiago Carrillo asume el proceso de socialdemocratización de su partido. Claro que, por otro lado, empieza por afirmar:

«...no puede haber *ninguna confusión* entre *eurocomunismo* y socialdemocracia en el terreno ideológico, al menos con la socialdemocracia tal como se ha definido hasta aquí. Lo que se denomina vulgarmente «eurocomunismo» se propone *transformar* la sociedad capitalista, no *administrarla;* elaborar una alternativa socialista al sistema del capital monopolista de Estado, no integrarse en éste y ser una de sus variantes de gobierno.» (p. 132)

Observemos que Carrillo no dice *derrocar* al capitalismo, sino *transformarlo,* lo cual implica la transformación progresiva, gradual. Ahora bien, esta es la misma definición que dieron de su estrategia los revisionistas reformistas socialdemócratas de antes de 1914, la misma que Kaütsky volvió a usar después de 1921. Sin darse cuenta, incluso cuando desea desmarcarse de la socialdemocracia *de hoy,* se refiere al haber teórico de la socialdemocracia *clásica.* Nunca hemos dicho otra cosa: el proceso de socialdemocratización transforma a unos PC occidentales (y a algunos otros) en partidos socialdemócratas *clásicos,* no en partidos socialdemócratas como el de Helmut Schmidt o el de Wilson-Callaghan.

* Hemos respetado el empleo de cursivas de la edición castellana del libro de Santiago Carrillo en todos los casos en que no se da un empleo distinto por parte de Ernest Mandel. En este último caso se ha aplicado, naturalmente, el criterio de Mandel, siempre con la correspondiente indicación del autor. (N. d. E.)

Pero Carrillo, arrastrado por el ardor del razonamiento, no puede evitar el ir más lejos y contradecir, en la página 133, lo afirmado en la página 132. Ahí leemos, en efecto:

«Nosotros comunistas asumimos plenamente, en la parte que nos toca, nuestra historia, con sus aciertos, errores y faltas, sin abjurar de ella, ni conventirla en una leyenda triunfalista. Tratándola con esípritu crítico. Si los partidos socialdemócratas siguen por su parte un proceso análogo, más o menos abierto —pues a veces los partidos políticos, unos y otros, hacen su autocrítica más bien a través de la corrección de su estrategia y táctica que del análisis histórico, por lo menos en un primer período —*no hay ninguna razón para no superar la escisión del año 20 y llegar hasta una convergencia sobre la base del socialismo científico y de la democracia.*» (p. 30. La cursiva es nuestra.)

Es imposible ser más claro. Lo malo para Carrillo es que el «socialismo científico» confirma las enseñanzas de más de un siglo de luchas de clases en Occidente. Periódicamente, los enfrentamientos globales y frontales entre el proletariado y la burguesía son *inevitables,* no en función del «aventurerismo» de tal o cual «teórico», ideólogo o grupo minoritario «provocador», *sino en función de la exacerbación de las contradicciones internas del régimen capitalista.*

Aquellos que, por miedo a este enfrentamiento global y frontal, o por los motivos tácticos o estratégicos que sean, tratan de frenar y fragmentar la movilización del proletariado, no lo preparan para el inevitable enfrentamiento, no evitan la prueba de fuerza, no salvan la «paz» y la «democracia». Sencillamente aseguran la victoria —casi siempre violenta y sangrienta— de la burguesía.

En este sentido, la doctrina del eurocomunismo es una doctrina de desmovilización y de derrota del proletariado europeo en el umbral de las grandes explosiones prerrevolucionarias que se avecinan, sobre todo al sur del continente. Hay que combatirla sin cuartel si se quiere asegurar la penetración de la revolución socialista en Europa occidental.

La crítica de las formas de poder en la URSS

No es, sin embargo, en este aspecto del eurocomunismo en el que quisiéramos centrar un primer comentario del libro de Santiago Carrillo. Porque este libro abre una nueva etapa en la afirmación del «segundo» aspecto del eurocomunismo que desde hace un año ponemos constantemente de relieve. En efecto, en este libro, Carrillo, más que ningún otro dirigente de cualquier

PC occidental, pasa de las críticas coyunturales y limitadas de tal o cual acto de los dirigentes del Kremlin o de sus sátrapas de Europa oriental a una *crítica sistemática de la burocracia soviética y de las formas de poder en la URSS*. A este respecto, no es exagerado hablar de un acontecimiento literario realmente sensacional, que proporciona armas importantes tanto para la lucha antiburocrática en los estados obreros degenerados como a la lucha antistalinista de los militantes marxistas revolucionarios en el resto del mundo. Estos deberían estudiar cuidadosamente los pasajes significativos del libro de Carrillo y utilizarlos sistemáticamente en la discusión con los militantes de los PC, sobre todo en los países en que la actitud crítica respecto a la burocracia soviética sigue estando aún en mucho retraso en relación a la de Santiago Carrillo.

Subrayemos algunos de los aspectos más positivos de esta segunda parte del libro de Carrillo, aspectos a los que se refieren los extractos que reproducimos en el anexo del presente ensayo.*

En dos ocasiones, por lo menos, Carrillo cuestiona explícitamente la teoría del socialismo en un solo país (pp. 207 y 210). Cierto que el rechazo de esta teoría queda un tanto debilitado por una argumentación un poquillo «idealística»: puesto que Stalin y los demás dirigentes del PCUS optaron por la «construcción del socialismo completo en un solo país», se vieron obligados a «acelerar las cadencias», a apoyar la función «acumuladora» a expensas del consumo de las masas, y de ahí la represión, la ausencia de democracia, etc. Este «idealismo» tiene un evidente contrapeso «objetivista»; «en aquellas condiciones históricas concretas, no había otra salida». Rechazamos ambos aspectos de este razonamiento como contrarios al marxismo. La degeneración staliniana no es ni resultado de una «elección ideológica», ni producto automático de las «condiciones objetivas». Corresponde a los *intereses* de una determinada cada social, la burocracia soviética. Es el resultado de la *victoria política* de esta capa sobre sus adversarios.

No por ello es menos cierto que, dejando a un lado esta precisión, la primera acusación explícita a la teoría del socialismo en un solo país como causa de la degeneración burocrática de la URSS realizada por el dirigente de un PC de masas en Occidente representa un formidable desquite histórico para Trotsky y el trotskismo. Legitima, a una distancia de cincuenta años, la lucha heroica de nuestros camaradas soviéticos, de aquellos hombres de hierro que fueron los militantes bolcheviques-leninistas de la URSS. Confirma algo de lo que nunca hemos dudado: la historia los rehabilitará y los honrará a todos, desde el más prestigioso dirigente hasta el obrero anónimo, asesinados por Stalin, como a gigantes de lucidez, de perseverancia y de fidelidad a la causa proletaria. En medio de las condiciones más difíciles en que se haya encontrado ninguna vanguardia en toda la historia, libraron un combate aparentemente desesperado pero que, en definitiva, permitió salvar el programa y la bandera comunistas, e hizo posible el reinicio de la lucha consciente por la revolución socialista mundial, lucha que hoy se reanuda cada vez más claramente.

Carrillo trata explícitamente a la burocracia como a una *capa* social privilegiada (pp. 199 y 206), que no constituye una clase social, pero que detenta el monopolio del poder a todos los niveles de la vida social (p. 208). Añade, por lo demás, que se trata de un verdadero fenómeno de «degeneración» (p. 115), y habla de los «horrores del stalinismo» (p. 200). Doce millones de muertos, le dijo Kruschev a Simone Signoret, según las memorias de esta última.

Carrillo reconoce que no hay democracia obrera en la URSS, es decir, que no sólo la gran burguesía y la pequeña, *sino también* el proletariado han visto sus derechos políticos suprimidos en lo esencial (pp. 201-202).

Carrillo admite que la dictadura de la burocracia posee unos *rasgos formales* comunes con el fascismo y el totalitarismo, aunque, evidentemente, difiera en el fondo (pp. 199-200, principalmente). Estos son los mismos términos empleados por Trotsky y por nuestro movimiento desde hace cuarenta años; y también términos como «capa burocrática privilegiada» o «degeneración burocrática» están tomados, evidentemente, de Trotsky y el trotskismo.

Carrillo rehabilita explícitamente a Trotsky y al trotskismo como a representantes de una corriente del movimiento obrero que han tenido la razón en una serie de puntos (pp. 149-150), aun afirmando que es necesario criticar a esa corriente y ensañándose particularmente —¡no tiene nada de sorprendente!— contra la crítica trotskista de la política de frente popular. Rehabilita completamente a Andreu Nin de las acusaciones infamantes que el PC español y la IC formularon entonces contra él, y califica su asesinato de «acto abominable e injustificable» (p. 152).

Finalmente —y no es éste el menor mérito de esta sistematización teórica—, Carrillo admite que las esperanzas en una autorreforma de la burocracia levantadas por el XX congreso del PCUS fueron ilusorias (p. 201), y que la burocracia se ha hecho prácticamente «inamovible» (p. 199).

* Insertado al final de este mismo capítulo en el presente volumen. (N. d. E.)

Pero así como son evidentes los progresos hacia un análisis marxista del estado y la sociedad soviéticas, hacia una *explicación* del «fenómeno stalinista» en términos científicos, es decir, en los términos del materialismo histórico, también las contradicciones son múltiples y patentes en *Eurocomunismo y Estado*:

1. A pesar de precisar el carácter social de la burocracia como capa privilegiada, Carrillo no sitúa de forma precisa la base material de estos privilegios: el monopolio de la administración (de la gestión) de los medios de producción y del sobreproducto social en manos de esta burocracia. Así pues, no formula ninguna solución de recambio: gestión democrática de los medios de producción y del sobreproducto social, del conjunto de la economía socializada y planificada por parte de los productores asociados, de congresos de trabajadores libre y democráticamente elegidos.

2. Pese a que insiste mucho en el «pluralismo político» en Occidente, pese a sus referencias a la «democracia obrera» para la URSS, no hay ninguna referencia precisa a la necesidad de abolir, en la URSS, en las «democracias populares», en la República Popular de China y en todos los estados obreros, el régimen de partido único. No hay ninguna precisión relativa al hecho de que la democracia obrera es imposible sin multiplicidad de partidos políticos, sin el disfrute de los derechos *políticos* por parte de todos (incluyendo el derecho de huelga y el derecho a una prensa de oposición) bajo la dictadura del proletariado.

3. Pese a que la autorreforma de la burocracia queda descartada, a que se analiza a la burocracia como prácticamente inamovible, a que se plantea la cuestión de si la actual forma de poder en la URSS se ha convertido ya o no en un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas y de una «auténtica democracia obrera» (p. 208), Carrillo no formula en ningún momento la conclusión evidente: la necesidad de una *revolución política* para derrocar la dictadura burocrática.

4. Pese a que denuncia severamente esta dictadura, en ningún momento formula la solución de recambio evidente: no un regreso al parlamentarismo burgués (cosa que, por lo demás, no propone), sino institucionalización del poder de los trabajadores, del poder de los consejos obreros (soviets) elegidos libre y democráticamente, con revocabilidad real de los delegados, reducción real de los ingresos de todos aquellos que desempeñen funciones de poder al nivel del salario de un obrero cualificado.

5. Pese a su insistencia en la «democracia obrera», Carrillo es más que prudente en lo relativo a las evidentes implicaciones de tal democracia para el *movimiento obrero de los países capitalistas*, empezando por *su propio partido* y por el movimiento sindical en cuyo seno desempeña un papel dirigente: reconocimiento del derecho de tendencia; vuelta al centralismo democrático de la época leninista, con entera libertad de discusión en el seno de las organizaciones obreras, incluyendo discusiones públicas; abandono y rechazo de todas las prácticas de manipulación burocrática, que van en contra de los procedimientos de la democracia obrera.

6. Pese al rechazo explícito de la teoría del «socialismo en un solo país», Carrillo no saca de ello la conclusión lógica: el curso hacia la revolución socialista internacional, el rechazo del «nacionalcomunismo», el abandono de toda utopía de «transformación socialista» del solo «Estado español», la orientación a favor de los Estados Unidos socialistas de Europa y del mundo, la necesidad de una nueva Internacional Comunista de masas no infeudada a ningún estado, única expresión auténtica de los solos intereses del proletariado internacional, de los solos intereses de los explotados y los oprimidos del mundo entero.

Nuestros camaradas deberán centrar sus críticas, en las discusiones fraternas con los militantes del «ala activa» del eurocomunismo, en estas contradicciones y en otras que todavía no hemos puesto de relieve. Pero no separarán estas críticas del cuestionamiento del «proyecto» eurocomunista en su conjunto, es decir, ante todo, de su estrategia reformista, que sirve objetivamente la causa de la burguesía y de la salvación del régimen capitalista en la crisis revolucionaria en ascenso. No deben hacer esta separación, porque hay un vínculo evidente entre las contradicciones de Santiago Carrillo y su proyecto político. Estas contradicciones no son producto ni del azar ni de fallos de la «razón pura». Corresponden a la naturaleza misma del partido y de la dirección que ha incurrido en ellas.

Las cuatro primeras contradicciones corresponden a la voluntad de no cortar definitiva e irreversiblemente los puentes con la burocracia soviética. El eurocomunismo es producto de la crisis del stalinismo. No constituye ni la superación ni la solución de esta crisis ni en un sentido burgués, ni en un sentido proletario. Las tres últimas contradicciones corresponden a la incapacidad de los dirigentes eurocomunistas para cabalgar el tigre de la democracia obrera (por no hablar ya del poder obrero), mientras buscan la forma de encerrarlo en la jaula del estado burgués y del poder del capital. Este es un ejercicio peligroso en un período de ascenso revolucionario de las luchas de masas, un ejercicio que puede tener consecuencias mortales.

Pero aunque estas contradicciones no tengan solución para las direcciones eurocomunistas, sí la tienen para los militantes

de esos partidos. Es hacia los militantes hacia donde hay que volverse ahora, resueltamente, para un diálogo cada vez más prometedor. El libro de Carrillo nos ofrece, a este respecto, abundante munición.

3 de mayo de 1977.

Anexo al capítulo 5

Eurocomunismo y Estado (Extractos)

«Un poderoso aparato de Estado que lo es todo menos el "estado barato" con que Lenin soñaba»

Y sin embargo el nuevo Estado surgido de la revolución se ve forzado a crear *una fuerza especial de represión.* Y bajo Stalin esa fuerza termina controlándolo todo, la sociedad, el resto del aparato del Estado incluido el ejército, el partido, e incluso extiende su brazo a los estados de democracia popular donde prosigue la represión organizando los monstruosos procesos de fines de los años 40 y comienzo de los 50.

Lenin hablaba también de la burocracia y el ejército permanente que son «un parásito adherido al cuerpo de la sociedad burguesa, un parásito engendrado por las contradicciones internas que desgarran a esta sociedad, pero precisamente un parásito que tapona los poros vitales».

Sin embargo el Estado creado por la revolución de Octubre tuvo que organizar una burocracia y un ejército permanente; dio a esa burocracia privilegios que superaban el simple salario de un obrero y la hizo prácticamente tan inamovible como pueden serlo los funcionarios de un Estado capitalista.

Más tarde, Lenin mismo escribió las críticas más acerbas contra esa burocracia y contra los peligros de la burocratización.

Es decir, el Estado proletario ideal que Lenin había imaginado como un Estado en que el proletariado armado, la milicia popular, los funcionarios considerados como simples «contables» pagados como obreros, revocables, iban a reemplazar a la burocracia, al ejército permanente, y a los órganos especiales de

represión, tras más de 50 años de poder, no se vislumbra aún por parte alguna. En su lugar ha crecido un poderoso aparato de Estado por encima de la sociedad, que es todo menos el «Estado barato» con que Lenin soñaba.

Si todos los estados son instrumentos de dominación de una clase sobre otra y en la URSS no hay clases antagónicas, no existe objetivamente la necesidad de reprimir a otras clases, ¿a quién domina ese Estado?

La revolución de Octubre, ha producido un Estado que no es evidentemente un Estado burgués, pero que tampoco es todavía el proletariado organizado como clase dominante, no es todavía una auténtica democracia obrera.

En el interior de ese Estado ha crecido y ha actuado el fenómeno stalinista, con una serie de rasgos formales similares a los de las dictaduras fascistas. Subrayo lo de los rasgos *formales* porque la esencia del régimen social soviético era y es radicalmente opuesta a la del fascismo, y esto no es sólo una apreciación teórica sino una verdad contrastada con la sangre de los pueblos de la URSS durante la segunda guerra mundial. Y la esencia revolucionaria del régimen social soviético se ha afirmado reiteradamente en la solidaridad con los pueblos que han luchado contra el fascismo y el imperialismo.

Por mucho tiempo, con la fórmula «del culto a la personalidad» hemos atribuido esos fenómenos a las características personales de Stalin y es cierto que las características personales de Stalin, han pesado seriamente en esta cuestión. Los marxistas no negamos el papel de las personalidades en la historia. Pero ¿por qué una personalidad de las características de Stalin, no obstante haber sido denunciadas éstas por Lenin, logró imponerse? Es verdad que Stalin supo jugar con una habilidad suprema las contradicciones existentes entre los diversos grupos formados en el equipo dirigente del Partido Comunista de la URSS, sentar plaza de unificador e ir deshaciéndose de unos y de otros, de todos aquellos que podían interferir su ascensión. Pero hay que preguntarse si el sentido práctico de Stalin no estaba más en consonancia con el *tipo de Estado* que se estaba formando en la realidad, con lo que Togliatti llamó el *sistema*, con las realidades objetivas que le rodeaban, que sus opositores, sobre todo a partir del momento en que la enfermedad reduce las posibilidades de acción de Lenin y precipita su prematura muerte.

Es evidente que el fenómeno staliniano, que ha sido una forma de totalitarismo, abundantemente utilizado por la propaganda capitalista, ha debilitado la fiabilidad democrática de los partidos comunistas entre una parte de la población de nuestros países.

La denuncia hecha por Kruschev de los horrores stalinistas quebranta momentáneamente todo el sistema montado por Stalin tanto en la URSS como en los países socialistas del Este. Sobrevienen acontecimientos como los de Hungría y Polonia en los que se forma espontánea y tácitamente un heterogéneo «frente nacional» contra el sistema staliniano de dominación. Mientras en Polonia hay una oposición comunista a ese sistema capaz de enderezar la situación, en Hungría no sucede lo propio. Son las tropas soviéticas las que restablecen «el orden»: nuevo golpe para el prestigio internacional del comunismo, que repercute también sobre nuestros partidos.

(pp. 198-201)

«Desde Stalin, el sistema no se ha transformado, no se ha democratizado»

En realidad una de las causas de la caída de Kruschev reside quizás en su incapacidad para transformar el aparato de Estado creado bajo Stalin, el *sistema* de poder político a que había aludido Togliatti, que acabó triturándole.

Ese sistema no se ha transformado, no se ha democratizado e incluso ha mantenido muchos de sus aspectos de coerción en las relaciones con los estados socialistas del Este, como fue puesto brutalmente de relieve con la ocupación militar de Checoslovaquia.

Han desaparecido las represiones masivas y aniquiladoras de tiempos de Stalin. Kruschev, depuesto, ha muerto en la cama en su casa. Ha sido un progreso, manchado por formas de opresión y de represión en ciertos campos —desde luego en el de la cultura—. Pero aún no nos hallamos ante un Estado que pueda considerarse una *democracia obrera.*

Esto afecta a la credibilidad de nuestro partido más, muchísimo más, que si en la URSS existiera realmente *la dictadura del proletariado.* Si las *democracias burguesas* tienen mucho de *formal, también lo tiene la democracia obrera* alcanzada hasta aquí por los comunistas.

Decir esto puede ser considerado por algunos camaradas que se resisten a confesar esta verdad como un crimen de leso internacionalismo.

Pero hoy en el movimiento obrero y comunista, en el movimiento progresista, estas cuestiones se plantean más o menos abiertamente, según los casos y no por «la influencia de la propaganda burguesa» como suelen decir los conformistas, sino porque la evidencia de las realidades se impone.

Y ¿cómo vamos a ser los comunistas, que nos consideramos a justo título una fuerza de vanguardia, los últimos en admitir esa evidencia, en enfrentarnos con la realidad?

Hacerlo es además la única forma de prestar servicio a la causa del socialismo tanto en los países que han suprimido la propiedad capitalista como en los que la mantienen.

Ese tipo de Estado que ha surgido en la Unión Soviética, que no es ya un Estado capitalista puesto que no defiende la propiedad privada, que no es tampoco el Estado que imaginaba Lenin —los trabajadores ejerciendo directamente el poder— ¿cómo situarlo en una concepción marxista del Estado? Lenin hablaba de que el Estado en la primera fase del socialismo guardaría muchos de los contenidos del derecho burgués. Pero el Estado del que estamos hablando ha superado en ese orden las previsiones de Lenin. Ha guardado no sólo contenidos de derecho burgués, sino que ha llegado a deformaciones y degeneraciones que en otros tiempos sólo podíamos imaginar en estados imperialistas.

E insisto en que, al mismo tiempo, en una serie de problemas mundiales, ese Estado ha servido la política progresista propia del régimen social soviético.

(pp. 201-202)

«La capa burocrática dispone de un poder desmesurado»

Los fenómenos de la burocratización nacen no sólo de la tradición del Estado zarista, sino de esta situación imprevista por los teóricos. Marx, Engels y el mismo Lenin habían imaginado la dictadura del proletariado como un poder en que la inmensa mayoría reprime a la ínfima minoría y en que la organización de una amplia democracia obrera es incluso la condición para ello. En la práctica las cosas no pasaron así. Una gran parte de la población fue pasiva y una zona muy importante hostil. La democracia obrera fue reduciéndose y el mismo proceso se produjo en el interior del partido donde la aspereza de las contradicciones en la sociedad repercutió en una agravación de las disputas fraccionales que, Lenin muerto, ya nadie podía dominar. Así se desarrolló una capa burocrática que fue absorbiendo las funciones de dirección, convencida de que ella era la depositaria de la misión social de la clase obrera, la personificación de la dictadura del proletariado, pero que insensiblemente fue echando raíces, poseyendo sus propios intereses, moviéndose con arreglo a mecanismos y leyes objetivas, propias y específicas.

En un discurso pronunciado en el I Congreso de los Consejos de Economía Nacional de toda Rusia, el 26 de mayo de 1918, Lenin había dicho:

No cerramos los ojos ante la realidad de que *solos, con nuestras propias fuerzas, no podemos hacer íntegramente. la revolución socialista en un solo país, incluso si este país fuera muchísimo menos atrasado que Rusia*, incluso si viviéramos en condiciones más fáciles que después de cuatro años de una guerra inaudita, dolorosa, dura y ruinosa.

La misma idea es repetida en otros momentos y Stalin, muerto Lenin, reconoce durante un tiempo que es imposible construir el *socialismo completo* en un solo país, y que el socialismo completo sólo se realizará cuando la revolución triunfe también en otros países desarrollados.

¿Qué relación hay entre esta idea, abandonada después, en términos de ideología, para proclamar en el XVIII Congreso la victoria del socialismo en la URSS (lo que no obsta para que más tarde se liquide físicamente, por orden de Stalin, a la mayor parte de los delegados a dicho congreso y se celebren los tristemente célebres procesos), y las características del Estado construido en la URSS?

Ese Estado ya no sirve la propiedad capitalista que ha desaparecido en la URSS. En ese sentido la capa burocrática no puede ser considerada como una *clase* capitalista. Ella no posee propiedad privada y la parte de la plusvalía salida de las empresas soviéticas que se invierte en su mantenimiento, es seguramente inferior a la que cuesta mantener a la burocracia de cualquier país capitalista. Sin embargo la capa burocrática, a sus diversos niveles, dispone de un poder político inmoderado y casi incontrolado. Ella decide y resuelve por encima de la clase obrera, e incluso por encima del partido que, en su conjunto, se halla sometido a ella.

En ese estadio del desarrollo social nos hallamos ante un Estado que se coloca por encima de la sociedad, en un Estado que es relativamente *libre* en relación con la sociedad, lo que no significa que la sociedad sea ya libre.

En definitiva, el Estado soviético actual ha cumplido las funciones de lograr el desarrollo económico, industrial, técnico, cultural y sanitario del país así como las de garantizar la defensa nacional. Es decir ha asegurado tareas que en otros países de capitalismo avanzado han sido realizadas por el Estado capitalista. Habiendo suprimido la propiedad capitalista, ha creado las condiciones materiales para pasar a un socialismo evolucionado. La cuestión que se plantea hoy es si las mismas estructuras de ese Estado no se han convertido, por lo menos en parte, en un obstáculo para pasar al socialismo evolucionado. Si ese Estado,

tal como existe, no es en sí mismo ya un freno para el desarrollo de una auténtica democracia obrera, e incluso más allá, si no se ha constituido en un freno para el desenvolvimiento material del país.

La cuestión es si ese Estado, ya no capitalista, no es una fase intermedia entre el Estado capitalista y el Estado socialista auténtico como lo fueron las monarquías centralistas entre la sociedad feudal y las democracias parlamentarias capitalistas modernas; una fase que, por sus características y funciones, permitiría una explicación más objetiva y científica del fenómeno staliniano y otros similares.

La cuestión es si ese mismo Estado no está exigiendo del partido y de la sociedad soviética una seria y profunda transformación para convertirle en una auténtica democracia obrera. En el tipo de Estado socialista que preveían los fundadores.

No cabe duda que en los mismos dirigentes soviéticos ha apuntado de una manera u otra esta preocupación, aunque no sea más que en los reconocimientos de las insuficiencias de la democracia socialista. En tiempos de Kruschev se elaboró incluso la tesis del «Estado de todo el pueblo» en la que hoy ya no se insiste. Pero la confusión entre partido y Estado parece conducir más a la construcción de imágenes ideológicas que encubran una realidad que no acaba de satisfacer, que a la transformación auténtica de esa realidad.

Yo no creo tener la explicación ni la solución de estos problemas. Apunto sólo a la necesidad de una labor de investigación teórica que pueda ser base de opciones políticas y que interesa a todo el movimiento obrero y progresista, pero en primer término a los camaradas soviéticos y a quienes estén en situación parecida.

Es decir, quizás hace falta el análisis teórico del sistema político, que no pudo o no supo hacer Kruschev en el XX Congreso y que podría ser el punto de partida para un nuevo salto hacia adelante de la Unión Soviética y de todos los países socialistas.

El entorno mundial y su influencia en el Estado

Otro dato a tener en cuenta para analizar las características del tipo de aparato de Estado soviético, es el entorno mundial dentro del que se desarrolló.

La industrialización acelerada, que redujo las posibilidades de democracia y llevó a apretar los tornillos a fondo para lograr la capitalización precisa a ese fin, no fue una opción tomada libremente, por razones puramente internas. Venía impuesta en

gran medida por el cerco imperialista, por la amenaza de una guerra que no se concretó hasta el 41, pero que estuvo planeando permanentemente sobre la URSS. O industrializarse o sucumbir: éste era el dilema que la agresión fascista vino a confirmar.

A través de esa amenaza las potencias imperialistas, conscientemente o no, influyeron en todo el desenvolvimiento interno de la URSS. Forzaron un ritmo de acumulación e industrialización que habría de limitar obligadamente las medidas sociales e influir en el retraso de la agricultura; es decir, un ritmo que, en último término, dificultaba la alianza obrera y campesina y reducía la base de masas del sistema. A la vez favorecía la cristalización de un Estado situado por encima de la sociedad, en el que el aspecto coercitivo tomaba proporciones ingentes y propiciaba los excesos del período de Stalin.

Esta realidad confirmaba la imposibilidad de construir el *socialismo completo* en un solo país sin que este régimen triunfase también en una serie de países desarrollados.

En otra situación internacional el proceso de industrialización hubiera podido quizá ser más lento; las transformaciones sociales en la agricultura más pausadas, no perdiendo aliados, y las condiciones de existencia de las masas habrían podido mejorar más rápidamente, creándose así condiciones más favorables al florecimiento de la democracia de los trabajadores.

Las circunstancias mundiales forzaron la opción de los dirigentes soviéticos: transformar el nuevo Estado en una gran potencia militar. Sacrificar muchas cosas a ese objetivo. Esto dio también al Estado nacido de la revolución de Octubre, desarrollado después por Stalin y todavía hoy encerrado en ese dilema, rasgos específicos más propios a acentuar su carácter autoritario.

Ni siquiera la ruptura del cerco, al ampliarse, tras la segunda guerra mundial, el círculo de los países socialistas modificó esencialmente la situación. Los nuevos estados revolucionarios surgían también en países atrasados económicamente, con predominio agrario, que necesitaban industrializarse. El único que tenía un nivel capitalista moderno, Checoslovaquia, lo había logrado en completa dependencia de los países capitalistas de Occidente. Al perder los mercados, los capitales y las materias primas de éstos, Checoslovaquia no encontró un sustitutivo eficaz en el Este y no prosperó económicamente como lo hicieron los países capitalistas que en el 36 estaban a su nivel.

El modelo de Estado soviético fue extendido casi automáticamente a los nuevos países socialistas. Bajo la influencia de la política de Stalin, la «solidaridad» y «el internacionalismo» fueron aplicados de tal forma que la independencia de esos países fue vulnerada gravemente, como se reconoció después del XX

Congreso. En ellos *la variedad de formas* que había previsto Lenin para el paso al socialismo fue puramente *formal*. En 1968 la ocupación militar soviética de Checoslovaquia mostró por un lado la crisis que sufría ese país como consecuencia de la aplicación mecánica del modelo soviético y, por otro, el conservadurismo y la política de potencia que caracterizaban el sistema.

Es indudable que la carrera armamentista que hoy continúa en el mundo, a pesar de los resultados de la política de coexistencia, lleva objetivamente a acentuar los rasgos de fuerza del estado soviético. Que el mantenimiento de un nivel de potencia que permita contrarrestar la de los Estados Unidos, exige un esfuerzo financiero enorme, en detrimento del desarrollo social y económico. E incluso los aspectos positivos —por así decir— que puede tener la carrera armamentista en el desarrollo tecnológico, que en EE.UU. son extendidos y comercializados más rápidamente en otras ramas de la economía facilitando su desarrollo, en la Unión Soviética no tienen los mismos rápidos efectos de la rigidez de la planificación, la separación entre la industria de defensa y la industria civil y el fetichismo del sector militar.

Por otro lado, aún hoy los Estados imperialistas, y particularmente los EE.UU., están en situación si no de determinar, sí de influir buen número de decisiones soviéticas no sólo con la presión militar, sino, sobre todo, con las armas del comercio y de la tecnología.

Los discursos de Sonnenfeld y de Kissinger en una reunión de embajadores americanos, publicados por el Departamento de Estado, son significativos a este respecto.

Aunque en muchos aspectos imputan a las relaciones de la Unión Soviética con sus aliados características que son más propias a las de Estados Unidos con los suyos; aunque reconocen explícitamente los límites de la potencia americana, y que los EE.UU. no poseen hoy bastante poder para dominar los problemas de la nueva correlación de fuerzas en la arena mundial, hay otros juicios que, incuso desorbitados, tienen un fondo de verdad. Por ejemplo la apreciación de que la categoría de superpotencia a escala mundial de la URSS, tiene como principal soporte el poderío militar y que una política comercial americana hábil y de largo alcance puede influenciar la política soviética, dados los problemas de su economía y la de los otros países socialistas.

Los términos en que se plantea la confrontación mundial hoy no favorecen la transformación del Estado soviético en un Estado de la democracia obrera. Son términos de fuerza, términos que ponen en primera línea el papel del ejército y de los servicios que auxilian a éste; términos en los cuales se favorece la tendencia a afirmar la uniformidad más que a propiciar la discusión; a consolidar la autoridad antes que a desenvolver la democracia. Un Estado en que el ejército y los órganos de autoridad tienen un papel tan grande, aunque sea un estado sin capitalistas, aunque sostenga la lucha de los pueblos por su liberación, corre el peligro de considerar la potencia como su objetivo primordial. Tiende a convertir la ideología en un instrumento de la potencia. A ver los problemas de la lucha de clases, de la lucha de liberación, de la lucha por el socialismo, en escala mundial, como complementarios de su poder en la confrontación mundial en que se encuentra involucrado. A ver en el internacionalismo un complemento de su potencia y a instrumentalizarle.

Y en vez de reconocer los límites que su situación objetiva, las condiciones en que se ha desarrollado —y los errores y faltas propios— han impuesto a su transformación social, a la obra propia al socialismo de liberar a los trabajadores, y con ello de liberar al hombre de toda opresión, de toda alienación; en vez de reconocer cuanto queda aún en las estructuras de su Estado de ajeno al Estado de transición que previeron los fundadores del marxismo, de herencia del viejo Estado; es decir, en vez de reconocer que estamos sólo tratando de marchar hacia condiciones en que el socialismo puede expandirse porque la historia no ha permitido más, se pretende que nos hallemos ya en el socialismo pleno, incluso en la antesala del comunismo y que no hay otro socialismo posible que ése.

(pp. 206-213)

6

Las repercusiones de la bomba Carrillo

Era de esperar: la burocracia soviética no podía dejar sin respuesta la severa crítica de las estructuras de poder en la URSS y en las «democracias populares» que desarrolla Santiago Carrillo en *Eurocomunismo y Estado*. Lo que sorprende no es tanto la réplica como su violencia. Esta réplica figura en el n.º 26 (año 1977) del semanario «Tiempos Nuevos», publicado en Moscú en julio de 1977.

El artículo titulado «En contra de los intereses de la paz y del socialismo en Europa» acusa a Carrillo, en un revoltijo, a la vez de ayudar «a la estrategia escisionista del imperialismo y de la socialdemocracia internacional», oponiendo los partidos comunistas de los países capitalistas europeos a los partidos comunistas de los países socialistas; de «denigrar el socialismo real, es decir, a los países que han creado ya una sociedad nueva, y ante todo a la Unión Soviética»; de renunciar al «internacionalismo proletario, y ante todo a la amistad y a la solidaridad con la Unión Soviética y otros países del socialismo». El ataque culmina con la siguiente acusación:

«no cabe duda de que la interpretación del "eurocomunismo" realizada por Santiago Carrillo responde exclusivamente a los intereses del imperialismo, de las fuerzas de la agresión y de la reacción. Su puesta en práctica comportaría graves consecuencias, y los comunistas de los países del capital, incluida España, serían los primeros en sufrir las consecuencias. Finalmente, su puesta en práctica desembocaría en la escisión del movimiento comunista internacional, es decir, en el objetivo al que aspiran desde hace decenios las fuerzas imperialistas reaccionarias». (P. 11.)

Una calumnia manifiesta

No nos detengamos demasiado en el contenido «ideológico» de la respuesta del Kremlin. Puede infundir «respeto» su poderío militar y policíaco (tiene un peso real, eso es indiscutible). Pero el «poderío» de sus ideas es nulo. De hecho, más de cuatro decenios y medio de asfixia sistemática de todo debate público real político e ideológico en la URSS han producido, incluso entre los dirigentes de la burocracia y sus principales portavoces, una pobreza de ideas tal que llega casi a inspirar lástima.

Así pues, la «réplica» de «Tiempos Nuevos» a Santiago Carrillo es una mezcla de falsificaciones y de calumnias caracterizadas, y de inepcias que no ofrecen ni la semejanza a una respuesta a la argumentación del secretario general del PC español. Así, se acusa a Carrillo de querer crear un «agrupamiento aislado de los países del oeste europeo como «fuerza» opuesta, ante todo, a los estados socialistas». «Tiempos Nuevos» no ofrece ni la sombra de una prueba de esta acusación. A esta falsificación se suma una calumnia:

«Digamos, a propósito, que aún recientemente S. Carrillo aprobaba la idea de una adhesión de España a la OTAN. A la OTAN, es decir, a ese bloque de agresión cuyo objetivo esencial consiste en preparar la guerra contra la Unión Soviética y los países del socialismo.

En ese libro, este punto de vista más que extraño no vuelve a tomarse. Lo que en él se dice basta ampliamente (!). Ya que de él se desprende claramente que la idea principal (?) del autor es la "unión" de Europa occidental en base a una plataforma antisoviética. Nada tiene de sorprendente que esa clase de proyectos de S. Carrillo le valgan la aprobación de los ideólogos burgueses.

La idea de la creación de una "Europa unida", de una Europa "independiente de la URSS y de los EE.UU.", tiene aún otro aspecto. Es la idea de la escisión de las fuerzas democráticas y del movimiento comunista del continente en dos partes...

Ciertamente, no sólo el derecho, sino el deber de los partidos comunistas de Europa occidental de coordinar sus acciones se desprenden, aunque sólo fuera de eso, del hecho de que el capital del oeste europeo opera desde hace tiempo contra el movimiento obrero en un frente unido. Pero no vemos por qué, en nombre de esta coordinación, habría que renunciar a la cooperación con los partidos comunistas de los países socialistas, ni, además, "revisar los principios del internacionalismo".» (p. 11)

Leyendo atentamente el segundo párrafo, la calumnia salta a la vista: Carrillo *no defiende* la idea de una adhesión de España a la OTAN. Por el contrario, defiende implícitamente la idea *de una salida* de la OTAN de Francia e Italia. Esta salida ¿debilitaría o reforzaría al imperialismo? «Tiempos Nuevos» no responde a esta cuestión.

La mala fe de los portavoces del Kremlin adquiere una total evidencia cuando se sabe que los dirigentes del PC italiano predican abiertamente la permanencia de su país en la OTAN (posición que no defienden —¿todavía?— los dirigentes del PCF y del PCE). Sin embargo, Moscú no ataca a los apologistas de la OTAN, sino a aquél que predica —por cuánto tiempo, esa es otra cuestión— una Europa occidental «neutral» entre la URSS y los EE.UU. ¿Habría pues que deducir que la burocracia soviética prefiere la OTAN antes que una Europa «neutralista», que prefiere la presencia del gendarme imperialista americano en el continente europeo a su partida?

La falsificación va todavía más lejos. Carrillo no defiende en absoluto la idea de una «tercera fuerza» como sistema social ni capitalista ni socialista. Presenta, exactamente igual que todos los demás partidos comunistas de la Europa capitalista, incluidos aquellos que permanecen estrechamente infeudados a Moscú, como los de Alemania occidental, Austria, Dinamarca o Luxemburgo, la idea de una *etapa* de «democracia avanzada», de «alianza antimonopolista», como etapa de transición hacia el socialismo. Estamos en total desacuerdo con esta estrategia. Buena parte del presente libro está consagrada a la refutación de esta idea. Pero es evidente que no se puede predicar al mismo tiempo —como finge creer el Kremlin— la «vía democrática al socialismo», es decir, unas alianzas con la socialdemocracia y con los partidos burgueses llamados de izquierda, el respeto al proceso electoral, el mantenimiento de las instituciones parlamentarias, por un lado, y por otro el rechazo de un agrupamiento de los países de Europa occidental con exclusión de una integración en el COMECON y el Pacto de Varsovia. Porque ahí están los hechos: no sólo la inmensa mayoría del proletariado y de las masas trabajadoras de Europa occidental rechazan tal integración, *a la luz de lo que saben de la realidad política y económica de esos países,* sino que incluso la mayoría de los trabajadores y de los militantes comunistas la rechazan hoy.

Partiendo de ahí, la verdadera elección está entre el *statu quo* capitalista e imperialista en Europa occidental y la propuesta de una vía original, nueva, hacia el socialismo, adecuada a la tradición, la sensibilidad y las opciones políticas posibles del proletariado y de las masas trabajadoras de esos países. La única conclusión que puede extraerse de la torpe diatriba de «Tiempos Nuevos» es la de que el Kremlin acepta, en rigor, una coordinación defensiva del movimiento obrero occidental contra los «mo-

nopolios internacionales», *pero en el marco del mantenimiento del modo de producción capitalista*; pero no acepta una coordinación de los esfuerzos de los trabajadores de Europa occidental para desembarazarse del régimen capitalista por sus propios medios y siguiendo una vía que les conducirá efectivamente a este objetivo. En otros términos: prefiere una Europa occidental capitalista, prefiere el *satu quo* capitalista, a una Europa occidental que construyera el socialismo según un modelo original, diametralmente opuesto al modelo burocrático vigente en la URSS. Ya lo sabíamos. Agradecidos a los escribanos del Kremlin por haberlo confirmado una vez más.

El rechazo de una integración en el COMECON y en el Pacto de Varsovia por parte de la inmensa mayoría del proletariado de Europa occidental es el resultado de los crímenes de Stalin y de la burocracia soviética, del profundo descrédito que han arrojado sobre el «socialismo» al estilo de Moscú. Este descrédito es hoy un hecho objetivo en la lucha de clases en Europa y en todo el mundo.

Estamos convencidos de que la victoria de la revolución socialista en varios países clave de la Europa capitalista modificaría la situación de arriba abajo. Contrapondría el verdadero rostro del socialismo, radiante y atractivo, a la máscara repulsiva que la burocracia privilegiada y opresora de la URSS le ha puesto desde hace varios decenios. Una inmensa esperanza se levantaría de nuevo, tanto en el oeste como en el este, tanto en la URSS y en las «democracias populares» como en los Estados Unidos.

Una Europa occidental en la que reinaran el poder de los trabajadores y la economía socializada y planificadamente autogestionada, con pleno disfrute del pluralismo político y de las libertades individuales, no tendría ningún interés en separarse de los trabajadores de Europa oriental y de la URSS. Les ofrecería sin duda una alianza, pero sobre una base completamente nueva. Tomaría la ofensiva política para invitar a los trabajadores de la URSS a imitar su ejemplo. La perspectiva de unos Estados Unidos socialistas de Europa basados en un auténtico poder de los consejos obreros —soviets— desde el Atlántico hasta el Ural, y aún más allá, en todos los países que han abolido ya el capitalismo, será a su vez comprendida por las masas trabajadoras de esos países como una perspectiva de desembarazarse de la dictadura burocrática, de establecer también en sus países el mismo poder directo de los trabajadores, el mismo régimen de los «productores asociados», establecido en Europa occidental. Es comprensible que esta perspectiva no seduzca demasiado a la burocracia, de cuyo poder y privilegios señalaría el fin. Razón de más para preferir el *statu quo*, la presencia del

imperialismo americano en Europa, la supervivencia de los mismos imperialistas del oeste europeo...

Una respuesta excepcionalmente inepta

La mayor preocupación del Kremlin no es pues la estrategia eurocomunista. Es la «denigración» del sistema de poder vigente en la URSS y en las «democracias populares» en el libro de Santiago Carrillo. Ahora, bien, a la apretada argumentación de Santiago Carrillo, basada en un elevado número de datos empíricos y de análisis teóricos pertinentes —por insuficientes y, en parte, incoherentes que sean— «Tiempos Nuevos» no opone más que inepcias que no convencen a nadie. Júzguese por los siguientes extractos:

«Como dice Carrillo, la revolución de Octubre engendró un tipo de estado que, "sin ser burgués, no puede ser tampoco considerado como un Estado de democracia obrera en el que el proletariado organizado sea la clase dominante".

Se dice esto del país en que la clase obrera constituye la fuerza motriz de la sociedad, en el que asume, junto con el campesinado y la *intelligentsia*, toda la plenitud (sic) del poder. Del país en que la dirección del poder está asumida por más de la mitad de las personas pertenecientes a la clase obrera.» (p. 12)

Lo menos que puede decirse es que los sofismas son burdos. ¿Cuántos obreros que sigan activos en la producción *como obreros* figuran hoy en el consejo de ministros de la URSS o en el Comité Central del PCUS? Recordemos las recomendaciones del Testamento de Lenin de distinguir entre los obreros que permanecen prácticamente ligados a la producción y los miembros del *aparato* soviético de *origen* obrero a los que Lenin, ya en 1922, consideraba burocratizados hasta tal punto que no podían ya de ninguna manera frenar el proceso de burocratización del poder y del partido. Han pasado 55 años desde entonces. Saque cada cual sus conclusiones.

¿Dónde asume la clase obrera «la plenitud del poder»? ¿A nivel de empresa? ¿No pertenece en ella la «plenitud del poder» al director? ¿Hay acaso consejos obreros, soviets, elegidos democráticamente en las empresas y que las dirijan? ¿O se da éste al nivel de la economía nacional en su conjunto? ¿Se somete el plan a un derecho de control y de veto por parte de un congreso pansoviético de consejos de trabajadores elegidos democráticamente? ¿O al nivel político acaso? ¿Está el poder político en manos de los consejos de trabajadores —de un congreso de soviets— elegidos como lo fueron el primero, el segundo, el

tercero, el cuarto, el quinto, con libertad para todos los partidos soviéticos, con discusiones libres, con distintas plataformas de política interna, económica, internacional, entre las que puedan elegir libremente los trabajadores? Nadie se cree de veras que ésta sea hoy la situación del poder en la URSS.

Ha sido adoptada recientemente una nueva Constitución soviética, que, dicho sea de paso, no proclama en absoluto que el proletariado «asuma plenamente todo el poder político», o que el estado soviético sea «la clase obrera constituida en clase dominante». Con ocasión de la adopción solemne de esta Constitución en la sesión del Soviet Supremo del 4 de octubre de 1977, Leonid Brezhnev declaró que la «comisión constitucional» presidida por él había recibido aproximadamente 350.000 propuestas de enmienda al proyecto de Constitución. Se aceptaron 111. («Le Monde», 5 de octubre de 1977.) Las demás fueron recortadas o rechazadas... por la comisión constitucional compuesta por unas pocas personas.

¿Por qué la clase obrera «que asume plenamente el poder» en la URSS no tiene ni siquiera el derecho de conocer esas decenas de millares de enmiendas rechazadas? ¿Por qué no se publican? ¿Por qué no se someten a debates públicos y contradictorios? ¿Por qué los trabajadores no han tenido el derecho de pronunciarse, por votación, a favor o en contra de determinadas enmiendas? ¡Extraña «soberanía política» la que no incluye ni siquiera el derecho a decidir democráticamente el texto de la Constitución!

En el mismo discurso, Brezhnev subrayó el hecho de que «cerca de ciento cuarenta millones de personas, o sea, las cuatro quintas partes de la población adulta del país», habían tomado parte en la «discusión nacional» en torno a la Constitución. Un tal debate, afirmó el señor Brezhnev, demuestra que «el poder de los soviets ha resuelto el problema de la desconfianza de las masas hacia todo lo que proviene del Estado.» («Le Monde», 5 de octubre de 1977.)

Tanto él mismo como otros portavoces de la dirección del PCUS y del gobierno subrayaron «la cohesión incomparable» del pueblo soviético, que no conoce ya ni clases antagónicas ni contradicciones sociales profundas.

Sin embargo, los dirigentes soviéticos siguen afirmando, el mismo tiempo, que un «puñado de disidentes», todos ellos, por lo demás, más o menos «a sueldo del enemigo extranjero», constituyen una amenaza real para la sociedad soviética. Concederles el derecho de expresión y de prensa sería incurrir en el peligro de «extender la subversión contrarrevolucionaria». Ya se ve hasta qué punto son ridículas y contradictorias estas tesis. Cuando el proletariado soviético era todavía una minoría en la

URSS, el poder de los soviets —¡incluso en plena guerra civil!— pudo darse el lujo de tener debates públicos encendidos, una prensa de oposición (que existió en la URSS hasta 1921), y debates políticos en el seno del partido gubernamental (incluyendo debates públicos por lo menos hasta 1926).

Países capitalistas desgarrados entre clases antagónicas, y cuyo poder sólo descansa en una minoría socialmente privilegiada y explotadora, se permitieron el lujo de dejar escribir y hablar libremente a adversarios de su orden social tan irreconciliables y subversivos como Marx, Engels, Lenin, Rosa Luxemburg, Trotsky. Y en cambio la Unión Soviética, donde el proletariado constituye hoy la inmensa mayoría de la población activa, que es, según parece, la «sociedad más homogénea y unida socialmente» de la que se tenga noticia, donde «el ochenta por ciento de la población adulta participa activamente en la vida política para apoyar al estado», semejante sociedad, ultraestabilizada, ¡tiembla de miedo ante la libertad de expresión de «un puñado de renegados!» ¿Quién puede dar crédito a un cuento semejante?

¿No resulta evidente que si en la URSS, en la práctica, no hay libertad de prensa, ni posibilidad para cualquier grupo de ciudadanos de tener libre acceso a los medios de comunicación, de expresar sus opiniones y orientaciones políticas divergentes de las del gobierno, no es en función de la «amenaza» que supondría «un puñado de renegados y de espías» (amenaza que sería prácticamente nula en una sociedad realmente socialista), sino en función de la amenaza real que ese libre acceso *por parte de los trabajadores* representaría para el monopolio del poder de la burocracia?

Brezhnev reveló, de pasada, que entre las enmiendas rechazadas había una referente a la igualación de los salarios. Lanzamos un desafío a la burocracia: en todos los países imperialistas hay un debate público —sobre todo en las organizaciones sindicales, pero también en la prensa diaria— sobre el abanico de los salarios. ¿Cuándo se dará ese debate en la prensa soviética? ¿A quién se imaginan que puede hacer creer que en la URSS todo el mundo acepta como cosa legítima la enorme desigualdad que existe tanto en las remuneraciones monetarias como en las «ventajas en especie» de que gozan los privilegiados y no las masas? ¿Se atreven Brezhnev y Cía. a comprometerse a esto ante los trabajadores? ¿Se atreverán a hacer que los obreros voten, en referéndum, a favor o en contra de la reducción a la mitad, o al tercio, del actual abanico de remuneraciones, incluyendo al personal dirigente del estado, del partido y del ejército? Si no se atreven, ¿no demuestra eso mejor que mil páginas que Carrillo tiene razón cuando subraya que la clase obrera no ejerce el poder político en la URSS?

Reacciones ante la réplica

¿Qué objetivos persigue el Kremlin con esta excomunión pública de Santiago Carrillo? Para poner freno a la escalada de la crítica de las estructuras de poder en la URSS por parte de los eurocomunistas, la burocracia ha intentado, verosímilmente, dividir a la dirección del PCE —oponiendo a los nostálgicos del stalinismo, en primer lugar a Dolores Ibarruri, a Santiago Carrillo [1]— y dividir a los partidos eurocomunistas entre sí, con la esperanza de que el PCI, y sobre todo el PCF, llamen a Carrillo a la moderación y se desolidaricen más o menos de él.

No han logrado este objetivo. El cálculo era torpe. La burocracia soviética subestima la lógica interna de la evolución de los eurocomunistas, lógica que, por evidentes razones políticas, comporta una serie de elementos irreversibles. Aparte del hecho de que las direcciones del PCI y del PCF no tienen el menor deseo de aprobar una vez más ninguna excomunión, sea cual sea,[2] tampoco pueden permitirse, políticamente, en el marco de sus proyectos en curso, dar la impresión de ceder ante una presión del Kremlin.

La reacción ha sido muy seca. no sólo en Madrid, sino también en París y en Roma. El PCI y el PCF se han solidarizado, en líneas generales, no con «Tiempos Nuevos», sino con Santiago Carrillo. Y la dirección del PCE, incluida la Pasionaria, se ha solidarizado con su secretario general. Un nuevo fracaso, pues, para el Kremlin, que, por primera vez, no consigue poner en cintura no ya a la dirección de un PC que ejerce el poder estatal (como en el caso del PC yugoslavo y el PC chino), sino a la dirección de un PC que opera en un país capitalista.

Pero el boomerang ha golpeado más fuerte todavía. El ataque contra Santiago Carrillo no ha provocado la unanimidad que hubiera podido suponerse ni siquiera entre los PC en el poder de las «democracias populares». Desde los «incondicionales» búlgaros y alemanes orientales hasta los rumanos, francamente desaprobadores, hubo reacciones distintas casi en todos los partidos, incluyendo reacciones sucesivas distintas de un mismo partido, como en el caso del partido húngaro.[3]

El Kremlin tuvo pues que dar un paso atrás, publicando, en el número 28 de «Tiempos Nuevos», una precisión rectificando un poco su ángulo de tiro. El ataque contra Santiago Carrillo sigue siendo duro, desde luego, como puede verse por el siguiente pasaje:

«Durante muchos años, aunque Carrillo haya publicado escritos antisoviéticos, nadie lo había criticado públicamente en la URSS. Los soviéticos tomaban en cuenta que en España subsistía el régimen franquista, que en ese país se desarrollaba una lucha intensa por la liquidación de los restos del fascismo. Y no ha sido sino hasta ahora, cuando el PCE está legalizado y milita a la luz del día, cuando han sido celebradas en el país las elecciones legislativas y Carrillo ha publicado un libro con un espíritu más hostil, que "Tiempos Nuevos" ha hecho una crítica de las palabras de Carrillo.

...Hace años que Carrillo desarrolla una campaña sin disimulo y brutal contra la Unión Soviética y el PCUS, sin tomar en absoluto en cuenta que en el curso de todos estos años la Unión Soviética ha llevado una lucha intensa contra el imperialismo, en favor de la paz en el mundo entero... Desde hace prácticamente tres o cuatro años, no hay vez que Carrillo tome la palabra sin acusar a la Unión Soviética, al PCUS, a los comunistas (?) y, en general, a los soviéticos (?) de toda clase de pecados. Durante estos últimos tiempos (entrevista en "Der Spiegel"), *se dedica a hacer llamamientos para combatir el orden de cosas existente en nuestro país.*» (pp. 16-17. La cursiva es nuestra.)

El retroceso consistente en separar más claramente la crítica de «las concepciones y opiniones *de política exterior*» contenidas en el libro de Santiago Carrillo de la orientación estratégica y táctica del PCE, es decir, de los eurocomunistas. Para evitar, con ocasión de esto, un ataque conjunto del PCI, el PCF y el PCE, «Tiempos Nuevos» se ve obligado a precisar: no había, en el artículo publicado en el número 26, ninguna crítica contra la estrategia y la táctica del PCE. «Subraya una vez más que la estrategia y la táctica de los partidos hermanos son de la competencia interior de esos partidos, los cuales las determinan con total independencia.» En otros términos: podemos digerir y aceptar fácilmente todos los excesos «derechistas» del euroco-

1. No debe olvidarse que el Kremlin había ya intentado, hace algunos años, suscitar una disidencia anti-Carrillo en el seno del PCE, en torno al ex general Lister. Este PCE disidente no ha llegado a superar las dimensiones de un grupúsculo insignificante.

2. "Tiempos Nuevos" tuvo el descaro de escribir, en su número 28 (julio de 1977): "Fiel a los principios de sus Congresos XX a XXV, el PCUS nunca (!) ha organizado, y sigue sin organizar, ninguna campaña contra partidos hermanos, no "excomulga" a nadie del movimiento comunista, ni podría plantearse semejante objetivo por contrario a sus principios". ¡Qué cara más dura! ¿El PCUS no ha excomulgado nunca a un partido hermano? ¿Y la excomunión del PC yugoslavo? Pero, por lo menos, ¿quizá no ha excomulgado a ningún partido hermano desde el XX congreso? Pero ¿y la excomunión del PC chino?

3. Sobre las reacciones de los distintos PC de Europa oriental ante el artículo de "Tiempos Nuevos", véase Guy Desolre en "Inprecor" n.º 12, nueva serie, septiembre de 1977.

munismo. Pero lo que no podemos admitir son críticas públicas al régimen político de la URSS y de las «democracias populares», y menos «llamamientos a combatir el orden de cosas existente» en la URSS, es decir, llamamientos a la revolución política.

Decimos: llamamientos a la revolución *política*. Porque acusar a Carrillo, como hacen algunos, de querer «combatir» el orden de cosas *socioeconómico* de la URSS, es decir, de ser portavoz de una fracción de la burocracia favorable a la restauración del capitalismo, o incluso de ser portavoz del imperialismo, responde a una irresponsabilidad frívola y preñada de graves consecuencias.

No sólo es una acusación calumniadora, desprovista de cualquier prueba tangible. Desemboca además, inevitablemente, para cualquiera que desee conservar las bases sociológicas surgidas de la revolución de Octubre, en la conclusión de que hay que otorgar un apoyo crítico ...a Brezhnev contra Carrillo. Pero entonces, ¿por qué no a Brezhnev contra Dubcek y Cía., que no eran políticamente menos «liberales» que Carrillo, y que apoyan, por lo demás, con todas sus fuerzas, la orientación eurocomunista? ¿Habrá que justificar *a posteriori* la intervención militar en la República Socialista Chevoslovaca? He ahí qué caja de Pandora se abre cuando se entra en esta vía, una vía muerta para toda corriente revolucionaria proletaria antiburocrática y antistalinista.

Lo que confirman espectacularmente las repercusiones de la bomba Carrillo es que el conflicto entre el Kremlin y las direcciones eurocomunistas no está referido a las concesiones de estas direcciones a su propia burguesía en materia ideológica o económica, en el terreno de la política interna. No está referido tampoco a la actitud más o menos conciliadora respecto a la OTAN. Está referido eclusivamente a las críticas públicas, gradualmente cada vez más amplias, de los teóricos y dirigentes eurocomunistas en relación a la dictadura burocrática en la URSS y a los atentados contra las libertades democráticas de las amplias masas, que allí son norma. Estas críticas irritan, enervan, exasperan al Kremlin porque estimulan corrientes contestatarias no sólo en el seno de la sociedad, sino también en el seno de los partidos comunistas de la URSS y de las «democracias populares».

Pero el Kremlin no dispone de ningún medio eficaz para ahogar esas críticas. No dispone de otro recurso que una política de réplicas verbales y de presiones secretas, desembocando en un *modus vivendi* constantemente cuestionado, pero constantemente restablecido. Ya que una ruptura abierta comportaría para él unas consecuencias todavía más desastrosas que los alfilerazos que tiene que soportar actualmente de los «partidos hermanos».[4]

Un incidente, pequeño pero significativo, ha subrayado hace poco una vez más esta dinámica. En la Feria Internacional del Libro de otoño de 1977, en Moscú, los editores extranjeros se vieron censurados, obligándoseles a retirar de sus *stands* determinados libros considerados «pornográficos» o «exaltadores de la guerra y el racismo». Entre los libros retirados del *stand* del editor italiano Einaudi se encontraba *Literatura y revolución*, de Trotsky, verdadero prototipo de «pornografía y exaltación del racismo y de la guerra». También fueron retiradas obras de los autores rusos disidentes Soljenitsyn y Bulgakov.

Cuando el director de la colección de la editorial Einaudi en la que se publicaron estas obras pidió inocentemente un visado para entrar en la URSS, este visado le fue negado, en aplicación, naturalmente, de los acuerdos de Helsinki. ¡Pero resulta que el director de esa colección es el profesor Strada, miembro del PCI desde hace 32 años! «L'Unità», órgano del PCI, reaccionó secamente, en un artículo titulado «Un gesto que deja estupefacto»:

«Hemos expresado, como periódico y como partido, nuestra porfunda desaprobación por la negativa de visado al camarada Strada. Tras la noticia de la incautación [de los libros], no podemos sino reafirmar nuestro juicio negativo ante gestos que contradicen claramente los principios democráticos.»

El profesor Strada obtuvo finalmente, a pesar de todo, su visado. Pero el enviado especial de «L'Humanité» al proceso de cuatro opositores checoslovacos, el 17 de octubre de 1977, se encontró a su vez con una denegación de visado, lo cual provocó una vehemente protesta del diario del PCF. El editorialista de «L'Humanité», René Andrieu, critica en ese diario, el 19 de octubre de 1977, el veredicto de ese proceso en términos nada ambiguos:

«Aunque esta vez el fiscal no haya hecho alusión a la Carta, está claro que los cuatro intelectuales procesados ante el tribunal de Praga se han visto golpeados por haber expresado opiniones no conformes con la política de los dirigentes actuales de Checoslovaquia. Si se nos objeta que han violado la ley al difundir en el extranjero folletos considerados en Praga como subversivos, diremos que es realmente urgente cambiar esta ley. En cualquier caso, que no se cuente con nosotros para avalar,

4. Ver sobre esto el artículo de Ch. A. Udry y Ch. Michaloux: "Les Eurocommunistes et le Kremlin face aux temps nouveaux" (Los eurocomunistas y el Kremlin ante los nuevos tiempos) en "Inprecor", nueva serie, n.º 11, 21 de julio de 1977.

aunque sólo fuera con nuestro silencio, lo que aparece claramente a nuestros ojos como una negación de justicia...»

Es sabido que «Pravda» censuró el discuro del delegado de la CGT en el último congreso de sindicatos por haber afirmado que el socialismo y la libertad son inseparables.

Esta dialéctica seguirá operando. Debe favorecer el renacimiento de una oposición comunista en la URSS y en las «democracias populares». Favorece objetivamente el proceso hacia la revolución política antiburocrática en esos países, revolución que consolidará sus bases socioeconómicas no capitalistas.

7

«La solución de recambio» de Rudolf Bahro

La solución de recambio, de Rudolf Bahro, es la obra teórica más importante que nos haya llegado de los países en que ha sido abolido el capitalismo desde *La revolución traicionada* de Trotsky. Partiendo de la endeble *Nueva clase* de Milovan Djilas, y pasando por la *Carta abierta* de Kuron y Modzelewski, el escrito sobre la burocracia del ex primer ministro húngaro Hegedus, los libros de los comunistas «liberales» checoslovacos y yugoslavos, las obras del polaco Bruz y *La historia juzgará* de Roy Medvedev, la progresión hacia Rudolf Bahro es evidente y sorprendente.[1]

La obra de Rudolf Bahro se encuentra en la encrucijada de tres líneas de pensamiento y de acción de nuestra época. Su tejido reúne hilos de tres orígenes diversos. Está, ante todo, la experiencia práctica de los movimientos antiburocráticos, inmensamente más densa que a principios de los años 50. El aliento de la Primavera de Praga y el de la rebelión de los obreros polacos del Báltico se siente en el análisis de Bahro. Están, luego, los progresos y las contradicciones del pensamiento marxista internacional en el curso de los últimos veinte años. En la obra de Bahro resuenan los ecos de la polémica entre los stalinistas y los comunistas yugoslavos, de la polémica chino-soviética, del pensamiento marxista revolucionario occidental en pleno auge, sobre todo, desde mayo del 68, de los debates internacionales entre marxistas sobre la «naturaleza de la URSS», de los debates

1. Rudolf Bahro: *"Die Alternative"—(Zur Kritik des real existieren den Sozialismus)*. Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1977.

en torno al eurocomunismo. Finalmente, Bahro es también producto de la tradición teórica alemana, debilitada, pero no muerta, por la suerte trágica del movimiento alemán en el curso de los últimos 45 años, con su asfixia por Hitler y Stalin en primer lugar, su lucha contra la segunda oleada asfixiante del díptico integración-represión en el oeste, y la esclerosis represiva de la burocracia en el este.

Este es quizá el primer dato importante y reconfortante que debe extraerse de la aparición de esta obra sorprendente: la tradición teórica marxista alemana está renaciendo en la RDA. Podemos estar seguros de que los ecos de este renacer se escucharán largo tiempo. Alegrarán enormemente a los adversarios de la explotación y de la opresión del hombre por el hombre en todas sus formas. Provocarán llantos y rechinar de dientes en muchos medios, incluyendo a algunos de inesperados.

Es precisamente la sólida raigambre teórica de Bahro en la mejor tradición del marxismo —del mismo Marx, de todo Marx, y no tan sólo de sus obras económicas— lo que da a *La solución de recambio* una dimensión histórica casi «universal», en cuyo encanto todo marxista, todo revolucionario, incluso todo humanista acaba por quedar atrapado, aunque, con la presencia del espíritu crítico, vaya surgiendo la duda en distintos momentos.

Bahro no sucumbe al peligro de no ver el bosque a fuerza de contemplar los árboles. «Generalmente, el diablo no se esconde en los detalles», escribe, no sin razón. El problema fundamental es lo que le interesa ante todo. Puesto que, a pesar del derrocamiento del capitalismo, las sociedades de la URSS, de la RDA, de China, de Yugoslavia, manifiestamente no han realizado la igualdad social entre los hombres, puesto que no nos encontramos ante sociedades sin clases ni estratificación coercitiva, se plantean dos preguntas esenciales: ¿es una utopía la llegada a la sociedad sin clases? Si no, ¿por qué razones no ha salido todavía a la luz del día en los países del Este?

Como buen marxista, Bahro responde con un «no» categórico a la primera pregunta. Y su respuesta a la segunda se dirige efectivamente hacia la raíz del mal.

La raíz del mal

Para Bahro, la fuente última de la desigualdad social es la división social del trabajo, que coagula a una parte de la sociedad en tareas específicas ligadas a la reproducción de la vida material para la sociedad en su conjunto —noción más amplia que la de trabajo manual. (El trabajo no manual puede ser tan

repetitivo y alienante como el trabajo de un peón.) Esta organización del trabajo permite tan sólo a una minoría acceder a las actividades que, por analogía con Hegel y Marx, Bahro designa como «trabajo general» («die allgemeine Arbeit», por oposición con el trabajo específico), es decir, una actividad que permita el desarrollo de toda la personalidad humana.

Bahro utiliza a este respecto dos conceptos, el de «trabajo síquicamente productivo» y el de trabajo «síquicamente improductivo», conceptos que de entrada puedan parecer «idealistas», pero que en realidad son profundamente materialistas.

Integrando, además, en su estudio, una dimensión esencial del materialismo histórico, la de la inextricable unidad «producción-comunicación» en la actividad *social* de los hombres, Bahro demuestra que toda división social del trabajo viene acompañada inevitablemente por un acceso diferenciado a las informaciones, unas informaciones tan sólo fragmentarias, específicas, limitadas, para los «productores» en el sentido restringido del término, unas informaciones generales, caad vez más universales, para los que se reservan el «trabajo general».

Estos dos sistemas de información, paralelos a las dos actividades sociales fundamentales, generan dos sistemas de educación de los niños a partir de la primera eclosión de la inteligencia, asfixiando la de los hijos de los trabajadores, estimulando la de los hijos de los privilegiados, lo cual contribuye poderosamente a la reproducción de la actividad social (aunque Bahro comprende perfectamente que no hay que generalizar este fenómeno ni atribuirle una importancia decisiva. Las clases dominantes disponen de mecanismos institucionales y económicos para reproducir la desigualdad, y el fenómeno subrayado debe simplemente *sumarse* a ellos).

Partiendo de ahí, el aumento de las fuerzas productivas realizado por la revolución industrial y el capitalismo en el siglo XIX, luego la abolición de la propiedad privada burguesa, no son más que condiciones previas indispensables, pero en absoluto suficientes, para el advenifiento de la sociedad socialista. Esta última exige, además de un sobreproducto social lo bastante amplio para destruir la base material que antes hacía inevitable la existencia de clases dominantes privilegiadas, un esfuerzo sistemático y deliberado por la abolición de la división social del trabajo. Si ésta se mantiene o incluso se osifica —lo cual es evidentemente el caso en los países del Este —la sociedad se paralizará a medio camino entre la sociedad de clases y la sociedad sin clases. La raíz del mal, la significación histórica de la dictadura burocrática, es el conjunto de los mecanismos e instituciones postcapitalistas que mantienen *el monopolio de administración y de gestión* en todas las esferas de

la vida social, el monopolio del «trabajo general», *entre las manos de una minoría privilegiada.*

Bahro invierte pues los ligámenes entre los privilegios materiales y el monopolio del acceso a las funciones de gestión y administración, ligámenes que los marxistas mecanicistas se sienten tentados de establecer de forma general, independientemente de la especificidad de las circunstancias históricas. Incluso se esfuerza en operar una «inversión» paralela en el momento de comparar las condiciones *de emergencia* de una primera clase dominante en el seno de la sociedad sin clases en descomposición (nosotros hablaríamos de la fase de transición entre la sociedad sin clases y la sociedad clasista) con las condiciones *de desaparición* de la desigualdad social en el seno de la sociedad postcapitalista (nosotros hablaríamos de la fase de transición de la sociedad capitalista a la sociedad socialista). No son los privilegios los que producen el monopolio, sino el monopolio el que segrega los privilegios. Creemos que tiene toda la razón en este punto, no haciendo más que repetir, respecto a esto, lo que Rakovski, Trotsky y otros dirigentes bolcheviques, de los que manifiestamente no ha leído todas las obras, habían repetido incesantemente en el curso de los años 20 y 30. No fue porque quisieran defender los privilegios materiales ya adquiridos que los detentores del aparato staliniano «conspiraron» para expropiar políticamente al proletariado. Fue porque habían expropiado políticamente a la clase obrera, eliminando así toda posibilidad de control de masas sobre el modo de distribución, que pudieron apropiarse poco a poco de privilegios materiales cada vez más exorbitantes y que terminaron por crear instituciones que permitieran conservar y reproducir tanto el monopolio del poder como los privilegios.

Una brillante condena de la burocracia

Aquí es donde se manifiesta con particular brillantez la superioridad de Rudolf Bahro respecto a la mayoría de los teóricos marxistas «revisionistas» en relación a la naturaleza de la URSS. Bahro rechaza tanto la tesis del «capitalismo de estado» como la de la «nueva clase». Vuelve a la concepción leninista inicial, según la cual hay que distinguir tres fases en la sociedad postcapitalista: la fase de transición, la fase socialista (primera etapa del comunismo) y la fase comunista. Para él, la URSS, la RDA y los demás países del «campo socialista» se encuentran todos aún en la primera fase, la fase de transición, que Bahro describe, con un término un poquillo «sabio», como «protosocialista» (después del capitalismo, pero antes del socialismo).

No queramos hilar muy fino: en lo esencial, esta es la misma tesis que la defendida contra viento y marea por los marxistas revolucionarios. El que Bahro haya llegado a ella pese a su manifiesto aislamiento, pese a un insuficiente acceso a los ricos debates sobre el tema en Occidente y en los medios opositores de los países del Este, es algo que refleja una vez más las sorprendentes capacidades de este teórico marxista de excepcional talento.

La cuestión de un análisis crítico científico de la naturaleza de la burocracia y de su articulación precisa con el sistema postcapitalista tal como funciona en los países del Este está estrechamente vinculada con una definición correcta de la naturaleza social (socioeconómica) de esos países. Aunque la fórmula, tan del gusto de los stalinistas de todo pelaje de los países del Este («el socialismo real»), figure en el subtítulo de la obra, Bahro ataca poderosamente esta tesis. También en este caso regresa a las fuentes del pensamiento marxista.

Un «socialismo» con producción mercantil y economía monetaria, con remuneración «en función de la cantidad *y la calidad*» del trabajo de cada cual (Bahro cita al respecto el célebre pasaje del *Anti-Dühring* de Engels que proclama exactamente lo contrario) y con desigualdades sociales políticas crecientes y monstruosas, está en las antípodas de todo lo que la tradición marxista presentaba como socialista. Se puede, claro está, modificar cualquier definición a voluntad. Puede llamarse «silla» a un mueble en el que se ponen los platos para comer, o «cama» a un mueble que sirve para poner encima los pies cuando se está sentado ante el fuego o ante la televisión. Pero entonces hay que admitir al menos que la sociedad que existe hoy «realmente» en la URSS, en China, en Yugoslavia, *no es* (o todavía no) la sociedad de los «productores libremente asociados» descrita (¡demasiado brevemente, por desgracia!) por Marx y Engels.

Nada tiene de «moralizador», de «normativo» o de «idealista» oponer *una definición surgida de un análisis científico de unas estructuras sociales* (y no de axiomas éticos) a una realidad que no se le corresponde. De la misma forma podría condenarse como «moralizadores» o «normativistas» a los historiadores marxistas que explican, justificadamente, que, a pesar de su inserción progresiva en el mercado mundial capitalista, ni la China, ni el Irán, ni la Etiopía de la segunda mitad del siglo XIX estaban caracterizadas por relaciones de producción capitalistas. El pensamiento deriva de la ciencia al idealismo moralizador no cuando *constata* esta diferencia —que es manifiesta—, sino cuando *se contenta* con condenarla, sin explicar su origen ni buscar las vías para superarla en la realidad.

La definición del lugar exacto de la burocracia en la sociedad postcapitalista (y «protosocialista») *de hoy* representa una de las partes más logradas y atractivas de la obra de Bahro. El análisis es riguroso, pero la condena es brillante. Podrían citarse innumerables fórmulas:

«La función histórica del aparato post-staliniano reside en el esfuerzo por impedir a los pueblos de Europa oriental progresar hacia el socialismo.» (P. 402.) «El reemplazo de la dictadura de la burocracia política es una necesidad socioeconómica.» (P. 386.) «Aquello de lo que padece la Unión Soviética... son las fechorías de la gente del aparato y de los «superiores» (natchalniki), en quienes el viejo patriarcado de los países campesinos y el nuevo patriarcado del despotismo industrial se han amalgamado con la disciplina del Partido, congelada en una especie de obediencia religiosa.» (P. 267.) «Así como nuestra ciencia pedagógica ha redescubierto la conspiración tradicional de las autoridades contra la autonomía y la imaginación de los niños, bajo la forma del "colectivo unificado de educadores", la educación política habla al pueblo, hasta el último conserje, *con una sola voz*: "Os educaremos para que sigáis ignorantes" (Reiner Kunze). «La conciencia de las masas "aumenta" junto con el grado de su conformismo demostrativo.» (P. 356.)

«El despilfarro y la penuria de recursos materiales andan codo a codo [en la planificación burocrática].» (P. 183.) «Hay que darle las gracias a Eduard Gierek por la honestidad con que ha resumido el problema de nuestras sociedades después de la crisis polaca de diciembre, atando los dos cabos del problema: vosotros trabajaréis bien y nosotros gobernaremos bien.» (P. 207.)

«La forma burocrático-centralista de la planificación, en que la cúspide sólo recibe desde abajo, preferentemente, informaciones pasivas sobre los hechos y «preguntas», mientras que transmite hacia abajo informaciones activas sobre lo que debe producirse, determina los mecanismos por medio de los cuales se dan «instrucciones» a los individuos. En principio, los individuos no tienen por qué investigar las tareas, estudiar los problemas, buscar su solución; tan sólo reciben instrucciones para hacer esto o aquello. Los medios se reparten, en función de este método, de acuerdo con un sistema de balances que se reducen cada vez más al racionamiento de lo estrictamente necesario.» (P. 252.) Es necesario «trazar sin piedad la línea de demarcación entre la lealtad a la base no capitalista y la lealtad a su superestructura anticuada.» (P. 411.)

«Dado el carácter de nuestra superestructura, se ha convertido en regla el que los materiales explosivos acumulados desde hace tiempo estallen «bruscamente», porque las contradicciones que se agravan no encuentran órganos en los que puedan articularse a tiempo. Incluso en la República Socialista Checoslovaca, en la que podían preverse muchas cosas en 1966-67, el ritmo, la amplitud y la profundidad de las transformaciones sorprendió a todo el mundo.» (P. 397.) «Las posibilidades de actividad opositora han aumentado considerablemente en estos últimos tiempos.» (P. 395.) «De lo que se trata es de desarrollar un modelo socialista como solución de recambio [al modelo existente], de manera totalmente pública, sin conspiración.» (pp. 359-405.)

Sobre los vínculos específicos que determinan el lugar de la clase obrera y de la burocracia en el sistema económico, Bahro aporta precisiones que confirman, generalmente, el análisis marxista revolucionario y desmienten distintas hipótesis propuestas perentoriamente por teóricos llamados «revisionistas». Por ejemplo, subraya (como hemos hecho nosotros en distintas ocasiones) que no sólo la intensidad, sino también la disciplina del trabajo son *inferiores* en el Este respecto al modo de producción capitalista, precisamente porque en el Este funciona, a grandes rasgos, un sistema generalizado de «derecho al trabajo» y de garantía de un mínimo vital por parte del estado (pp. 243-245). «Desde el punto de vista de la economía política, los obreros... tienen mayores posibilidades de chantajear a la sociedad en su conjunto que los sindicatos en el seno del modo de producción capitalista. Y, en contra de las apariencias, explotan esta posibilidad, pero sólo pueden hacerlo de manera improductiva, reduciendo el esfuerzo. Esto es menos aplicable a las capas inferiores, y menos que a nadie a las mujeres, que proporcionan la parte del león del trabajo a destajo. Pero la mayoría de los obreros cualificados determinan el ritmo de trabajo de sus propias empresas por su propio consenso...» (p. 245).

Se ha tenido pues que sustituir la iniciativa creadora de las masas, ausente por razones sociales y políticas, por la «participación material», de los burócratas, como motor principal de la realización del plan. Pero esta «participación material de los burócratas», orientada exclusivamente hacia la búsqueda de las *condiciones* de realización del plan (p. 260), gira cada vez más en el vacío. Al estar *predeterminada* la estructura del plan, y al faltar constantemente reservas, se desencadena la «competencia interburocrática», no con el objetivo de aumentar la racionalidad económica, sino con el de conquistar mejores posiciones de poder político y administratvo, únco medio de lograr un mejor acceso a los recursos materiales (p. 261). «El burócrata individual puede ser un filósofo, pero el aparato burocrático como filósofo colectivo es algo imposible.» (P. 258.) «El bu-

rocratismo, como forma predominante de organización de la gestión y del trabajo, produce un tipo humano específico, caracterizado por la mediocridad conservadora.» (P. 265.) Bahro, readoptando una fórmula del ex primer ministro staliniano Hegedus, concluye: «El sistema burocrático es el de la irresponsabilidad organizada» (p. 134).

El contenido social de la revolución política

Algunas de las citas que acabamos de hacer podrían dar la impresión de que, para Bahro, la revolución necesaria en los estados obreros burocratizados se limitaría a la esfera de la superestructura. Nada de eso. También en este plano, Bahro permanece en el marco de la más acrisolada ortodoxia marxista. Aunque se pronuncia, justificadamente, a favor del mantenimiento y de la consolidación de la base no capitalista de esos estados, percibe, precisamente en función de su análisis marxista «globalizador», que la revolución pendiente operará transformaciones radicales tanto en la esfera de la infraestructura como en la de la superestructura, y que, sobre todo, cambiará de arriba abajo la mediación entre ambas.

En este plano, la contribución de Bahro es fértil e impresionante aun cuando, a fin de cuentas, resulta menos original de lo que parecía a primera vista. Lo que más llama la atención en sus análisis programáticos —la famosa «solución de recambio» que da título a la obra— es su estrecho parentesco con la imagen del «socialismo que queremos», elaborada por los marxistas revolucionarios en los países industriales avanzados. Júzguese por los puntos esenciales de esta «solución de recambio»:

1. Generalización de un sistema de autogestión y de autoadministración concebido como un proceso que cubre *el conjunto* de los aspectos de la reproducción (p. 523) y estructurado en una federación de comunas basada (aunque eso no queda muy claro) en los consejos (Räte) (pp. 528 a 531).

2. Una lucha radical contra la división vertical del trabajo, lucha que tiene su eje en dos frentes principales: la reducción radical de la duración del trabajo mecánico y repetitivo (del trabajo «síquicamente improductivo»), en particular mediante la reintroducción masiva de los funcionarios en el trabajo industrial y en los servicios (comercio, transportes) durante una serie de horas por semana (Bahro expone la siguiente (¡y significativa!) estructura social de la RDA: 3 millones de trabajadores en la producción; un millón de cuadros universitarios y de escuelas profesionales superiores; 4 millones (sic) de funcionarios) (p. 504); generalización de la enseñanza superior, universitaria y parauniversitaria, es decir, extensión de la enseñanza obligatoria hasta los 23 años (pp. 334-335).[2]

3. Cambio general del cálculo de los objetivos y ralizaciones del plan, debiendo hacerse en horas de trabajo en vez del cálculo en precio, con el objeto de hacer más transparente la división del producto social entre fondo de consumo y fondo de acumulación, así como las distintas fracciones de esos fondos (pp. 517 a 520). Bahro establece también, de forma chocante, la evidente correlación entre ese cálculo del plan en cantidades de trabajo y el «balance del tiempo individual» de los productores, que crea una dinámica transparente y globalizadora del progreso socioeconómico, mensurable por parte de cada individuo. Añadiremos que sin duda será necesaria una *doble contabilidad*, en horas de trabajo y en precio, mientras la economía siga ligada a la economía capitalista internacional y subsista la forma monetaria de remuneración.

4. Abolición radical de las normas de trabajo y del trabajo a destajo, por razones evidentes en las que no insistiremos (pp. 462 a 468). Bahro demuestra, por lo demás, que los «ahorros» realizados gracias a las normas de trabajo generalmente no compensan ni siquiera las pérdidas de producción ocasionadas por el empleo de cronometradores, que no participan en el trabajo productivo propiamente dicho.

5. Armonización de la reproducción, sobre todo poniendo más claramente el acento en la reproducción simple, la reparación de las máquinas, el mantenimiento del utillaje, el ahorro en primeras materias y en energía, y la transformación radical de las «innovaciones tecnológicas», subordinadas a ahorros en tiempo para lo productores y a verdaderos progresos en la calidad de vida para los consumidores (pp. 512-513).

6. Abolición radical de todos los privilegios materiales, sobre todo los que están vinculados al ejercicio de determinadas funciones y que se conceden en forma de usufructo o de ventajas en especie. Simultáneamente, reducción del abanico de salarios, que, eso es cierto, está menos abierto en la RDA que en la URSS (pp. 458 a 460).

7. Determinación totalmente nueva de las prioridades en el terreno del consumo bajo el punto de vista de la optimización del desarrollo humano, y no bajo el de la acumulación de cada vez mayor cantidad de bienes materiales (p. 485). Prioridad, en particular, a los gastos en enseñanza y sanidad.

2. Para evitar que los hábitos de trabajo alienado creen prácticas alienantes y alienadas del ocio, Bahro insiste en la importancia de una educación no tan sólo física y técnica, sino también científico-filosófica y estética para todos los niños.

8. Acceso generalizado de todos los ciudadanos a la masa de informaciones centralizadas (en particular con la ayuda de ordenadores con los que pueden estar comunicados por teléfono). Supresión radical de los «secretos de estado» en materia de informaciones económicas, políticas, culturales.

9. Abolición radical de todas las estructuras jerárquicas basadas en el centralismo burocrático. Estas estructuras segregan el fenómeno generalizado de la «subalternidad» que constituye, según Bahro, una de las principales características de la sociedad de los países del Este. El mismo secretario general no es más que el primero de los subalternos.

10. Ataque radical contra la familia patriarcal. A este respecto, Bahro centra más su crítica en lo perjudicial de esta familia para los niños que en su función de opresión de la mujer. Ambos puntos de vista son, naturalmente, complementarios, y de ningún modo contradictorios.

Los consumidores burgueses y pequeñoburgueses (incluyendo a stalinistas y socialdemócratas) que ponen en evidencia el carácter, según ellos, «utópico», incluso «demagógico», de estas tesis, revelan con ello tan sólo su propia carencia de realismo social y el conservadurismo desesperante de su pensamiento, apresado en estructuras mentales que corresponden, en el mejor de los casos, a la realidad del siglo XIX y no a la de hoy. Podemos decir, sin peligro de equivocarnos, que las proposiciones de Bahro no sólo no son «utópicas», sino que corresponden perfectamente a las posibilidades de las fuerzas productivas contemporáneas, así como a las aspiraciones de cientos de millones de seres humanos. Ante todo, su realización es una condición indispensable para salvar al género humano de una destrucción segura de la civilización material y de una recaída en la barbarie.

Una refrescante visión «mundialista»

Es aplicable la misma observación al otro aspecto positivo del análisis de Bahro, imprevisto en un comunista opositor del Este: su dimensión absolutamente internacionalista. Decimos «imprevisto» porque la mayoría de los «contestatarios» del Este, incluso los de izquierda, predican, por reacción ante el «internacionalismo proletario» en salsa stalinista (es decir, ante la identificación del «internacionalismo proletario» con la subordinación ciega a los intereses de la burocracia soviética), un repliegue nacionalista o seminacionalista extremadamente peligroso, además de estéril e inoperante dado el actual estado de las fuerzas sociales en el mundo. No decimos «sorprendente», porque un teórico situado en la tradición del marxismo clásico alemán

y con un mínimo de práctica en la gestión económica [3] no puede dejar de integrar a su pensamiento la naturaleza *mundial* de la economía, de la política y de las contradicciones sociales de nuestra época. Varios aspectos del análisis de Bahro al respecto merecen ser puestos en evidencia.

Rudolf Bahro comprende perfectamente el carácter utópico y reaccionario de la tesis sobre la posibilidad de llevar a término la construcción del socialismo en un solo país, aunque no se refiera explícitamente a esta controversia. Comprende la presión política, social y económica que ejerce el mercado mundial sobre el ritmo y la orientación de la acumulación en los países del Este. Hace un análisis teórico sobrecogedor de lo que subyace a la famosa tesis de la «competición económica entre los dos sistemas». Una imagen que cita vuelve a tomar, por lo demás, lo que Trotsky había previsto hace medio siglo. Esta «competición» se parece a la carrera entre la liebre y la tortuga de la fábula, en la que la liebre, a pesar de su «velocidad de crucero» ampliamente superior, se ve obligada a constatar, una y otra vez, a propósito de diez «revoluciones tecnológicas» y de cien «nuevos bienes de consumo», que la tortuga ha llegado ya a la meta...

Bahro comprende también perfectamente la gravedad y el carácter explosivo de la contradicción Norte-Sur, el problema clave que plantea el subdesarrollo para el futuro socialista de la humanidad. Defiende, al respecto, la necesidad de una educación racional a favor de la solidaridad y de la utilización sin despilfarro de los recursos del planeta, integrando muchas consideraciones «ecológicas» a su programa.

Bahro tiene, al menos, el presentimiento de la correlación entre el ascenso del movimiento obrero en Europa occidental y las posibilidades de trastocamientos revolucionarios en los países del Este. La Primavera de Praga (de la que Bahro es, en cierto modo, hijo natural) sacudió profundamente a la sociedad de Europa oriental en su conjunto. La realización en Occi-

3. En 1952, Bahro es militante candidato en el SED (Sozialistische Einheitspartei Deutschlands — Partido Socialista Unificado de Alemania), el PC de la RDA, que lleva ese nombre desde la "fusión" con el SPD de Alemania oriental. En 1954 se convierte en miembro del SED. Entre 1954 y 1959 realiza estudios de filosofía en la universidad Humboldt (Berlín). En 1959 y 1960 participa, como militante, en el movimiento de colectivización agraria. De 1962 a 1965 es colaborador de la dirección nacional del sindicato de personal científico. De 1965 a 1967 dirige la publicación "Forum", periódico dirigido a los jóvenes y a los estudiantes. A partir de 1967 trabaja como ingeniero especializado en la puesta en práctica de proyectos de nacionalización industrial y de organización científica del trabajo.

dente de un «modelo socialista de recambio» multiplicaría por diez aquellas ondas expansivas.

Pero, sobre todo, Bahro se opone severamente a cualquier actitud puramente defensiva o siquiera indiferente de los comunistas opositores de Europa del Este respecto a la Unión Soviética. Considera como función *esencial* de la oposición en Europa oriental su capacidad de actuar como «detonador» de una evolución similar en la Unión Soviética. Y acusa, justificadamente, a la burocracia reinante en la RDA y en otras partes de provocar sistemáticamente, a pesar de todos los solemnes juramentos de «amistad con la URSS», la extensión de sentimientos antisoviéticos no tan sólo entre las masas, sino incluso en partes del aparato, sentimientos cuyas consecuencias, en el caso de una revolución política victoriosa, podrían ser desastrosas para la paz en Europa.

Dos etapas de la historia de la burocracia

Hay que formular, pues, una apreciación eminentemente positiva respecto a partes importantes del libro de Bahro. Pero esta apreciación positiva no concierne, ni muchísimo menos, al cojunto de su análisis. Este libro *no es un libro trotskista*, marxista revolucionario. Tiene debilidades esenciales, más que la célebre cuchara de alquitrán en el tonel de miel del proverbio ruso, citada por Lenin. Lo que está viciado en su raíz constituye una parte central de *La solución de recambio*.

La explicación de este fenómeno contradictorio —el de que un autor con el talento y la visión grandiosa de Bahro no haya logrado tener una *visión de conjunto* correcta de la correlación de fuerzas sociales en presencia, tanto en Occidente como en Oriente— podría reducirse a una constatación de la insuficiencia de informaciones que tiene Bahro (tanto en lo referente a los hechos como a las teorías), de la imposibilidad para un solo cerebro de reproducir lo real universal» en su propia cabeza, al margen de un trabajo crítico colectivo y de una práctica revolucionaria universal, es decir, desde fuera de una organización revolucionaria internacional. Esta explicación, indudablemente, bastaría —al nivel de las explicaciones.

Pero respetamos demasiado el talento y las capacidades de Bahro para limitarnos, en lo referente a las debilidades de su análisis, a una simple explicación. Consideramos indispensable un debate crítico, apasionado, a la altura de la problemática, una problemática que es, repitámoslo, decisiva para el futuro de la humanidad. Y si integramos en el presente ensayo una dura y detallada crítica de todo lo que es falso en las tesis de Bahro,

no es en absoluto para «reducirlo a cenizas», sino que lo hacemos, por el contrario, con la esperanza de un verdadero diálogo y de la posibilidad de una auténtica rectificación, tanto para él mismo como para aquellos (y no serán pocos) que se inspiren en sus escritos. También nosotros, indudablemente, tendremos algo que aprender en este debate, al no tener una posición «definitiva» en cuanto al contenido preciso de la revolución política antiburocrática, posición definitiva que sólo podrá elaborarse tras las primeras victoritas decisivas.

La debilidad de la posición de Bahro tiene tres raíces que se complementan y determinan entre ellas: una concepción borrosa del papel histórico de la burocracia, una concepción confusa del papel histórico del estado, y una posición radicalmente falsa en cuanto a las potencialidades revolucionarias de la clase obrera.

La tesis esencial de Bahro sobre la burocracia se caracteriza por una visión «objetivista», incluso fatalista, de lo que sucede inmediatamente después de la revolución socialista en los países menos industrializados. Que la URSS, aislada de una revolución socialista victoriosa en Occidente, quedó condenada a una «acumulación socialista primitiva», es algo que ya sabíamos desde Preobrazhenski. Pero de ahí no se desprende en absoluto que esta «acumulación socialista primitiva»:

a) sólo pudiera tener como instrumento a la burocracia (los aparatos del estado, la economía y el partido, fusionándose progresivamente en una sola capa social), ni

b) debiera efectuarse necesariamente a costa de un rebajamiento absoluto del nivel de vida de los obreros y la mayoría de los campesinos. Ahora bien, la «explicación materialista» de la dictadura staliniana se encuentra en *estas* precisas características socioeconómicas, no en la lógica de la «acumulación socialista primitiva» en general.

No se puede pues deducir la «inevitabilidad» de la dictadura burocrática de las condiciones históricas particulares de la Rusia de 1917.

Bahro, por lo demás, reconoce que el programa de recambio de la Oposición de Izquierda habría permitido, si no una «industrialización sin lágrimas», sí al menos una enorme reducción del coste de la industrialización, así como evitar toda la barbarie de la colectivización forzosa. Pero elimina de un soplo la conclusión evidente que se desprende de ello: «no fue por casualidad que aquel programa fue rechazado por la inmensa mayoría de los comunistas rusos».

Nos encontramos aquí en el corazón del problema, es decir, la oposición entre el fatalismo histórico «objetivista» y una comprensión correcta de la dialéctica de los factores objetivos y subjetivos. Para esta dialéctica, es tan absurdo afirmar que la

dictadura burocrática era inevitable desde la revolución de Octubre, «dadas las circunstancias objetivas de Rusia», como pretender que Hitler y Auschwitz eran «inevitables» desde 1918, por no decir desde la fundación del Imperio alemán. Entre las «causas objetivas últimas» y el resultado práctico se intercalan una multitud de eslabones intermedios, que explican, en particular, el resultado de la lucha de fuerzas sociales y políticas concretas. Por citar un solo ejemplo: la traición deliberada a la revolución alemana por parte de la dirección socialdemócrata, en 1918, 1919, 1920, 1923, tuvo indudablemente un efecto tan importante sobre el resultado de la revolución como el pasado «asiático» y «bárbaro» de Rusia al provocar, en contra de los deseos y de las previsiones de los bolcheviques, el aislamiento de la revolución rusa.

Ni la derrota de la revolución mundial, ni la despolitización de la clase obrera soviética, ni el estrangulamiento definitivo de la democracia soviética, ni el retraso de la industrialización acelerada, ni la concentración de los excedentes agrícolas en manos de los kulaks, eran hechos inevitables o irreversibles en 1923, 1924 o 1925. La consolidación y la dictadura de la burocracia, en consecuencia, tampoco lo eran. Una reacción correcta de los cuadros del partido hubiera podido abrir la vía a un movimiento en sentido inverso, el cual hubiera podido desembocar en modificaciones acumulativas de la tendencia. La subestimación del peligro de un Thermidor, del peligro de la burocratización de los cuadros, el hecho de que éstos lo comprendieran demasiado tarde y en un orden disperso, ejerció una influencia decisiva sobre la consolidación de la burocratización acumulativa.

La diferencia no está en que Trotsky «subestimara» esos factores objetivos. Está en que creyó que una reacción políticamente correcta de los cuadros obreros del partido, de la vanguardia del proletariado, habría podido provocar un cambio de la constelación, internacional y nacional, de las fuerzas sociales y políticas, cambio que habría evitado el stalinismo. Como buen leninista, creía en la *autonomía relativa del factor subjetivo*. Bahro, que vuelve a ello en sus conclusiones, de forma exagerada, la rechaza en su análisis del stalinismo. Este es uno de los grandes fallos de su método.

¿No tiene la clase obrera un potencial socialista revolucionario?

Todavía más grave que esta actitud semiapologética respecto a la burocracia es el escepticismo que manifiesta Bahro respecto al potencial revolucionario de la clase obrera. Indudablemente, cuando insiste en la extremada atomización de la clase

obrera en los países del Este, subraya un factor que nosotros mismos y otros habíamos subrayado antes que él.

Cuando añade que, en las actuales condiciones (es decir, bajo la dictadura burocrática), es casi imposible para la clase obrera reconstituir cuadros organizados que le sean propios (pp. 223-224), no va del todo errado. Pero la única conclusión que puede deducirse de ello es la de que, indudablemente, es necesario un «detonador» externo a la clase obrera para poner en movimiento el proceso de la revolución política: una división en el aparato, una rebelión de los intelectuales o incluso de los técnicos, una tormenta en el extranjero.

Pero deducir, partiendo de las dificultades que encuentra la clase obrera en desencadenar por sí sola el proceso de la revolución política, que no desempeñará el papel protagonista en el curso, y sobre todo en el punto culminante de este proceso (p. 388), significa no haber asimilado las lecciones reales ni de la revolución húngara, ni de la Primavera de Praga, ni de los acontecimientos polacos. Y, sin embargo, se trata de tres países en los que el peso objetivo, social, y la tradición política de la clase obrera, eran inferiores a lo que son en la RDA o en la URSS. En estas condiciones, el escepticismo de Bahro no tiene ningún fundamento socioeconómico; tan sólo expresa un prejuicio político.

Lo que resulta desastroso en toda esta parte del libro de Bahro es que, para dar mayor coherencia a su análisis, prolonga su escepticismo respecto a la clase obrera de los países del Este con el escepticismo respecto a la clase obrera de Occidente y con una revisión general de la teoría marxista en lo que concierne al papel clave que ha de desempeñar la clase obrera en el derrocamiento del capitalismo y el advenimiento de una sociedad sin clases. «Todas las discusiones marxistas, desde 1914, desembocan en la conclusión de que los intereses que los obreros manifiestan realmente no son sus intereses reales.» (P. 224.) Ahora bien, esos intereses que manifiestan realmente no desbordan, según parece, el horizonte de la mejora «pequeño burguesa» y «corporativista» de su suerte. Así pues, la clase obrera, «naturalmente reformista» (tradeunionista), no puede ser portadora de un verdadero proyecto socialista. Este no puede resultar más que de un «bloque histórico» en cuyo seno los intelectuales, los técnicos, los cuadros, desempeñarán un papel mucho más dinámico que los obreros.

De esta forma, pronto se establece un puente con el eurocomunismo. Su estrategia viene justificada en función de la misma necesidad de crear un «bloque histórico» capaz de realizar la «solución de recambio» predicada por Bahro. Esta parte de la obra de Bahro tiene el mérito de una fraqueza brutal, difícil de

encontrar en la mayoría de los dirigentes del PCI, el PCF o el PCE (salvo, quizá, en los más cínicos, como Amendola). La estrategia eurocomunista se basa, efectivamente, en un rechazo del potencial revolucionario de la clase obrera. Y es enormemente significativo, en cuanto a la dialéctica entre la revolución socialista en ascenso en Occidente y la revolución política en ascenso en el Este de Europa, el hecho de que la lucha entre la inmensa posibilidad que se abre ante la humanidad y la resistencia de los aparatos burocráticos desgarre a una personalidad opositora como Bahro entre su instinto, que le dice que la salvación provendrá de la revolución en Occidente, y su razón apologética, que le susurra constantemente al oído: «¡fuera la utopía marxista sobre el supuesto papel revolucionario del proletariado!»

La argumentación, dejando aparte algunos vuelos filosóficos abstractos, es, por lo demás, de una extrema debilidad. Sencillamente no es verdad que «desde 1914» *el conjunto* del comportamiento de la clase obrera europea se pueda reducir a la búsqueda de mejores materiales inmediatas de tipo «tradeunionista» o «corporativista». ¿Y qué hay de la revolución alemana de 1918, de la creación de consejos obreros en todo el país? ¿Qué hay de la huelga general contra el putsch de Kapp en 1920? ¿Qué hay de las grandes huelgas con ocupación de fábricas de noviembre de 1920 en Italia? ¿Qué hay de la huelga general de junio de 1936 en Francia? ¿Qué hay de la revolución española de 1936-37? ¿Qué hay de los grandes combates de la «Liberación» en Francia y en Italia, que culminan con la huelga general del 14 de julio de 1948 en Italia? ¿Qué hay de mayo del 68 en Francia y del «mayo rampante» de 1969 en Italia? ¿Qué hay de la revolución portuguesa de 1974-75 y de la revolución española en ascenso?

Tras haber asimilado la experiencia de la revolución de 1905, Lenin era más «realista», más «marxista», y estaba más en lo cierto que Bahro: la experiencia práctica del siglo XX ha confirmado que, así como la clase obrera es «espontáneamente reformista» (tradeunionista) en «épocas normales», pasa a ser «espontáneamente anticapitalista» (revolucionaria) en los momentos de crisis revolucionaria. Por lo demás, sólo así puede interpretarse de forma materialista (y no por la teoría de la conspiración) *la alternación* de situaciones «normales» y de crisis revolucionarias en el curso del siglo XX.

Sólo que las ideas preconcebidas, los prejuicios, «la falsa conciencia», tienen una lógica implacable, incluso (¡sobre todo!) en un gran teórico como Bahro. El demonio de la falsa sistematización sigue de cerca al ángel de la sistematización necesaria.

Si la revolución se considera imposible, «puesto que no existe sujeto revolucionario», cuando ante los propios ojos se desarrolla una revolución, de lo que se trata es de frenarla y ahogarla por «realismo político». Bahro no reprocha a Cunhal el haber permitido salvarse al capitalismo portugués gracias a su política de «alianza antimonopolista» en los más graves momentos de su crisis durante el primer semestre de 1975. No, lo que le reprocha es haber provocado una inútil polarización «derecha/izquierda», incluso en el seno del ejército. Es un reproche idéntico al que dirigió Eduard Bernstein a los revolucionarios alemanes en 1918, haciéndolo, por lo demás, extensivo a los proletarios franceses (¡y a Karl Marx!) con una crítica a su comportamiento en 1848. Esta clase de «cordura política» sustituyéndose a la comprensión de la dinámica objetiva de las luchas de clases ¡es indigna de ti, de tu visión y tu pasión comunistas, camarada Bahro!

Una posición confusa en torno al papel del estado

Bahro, a pesar de haberse incorporado a la visión de conjunto de Marx, al materialismo histórico, en su análisis de la división del trabajo y del «trabajo general», se ve arrastrado, por su posición semiapologética respecto a la burocracia, a una pérdida del equilibrio en torno a la naturaleza y el papel del estado. Confunde sistemáticamente la inevitable aparición de funciones sociales que expresan el interés general de la sociedad por oposición a los intereses particulares (de grupos, sectores, corporaciones, etc.) con el papel del aparato de estado, que se apropia fraudulentamente de esta «expresión del interés general», precisamente *separándose* del conjunto de la sociedad, y esto, muy concretamente, en interés de un «grupo particular», de una clase dominante.

Todas las teorías burguesas del estado están basadas en esta confusión sistemática. Las teorías socialdemócratas les pisan los talones. Las teorías eurocomunistas hacen otro tanto. La teoría marxista ha denunciado siempre el engaño que se encuentra en la base de esta confusión. Desgraciadamente, Bahro, en este terreno, entra decididamente en la vía revisionista, y eso le conduce a una nueva aprobación de uno de los fundamentos del eurocomunismo.

El estado ha sido, según parece, un formidable motor de civilización (pp. 149-150). Es, aparentemente, el sujeto indispensable de la planificación, como neutralizador de la competición entre los distintos apetitos e intereses particulares (pp. 187-88). La sociedad industrial no podría ya permitirse el lujo de desmantelar el aparato de estado sin poner en peligro la reproduc-

ción económica en su conjunto. De ahí el abandono de la exigencia de ese desmantelamiento por parte de los eurocomunistas, abandono que Bahro aprueba (pp. 160-61).

La contradicción entre este análisis y las conclusiones semilibertarias de Bahro salta a la vista. O, para ser más exactos, la *combinación* de la tentación apologética con el instinto revolucionario desemboca en soluciones híbridas que se quedan muy atrás respecto a la visión grandiosa y globalizadora de la crítica.

«Primero hay que superar la división del trabajo, antes de que el estado pueda empezar a extinguirse.» Pero ¿quién será el que *organice* y *garantice* esta supresión de la división del trabajo? ¿La propia burocracia? ¿No demuestra Bahro que la burocracia no tiene ningún interés en hacerlo, sino todo lo contrario? ¿Cómo puede derribarse el monopolio de gestión de la burocracia —que es la base de la perpetuación de la división social del trabajo— sin empezar a desmantelar el estado, sin transferir cada vez más competencias a los congresos de consejos obreros, a los congresos de comunas, a los congresos de consejos de sanidad, de consejos de educación, etc?

El estado no es precisamente un conjunto de funciones técnicas, o siquiera tecnocráticas. El mismo Bahro lo repite en varias ocasiones. Se burla del sedicente «papel dirigente del partido», que no es más que una balbuceante racionalización del monopolio de poder de la burocracia:

«El partido ha muerto en su burocratismo e hiperburocratismo. Sus "cuadros", los individuos que lo llevan, están casi en su totalidad repartidos entre las funciones burocráticas del partido, del estado, de la economía, de la ciencia, de la cultura, etc. Cuando se reúne, por ejemplo, el comité central del SED, se trata de una reunión de los más altos funcionarios del partido, del estado, de los sindicatos y de la economía... Hoy se reúnen como "comité central", y determinan, aparentemente, la política del partido. Pero mañana pueden verse prácticamente todos, sin excepción, convocados por el secretario general para recibir sus "instrucciones", puesto que todos son sus subordinados, o subordinados de sus subordinados.» (Pp. 426-27.)

Luego viene el magnífico remate:

«Los miembros individuales del partido no son en sí mismos comunistas, ya que se les niega la competencia de ser comunista. Al dirigirse a ellos como comunistas, el aparato no hace prácticamente más que un llamamiento a su disciplina casi militar.» (P. 427.)

Pero esos son los burócratas que dirigen el estado y lo encarnan. ¿Qué relación tiene esto con unas «exigencias técnicas objetivas»? ¿Quizá sería fatal «para el nivel actual de la técnica» ese «poder de los hombres sobre los hombres», esa administración de los hombres, distinta de la administración de las cosas? En otros términos, ¿por qué la autogestión y la autoadministración de los productores serían «utópicas en los países industriales desarrollados (¡ya que la RDA, Francia, Italia, deben clasificarse indudablemente en esta categoría!)? ¿Por qué el arbitraje necesario entre «intereses de grupos particulares» no podría ser realizado por los representantes, elegidos colectivamente, de los productores asociados, por qué tendría necesidad de un enorme aparato de funcionarios y de policías (¡eso es el estado!), incluso en condiciones de abundancia relativa y de satisfacción de las necesidades básicas?

El compatriota de Bahro e ideólogo neostaliniano Wolfgang Harich (que tal vez lo ha influenciado) es, al menos, más lógico y más materialista cuando fundamenta la permanencia del estado, de la burocracia y del partido único, incluso en el comunismo (curioso comunismo ése!), en la permanencia de la necesidad y en la penuria de bienes materiales... en función de las exigencias ecológicas.

Tres ambigüedades programáticas

De esas debilidades analíticas se desprenden ambigüedades programáticas de graves consecuencias si se las llevara hasta sus últimas conclusiones (esperemos firmemente que el debate, aun a través de los barrotes de la cárcel, impida a Bahro llegar hasta ahí).

La primera se refiere al punto de llegada político-social de toda la crítica del autor. ¿Debe establecerse, sí o no, el *poder político de las masas trabajadoras*, o bien hay que contentarse con esperar una prolongada transformación tras haberse reemplazado el poder de la burocracia por el de los tecnócratas?

Bahro no es ni hipócrita ni ciego. Comprende perfectamente los términos del problema. A pesar de su fervor por la Primavera de Praga y por la experiencia yugoslava, no duda en escribir: «No es casual que el principal teórico económico de la reforma (checoslovaca), Ota Sik, *no* quisiera unos verdaderos consejos obreros, sino un régimen de directores a los que los consejos estarían vinculados». (P. 116.) «Si el movimiento de reforma checoslovaco hubiera triunfado (en la forma que fuera), los obreros habrían recuperado sus sindicatos, lo cual habría mejorado ssu condiciones sociopolíticas. Pero precisamente esta restauración habría revelado más claramente su situación subalterna en un estado mantenido por la burocracia.» (P. 224.) ¡Efectivamente!

La palabra ha sido pronunciada: ¿reforma del sistema buro-

crático, o revolución política antiburocrática? Dado que Bahro es escéptico en cuanto al potencial revolucionario de la clase obrera, no se pronuncia (¿todavía?) a favor de la revolución política, aun cuando él mismo subraya la insuficiencia de la reforma. Admitamos, en todo caso, que la constante alusión a la «revolución cultural» (en lugar de la revolución política) es una pirueta que permite, todo lo más, esquivar la dificultad, no resolverla. A la luz de la trágica experiencia de la revolución cultural china, la conclusión no puede sino ser aún más perentoria. No hay abolición real del monopolio del poder de la «casta burocrática» (Bahro utiliza este término en la página 13) sin el establecimiento del *poder político* del proletariado, de las masas trabajadoras.

La segunda ambigüedad se refiere a la articulación de las comunas, que son la base «administrativa» del estado «en extinción» previsto por Bahro, y de los consejos de trabajadores. Todos los pasajes del libro relacionados con esta cuestión son de una sospechosa vaguedad.

El «principio de asociación» es, indudablemente muy recomendable. Pero ¿qué quiere decir esto en concreto, sobre todo cuando vemos la enorme cantidad de competencias que se atribuirán a las comunas? ¿Se elegirán éstas por sufragio universal? ¿O las compondrán los delegados de los consejos? ¿Consejos territoriales y consejos de fábrica, o sólo los primeros? ¿Cómo garantizar que no se impondrán, una vez más, sacrificios económicos a los productores por parte de no productores? A todas estas cuestiones, que, sin embargo, se desprenden lógicamente de todas las premisas que desarrolla extensamente en el centro del libro, el autor no responde de manera en absoluto precisa.

La tercera ambigüedad, quizá la más grave, se refiere al problema del partido único. La paradoja más chocante del pensamiento de Bahro consiste en que, tras haber concentrado el fuego, inicialmente orientado contra la burocracia en su conjunto, contra la sola fracción «politiquera» de la burocracia («die Politbürokratie»), no se pronuncia claramente contra el principio del partido único y a favor del sistema de multiplicidad de partidos. A lo más que llega es a proponer la creación de una «Liga de los Comunistas», de la que no se ve claramente si debe ser un segundo partido, o uno solo, o no ser un partido.

Repitámoslo, Bahro no es ni ingenuo ni crédulo. Reafirma en varias ocasiones que, a pesar de la autogestión a nivel de empresa y de «la asociación de las comunas», Yugoslavia sigue estando gobernada por la burocracia. Tampoco cree en la desaparición del estado de un día para otro. Reconoce la poderosa tendencia centralizadora de las fuerzas productivas contemporáneas. Tiene incluso un respeto excesivo por el papel «objetivamente indispensable» del estado. Entonces, ¿quién le pondrá el cascabel al gato? ¿Pueden varios millares de comunas decidir, por medio de la «libre asociación», las proporciones exactas del reparto del producto nacional, por no decir internacional? ¿Pueden optar las masas trabajadoras entre millares de variantes? Se puede echar cuanto incienso se quiera sobre la iniciativa de la base: si no se acepta la necesidad de una articulación de elecciones coherentes entre una serie de estrategias alternativas de crecimiento económico, social, cultural y político —es decir, entre tendencias y partidos distintos— se vuelve a la combinación de una idílica espontanedad anarquizante en la base con un régimen de partido único burocratizado en la cúspide. No hay pues otra solución que una de estas dos, al menos mientras dure la fase de transición y subsista el estado.

Criticando la lucha antiburocrática de Lenin como insuficiente, Bahro lanza esta fórmula: «No se puede combatir al aparato con otro aparato». De acuerdo. Pero la conclusión evidente es que no puede abolirse la dictadura burocrática dejándole el monopolio de las decisiones *centrales*, es decir, políticas. No se puede tampooc abrigar la ilusión de que «la política», es decir, las decisiones centrales, desaparecerá como por arte de magia bajo la presión de las «asociaciones». *Lo que hay que democratizar resueltamente son, pues, los procesos de toma de decisiones centrales.* Y para hacerlo no hay otros medios que la articulación del régimen político de los consejos de trabajadores con la institución de las comunas y la multiplicidad de partidos y asociaciones *a escala nacional e internacional.*

El propio Bahro, por lo demás, ha indicado la función y el fundamento materialista de la democracia socialista, ligándola a la naturaleza misma de la planificación (nosotros habíamos subrayado esta misma idea en el *Tratado de economía marxista*).* Describiendo la planificación en la RDA y en la URSS, afirma:

«La tarea propia del plan parece ser, a primera vista, la de asegurar la proporcionalidad de la producción de valores de uso (incluyendo los servicios, en el más amplio sentido del término), en su conjunto, gracias al cálculo matricial. Y este trabajo, efectivamente, absorbe la parte del león en el empleo del tiempo de los planificadores a todos los niveles de la jerarquía. Es un tremendo juego de cifras el calcular, dos o tres veces al año (proyecto de plan, plan final, plan corregido), la estructura de los productos y del trabajo para innumerables puestos... y efectuar, a este respecto, los balances en lo que se refiere a los gastos

* Ernest Mandel: *Tratado de economía marxista*, Ediciones ERA, México, 1960.

en tiempo de trabajo, en máquinas y en materias primas. En principio, al menos, nuestra planificación es efectivamente científica, tal como pretende ser, en lo que se refiere a sus procedimientos metódicos para garantizar la proporcionalidad. También puede suponerse que se calcula de forma «leal», es decir, matemáticamente correcta...

Pero ¿dónde acaba el carácter científico de la planificación? En sus premisas, antes incluso de empezar. Estas premisas, *quiero decir las prioridades y las preferencias*... no pueden determinarse de manera científico-objetiva mientras haya intereses antagónicos en el seno de una sociedad, resultantes del reparto desigual de los bienes escasos de primera necesidad y de bienestar, y, sobre todo, del reparto desigual de conocimientos y de trabajos como medios de autodesarrollo y de apropiación de la cultura.» (Pp. 181-82. Las cursivas son nuestras.)

Pero en estas condiciones, *la elección* de prioridades y de preferencias que se da en la base del plan constituye la función esencial del estado en la sociedad postcapitalista. Y sólo hay dos variantes posibles: o bien esta elección es *impuesta* a los productores-consumidores por fuerzas exteriores a ellos (incluyendo las «leyes de mercado» en la famosa «economía socialista de mercado»), o bien la elección es efectuada democráticamente por la masa de los ciudadanos, por los mismos productores-consumidores. Como no existe posibilidad material para esta masa de elegir entre diez mil variantes del plan (ni, por lo demás, posibilidad de elaborar anualmente diez mil planes globales coherentes distintos), el contenido real de la democracia socialista está ligado indisolublemente a la posibilidad de elegir entre *algunas* variantes coherentes, alternativas, del plan de conjunto (lo cual, por lo demás, puede desembocar en la posibilidad de elecciones mucho más variadas, en la medida en que cada plan de conjunto, caracterizado por una coherencia interna, permite a su vez una serie de subvariantes). Esto presupone precisamente un sistema múltiple de partidos, con libre acceso a los *mass media*, y un debate libre de la masa de la población. Sólo en estas condiciones puede liberarse enteramente el enorme potencial de iniciativa creadora de un proletariado altamente cualificado y culto.

Una vez formuladas estas duras críticas, concluyamos subrayando una vez más la importancia de la aportación de Bahro a la discusión sobre los problemas de la revolución política. Y, sobre todo, reiteraremos nuestra indignación contra la burocracia de la RDA, que ha encarcelado a un pensador como éste bajo la acusación de ser un... ¡espía al servicio de las redes imperialistas!

En la carta de Bebel en la que protestaba contra la censura

que la direción del SPD había querido ejercer sobre la publicación de la «Crítica del programa de Gotha», Engels exclamaba: «¿En qué os diferenciáis de Puttkamer [ministro de Bismarck] si introducís una "Sozialistengesentz" (ley contra los socialistas, censurando sus escritos) en vuestras propias filas?» El encarcelamiento de Bahro no es solamente una «Sozialistengesentz» en el seno del movimiento obrero, es la arbitrariedad absolutista de las Bastillas utilizada por la burocracia. Pero las Bastillas acaban por ser tomadas por las masas trabajadoras.

¡Libertad para Rudolf Bahro!
¡No al «Berufsverbot» en la RDA, y tampoco en la RFA!
¡Una cátedra para Rudolf Bahro en la universidad de Jena!

20 de septiembre de 1977

8

El Eurocomunismo, ¿ideología de la «nueva clase»?

La naturaleza del eurocomunismo se revela también por la negación, es decir, a la luz de lo que no es. Es interesante, en este sentido, examinar la interpretación del libro de Santiago Carrillo —y del eurocomunismo en general— realizada por una corriente centrista española.[1]

Según los portavoces de esta corriente, vagamente inspirada por la escuela de Castoriadis (ex grupo «Socialismo o Barbarie» en Francia), que influencia también, por lo demás, a Acción Comunista y al POUM, el eurocomunismo constituye una verdadera alternativa social y política a las sociedades «occidentales» (Carlos Muñoz, op. cit., p. 32). Es portador de un proyecto de sustitución del capitalismo privado «por una nueva sociedad de clase de tipo soviético» (Vidal Villa, op. cit., p. 19).

Lo cierto es que Vidal Villa y Carlos Muñoz tienen, acerca de la naturaleza socioeconómica de este «capitalismo de estado» y de esta «nueva sociedad de clases», las más vagas y confusas nociones. Lo único que pueden decirnos con seguridad es que en ella los productores están explotados. Pero como los productores están explotados desde que existe la civilización, es decir la sociedad de clases, o sea, desde hace más de diez mil años, y dado que esta explotación ha adoptado las formas más diversas en los más variados modos de producción, esta definición.

1. Carlos Muñoz: "Notas sobre el eurocomunismo y su lectura trotskista", in n.º 1 de "Debate Marxista", revista de izquierda comunista, octubre de 1977. J. Vidal Villa: "Eurocomunismo y nueva sociedad de clases", in "El Viejo Topo", n.º 11.

resulta un tanto elíptica. No nos dice absolutamente nada sobre la naturaleza o la dinámica de la «nueva sociedad», con su «nueva clase dominante», dejando aparte unas banalidades regularmente contradichas por los acontecimientos («es fundamentalmente lo mismo que el capitalismo»... aunque no haya ni crisis económicas ni paro masivo) o unos silogismos extremadamente pobres (la explotación presupone explotados y explotadores. En la URSS hay explotados. Luego, hay explotadores.) (Cf. Carlos Muñoz, op. cit., p. 35).

Sin que pretendamos haber dicho la última palabra sobre las leyes de desarrollo que rigen la economía y la sociedad de la URSS y de Europa oriental, nuestro análisis, que se basa en la definición trotskista de la naturaleza de esta sociedad como sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo, paralizada como consecuencia del poder monopolista de la burocracia, de forma tal que el progreso hacia el socialismo se ha hecho imposible sin el derrocamiento de la burocracia,[2] nos ha permitido, al menos, comprender de una manera mucho más precisa y concreta las contradicciones reales que desgarran a esta sociedad. Nuestros análisis y predicciones de los últimos años[3] explican mucho mejor el proceso histórico real que se desenvuelve en estas sociedades. Resisten mucho mejor la prueba de los hechos que los lugares comunes confusos y contradictorios de la escuela de Bruno Rizzi-Burnham-Castoriadis.[4]

Cuando Vidal Villa o Carlos Muñoz tienen que dar el menor paso hacia la concreción de su análisis, caen de inmediato en un terrible embrollo. El «capital único de estado» se muta, sobre la marcha, en «economía mixta», con respeto para el capital extranjero, para la economía y la propiedad *privadas* (Carlos Muñoz, op. cit., p. 38). Para la burguesía no monopolista, el advenimiento de una sociedad sin capitalistas monopolistas sería muy provechoso, afirma Vidal Villa (op. cit., pp. 20-21). Pero la «economía mixta» es precisamente una superchería inventada por los reformistas de ayer, y vuelta a tomar ávidamente por los neorreformistas de hoy. Este bicho fabuloso, capaz de atormentar los sueños de más de un ideólogo, jamás ha sido hallado en este valle de lágrimas en que nos ha tocado vivir.

O bien subsiste un modo de producción capitalista predominante, que puede incorporar sectores nacionalizados que, a partir de entonces, sirven la lógica de la acumulación *privada* del capital (esto es lo que se produjo en la Alemania nazi, en la Francia de después de la liberación, en la Gran Bretaña laborista después de 1945, en el Portugal de después de 1974, en la Italia de de Gasperi y de Enrico Mattei, en el Egipto de Nasser y de Sadat, y en el Brasil de Goulart y de Geisel),[5] o bien hay un sistema económico predominante postcapitalista, y entonces la dinámica socioeconómica (con una buena dosis de coerción política como factor de aceleración) opera en el sentido de suprimir, eliminar, hacer cada vez más insignificante la acumulación privada de capital (aunque subsistan sectores privados en la economía).

En el primer caso, el poder político, económico y social se ha quedado en manos de la clase burguesa. En el segundo caso,

2. Los autores con los que polemizamos nos atribuyen, de forma completamente arbitraria, la idea según la cual la base sociológica de la URSS sería "socialista", bastando, pues, con la revolución política antiburocrátic para abrir la vía, más o menos automáticamente, al socialismo. Esto no se corresponde en absoluto con la teoría marxista revolucionaria tal como la asumen sus partidarios. Para nosotros, las conquistas de Octubre que sobreviven (supresión de la propiedad privada de los medios de producción y de la producción mercantil generalizada; planificación central de la economía, y por tanto supresión del "mercado de trabajo"; monopolio estatal del comercio exterior) son características de toda sociedad en la época de transición entre el capitalismo y el socialismo, y en absoluto "socialistas". El monopolio de la gestión y los privilegios materiales de la burocracia con que estas conquistas se combinan son factores que las hacen todavía menos "socialistas". Con poder de la burocracia o sin él, las relaciones de producción características de la época de transición conocerán profundos trastornos antes de que pueda hablarse de "relaciones de producción socialistas", es decir, de productores asociados en una sociedad sin clases, sin mercancías, sin moneda y sin estado.

3. Véase, en particular, Ernest Mandel: *Tratado de economía marxista*, caps. 15 y 16 (Ed. ERA, México) (escrito en 1960); nuestro artículo: "La réforme de la planification soviétique et ses implications" (La reforma de la planificación soviética y sus implicaciones) ("Les Temps Modernes", junio de 1965), y la colección de artículos de crítica a la teoría de un "capitalismo de estado" en la URSS escritos entre 1969 y 1973, publicados por el I.M.G. bajo el título de "Readings on State Capitalism" (Lecciones sobre el capitalismo de estado). Pronto se publicará, en Editions La Taupe Rouge, de París, una recopilación de la mayor parte de nuestros escritos sobre la sociedad de transición.

4. Bruno Rizzi: *La Bureaucratisation du Monde* (La burocratización del mundo) (1939), y James Burnham (con *The Managerial Revolution* [La revolución de los administradores]) intentaron, mucho antes que el ex trotskista norteamericano Max Shachtman y Castoriadis, por no hablar de Milovan Djilas y su *Nueva clase*, demostrar que un nuevo sistema de explotación había surgido en la URSS, sistema que iba a extenderse progresivamente a escala mundial.

5. Hemos tratado de analizar más en profundidad la imbricación de los "sectores estatales" de la economía occidental y del sector privado en los capítulos 15, 16 y 17 de *El capitalismo tardío* (Ed. ERA, México). Véase también el interesante estudio reciente de Anicet Le Pors: *Les béquilles du Capital. — Transferts Etat-Industrie* (Las muletas del capital. — Transferencias estado-industria) (Editions Le Seuil, París, 1977).

la clase burguesa ha perdido el poder, ha sido eliminada radicalmente de todas las posiciones de poder.

Poner un signo de igualdad entre las dos situaciones y dinámicas socioeconómicas (aquella en que las leyes de desarrollo desveladas por *El Capital* de Marx siguen aplicándose, y aquella en que ya no son aplicables) es lo mismo que identificar la vida y la muerte. Es obra de ignorantes o de sofistas. Es algo que no tiene nada que ver ni con la ciencia en general ni con el marxismo en particular.

La confusión económica se extiende de inmediato al terreno político y al social. Así como se había empezado por decir que el proyecto eurocomunista encarna el establecimiento de un *nuevo modo* de dominación social y de explotación económica, poco más adelante resulta que los portadores de este proyecto no cuentan con realizarlo más que *con el consentimiento de la burguesía* (Carlos Muñoz, op. cit., p. 38):

«Sin embargo, el eurocomunismo se enfrenta con un grave problema: encontrar el momento oportuno de intentar la transformación. **Para ello hace falta que la burguesía consienta.**»

Es más: se trata de esperar a que «la burguesía europea tome conciencia de que el único camino que le queda, estratégicamente, para mantener su dominación social es el capitalismo de estado».

Nuestros intrépidos teóricos no dedican ningún esfuerzo a fundamentar sus afirmaciones innovadoras sobre una demostración cualquiera, ya sea teórica, empírica o ambas cosas a la vez. ¿Dónde hay el menor signo de que la burguesía europea evolucione hacia el abandono del régimen de propiedad privada? ¿Dónde hay una prueba de que pueda evitarse la formación de monopolios subsistiendo la propiedad privada? ¿Dónde hay el menor argumento teórico para que pueda concebirse un capitalismo sin producción generalizada de mercancías, es decir, con un régimen de propiedad colectiva de los medios de producción, de planificación central y de monopolio estatal del comercio exterior, al estilo soviético? ¿No claman a todos los vientos los mismos eurocomunistas que desean el mantenimiento de la integración en la economía internacional de mercado, cosa de la que no resulta un «nuevo sistema de explotación», sino ese viejo conocido que es el capitalismo privado, analizado por Karl Marx, con, todo lo más, algunos retoques de segundo orden?

Pero las palabras, realmente fatídicas, que inadvertidamente se les han escapado a nuestros verdes teóricos son las siguientes: «para mantener *su dominación social*». Para un marxista, cuando se habla de una clase social que quiere mantener *su* dominación social, de lo que se está hablando es de un conjunto de individuos de carne y hueso, y no de «la explotación» en el

sentido más abstracto y general de la palabra. La revolución francesa mantuvo, e incluso extendió, «la explotación de los productores». Pero una clase social concreta, la nobleza semifeudal, no mantuvo, sino que perdió, «*su* dominación social».

Planteemos, pues, a Carlos Muñoz y a Vidal Villa, esta simple pregunta: la clase social que económica, social y políticamente estaba en el poder durante el Tercer Reich, y que sigue estándolo en la RFA, ¿ha «mantenido su dominación social» en la actual RDA? La clase social que económica, social y políticamente estaba en el poder en la Checoslovaquia de Masaryk y Benes, ¿ha «mantenido su dominación social»? La clase social que económica, social y políticamente estaba en el poder en Saigón bajo los regímenes de Bao Dai, Ngo Dinh-Diem y Van Thieu, ¿ha «mantenido su dominación social»? La clase social que económica, social y políticamente estaba en el poder en la China de Chang Kai-shek, ¿ha «mantendo su dominación social»? Lo menos que puede decirse es que no se encontrará en todo el mundo *a un solo miembro* de estas antiguas clases poseedoras que acepte semejante hipótesis absurda.

Partiendo de ahí, es preciso admitir que el famoso «nuevo sistema de explotación económica», más «perfecto»[6] todavía que el capitalismo privado, del que tanto hablan nuestros teóricos sin teoría, está fundado, en todas partes donde existe, en *la supresión* de la «dominación social» de la antigua clase poseedora (designémosla, por incorregible tradicionalismo, como la vieja burguesía basada en la propiedad privada). Esta supresión se ha visto muchas veces acompañada por sangrientas guerras civiles, aunque esto depende, naturalmente, de las relaciones de fuerza. Pero *en ninguna parte* la burguesía tradicional ha cedido su poder sin ofrecer una resistencia feroz, ni siquiera en los casos en que estaba muy debilitada y situada en unas condiciones de aplastante inferioridad militar (como en Europa oriental después de la ocupación de aquellos países por el ejército soviético).

Y a pesar de todo, en la más sorprendente de las paradojas, Muñoz y Vidal Villa tienen previsto que la burguesía de Europa occidental, infinitamente más rica, más poderosa, más experi-

6. El "más perfecto", ¿se aplica solamente al grado de explotación de los "productores inmediatos"? ¿O la "nueva clase" lo persigue por razones puramente gratuitas y platónicas? ¿O tendría acaso como resultado un crecimiento económico más rápido, un desarrollo de las fuerzas productivas superior al del "capitalismo privado"? Pero, en este caso, ¿no sería el "nuevo sistema de explotación económica" históricamente progresivo respecto al capitalismo, aunque fuera un sistema de explotación, de la misma manera que el capitalismo era superior al feudalismo? Las "aventuras de la dialéctica" llevan a muchas sorpresas...

mentada políticamente que la de Europa oriental, por no decir ya que la de Asia, «consentirá» un buen día en abandonar voluntariamente el poder económico, social y político, por la simple razón de que unos teóricos superficiales y unos políticos hábiles estilo Carrillo la habrán convencido de que «no tiene otra salida estratégica». ¿Quién puede creer en semejante cuento de hadas?

Todavía no hemos llegado al final de las contradicciones de nuestros pobres aprendices de brujo en teoría marxista. Para dotar con una apariencia de consistencia a la idea de que el eurocomunismo encarna un proyecto sociopolítico coherente de una fuerza social determinada de la sociedad capitalista occidental, nuestros autores se han creído en el deber de identificar con mayor precisión la naturaleza de esta fuerza social:

«Socialmente se proyectan sobre un conjunto de capas y clases (?) nuevas, fruto del moderno desarrollo capitalista, distintas de la clase obrera, tales como los técnicos, especialistas, administradores, empresarios (?), gerentes, ejecutivos, intelectuales-profesionales, e incluso burgueses (intentando aislar únicamente a reducidas esferas del capital monopolista y la oligarquía financiera).» (Carlos Muñoz, op. cit., p. 38.)

Vidal Villa, por su parte, añade los burócratas sindicales a esta nueva clase profesional (op. cit., p. 20). Los «técnicos y especialistas» no son una capa distinta de la clase obrera. En la medida en que están integrados en el proceso de producción y le son indispensables, forman parte incluso del «trabajador colectivo» que produce la plusvalía. Esta era al menos la opinión explícita de Karl Marx,[7] al que consideramos, hasta nueva orden, más competente en el tema que Carlos Muñoz, Vidal Villa o Castoriadis, por no mencionar a los economistas y sociólogos del PCF.

Los empresarios, por un lado, y por otro los administradores, gerentes, ejecutivos e intelectuales-profesionales, tampoco representan capas o incluso clases sociales nuevas. No son otra cosa que esa vieja y conocida burguesía, y esa vieja y conocida pequeña burguesía, tan viejas como la misma industria capitalista y la misma sociedad burguesa moderna.

Si el galimatías de nuestros desgraciados teóricos pudiera tener algún sentido, si consiguieran poner un poco de orden en sus ideas, cosa de la que no parecen demasiado capaces, hubieran debido decir que los PC se esfuerzan por dar cuerpo a un proyecto político que se apoya ante todo en las «nuevas

7. Véase, en particular, la célebre sección VI original del tomo I de *El capital*, no integrada por Marx a la obra, y que no se publicó hasta después de la segunda guerra mundial.

clases medias» (la pequeña burguesía) que se esfuerzan por emanciparse progresivamente de la tutela del gran capital y por sustituirse a él gracias a las nacionalizaciones, al dominio del estado sobre la economía y la sociedad, a la «burocratización del mundo».* Podría identificarse el parentesco lejano, y el cercano, de estas teorías erróneas. Detrás de esta «transformación» y esta «sustitución» se perfila la «tecnoestructura» de Galbraith.[8] Inmediatamente podría constatarse hasta qué punto están poco basadas en la realidad estas afirmaciones, hasta qué punto subestiman la enorme debilidad socioeconómica de estas «nuevas capas», su dependencia económica casi total en relación al gran capital (monopolios, capital financiero), su impotencia política casi completa para esbozar una política independiente de las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista: la clase burguesa y la clase obrera.[9] Vidal Villa, por lo demás, vuelve a tomar textualmente las tesis triviales de Galbraith, afirmando que «las decisiones propias de la gran empresa se fundan en el trabajo de equipo de todo un conjunto de técnicos, profesionales, expertos, etc., que asesoran, informan, dictaminan, aconsejan a los diversos ejecutivos de las empresas.» (Op. cit., p. 19.)

Se olvida de la distinción entre la articulación técnica del poder (tan vieja como el capitalismo industrial, y nacida con el primer ingeniero) y el mismo poder de decisión, que es una función, no de buenos consejos «técnicos», sino del poder de disponer de los medios de producción, es decir, del capital, de imperativos de provecho y de acumulación del capital. Este poder efectivo permite a los «diversos ejecutivos» echar a la calle la «tecnoestructura», igual como se echa a la calle a un vulgar obrero manual. La tecnoestructura «no necesita» al capital monopolista, dice Vidal Villa. ¡Indudablemente! Pero ¿es que los obreros necesitan a los capitalistas? El quid de la cuestión está en que para desembarazarse de ellos no basta con «no necesitarlos». Además hay que acabar con el estado burgués,

* Alusión a la obra de Bruno Rizzi: *La bureucratisation du monde.* Cf. nota 4 del presente capítulo. (N. d. E.)

8. Kenneth Galbraith: *The New Industrial State* (El nuevo estado industrial), Penguin Books, 1969.

9. Cf. V. I. Lenin: "Todos los intentos de la pequeña burguesía para tomar conciencia de su fuerza, para dirigir a su modo la economía y la política, han terminado en un fracaso. O bien tienen que situarse bajo la dirección del proletariado, o bien bajo la de los capitalistas. No hay término medio. Los que sueñan en un término medio son unos ilusos". (Discurso en el congreso de los obreros del transporte, 27 de marzo de 1921.)

expropiar a la burguesía y eliminar las relaciones de producción capitalistas.

La verdadera contradicción es todavía más explosiva. Apenas Carlos Muñoz cree tener aislada «la base social» específica del eurocomunismo en las «capas y clases nuevas» cuando, ya en el párrafo siguiente de su artículo, se ve abocado a realizar un verdadero *salto mortale*:

«...el eurocomunismo aparece como intento de ofrecer una alternativa geopolítica autónoma a la fracción europea del imperialismo que siempre ha dependido de la protección USA frente al bloque soviético.» (Ibíd., p. 38.)

Pero la «fracción europea del imperialismo» [10] no la componen los técnicos, los gerentes de gasolinera, los especialistas en estudios de mercado o los organizadores de viajes «charter». La forman los trusts monopolistas y los grupos financieros («la oligarquía financiera») de los cuales se decía, precisamente, que los eurocomunistas querían «aislarlos» y suprimirlos. La «fracción europea del imperialismo» lleva nombres que les suenan mucho a todos los proletarios explotados de Europa y de los países coloniales y semicoloniales. Se llama British Petroleum, ICI, Lhonro, Río Tinto, FIAT, Siemens, Bayer, Krupp, Daimler, Ciba-Geigy, Philips, Rhône-Poulenc, Michelin, Ericsson, Paribas, Deutsche Bank, Société Générale, Union Minière, etc. ¿Puede pensarse seriamente que estos trusts y estos grupos financieros tengan necesidad de *outsiders* para conocer sus intereses e intentar realizarlos? ¿Dónde está demostrada su debilidad económica, financiera, social, debilidad tan acusada que se verían obligados a abandonar su poder a unos mediocres pequeños burgueses... para mantener su dominación?

Todo este fárrago sólo adquiere algún sentido si se le integra lo que precisamente falta en los análisis de Vidal Villa y de Muñoz: la crisis socioeconómica del sistema capitalista, el ascenso de la combatividad y de la radicalización política obreras.[11]

10. También está tomado en préstamo del arsenal teórico del stalinismo y del eurocomunismo el mito de una "dependencia" casi absoluta de los imperialismos europeos (y japonés) en relación al imperialismo norteamericano. Esto refleja la incapacidad de tomar en cuenta las colosales modificaciones que se han producido durante los últimos veinte años en las relaciones de fuerza interimperialistas, es decir, de dar parte de la realidad de la competencia interimperialista exacerbada, que presupone la independencia de las potencias imperialistas (aunque esta independencia se combine con una interdependencia ante enemigos comunes).

11. Esto no es casual. También la escuela de "Socialismo o barbarie" había llegado a poner entre paréntesis las crisis económicas y sociales explosivas en la sociedad de Europa occidental, en base a la negación del potencial revolucionario del proletariado. Véase, en particular:

"En los países capitalistas modernos, no se observan ya las manifes-

Es entonces cuando se comprende por qué los trusts y los grupos financieros podrían necesitar a los partidos eurocomunistas: no para sustituir el sistema existente por «un nuevo modo de dominación social y de explotación económica más perfecto» —¡ya están plenamente satisfechos de la «perfección» de su propio sistema de dominación social y de explotación económica!—, sino para garantizarles *la supervivencia de su sistema* ante las dificultades de acumulación del capital y el asalto de las masas que lo amenazan. Esto se llama, de forma muy concreta: desviar las aspiraciones anticapitalistas de las masas hacia formas y programas de gobierno compatibles con la supervivencia de la propiedad privada y del orden burgués; cargar lo esencial del peso de la crisis en las espaldas de los trabajadores, cosa que, dado un cierto nivel de combatividad de las masas, sólo tiene posibilidades de éxito con la complicidad de los partidos que todavía gozan de un crédito político mayoritario en la clase obrera.

Partiendo de ahí, el proyecto político eurocomunista no se inscribe en ninguna perspectiva de sustitución del modo de producción capitalista y el estado burgués *existentes* por ningún nuevo modo de dominación y de explotación. No implica ninguna transformación cualitativa del primero, sino, todo lo más, su «adaptación» a las exigencias corrientes, cosa que, después

taciones consideradas antes como rasgo ineluctable del funcionamiento del capitalimo: depresiones económicas, paro, pauperización absoluta o relativa. No es éste un fenómeno accidental o pasajero: la dirección estatal de la economía permite al capitalismo controlar su evolución en un grado suficiente como para evitar desequilibrios catastróficos." (1963)

"Hay que subrayar algo que pesa enormemente en la realidad y en la perspectiva presentes: la despolitización y la privatización profundas de la sociedad moderna; la transformación acelerada de los obreros en empleados... el desdibujamiento de los contornos de las clases, que hace cada vez más problemática la coincidencia de los objetivos económicos y políticos." (1967)

"En el terreno en que se sitúan estas huelgas, no hay «desbordamiento» posible. Al final de la huelga, los trabajadores pueden protestar... porque encuentran poco satisfactorio el compromiso negociado. Pero esto demuestra precisamente que no se salen del marco impuesto desde el comienzo de la lucha." (1963)

(Castoriadis: "L'expérience du mouvement ouvrier" (La experiencia del movimiento obrero), 10/18, París, 1974, pp. 377, 422, 371.)

Todos estos análisis, que no eran más que una traducción, apenas corregida en lenguaje "izquierdista", de la ideología y los mitos predominantes de la burguesía durante los años 60, fueron completamente refutados por mayo del 68, la recesión generalizada de 1973-74, el proceso revolucionario portugués, y la reaparición cada vez más clara de tendencias hacia la autoorganización de la clase obrera en las luchas corrientes.

de todo, los socialdemócratas y los reformadores burgueses (liberales y... de extrema derecha) han hecho incesantemente, desde Bismarck hasta Roosevelt, desde Ebert hasta Callaghan. Se inscribe en la perspectiva de salvamento del capitalismo privado. Así hemos llegado a la interpretación marxista revolucionaria del eurocomunismo, aun partiendo de las premisas de nuestros «teóricos», imprudentemente innovadores y notablemente incoherentes.

Pero no se juega impunemente a aprendiz de brujo con la teoría, y menos con la explicación teórica de la sociedad soviética y del «capitalismo tardío». Si suponemos que realmente lo que existe en la URSS no es una sociedad congelada en su transición entre el capitalismo y el socialismo, sino una nueva forma, superior, de explotación del trabajo, es decir, una nueva sociedad de clase, con una nueva clase dominante, más apta para explotar que la pobre y vieja burguesía imperialista, la conclusión que entonces se impone, de forma cada vez más imperiosa, es la de que también en Occidente lo que está a la orden del día no es la revolución proletaria socialista, sino la simple sustitución del capitalismo decadente por una forma superior de explotación del hombre por el hombre.[12] Nuestros aprendices de brujo en teoría marxista no vacilan, por lo demás, en extraer esta conclusión:

«... el eurocomunismo es, hoy por hoy, la única alternativa al desarrollo histórico de Europa ocidental con un mínimo de coherencia (la revolución social aún no ha sabido formular esa alternativa global)» (Carlos Muñoz, op. cit., p. 36).

Y Vidal Villa:

«...la clase obrera de los países capitalistas avanzados se ve limitada a luchar por el mantenimiento de su nivel de vida y por la defensa de su empleo, ambos, como he dicho más arriba, previamente modelados por el capitalismo y alienados de un control y una decisión libres de cada trabajador. Es decir, limitada a luchar por el mantenimiento de su propia explotación...

...Por consiguiente, el eurocomunismo tiene ante sí un porvenir halagüeño. Con más o menos vicisitudes, con más o menos problemas, está en medida de alcanzar sus objetivos.» (Op. cit., pp. 20-21.)

A mitad de camino, nuestros desdichados teóricos han dado un salto gigantesco hacia atrás, del socialismo científico al socialismo utópico. Ya que lo que distingue fundamentalmente al socialismo científico del socialismo utópico —el cual tiene, por lo demás, grandes cualidades que Marx y Engels recuperaron y subrayaron incesantemente, y que sus discípulos han despreciado sin razón— es el que «la revolución social» *no nace* precisamente de «proyectos» ideológicos o programáticos, sino que es el punto de llegada de las contradicciones internas de la sociedad capitalista, sobre todo de la lucha de clases real entre el capital y el trabajo asalariado.[13]

Pero si se niega el potencial anticapitalista de esta lucha de clase práctica, real, cotidiana e inevitable, porque, de acuerdo con Mao y con otros «idealistas» en materia de interpretación de la historia, se juzgan los acontecimientos no en función de los intereses sociales de los combatientes, sino según criterios ideológicos (o, lo que es peor, según «proyectos diabólicos»), se obtiene entonces, como en una cámara oscura, una imagen invertida del mundo.

En España, en Italia, en Francia, en Gran Bretaña, los trabajadores ya no luchan por defender sus salarios reales, su empleo, sus pasadas conquistas, contra la ofensiva del capital; ya no intentan, mitad instintivamente, mitad conscientemente, abrir paso a soluciones anticapitalistas de la crisis medante la expropación del capital y la conquista del poder político, orientándose objetivamente, de este modo, en el sentido de la revolución social; la burguesía ha dejado ya de intentar, por todos los medios, de hacer que aumente la tasa de ganancia y de salvar su aparato y su poder estatal. No, a esta lucha de clases real y material se le ha sustituido la imagen de una «lucha triangular» en la que «el verdadero maestro en el juego» —la futura «nueva clase dominante»— manipula a su gusto a las clases sociales fundamentales de la sociedad burguesa y persigue, con una perseverancia, una obstinación y una seguridad en el triunfo crecientes, puesto que ella es la que va «en el sentido de la historia», el diabólico proyecto de establecer «un nuevo poder de clase explotadora», eliminando, al mismo tiempo, el poder de la burguesía real y la aspiración al poder del proletariado real.

Como, pese a todo, la clase obrera, que representa del 65 al 90 % de la población activa en Europa occidental, no sabe nada de esta «nueva clase explotadora» invisible, inaudible e inasi-

12. Trotsky presintió, ya en 1939-40, esta trayectoria teórica de aquellos que rechazaban la tesis marxista revolucionaria sobre la naturaleza de la URSS. Véase *In Defense of Marxism*, Pioneer Publishers, New York, 1942. (*En defensa del marxismo*, Fontamara, Barcelona, 1977.)

13. Se nos podría objetar: pero la *victoria* de la revolución social no es inevitable. Depende, según los propios trotskistas, del "factor subjetivo de la historia", es decir, del partido y de la conciencia de clase revolucionarios del proletariado. Respondemos: la solución de la "crisis del factor objetivo" depende, a su vez, del desarrollo de la lucha de clases y de la inserción de los revolucionarios en ella, de una política revolucionaria correcta en función de los imperativos de esta lucha de clases. Sigue intacto el foso entre el socialismo científico y el socialismo utópico.

ble, que se parece como dos gotas de agua al ectoplasma de los espiritistas, tiene su manera, más terrenal y vulgarmente práctica y materialista, de juzgar los acontecimientos económicos y políticos, si le dicen que los partidos comunistas van a limpiar el escenario histórico de los patronos y la burguesía —que son los enemigos de clase con los que se ve confrontada día a día—, reafianzará su adhesión a los PC (siempre y cuando los acontecimientos no levanten testimonio contra estas audaces profecías), aunque se le repita cien veces: «¡Pero si lo que vendrá luego será muchísimo peor!» No hay otra posibilidad de hacerle replantearse su adhesión a los PC que demostrar —apoyándose en hechos y no en hipótesis— que, lejos de disponerse a barrer a los patronos y los capitalistas, a lo que se disponen los PC es a *salvarlos* en una de las peores crisis socio-económico-políticas que hayan conocido en toda su historia, y a hacerlo sacrificando los intereses inmediatos e históricos de la clase obrera.

No existe, pues, espacio político, ni en España ni en ningún otro país de la Europa capitalista, para una corriente política que intente sustituir la realidad de la lucha de clases bipolar entre el capital y el trabajo, que domina toda la vida social de esos países, por la imagen deformadora de una lucha «triangular», con los paladines de la «nueva clase» como animadores. Este mito choca demasiado con la realidad vivida cotidianamente por decenas de millones de seres humanos para que se lo tome demasiado en serio (hablamos de una corriente política con un mínimo de influencia, no de pequeñas sectas marginadas de la vida política y social, que pueden vegetar durante decenios a la sombra de la lucha de clases real).

Nos permitiremos, pues, hacer una predicción para los camaradas de esta corriente y sus «compañeros de viaje». Si no rectifican el peligroso rumbo que están siguiendo, si no reencuentran la vía hacia el marxismo revolucionario y hacia la inserción no sectaria en la lucha de clases real entre el proletariado y la burguesía reales, acabarán inevitablemente por escindirse en dos fragmentos: uno, fundamentalmente pequeñoburgués, si no burgués, se integrará en la socialdemocracia de derecha, o incluso en el mundo burgués, considerando al «viejo» capitalismo privado como el mal menor respecto al «capital de estado único» totalitario (cf. los «nuevos filósofos» en Francia); el otro, fundamentalmente capitulador ante el stalinismo, pero más obrero, se adaptará a la «única solución de recambio con un mínimo de cohesión» en relación al capitalismo privado, solución que, precisamente, según esos camaradas, es la del eurocomunismo.

Inmediatamente se oirán gritos indignados de «calumnia».

Pero creemos en la implacable dialéctica interna de las ideas y de las teorías, en estrecha (si no mecánica) correlación con las fuerzas sociales existentes en cada una de las épocas históricas. La mayoría de los obreros que, aun rechazando el «totalitarismo», estén convencidos de que el eurocomunismo es la única solución de recambio repecto a los que los explotan diariamente, acabarán por integrarse a esa gran corriente. La integración puede realizarse de distintas formas y con etapas intermedias. Es posible adherirse al proyecto estratégico de los PC sin adherirse organizativamente a sus aparatos, es decir, aceptar que lo que está a la orden del día en Europa occidental no es la revolución socialista, sino «la etapa de consolidación de la democracia», de «la alianza antimonopolista», de la «democracia avanzada». Sólo cuesta dar el primer paso. Después de esto, ¿qué credibilidad puede conservar una estrategia de movilización y de autoorganización extraparlamentarias de las masas que no desemboque en ninguna perspectiva revolucionaria, que no esté integrada en un proyecto político de conjunto? [14]

No existe, por lo demás, ninguna razón para sorprenderse de esta conclusión aparenteemnte paradojal. Las apariencias, una vez más, engañan. Carlos Muñoz, Vidal Villa y sus camaradas pueden acusarnos cuanto quieran (injustamente) de mantener «la confusión» entre el socialismo y el régimen existente en la URSS. Pueden muy bien no hablar de la URSS si no es echando espuma por la boca. Pueden, si quieren, quedar paralizados por el miedo ante el fenómeno de la burocracia stalinista, igual como el conejo queda hipnotizado por la cobra. Pero si miramos de cerca sus tesis e hipótesis teóricas, vemos que *casi todas han sido tomadas en préstamo del arsenal teórico del eurocomunismo*. Esto es sobre todo aplicable:

— a la tesis de la «economía mixta» que no sería ya la del «capitalismo privado»;

— a la tesis según la cual «el estado» podría eliminar progresivamente las leyes del desarrollo del capitalismo sin expropiación del capital;

— a la tesis según la cual sería posible «transformar» gradualmente la sociedad burguesa tal como existe en Occidente, sin tener que derribarla;

14. Vidal Villa afirma ya, por lo demás, que "el eurocomunismo es más progresivo que la socialdemocracia" (op. cit., p. 21). A partir de ahí se impone, fatalmente, la conclusión: hay que concederle un apoyo crítico contra los "monopolios" y la socialdemocracia. Y puesto que el "proyecto revolucionario del comunismo" es, por el momento, irrealizable, hay que reducir a la clase obrera al papel de fuerza auxiliar en la lucha de la "nueva clase" contra los "monopolios"...

—a la tesis según la cual esta «transformación» no sería posible más que con el «consentimiento» de la misma burguesía, o al menos de importantes sectores de esta burguesía;

—a la tesis según la cual este «consentimiento» podría obtenerse «aislando a un puñado de monopolios» gracias a una «amplia alianza antimonopolista»;

—a la tesis según la cual todas estas hábiles «transformaciones» podrían realizarse sin tocar el aparato de estado ni el poder estatal de la clase burguesa, dentro del marco de la democracia parlamentaria burguesa;

—a la tesis según la cual las «presiones internacionales» (el peso de las superpotencias en el continente europeo) «sobredeterminarían» el conjunto de la estrategia del movimiento obrero en Europa.

El hecho de que Muñoz y Vidal Villa llamen «capitalismo de estado» al resultado final de esta estrategia, mientras que los eurocomunistas hablan de una «vía pacífica al socialismo», no hace cambiar en nada la casi total identidad de las tesis, identidad que puede desembocar tarde o temprano en una adhesión política de hecho. Quizá seamos ingenuos. Pero es necesario, desde luego, un alto grado de amnesia para no darse cuenta de que estas tesis que nuestros falsos «izquierdistas» comparten con los eurocomunistas vienen de lejos, de Kautsky y de Bernstein. Esto confirma un proceso de socialdemocratización política, no sólo por parte de Berlinguer, Marchais y Carrillo, sino también en la cabeza de Carlos Muñoz y de Vidal Villa, si no se detienen a tiempo en la trayectoria que han adoptado imprudentemente. Y no hay nada en la historia de Europa durante los últimos sesenta años que permita cuestionar el veredicto de «utópico, irrealista, suicida y estrangulador de los inicios de la revolución socialista» en cuanto al contenido de esta política.

1.º de noviembre de 1977.

9

La estrategia del Eurocomunismo

El eurocomunismo se concibe a sí mismo como una estrategia común, a aplicar por todos los partidos comunistas de los países capitalistas avanzados. En realidad, es chocante constatar la manera análoga con que la mayoría de esos partidos han modificado su orientación política en el curso de los años 60 y 70 —y no solamente en Europa occidental—. La misma orientación siguen hoy los PC japonés y australiano, por no citar más que esos dos ejemplos. Y si los PC de los Estados Unidos, del Canadá y de Alemania occidental parecen seguir siendo excepción a esta regla cada vez más general, esto es algo que se explica fácilmente por su extremo aislamiento, así como por las condiciones mismas de la lucha de clases en sus respectivos países, que les llevan a no poder plantearse con un mínimo de verosimilitud la cuestión de una estrategia por el poder a medio plazo. El corolario de esta debilidad es su dependencia material y política total en relación al Kremlin (y a la burocracia de la RDA en lo que se refiere al PC de Alemania occidental), dependencia que no les permite (¿todavía?) llegar hasta el final de la evolución que ha producido el eurocomunismo. Pero un análisis atento de su *táctica* política demuestra que ésta tiene, también, muchos más puntos comunes con la del eurocomunismo de lo que generalmente se supone. La única distinción esencial es la actitud sistemáticamente acrítica respecto a la burocracia soviética.

Las principales tesis de la estrategia eurocomunista pueden resumirse del modo siguiente:

1. Es imposible llegar al socialismo en los países indus-

trializados sin el consenso de una amplia mayoría de la población.

2. Hay que conservar, con este objeto, las instituciones parlamentarias burguesas, que gozan manifiestamente del apoyo de esta mayoría.

3. La naturaleza de estas instituciones es tal, que pueden ser vaciadas progresivamente de su contenido de clase particular, es decir, pueden dejar de ser soportes de la dominación de clase de la burguesía. Esto es resultado, en particular, de la extensión continua de la intervención del estado en la vida económica, que trasplanta al seno del estado las principales contradiciones de la sociedad y hace de él un campo que pueden disputarse, si no la burguesía y el proletariado, sí al menos los monopolios, por un lado, y la «unión de las fuerzas progresivas» por otro.

4. Hay que evitar a cualquier precio un enfrentamiento frontal entre la burguesía en su conjunto y el proletariado aislado, no sólo porque semejante enfrentamiento se saldaría, sin lugar a dudas, con la derrota del proletariado, sino también porque conduciría inevitablemente a la destrucción de las instituciones parlamentarias burguesas, retrasando de este modo cualquier posibilidad de «penetración» hacia el socialismo durante un prolongado período.

5. Mediante la conquista de mayorías parlamentarias significativas, apoyado por la presión y la movilización de las masas, el movimiento obrero puede y debe conquistar reformas de estructura que transformarán por etapas la naturaleza del régimen capitalista, y que acabarán por cambiar su misma naturaleza.

6. La etapa esencial que tenemos delante es la de la alianza antimonopolista, o de la «democracia avanzada», que debilitando, y luego aboliendo, el poder de los monopolios, asestará un golpe decisivo al capitalismo y permitirá acrecentar cualitativamente el peso y el poder de las masas trabajadoras en la sociedad, a través de mecanismos diversos de democratización de la vida económica y de participación de las masas en la gestión del estado. Esta etapa es una etapa transitoria decisiva en el camino hacia la abolición del capitalismo y el advenimiento del socialismo. Pero no constituye, en sí misma, ni una cosa ni otra.

7. La alianza antimonopolista debe incluir, además de a la clase obrera y a la masa de los empleados (incluyendo a los funcionarios, los técnicos y los cuadros), a buena parte del campesinado y a una parte considerable de la burguesía pequeña y media, con objeto de aislar a los grandes monopolios. Por esto es que no conviene, durante esta primera etapa, cuestionar el régimen de propiedad privada.

Creemos haber resumido objetivamente las tesis estratégicas fundamentales del eurocomunismo, a las que, por lo demás, el Kremlin ha concedido una aprobación global.[1] Merecen y exigen una respuesta global, al nivel de un análisis de los rasgos predominantes de la evolución de la lucha de clases en los países capitalistas industrialmente avanzados. Trataremos más adelante, en el capítulo XI, «El PCF, el eurocomunismo y el estado», los problemas particulares de esta estrategia referidos a la naturaleza de las instituciones democráticas parlamentarias y, en general, al papel del estado en esta lucha de clases contemporánea.

La fuente histórica de la estrategia eurocomunista: la «estrategia de desgaste» de Kautsky

Lo que ante todo sorprende de esta estrategia eurocomunista es el hecho de que no sea nada nueva. Fue formulada, de modo coherente, por primera vez, por Kautsky, hacia 1910, en su debate con Rosa Luxemburg en el seno de la socialdemocracia alemana. Kautsky distinguió entonces dos estrategias de lucha por el poder para el movimiento obrero alemán (y, por extensión, para el movimiento obrero en todos los países industriales avanzados): la llamada estrategia del asalto, y la llamada estrategia de desgaste (Ermattungsstrategie). Optó resueltamente por la segunda.

En vez de intentar tomar la fortaleza enemiga por asalto, de un solo golpe, arriesgando el todo por el todo, pudiéndose perder, de este modo, lo conseguido a lo largo de cuarenta años de progresos parciales y de acumulación de fuerzas, el movimiento obrero debe empezar por poner cerco a esta fortaleza, por minarla, por obligar al adversario a salidas reiteradas, costosas, que se saldarán en fracasos. Debe dividir al adversario y provocar una progresiva erosión de su voluntad de victoria, incluso de su voluntad de combate. La fortaleza, de este modo, acabará

1. "El éxito sólo es posible si la clase obrera, si todas las masas trabajadoras transforman (sic) al parlamento de instrumento de dominación de la burguesía en representante de intereses del pueblo trabajador... Los programas por transformaciones profundas de la estructura económica de la sociedad, la construcción de un estado (re-sic) de alianza democrática, de un gobierno del bloque de las fuerzas de izquierda, de la democracia antimonopolista, etc., propuestos hoy por varios partidos comunistas de Europa y de otras partes del mundo, son etapas intermedias y formas transitorias en la vía del socialismo que toman en cuenta las condiciones concretas de cada país." ("Pravda", 1.° de marzo de 1977.)

por caer, con pocas pérdidas propias, pero no sin resistencia.[2]

La referencia a la fuente histórica de la estrategia eurocomunista no es un simple ejercicio erudito. Permite oponer a los paladines del eurocomunismo la enseñanza de la práctica, las lecciones de la historia. La estrategia kautskiana fracasó lamentablemente. No condujo a la caída de la fortaleza capitalista, sino al hundimiento del movimiento obrero alemán, a través de las ya conocidas etapas del 4 de agosto de 1914, del estrangulamiento de la revolución de 1918 y de la de 1923, y de la capitulación ante la llegada al poder de los nazis en 1933. La aplicación sucesiva de estrategias similares por parte del PCF y del PC español, entre 1935 y 1938, condujo igualmente a sangrientas derrotas. Nuevamente se aplicó una estrategia análoga por parte de los PC de Francia, de Italia y de otros países europeos más pequeños entre 1944 y 1947, y fracasó igualmente. En las particulares condiciones de un país semicolonial, pero dotado de un movimiento obrero autónomo poderosamente organizado, la misma estrategia se aplicó en Chile a finales de los 60 y comienzos de los 70, bajo la Unidad Popular. Desembocó en la sangrienta derrota del golpe le estado de Pinochet, en 1973. Los menos que puede decirse es que los estrategas eurocomunistas no se muestran muy inclinados a extraer conclusiones de estos repetidos fracasos.

El caso de Portugal es paricularmente elocuente. El PC portugués, aun conservando una posición acrítica respecto a la burocracia soviética, aplicó también, al pie de la letra, la estrategia de la «alianza antimonopolista» y de la «democracia avanzada», entre abril de 1974 y noviembre de 1975, incluyendo la participación gubernamental en una coalición con fuerzas burguesas. Los grandes monopolios fueron, efectivamente, abolidos, pero no como resultado de ningún plan consciente del PCP, sino bajo la presión de las impetuosas movilizaciones de las masas. Pero el capitalismo no fue ni mucho menos abolido. El sector nacionalizado apenas supera el 25 % de la producción industrial, o del PNB. La burguesía, lejos de irse extinguiendo, ha pasado a una contraofensiva agresiva y cada vez más arrogante. La clase obrera, lejos de ir de victoria en victoria, está desorientada, a la defensiva, dividida (sin por ello haber sido vencida, y siendo todavía capaz, sin duda, de volver a pasar al asalto; ¡pero no gracias a los «éxitos» de la «estrategia de desgaste», ni mucho menos!).

¿Por qué esos repetidos fracasos? Contestar a esta pregunta equivale a poner el dedo en las debilidades esenciales de la estrategia eurocomunista, en sus más graves fallos en el análisis de las relaciones de clase en la sociedad capitalista industrializada y de su dinámica, en su incomprensión del *carácter estructural de las relaciones de dominación burguesas*, que no pueden ser abolidas gradualmente.

La imagen misma empleada por Kautsky simboliza ya esta visión profundamente mecanicista y errónea de las relaciones burguesas de dominación. El poder burgués está representado como una fortaleza *externa* al cuerpo social propiamente dicho. El movimiento obrero está representado como si pudiera reunir, gradual y tranquilamente, las fuerzas vivas de este cuerpo social, independientemente del poder burgués y contra él. La realidad del capitalismo es muy distinta.

Mientras la burguesía detente el poder político y económico, los trabajadores vivirán y actuarán en unas condiciones de dependencia material respecto a la clase dominante. Su trabajo, sus ingresos, su nivel de vida, están determinados, en último análisis, por los mecanismos económicos que funcionan en base a los objetivos perseguidos por la burguesía: valorización y acumulación del capital. De la misma forma, el poder político de la burguesía, que no concierne tan sólo al aparato de represión, sino también al aparato de manipulación ideológica, no es externo a la acción y al comportamiento político del proletariado, por no hablar ya de las masas pequeñoburguesas, sino que se encuentra en permanente compenetración con ellos (en grados distintos, desde luego, según la coyuntura política y los altibajos de la lucha de clases).

En estas condiciones, la idea de un agrupamiento gradual de todas las fuerzas vivas de la sociedad para organizar un asedio de larga duración, por no decir permanente, contra la «fortaleza capitalista», es una cosa fantasmagórica. El capitalismo dispone de innumerables nidos de ametralladoras en torno a su «fortaleza», en el seno mismo del cuerpo social asediador, que impiden cualquier agrupamiento prolongado o cualquier asedio de larga duración. Pueden ser desmantelados, pero tan sólo en momentos precisos, cuando un determinado concurso de circunstancias debilita momentáneamente, o paraliza, la capacidad del enemigo para utilizarlos. Pero estos momentos nunca duran mucho: se llaman «crisis revolucionarias». Y el intento mismo de desmantelamiento desorganiza y desarticula todos los mecanismos de funcionamiento de la sociedad y de la economía, y

2. Karl Kautsky: "Was nun?" (Qué hacer), in "Die Neue Zeit", 8 de abril de 1910, año 28, vol. 2. — Debe subrayarse el hecho de que la estrategia de desgaste incluye, en Kautsky, un paso a la estrategia de asalto (Niederwerfungsstrategie) y a la lucha por el poder, ya sea cuando el enemigo trate de suprimir la libertad de organización del proletariado, ya cuando este mismo enemigo esté debilitado hasta tal punto que su derrocamiento puede realizarse con pocas pérdidas.

provoca tensiones extremas, muy alejadas de la imagen de un asedio tranquilo y apacible. La tentativa provoca, por el contrario, la inexorable prueba frontal de fuerzas que se quería evitar a cualquier precio. Sólo se evitará si se dejan intactos los nidos de ametralladoras. Pero en este caso queda fuera de cuestión el llevar a cabo ningún asedio, o siquiera un reagrupamiento del grueso de las fuerzas para realizarlo.

Crisis de dominación de la burguesía y crisis económica

Está íntimamente ligado a la imagen falsa de un poder político burgués externo a la sociedad misma el concepto de una conquista gradual «de los poderes»,[3] conquista que se desarrollaría no sólo sin provocar un enfrentamiento global entre el capital y el trabajo, sino incluso sin trastornar esencialmente el normal desarrollo de la vida económica y social. Esto presupone, de hecho, una economía que funcione independientemente de las relaciones de producción y de los intereses de clase específicos. Se trata, nuevamente, de una fantasmagoría.

En el régimen capitalista, la vida económica no funciona normalmente más que en la medida en que los propietarios de los medios de producción pueden emplearlos con el fin de realizar el beneficio previsto. Cuando desciende la tasa de ganancia, cuando el beneficio realizado es inferior al previsto, los capitalistas ven, simultáneamente, reducida la posibilidad de acumular capital, y vuelto a poner en cuestión el interés inmediato en invertir productivamente los nuevos capitales acumulados.

A partir de ahí, las inversiones, la producción, el empleo, descienden en lo inmediato. Se produce la crisis, no por «mala fe» de los capitalistas fundamentalmente, ni por deseo de «conspirar» contra el «gobierno de izquierda» (aunque también estos motivos desempeñan un papel), sino, esencialmente, por la lógica misma del sistema. Es utópico esperar que los capitalistas aumenten sus inversiones y estimulen el crecimiento económico cuando desciende la tasa de ganancia. Y es, sencillamente, imposible obligarlos a actuar en contra de sus intereses, tanto de sus intereses privados como de su interés de clase.

Ahora bien, cualquier dinámica de reformas mínimamente reales en el terreno del nivel de vida y de la calidad de vida de las masas trabajadoras, y con mayor razón cualquier ataque general contra los mecanismos de dominación de la burguesía (contra el «poder de los monopolios»), implica inevitablemente un descenso de la tasa de ganancia media. Así, pues, las reformas minan inevitablemente los mecanismos fundamentales de la economía capitalista. La reacción capitalista —huelga de capitales, «desestabilización», evasión de capitales, inflación acelerada— es, entonces, igualmente inevitable. Comporta un deterioro del nivel de vida de las masas que no puede dejar de provocar una exacerbación de la lucha de clases, una profunda crisis social, sobre todo cuando se produce en un momento en que estas masas sienten que las relaciones de fuerza han evolucionado en su favor, que el capitalismo se ha debilitado.

Se desencadena entonces un verdadero seísmo económico y social. Y, en unas condiciones de seísmo, la idea de un «asedio» prolongado y apacible es, evidentemente, absurda. Los asediadores pueden quedar aplastados por los escombros de la fortaleza si no actúan con resolución y velocidad.

En la base de la utópica «estrategia de desgaste», recuperada por los eurocomunistas, se encuentra la incomprensión del carácter estructural de las relaciones de producción capitalistas. Estas no pueden modificarse gradualmente, fragmento a fragmento. Sólo pueden, o bien funcionar en base a su propia lógica, o bien no funcionar. No pueden funcionar a medias, como una mujer no puede estar encinta a medias. El concepto de «economía mixta» es o bien un espejismo, o bien un mito propagado deliberadamente para engañar a las masas. En el seno de una economía capitalista, el sector nacionalizado no es ningún «islote socialista», es un instrumento de subvención y estímulo para la valorización del capital privado.

En este sentido, cuando la sociedad burguesa se ve sacudida por una profunda crisis socioeconómica, sólo hay dos maneras de volver a poner en marcha una vida económica normal.

O bien se garantizan todas las condiciones para una valorización satisfactoria del capital, es decir, una elevación sustancial de la tasa de ganancia, lo cual implica austeridad, el desmantelamiento de las reformas sociales, el dar paso libre a la ofensiva contra el empleo o por la aceleración de las cadencias. Esto permite, indudablemente, una «normalización» sobre la base de la lógica capitalista, pero no tiene nada que ver con una «democracia avanzada» ni con un «desmantelamiento del poder de los monopolios». Refuerza, por el contrario, el poder y la influencia de éstos en la sociedad, a costa de la clase obrera.

O bien se garantizan todas las condiciones para un relanzamiento de la producción en base a la lógica de una economía socializada y planificada, lo cual implica que el proletariado tome en sus manos lo esencial de los medios de producción y

3. El libro de Gilles Martinet: *La conquête des pouvoirs* (La conquista de los poderes) constituye, hasta ahora, la exposición más coherente y sofisticada de la "estrategia de desgaste", superando en mucho las elaboraciones, muy generales, de Kautsky y de los eurocomunistas.

de cambio, y la supresión de todo poder burgués capaz de obstaculizar esta «normalización» socialista. Esto lleva por nombre revolución socialista, y no puede ir en compañía de ninguna clase de respeto por la propiedad privada ni de ningún servilismo respecto a la legalidad burguesa. Esto, repitámoslo, no tiene nada que ver con una etapa de «democracia avanzada» ni con una «alianza antimonopolista» que eludan el ataque contra el capitalismo en su conjunto.

La primera solución es la que postula la socialdemocracia de derecha («hacer de médico en la cabecera del capitalismo enfermo»), y la que aplica cuando está en el gobierno (Helmut Schmidt, Wilson-Callaghan). La segunda solución es la que postulan los marxistas revolucionarios. El proyecto estratégico eurocomunista, igual que ayer el de Kautsky o el de la Unidad Popular, está sentado entre dos sillas y es completamente irrealista. Por lo demás, si se lo abandona a su propia lógica, si las masas no lo desbordan ampliamente, acaba por remitirse, en la práctica, a la primera solución. Partiendo de ahí, toda la palabrería sobre la «transición al socialismo» se revela como una cortina de humo detrás de la cual se lleva a cabo la consolidación de la economía capitalista y del poder del gran capital.

Crisis de dominación de la burguesía y crisis social

El irrealismo de la «estrategia de desgaste» se revela igualmente cuando se aborda el problema bajo el ángulo de la evolución de las relaciones de fuerzas sociopolíticas entre las clases. Cualquier proyecto de «desmantelamiento del poder de los monopolios» presupone, en todos los casos, una modificación dramática de estas relaciones de fuerzas. Mejor dicho: el proyecto eurocomunista y los proyectos análogos del pasado no surgen, generalmente, más que cuando esta modificación empieza ya a manifestarse. Representan, entonces, objetivamente, un medio de desviar el auge de las luchas obreras hacia vías y objetivos compatibles con el mantenimiento del régimen capitalista.

La burguesía no puede dejar de reaccionar ante este deterioro de las condiciones de su dominación. Esta reacción es a la vez de naturaleza económica y política. Hemos descrito ya la reacción económica. En cuanto a la reacción política, también la conocemos: «estrategia de tensión» (atentados, terrorismo), en la que los grupos de extrema derecha (Cagoule y sinarquía, SAC y compañía, Guerrilleros de Cristo Rey y spinolistas portugueses) operan en íntima simbiosis con el aparato del estado burgués, sobre todo —pero no únicamente— con el aparato de represión; intoxicación histérica de la pequeña burguesía y de las capas menos politizadas del proletariado ante el «peligro rojo»; parálisis progresiva de las instituciones parlamentarias y sabotaje abierto de la administración pública; si se da el caso, preparación de un golpe de estado.

Una clase obrera en plena fase de ascenso de su combatividad, en plena posesión de sus fuerzas, animada por un fuerte aliento unitario, que sienta que el enemigo está a la defensiva (impresión que la estrategia eurocomunista consolida forzosamente), no puede dejar de replicar a estas reacciones, tanto para defender su nivel de vida, su empleo, sus conquistas pasadas y presentes, como para defender el proyecto de un «desmantelamiento del poder del gran capital por vía legal y pacífica», que las direcciones reformistas le han mostrado como el único «realista», contra los defensores de este mismo gran capital que ahora lo están obstaculizando, cada vez más abiertamente, mediante actos ilegales de sabotaje y conspiración. De ahí que la fase histórica en la que el eurocomunismo adquiere su máxima credibilidad ante las masas sea precisamente aquella en que la exacerbación de las contradicciones, de las tensiones y de las luchas de clases inscriben inexorablemente en la orden del día la prueba frontal de fuerzas entre el capital y el trabajo.

Ahora bien, la estrategia eurocomunista tiene por objetivo esencial, precisamente, *evitar* este enfrentamiento a cualquier precio. Pero su capacidad de influenciar el comportamiento de la burguesía es casi nula. El hecho de que los Ebert-Noske, Otto Wels, Prieto, Thorez, Berlinguer, Allende y Mario Soares juren que el ejéricto es «nacional», «democrático», que está «por encima de la lucha de clases», que «respeta la Constitución», no impide los putsch de Kapp, de von Papen, de Mola-Franco, de de Gaulle, de Pinochet. Los reformistas no han podido jamás paralizar, ni siquiera demorar, los proyectos capitalistas antiobreros y contrarrevolucionarios mediante la astucia, el engaño, la maniobra o el frenado de las luchas obreras. En cuanto a su capacidad de influenciar el comportamiento del proletariado, esa sí es, desgraciadamente, mucho más real. En la medida en que sus esfuerzos están centrados por completo en el objetivo de evitar el enfrentamiento frontal, sólo pueden darse dos resultados. O bien, fracasa, es decir, la dirección eurocomunista se ve cada vez más desbordada por las masas, y, en este caso, el enfrentamiento se produce de todos modos, o bien tiene éxito, y entonces la fragmentación y la asfixia de las luchas obreras ante la movilización de las fuerzas burguesas debilita y desmoraliza al proletariado, desembocando en su derrota ineludible ante la contraofensiva burguesa. Pero en ninguno de ambos casos puede llevarse a cabo el proyecto eurocomunista.

Detrás de toda la estrategia eurocomunista, igual que detrás

de la «estrategia de desgaste» de Kautsky, hay una concepción manipuladora y burocrática del movimiento obrero, de la política obrera, y de la política en general, que debe ponerse en evidencia. La lucha de la clase queda reducida a tan sólo su aspecto político, o, mejor dicho, político-parlamentario. Las relaciones entre las clases quedan reducidas, en lo esencial, a tan sólo las relaciones entre partidos políticos, o, mejor dicho, entre las direcciones de los partidos políticos. Se supone que un puñado de «jefes» representan y articulan válidamente los intereses sociales de millones de personas, con todo su complejo enmarañamiento, y esto en base únicamente a unos resultados electorales. Se supone que estas clases sociales, es decir, millones de personas, y, en los países más grandes, decenas de millones, deben mantenerse en posición de firmes ante esos jefes omniscientes, y caminar o detenerse según se les ordene, actuando como títeres manipulados por un mecanismo que los controla estrictamente.[4]

Dos supercherías: el economicismo y el corporativismo

¿Será necesario subrayar que, por desgracia para los paladines de esta concepción tan mezquina de la política, que no sólo se sacude de encima todas las leyes de la lucha de clase socioeconómica elemental y espontánea, sino también todas las enseñanzas de la sicología de masas y todas las lecciones de la historia en lo relativo a los efectos acumulativos (tanto en el sentido del auge como en el de la regresión) de las victorias y las derrotas de las luchas de masas, este mecanismo sólo puede funcionar en una sociedad burguesa en cuyo seno la organización, la conciencia de clase y la combatividad obreras hayan superado un determinado nivel? Incluso si las masas trabajadoras son incapaces de formular y de realizar espontáneamente un proyecto coherente de conquista del poder o de organización de una sociedad socialista, estas masas sí son perfectamente capaces, en una situación prerrevolucionaria de exacerbación de las contradicciones de clase, de actuar de modo espontáneo, instintivo o semiconsciente, tanto para defender sus intereses inmediatos como para oponerse a las maniobras contrarrevolucionarias de la burguesía. Toda la historia de las crisis revolucionarias del siglo XX en los países industriales avanzados testimonia esta capacidad. Las masas son capaces, pues, de actuar con independencia de las instrucciones y orientaciones de estos «jefes», y, en caso necesario, contra ellas. Y lo son tanto más cuanto que una vanguardia, crítica respecto a los proyectos reformistas, a las vacilaciones y contemporizaciones de los aparatos burocráticos, consciente incluso del carácter contrarrevolucionario de estos proyectos, está ya presente en su seno, con un peso numérico y una influencia crecientes —aun siendo todavía muy minoritaria—, y las educa y prepara sistemáticamente en este sentido con los medios políticos y el lenguaje adecuados, es decir, evitando todo sectarismo y todo aislamiento, sabiendo cómo multiplicar las iniciativas unitarias dignas de crédito y realizadas con éxito.

También la exacerbación de las contradicciones y de las luchas de clases elementales y espontáneas, a nivel de empresa, de taller, de oficina, de barrio, de región, de sectores oprimidos (mujeres, jóvenes, nacionalidades minoritarias) o sensibilizados (ecologistas anticapitalistas), tiene efectos acumulativos. Lo que se desencadena en el conjunto de la sociedad es un movimiento de bola de nieve, que tiende, cada vez más, a una prueba frontal de fuerzas entre las clases polares, el proletariado y la burguesía.

Esta tendencia *objetiva* de la lucha de la clase —ampliamente independiente de la voluntad conciliadora y obstaculizadora de las direcciones reformistas, e inversamente, de la voluntad estimuladora de los revolucionarios, aunque, evidentemente, desemboque en resultados muy distintos según la fuerza de unos u otros— infunde a todos los períodos en que se afianzan los proyectos estratégicos de tipo eurocomunista la característica de períodos prerrevolucionarios. Y es precisamente esta natura-

4. Hay que reconocer que, por momentos, Kautsky incluye la espontaneidad de las masas "inorganizadas" en sus cálculos estratégicos: "Cuanto más simple es la organización, a tantos más cientos de millares de personas incluye a nivel del país, más pesado se hace su mecanismo, y más difícil se le hace entrar inmediatamente en acción cuando acontecimientos súbitos e imprevistos conmueven a la masa total de la población y la empujan a la acción inmediata. En estas situaciones, surgen nuevamente las condiciones para acciones de masa espontáneas que, llegado el caso, pueden barrer todo un sistema de gobierno. La guerra es lo que crea el terreno más fértil al respecto... Pero incluso una huelga gigante, que paralice toda la vida social, puede acarrear, de un día para otro, enormes sorpresas... El crecimiento de las organizaciones proletarias no elimina pues, en absoluto, ni la posibilidad ni, siquiera, la probabilidad de acciones de masa espontáneas para siempre jamás: sólo las limita en momentos normales. Lo mismo es aplicable al sufragio universal". (Karl Kautsky: *Die Aktion der Masse*, p. 110. "Die Neue Zeit", año 30, vol. 1.°, 27 de octubre de 1911.) El Kautsky de 1910-1911 no es todavía un reformista puro. Aún es centrista. Su pensamiento oscila, fluctúa, se tambalea incesantemente entre el reformismo y el marxismo revolucionario, incluso a propósito de la huelga de masas. En este sentido, va *por delante* y no por detrás de los Berlinguer, Marchais y Carrillo.

leza prerrevolucionaria la que convierte en utópico el propósito de evitar a cualquier precio la prueba de fuerza.

Cuando la lucha de la clase se aproxima a su punto de ebullición, los conciliadores están agotando los recursos de su ciencia, de sus astucias y de sus maniobras. Por lo demás, corren el peligro de mutarse en protagonistas, o incluso en organizadores, de la represión. A partir de entonces, la verdadera opción es la siguiente: o bien preparar al proletariado política, organizativa y sicológicamente, mediante sucesivas experiencias de lucha y de autoorganización, para este enfrentamiento, para que lo aborde con un máximo de posibilidades de victoria (es imposible, naturalmente, tener garantías *absolutas* de victoria); o bien frenar, debilitar, fragmentar la movilización y la combatividad del proletariado, su confianza en sus propias fuerzas y el ardor de sus convicciones socialistas, anticapitalistas, bajo el pretexto de evitar la «aventura», condenando con ello al proletariado a sufrir las condiciones del enemigo y a un máximo de riesgos de derrota.

En este mismo contexto, hay que poner en la picota la práctica demagógica y, propiamente hablando, falseadora, de dos conceptos, el de «economismo» y el de «corporativismo», por parte de los defensores eurocomunistas de la política de colaboración de clase al servicio de la burguesía. Hay que reconocer que les ha facilitado la tarea la enorme confusión creada en torno a estos términos por los mao-centristas durante los años precedentes.

En la terminología marxista clásica, los conceptos de «economicismo» y de «corporativismo» tienen un contenido preciso. El «economicismo» es una tendencia del movimiento obrero, que quiere *limitar* la acción obrera a la defensa de los intereses materiales del proletariado surgida más o menos espontáneamente de la clase. El «corporativismo» es una tendencia del movimiento sindical orientada a limitar las acciones obreras a la defensa de los estrictos intereses materiales de cada profesión (o, en el mejor de los casos, de cada rama de industria), en oposición, si se da el caso, con los del conjunto de los trabajadores o de otros sectores de la clase obrera.

Mediante una extensión inadmisible, se ha pretendido identificar la condena del «economicismo» con la condena de la defensa de los intereses materiales de los trabajadores bajo el régimen capitalista, que se subordinan, según esta versión, a los intereses políticos de conjunto. Pero en vano se buscará un solo caso en que Marx o Lenin se hayan opuesto a huelgas obreras por reivindicaciones económicas de clase, bajo el pretexto de cualquier «proyecto político más importante». Y, a través de una verdadera perversión, los términos de «economicismo» o de

«corporativismo» se utilizan para caracterizar la defensa de las conquistas económicas de la clase obrera contra las agresiones de la patronal, bajo el pretexto de que esta actitud «poco razonable «echaría a pique la economía nacional», es decir, minaría el beneficio capitalista. Marx y Lenin se revolverían en sus tumbas si se les atribuyera la paternidad de semejantes ideas *burguesas*. Ya que lo que está en la base de esta condena es la idea de un «interés común» del obrero y el gran capital... ¡en defender la estabilidad de la economía *capitalista!*

Hay que subrayar que todo este ataque insensato contra el «economismo» y el «corporativismo» de las capas más combativas del proletariado se deriva de la misma separación mecánica entre «luchas económicas» y «luchas políticas» que caracterizó al reformismo clásico. En cierto modo, no es más que su reproducción en negativo. El marxismo actúa de la forma exactamente opuesta. Se apoya en la tendencia espontánea del proletariado a defender sus intereses materiales inmediatos e intenta que esta defensa desemboque en un proyecto político global anticapitalista.

¿Es el eurocomunismo el ejecutor testamentario de Antonio Gramsci?

Los dirigentes eurocomunistas, sobre todo los del PCI, aluden a menudo a Antonio Gramsci, uno de los principales dirigentes del PCI en los años 20, como al verdadero precursor de la estrategia eurocomunista.[5] Para alguien que siga llamándose comunista, resulta, naturalmente, más cómodo reclamarse de Gramsci que de Kautsky.

Sin embargo, el análisis de la obra de Gramsci en su conjunto demuestra que es una auténtica impostura invocar el parentesco con el gran revolucionario italiano para la orientación neorreformista defendida por las direcciones eurocomunistas. Aun admitiendo que el pensamiento de Gramsci evolucionó entre el momento de la fundación del «Ordine Nuovo», en 1919, y la redacción de sus cuadernos de la cárcel,[6] no existe ninguna prueba

5. Santiago Carrillo: *Eurocomunismo y Estado*, ed. cit., p. 60. Jean Fabre-François Hincker-Lucien Sève: *Les communistes et l'Etat* (Los comunistas y el estado), Editions Sociales, París, 1977, pp. 69-73. Pietro Ingrao, in: *Parti Communiste italien: aux sources de l'euro-communisme* (Partido Comunista italiano: en las fuentes del eurocomunismo), conversaciones recopiladas por Henri Weber, Christian Bourgois éditeur, París, 1977, pp. 165, 172.

6. Nos referimos aquí, esencialmente, a los *Quaderni del carcere*, Einaudi, Milán, 1964, y más especialmente al tomo 4: "Note sul Machiavelli sulla politica e sullo stato moderno".

que pueda aducirse en favor de la tesis según la cual Gramsci habría abandonado la concepción de la revolución socialista como algo que implicaba la destrucción del aparato de estado burgués y el reemplazo de la democracia parlamentaria burguesa por una democracia socialista, basada en consejos obreros elegidos democrática y libremente. Esta fue la lección extraída por Gramsci de la experiencia de las revoluciones rusas de 1917 y de la alemana de 1918-1919, así como de la crisis revolucionaria de Italia en 1919-1920. Y fue, sobre todo, una conclusión obtenida a partir de un análisis de la naturaleza misma del proletariado —la única clase realmente revolucionaria de la sociedad burguesa— y de las condiciones organizativas y sicológicas indispensables para el auge y la victoria de su movimiento de autoemancipación.

El célebre concepto de hegemonía, elaborado en la cárcel, es, incontestablemente, ambiguo. Pero incluso si se lo interpreta en el sentido más favorable a la superchería eurocomunista, se aplica esencialmente al período *previo y preparatorio* de la crisis revolucionaria propiamente dicha. No se identifica en absoluto con la conquista del poder por el proletariado. No echa a un lado, en absoluto, la necesidad de esta conquista del poder, ni tampoco la idea de que la crisis revolucionaria pueda evitarse de una u otra forma. No hay nada en el concepto de hegemonía, tal como Gramsci lo empleó, que implique la idea de una «conquista gradual *de los* poderes», de forma casi imperceptible, paso a paso, que se encuentra en el centro de la estraategia eurocomunista, igual como estaba en el centro de la estrategia socialdemócrata de abolición del capitalismo.

La aportación positiva de Gramsci a la profundización de la teoría marxista del estado consiste en haber subrayado que la hegemonía ideológica y la coerción se complementan mutuamente en el ejercicio del poder de clase, que ningún estado puede subsistir sólo por la fuerza o sólo por el «consenso» de los explotados. Pero esto no es más que el desarrollo de ideas ya presentes en Marx. Marx subrayó, en particular, que la fuente última tanto del poder ideológico como del poder coercitivo del estado burgués se encuentra en la misma relación capital/trabajo asalariado.

No es éste el momento de extendernos sobre las ambigüedades reales contenidas en este concepto de hegemonía.[7] Lo que tiene de válido se refiere al hecho indiscutible de que todo ascenso de una clase revolucionaria en el seno de un modo de producción que ha entrado ya en decadencia histórica se ve acompañado por una serie de procesos que debilitan progresivamente los mecanismos de dominación y las posiciones políticas de la clase dominante, antes de que su poder político sea atacado frontalmente y derribado. Este fue el caso del ascenso de la burguesía en el seno de la sociedad feudal y semifeudal. Este es también el caso del proletariado en el seno de la sociedad capitalista.

7. Su análisis más brillante es el de Perry Anderson: "The Antinomies of Antonio Gramsci", in "New Left Review", n.º 100. (N. d. E.: versión castellana en esta editorial: *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Fontamara, Barcelona 1978.)

Entre estos procesos, hay que contar: el cuestionamiento de la ideología de la clase dominante mediante la elaboración teórica e ideológica de la clase revolucionaria; la diferenciación progresiva, entre los ideólogos, y, más en general, entre las «capas intermedias de la sociedad», entre defensores y adversarios del orden establecido, entre reventadores y protagonistas de la revolución social; la emancipación progresiva de sectores crecientes de la clase revolucionaria y del pueblo de la influencia preponderante de la ideología de la clase dominante; la organización creciente de la clase revolucionaria para atacar al orden establecido; el ocaso progresivo de la influencia, sobre el conjunto de la sociedad, de los «valores» que contribuyen a la reproducción automática de las relaciones de producción predominantes; las progresivas divisiones y «crisis de conciencia» en el seno de la misma clase dominante, sobre todo entre sus elementos jóvenes. Todos estos procesos pueden definirse mejor mediante el concepto de *crisis del conjunto de las relaciones sociales* que subtienden y engloban un modo de producción determinado, crisis que precede a la crisis revolucionaria propiamente dicha.

Pero existe una diferencia fundamental entre el lugar que ocupa la burguesía revolucionaria en la sociedad semifeudal y el lugar que ocupa el proletariado revolucionario en el seno de la sociedad capitalista. La primera es, por su misma naturaleza, una clase poseedora, con independencia de que esté o no en el poder; el segundo sigue siendo una clase desposeída, explotada y oprimida hasta que toma el poder. De ahí se desprende una diferencia no menos fundamental entre dos mecanismos de preparación y desencadenamiento de la revolución burguesa y los mecanismos de preparación y desencadenamiento de la revolución proletaria: la revolución burguesa la preparan aquellos que ya son los verdaderos dueños de la economía, mientras que la revolución proletaria deben prepararla aquellos que seguirán siendo económicamente dependientes y explotados al menos hasta el día siguiente a la expropiación de la burguesía.

Por esto resulta particularmente irrealista suponer que el proletariado pueda conquistar, antes de la toma del poder, un

tipo de «hegemonía» en el seno de la sociedad capitalista análogo al que la burguesía conquistó efectivamente en el seno de la sociedad semifeudal, tal como pensó, incontestablemente, Gramsci.[8] La burguesía puede apoderarse de la casi totalidad de los medios de difusión masivos antes de detentar el poder político, por el solo poder de sus capitales. Es absurdo suponer que el proletariado pueda conquistar la hegemonía ideológica en la prensa (por no hablar de la radiotelevisión) antes de haber expropiado al capital y haber conquistado el poder político. La monarquía absoluta no podía contrarrestar seriamente la dominación de la ciencia y de la ideología burguesas sobre el sistema de enseñanza, debido, en particular, al hecho mismo de su imbricación con el auge de las ciencias naturales, de la técnica, de las manufacturas y de la gran industria. Creer que bajo el estado burgués pueda haber una enseñanza dominada por el marxismo es creer en los Reyes Magos.

Para el proletariado, la articulación específica de los mecanismos de dominación económicos, políticos, ideológicos, culturales, es tal en el seno de la sociedad capitalista, que su peso en esta sociedad no puede superar un determinado límite más que si ataca directamente los dos fundamentos del poder de clase de la burguesía: la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, y el aparato de estado burgués.

Es más: la «acumulación primitiva» de fuerzas y de posiciones por parte del movimiento obrero en el seno de la sociedad burguesa puede engendrar su propia negación. Puede transformar a las grandes organizaciones obreras, cada vez más burocratizadas, de fuerza de *contestación* de esta sociedad en fuerza de *integración* en ella, en la medida, precisamente, en que no tiende ya enteramente a la preparación teórica y práctica de un enfrentamiento frontal con el adversario de clase. Esto es lo que se produjo, por primera vez, con la socialdemocracia, en vísperas y después de la primera guerra mundial. Esto es lo que se produce, por segunda vez, con los PC de masas, desde el séptimo congreso del Comintern y, sobre todo, desde la evolución hacia el eurocomunismo.

Esto es así, no porque haya una «conspiración» de dirigentes traidores (aunque el papel de la corrupción individual no es negligible en este proceso), sino por la lógica misma de la sociedad burguesa. En esta sociedad, un poco de dinero representa tan sólo un medio de cambio, un instrumento para adquirir medios de subsistencia y de consumo. Mucho dinero, por el contrario, constituye inevitablemente capital, y participa de una forma u otra en la distribución de la plusvalía social. Ahora bien, las grandes organizaciones obreras disponen, por fuerza, de mucho dinero. Son inmensas las presiones, las tentaciones. Se convierten en irresistibles si no se las contrarresta mediante un constante esfuerzo de educación, de formación teórica y política, de inserción en una práctica anticapitalista de movilizaciones de masas, de preparación de un proyecto político revolucionario.

Potentes grupos parlamentarios, muchos alcaldes que administran municipios de mayoría obrera, están directamente interesados en unas «finanzas públicas sanas», es decir, en la solvencia del estado burgués, sin la cual corren el peligro de perder el rumbo, o incluso de quedar cortos de víveres. Hay poderosos sindicatos que invierten los fondos cada vez más amplios de que disponen, incluyendo las cajas de resistencia (es lo que en el movimiento obrero alemán clásico se llamó «enfermedad de la construcción»: die *Baukrankheit*). Las cooperativas obreras no pueden sobrevivir sin recurrir una y otra vez al crédito bancario. Las universidades obreras se ven condenadas a pedir cada vez más subsidios a los poderes públicos, en la misma medida en que extienden su ámbito de acción.

Ahora bien, bajo el régimen capitalista, las finanzas públicas «sanas», las inversiones inmobiliarias (¡por no hablar de inversiones mobiliarias!), los créditos bancarios, los subsidios públicos, aunque estén concedidos por municipios obreros o por gobiernos llamados «de izquierda», tejen unos lazos cada vez más inextricables con el capital que controla la economía *en su conjunto,* hasta su expropiación. El conservadurismo, y luego la inclinación cada vez más contrarrevolucionaria de los aparatos burocráticos, nace de esta dialéctica implacable de las «conquistas parciales»,[9] es decir, de la acumulación de fuerzas del movimiento obrero en el seno de la sociedad burguesa; el revisionismo teórico respecto al marxismo y el reformismo político no son, en definitiva, más que corolarios de estas conquistas en los terrenos de la ideología y de la estrategia, aun si a su vez refuerzan sus implicaciones «integracionistas».

Sólo si estas conquistas parciales se conciben y se tratan siempre como provisionales y no decisivas; si el proletariado se educa constantemente en un espíritu de oposición intransigente, de hostilidad y de contestación de conjunto respecto a la sociedad burguesa; si la práctica cotidiana del movimiento

8. "Un grupo social puede, e incluso debe ser dirigente antes de conquistar el poder gubernamental (esta es una de las condiciones principales para la conquista del poder)." A. Gramsci: *Quaderni del carcere,* a cura di V. Gerratana, Torino, 1975, p. 2.010.

9. Véase Ernest Mandel: *De la bureaucratie* (Sobre la burocracia), Maspero, París.

obrero permite subtender esta educación, en particular mediante el recurso prioritario a la lucha y a la movilización extraparlamentarias de masas, sólo entonces la «acumulación primitiva de fuerzas» del movimiento obrero en el seno de la sociedad burguesa puede efectuarse con unos peligros reducidos de integración creciente.

Pero una *actividad* cotidiana cada vez más contestataria por parte de amplias masas, indispensable para mantener viva la conciencia anticapitalista, que no puede ser alimentada sólo con discursos, artículos de periódico o cursos de formación (por importante que sea, por lo demás, esta educación), acentúa, evidentemente, la tendencia hacia un enfrentamiento frontal entre las clases.[10]

La «lucha por la hegemonía» desemboca, de este modo, o bien en el debilitamiento reformista, la integración creciente de los aparatos burocráticos del movimiento obrero en el estado burgués, su identificación creciente con este estado, o incluso su alineamiento junto a este estado para salvarlo en un momento de crisis revolucionaria, o bien en una orientación acentuada hacia la movilización y la lucha extraparlamentarias de las masas, es decir, hacia la preparación consciente y sistemática de esta misma crisis revolucionaria. En ninguno de los dos casos se evitará la crisis revolucionaria. Pero en el primer caso se operará objetivamente por la derrota obrera, en el segundo por la victoria del proletariado. La opción está entre Ebert-Noske y Rosa Luxemburg, por tomar el modelo del movimiento obrero alemán.[11] Kautsky —y sus discípulos eurocomunistas— no realizarán nunca sus proyectos de «hegemonía».

Es cierto que el propio Gramsci, bajo la influencia directa de la primera guerra mundial y de la polémica de Kautsky con Rosa Luxemburg, utiliza la oposición entre estrategia móvil (de maniobra) y estrategia de trincheras.[12] Pero si considera la «estrategia de trincheras» como inevitable en determinados períodos, no es en función de la fuerza ya adquirida por el movimiento obrero —como lo hacen Kautsky y Berlinguer, este último de forma manifiestamente demagógica— sino, por el contrario, en función de relaciones de fuerza todavía desfavorables, porque la cuestión de la conquista del poder *aún no se plantea*. Vemos ya la diferencia de posición respecto a los eurocomunistas, confirmada, por lo demás, por la fórmula que utiliza Gramsci sobre la «hegemonía»: «El estado es la dictadura más hegemonía».[13]

En el plano puramente militar, la experiencia de la segunda guerra mundial viene a testimoniar en contra de las generalidades gramscianas referidas a las relaciones entre esas estrategias y la estructura misma de la sociedad burguesa. En el plano político, la idea de una lucha de clase de millones de asalariados que se desarrolle durante un largo período como «guerra de trincheras» es todavía menos realista que la de una «estrategia de desgaste». Presupone, en plena crisis capitalista, a la vez un nivel muy alto de conciencia, de espíritu de sacrificio y de conciencia de clase durante un largo período de tiempo, y la ausencia de resultados de estos esfuerzos en lo relativo al nivel de vida de estas mismas masas, o incluso un grave descenso de este nivel de vida. Es una idea que no toma en cuenta las condiciones de formación y de elevación de la conciencia de clase, reduciéndola a una simple «toma de conciencia» político-ideológica, claramente falseadora.

No somos precisamente entusiastas del «economicismo». Pero pensar que el ejército proletario, *bajo el régimen capitalista*, pueda sufrir fuertes y reiterados retrocesos en su nivel de vida, en nombre de una hábil «estrategia» de los jefes, sin que ello tenga efectos desmoralizadores en este ejército, es volver la espalda a todas las lecciones de la sicología de masas, y a todas las lecciones de la historia de la lucha de clases bajo el régimen burgués.

Hay que señalar, a favor de Gramsci —¡y de Kautsky!—, que ambos tenían conciencia, hasta cierto punto, de esta contradicción, igual que tenían conciencia de la *inevitabilidad* de las explosiones espontáneas de las masas en condiciones determinadas.[14] Tenían también conciencia de que la importancia de los

10. Kautsky y Gramsci lo presienten. Pero en el ardor de la polémica, exagerada e injustificada, con Rosa Luxemburg, pierden de vista constantemente este aspecto del problema.

11. El gran mérito de Rosa Luxemburg está en haber comprendido y expresado que una clase obrera debe poseer *una experiencia sistemática* de lucha extraparlamentaria de clase para ser capaz de emprender la lucha por el poder de forma revolucionaria. La concepción de una masa limitada a la actividad electoral y a luchas salariales, que, "cuando el adversario trate de quitarnos el sufragio universal (o la libertad de asociación, o el derecho de huelga)", se levantará como un solo hombre para defenderlos con medios revolucionarios, es otra ilusión que los comunistas de hoy comparten con los socialdemócratas de izquierda de ayer.

12. Op. cit., pp. 65-68.

13. Véase Gramsci: *Selection from Prison Notebooks* (Selección de los cuadernos de la cárcel), Lawrence Wishart, London, 1971, p. 239. Véase, en los *Quaderni*, esta nota de cordura: "No se puede elegir la forma de guerra que uno quiere, salvo cuando se dispone ya de una superioridad aplastante sobre el enemigo". (Op. cit., p. 66.)

14. Gramsci: *Selection...*, op. cit., p. 199. Véase también la cita de Kautsky en la nota 4.

«jefes» para canalizar esta espontaneidad hacia objetivos «positivos» —es decir, la toma del poder por el proletariado— provocaría inevitablemente un rebote de la balanza, hacia la reacción, sin descartar, ocasionalmente, sus formas más extremadas y violentas. La historia ha confirmado demasiado bien este presentimiento. También en este sentido, los dirigentes eurocomunistas se quedan muy atrás respecto a Kautsky, por no decir ya respecto a Gramsci.

El problema de las alianzas

La cuestión de la alianza entre el proletariado y la pequeña burguesía —los hay que añaden, incluso, alegremente: la pequeña burguesía y la burguesía *media*— desempeña un papel predominante en la justificación de la estrategia eurocomunista.[15] En esta alianza, se deja de lado, como utópica, cualquier posibilidad de eliminar la dominación del capital. Tomando como prueba el ejemplo chileno, los dirigentes del PCI afirman, melodramáticamente: se trata de averiguar si se puede gobernar (mejor) con un 37 % o con un 65 % de los votos.[16]

Dejemos a un lado la cuestión de quién gobernará efectivamente en el seno del «compormiso histórico» con su 65 % de votos[17]: las experiencias de los gobiernos de frente popular, de los gobiernos de coalición de Gaulle-Thorez y de Gasperi-Togliatti, no han enseñado nada, decididamente, a nuestros hábiles estrategas. Thorez y Togliatti, después de imponer el bloqueo de salarios y de haber proclamado que «la huelga es el arma de los trusts», llamando a los trabajadores a «primero producir» para «reconstruir la economía nacional», que era —¡ya entonces!— la del «orden democrático antifascista», o incluso la de una «democracia avanzada», se vieron, de un día para otro, expulsados de esos gobiernos de coalición tras cumplir la función que la burguesía consideraba útil. Y el régimen que habían contribuido

15. Véase, en particular, G. Amendola (en: *PCI: Aux sources*..., ed. cit., p. 92): "...y hay, sobre todo, amplias capas pequeñoburguesas, de las que no se puede ignorar la existencia, porque *de su comportamiento depende el resultado de la lucha política entre la derecha y la izquierda*". (La cursiva es nuestra.)

16. Enrico Berlinguer: "Reflexiones sobre Italia tras los hechos de Chile". (Artículos aparecidos en "Rinascità", 28 septiembre, 5 y 9 de octubre de 1973.) (En: Enrico Berlinguer: *La cuestión comunista*, Fontamara, Barcelona, 1977, p. 139 y ss.)

17. En las elecciones municipales de 1972, la Unidad Popular obtuvo, efectivamente, la mayoría absoluta de los votos.

a restaurar demostró ser precisamente el de los trusts, y no el de un mítico «orden democrático antifascista». Tampoco nos extenderemos mucho sobre el hecho de que resulta sorprendente, tratándose de una corriente que insiste tanto en la «especificidad nacional» de las situaciones políticas, pegar una referencia —por lo demás incompleta y parcialmente falsa— a un país semicolonial sobre el análisis de las relaciones de fuerzas sociopolíticas de los países capitalistas altamente industrializados. La tentativa de los teóricos apologistas del eurocomunismo de reducir el peso del proletariado occidental al de una fuerza minoritaria en el seno de la sociedad está basada en una burda revisión de la definición del proletariado como la clase del trabajo asalariado, definición propuesta por el propio Marx y por todos los clásicos del marxismo.[18]

Ateniéndonos a esta definición, el proletariado aparece como el conjunto de todos aquellos que *se ven obligados* a vender su fuerza de trabajo de manera continua, por no tener acceso ni a los medios de producción ni a los medios de subsistencia (lo cual implica que tampoco disponen de las suficientes reservas en dinero —en medios de cambio— para poder acceder a los medios de subsistencia sin vender su fuerza de trabajo). No se reduce pues a tan sólo los «trabajadores productivos», ni a tan sólo los «trabajadores manuales», ni, menos aún, a tan sólo «los obreros de la gran industria».

Tal como lo formuló Lenin admirablemente, los obreros industriales constituyen la vanguardia del proletariado, pero en absoluto el conjunto de sus fuerzas. El proletariado engloba, además, a los asalariados del campo, a los empleados (incluyendo a los empleados del comercio y de la banca), a todos los pequeños funcionarios, cuya escasa retribución no les permite constituir un capital y que no se encuenran, pues, a salvo de jugarretas de la administración, y, en general, a todos los «trabajadores

18. En los proyectos de programa del POSDR, redactados por Plejanov y Lenin, y minuciosamente revisados por el propio Lenin, pueden leerse las siguientes fórmulas: "proletarios que no poseen más que su fuerza de trabajo y que no pueden subsistir más que vendiéndola". (Primer proyecto, de Plejanov.) "En un número cada vez mayor, los trabajadores se ven obligados a vender su fuerza de trabajo, a convertirse en obreros asalariados." (Segundo proyecto, de Lenin.) "Personas que no poseen ningún medio de producción (los proletarios)." (Proyecto de la comisión; ésta había añadido, a continuación, "de producción" y "de circulación"; Lenin propuso tacharlo.) Lenin no formula ninguna objeción respecto a ninguna de estas tres fórmulas, que considera, manifiestamente, correctas y equivalentes. (Lenin: *Oeuvres*, Editions Sociales, París, 1966, t. 6, pp. 11, 20-21, 58.)

de cuello blanco», exceptuando a los cuadros superiores,[19] así como a los técnicos y a todas las «nuevas capas» de asalariados.

No es ésta una definición puramente teórica en torno a la cual podría proseguirse el debate sin hacer referencia a la lucha de clases. En todos los países imperialistas, la *proletarización progresiva de las «nuevas clases medias»*, siempre que las constituyan asalariados, se manifiesta, en la práctica, por su *creciente sindicación*, por la creciente integración de sus sindicatos en las grandes confederaciones sindicales de predominio obrero, por la creciente adaptación de esos mismos sindicatos a la práctica sindical tradicional (movimientos reivindicativos, huelgas, piquetes de huelga, huelgas con ocupaciones, etc.), por la progresiva adopción de programas claramente anticapitalistas, que reclaman la apropiación colectiva de los medios de producción (es decir, se oponen a la propiedad privada), o incluso por su evolución hacia el ala radical del movimiento sindical de sus respectivos países.

Pero si nos rendimos a la evidencia y mantenemos la definición marxista clásica del proletariado, se viene abajo toda la argumentación eurocomunista sobre el carácter «decisivo» y «vital» de las «alianzas de clases» en Europa occidental. Ya que el proletariado, tal como lo hemos definido, lejos de ser minoritario, aparece como una clase social que representa entre el 70 y el 90 % de la población activa de los países imperialistas occidentales. Y, en este caso, el problema de las alianzas, que sigue siendo, evidentemente, importante, sobre todo el de la alianza con el pequeño campesinado trabajador de países como España, Italia, Portugal, Francia, y el de la alianza con las capas modestas de la pequeña burguesía urbana en otros países, pasa a segundo plano respecto al problema candente de la *unidad de acción de los mismos asalariados*. Este problema es, en efecto, el problema clave de una estrategia real —y no imaginaria o demagógica— hacia la revolución socialista en los países industrializados.

19. Los cuadros superiores no se ven *obligados* a vender su fuerza de trabajo a partir del instante en que su remuneración permite la acumulación de un capital que les permite vivir de los intereses (por ejemplo, en Francia, un capital de 200.000 F., con una tasa de interés de 10 a 12, da con qué subsistir normalmente). Aquél que pueda acumular 200.000 F. con los ahorros de 10 años de retribuciones puede considerarse integrante de la pequeña burguesía, aunque siga estando asalariado (esta cifra, naturalmente, sólo se da a título de ejemplo y de orden de magnitud, y no como criterio mecánico). En general, por lo demás, los cuadros superiores, aunque sigan siendo asalariados, detentan capital y están, por ello, interesados en la protección de la propiedad privada de los medios de producción.

Podría replicarse: pero esto no es más que una discusión semántica. Si incluimos a las «nuevas clases medias proletarizadas» en la clase obrera, lo único que hacemos es desplazar el problema de las alianzas del exterior al interior del proletariado. Pero como esta extensión del concepto de proletariado implica, manifiestamente, una diversidad de los intereses particulares, de las sensibilidades políticas y de los niveles de conciencia mucho mayor de la que antes se manifestaba en el seno del proletariado industrial propiamente dicho, de lo que se trata es ni más ni menos que de un problema de alianzas.

Dejemos de lado la hipótesis según la cual el proletariado era antes más homogéneo que hoy. Ninguna demostración empírica la verifica. Hay, por el contrario, muchos hechos que atestiguan que las diferencias de remuneración, de nivel de organización y de nivel de conciencia tienden, a largo plazo, a disminuir más que a aumentar en el seno de la masa total de los asalariados. Pero el verdadero problema no está ahí. Lo que deberían demostrar los paladines del eurocomunismo es el que un sector cualquiera de esta masa esté realmente interesado en el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción.[20] Esta demostración no se ha hecho. Por lo demás, la contradeciría el hecho, ya mencionado, de que cada vez más sindicatos de funcionarios, de empleados (incluyendo a los empleados de banca), de técnicos, se han ido pronunciando sin ambages, en Europa occidental, a favor de la apropiación colectiva de los medios de producción.

Prosiguen los juegos malabares cuando los paladines de la estrategia eurocomunista identifican la política de alianzas con las clases medias con una política de alianza con los partidos burgueses que asfixian y pisotean, sistemáticamente, los intereses de esas mismas clases medias. Las consecuencias prácticas de semejante alianza sólo pueden ser contraproducentes. Los partidos burgueses al servicio del gran capital imponen, generalmente, una política económica ruinosa para las clases medias, que se ven empujadas así hacia la derecha o la extrema derecha. En cuanto a la significación política de esta alianza *contra natura*, es todavía más perniciosa. La política de tipo frente popular, en vez de orientarse hacia la adhesión de las clases medias trabajadoras a un proyecto político del proletariado —es decir, hacia una lucha por una hegemonía política del proleta-

20. Haciendo resueltamente contrapeso a la demagogia de Berlinguer, Amendola lo afirma con descaro: "En Italia, el principal obstáculo no son sólo esas condiciones externas; está en que la mayoría (sic) del pueblo italiano no está convencida de que hay que ir hacia el socialismo". Evidentemente, no aporta ninguna prueba en apoyo de esta afirmación... (in: *PCI: aux sources...* ed. cit., p. 74).

riado entre todas las capas trabajadoras de la nación—, consolida la hegemonía política de la burguesía entre las capas medias, sembrando, al mismo tiempo, la división y la discordia en el seno de la clase obrera.

Ya que identificar el éxito de una «política de alianzas» con el respeto a la propiedad privada y al orden burgués implica, inevitablemente, una negación de la unidad obrera de acción. Es impensable que el conjunto de la clase obrera acepte la subordinación sistemática de sus intereses de clase y de grupo —inmediatos e históricos— a los de la burguesía, que está presente en los «bloques de izquierda» a través de una u otra de sus fracciones políticas (en el caso del compromiso histórico italiano, la contradicción adquiere sus formas más grotescas: bajo el pretexto de la «alianza animonopolista», ¡se propone la alianza con la democracia cristiana, con el principal partido político de la burguesía, precisamente con el partido de los grandes monopolios, con el partido de Agnelli!). La política de «alianzas» implica, pues, un corte inevitable entre el ala más consciente y combativa del proletariado, conquistada progresivamente por la teoría y la práctica de la autonomía y la independencia de clase, y el ala más atrasada, aún bajo la dependencia total de la estrategia reformista.

La cosa no mejora mucho si se aborda el problema bajo el ángulo del célebre «consenso», el otro concepto mágico de los eurocomunistas junto con el de hegemonía. En una sociedad dividida en clases antagónicas, y *a fortiori* en una fase de contradicciones de clase exacerbadas por todo el contexto económico y político, no es posible ningún «consenso» entre el proletariado y la burguesía. No hay, ni puede haber, ningún «consenso» de la burguesía para el paso al socialismo, como no hay ni puede haber «consenso» del proletariado para la defensa del beneficio capitalista, de la política de austeridad y del mantenimiento de un desempleo estructural permanente, es decir, para la defensa del régimen de propiedad privada. Los eurocomunistas se engañan a sí mismos, y engañan a la clase obrera, si esperan conquistar el «consenso» de la burguesía para un proyecto socialista, con la condición de garantizar las libertades democráticas. Se encontrarán con una desagradable sorpresa si piensan lograr el «consenso» del proletariado para la defensa del beneficio bajo el pretexto de defender la «economía nacional» y el «orden democrático».

Partiendo de ahí, la inútil búsqueda del «consenso» entre clases sociales antagónicas se traduce, en los hechos, en una empresa de mantenimiento del *statu quo* social (bajo el pretexto de que no se puede violentar a la minoría; éste es un viejo tópico de la argumentación socialdemócrata clásica), es decir, en

una represión ideológica, o incluso física, creciente contra la fracción de la clase obrera que se niega a sacrificar sus intereses de clase en el altar del «orden democrático».[21] De ahí, evidentemente, no puede surgir mucho «consenso», ni menos una «distensión» al nivel de las relaciones sociales. El único resultado es un cambio de aliados. En vez de aliarse con el conjunto de la clase obrera, se prefiere una alianza con la burguesía contra la parte más combativa de la propia clase. Ebert-Noske ya practicaron esto en 1918-19. Las consecuencias son conocidas. Cuidado con los nuevos aprendices de brujo...

El único núcleo racional de toda esta logomaquia sobre «la política de alianzas» y el «consenso» reside en que, efectivamente, el impresionante crecimiento numérico del proletariado —de la masa de los asalariados— y la inclusión constante en su seno de capas con los orígenes sociales y políticos más diversos vienen acompañados, inevitablemente, por una diferenciación política del movimiento obrero organizado, antes, durante y después de la victoria de la revolución socialista. Ningún proyecto socialista puede hoy llevarse a término en Occidente sin un mínimo de «consenso» *en el seno de la masa de los asalariados*.[22] Esto hace que aumente la importancia de la política de unidad de acción y de frente único del movimiento obrero, la importancia de una celosa defensa de la democracia obrera y de la democracia socialista, tanto en el seno de las organizaciones obreras como en el del futuro estado obrero. En este sentido, la defensa del principio de pluralidad de partidos políticos y de mantenimiento y ampliación de las libertades democráticas bajo la dictadura del proletariado forma parte de cualquier estrategia realista y eficaz hacia la revolución socialista, en los países altamente industrializados.

Pero la defensa de estos principios pluralistas tiene *un fundamento político de clase*. Se integra en un proyecto de revolución social. Recupera todas las lecciones de las revoluciones socialis-

21. Magri, dirigente del grupo "Manifesto", que, sin embargo, se ha aproximado mucho al PCI, reconoce tímidamente: "La réplica obrera espontánea al plan Andreotti, en octubre de 1976, a pesar de la pasividad e incluso la hostilidad del PCI, y de la madurez política de esta resistencia, demuestra que no será posible obtener este resultado (la estabilización capitalista, E.M.) sin una política abiertamente represiva". (in: *PCI: aux sources...*, ed. cit., p. 202.)

22. El ejemplo del proceso revolucionario en Portugal, en 1975, demuestra, en particular, que los empleados de banca —a pesar de la hegemonía del PS entre ellos— podían perfectamente ser arrastrados por la dinámica de la autoorganización, de la acción directa anticapitalista y de la coordinación de esta acción con la de la clase obrera industrial propiamente dicha.

tas del pasado y de sus ulteriores avatares. Se apoya en un profundo sentimiento antiburocrático que vive hoy —¡afortunadamente!— en el seno de la clase obrera occidental. Es incompatible con una estrategia de colaboración de clases que, bajo el pretexto de una «política de alianzas» y de «búsquedas de consenso», se orienta hacia la fragmentación y la asfixia sistemática de una parte creciente de las luchas obreras, y se inclina pues, por fuerza, también hacia la asfixia del pluralismo político (derecho de tendencia) en el seno del movimiento obrero, y, sobre todo, de los grandes sindicatos.

No es casual que los marxistas revolucionarios se hayan mostrado los defensores más sistemáticos, más coherentes, más apasionados, de la unidad obrera de acción, tanto en el curso de la revolución portuguesa como en el curso del ascenso de la lucha de masas en España y en otros países. Y es que la modificación de las relaciones de fuerzas entre las clases que resulta de una verdadera unidad obrera en la acción da precisamente un máximo de credibilidad al proyecto revolucionario, opuesto al proyecto reformista de «transformación gradual» de la sociedad. Y sin una resuelta política unitaria, no hay forma de convencer poco a poco a la mayoría de los trabajadores, aún bajo la influencia reformista, de que el proyecto revolucionario es, a la vez, posible y preferible.

La cohesión, el temple, la conciencia y el dinamismo anticapitalista del dispositivo proletario —la gran mayoría de la nación—, estos son los objetivos prioritarios de toda estrategia comunista digna de este nombre en las sociedades capitalistas industriales. Sacrificarla por una alianza con la burguesía bajo el pretexto de una alianza con las clases medias es a la vez criminal y suicida.

El contexto internacional

Hemos dejado para la conclusión el argumento clave que los eurocomunistas se reservan paar justificar su estrategia neorreformista: el del contexto internacional. La guerra fría, aseguran, hacía imposible el derrocamiento del capitalismo en Europa occidental sin que se corriera el riesgo del desencadenamiento inmediato de la guerra mundial nuclear por parte del imperialismo norteamericano. Un cambio gradual de la situación socioeconómica podría, en rigor, ser aceptado por el imperialismo, sin peligro de catástrofe. Una revolución socialista propiamente dicha sigue siendo un peligro de guerra acrecentado. En estas condiciones, la estrategia eurocomunista es la única estrategia rea-

lista hacia el socialismo en Europa occidental, la única que toma en cuenta el peso de las dos «superpotencias» en el tablero mundial y, en general, los datos de la situación internacional, sin comprometerse en aventuras locas que rozan la irresponsabilidad criminal.[23]

La argumentación se desarrolla, de hecho, en dos planos distintos, que a menudo se mezclan arbitrariamente, o incluso se confunden.[24] A veces, el «contexto internacional» está referido esencialmente al contexto económico, es decir, a la imposibilidad de que una Francia, una Italia, una España, o incluso una Europa occidental, entren en la «autarquía económica», corten el cordón umbilical que las une al mercado mundial, sin arriesgarse a un deterioro catastrófico del nivel de vida de las masas. Otras veces, el «contexto internacional» consiste, más crudamente, en la presencia de las fuerzas de la OTAN en el continente europeo, y en los peligros de una intervención militar directa de los Estados Unidos.

Veamos primero el argumento económico. Es singularmente superficial, y está caracterizado por una total ausencia de rigor en el razonamiento. Se puede presuponer —correctamente— que el imperialismo reaccionará fuertemente ante cualquier disminución de su poder económico en un país europeo, sobre todo si se trata de un país importante. Pero en este caso se producirá la reacción, tanto si hay una transformación «gradual» como si es «brusca». Irá dirigida contra la transformación y no contra la forma o la velocidad con que se realice. ¿Quién podría argumentar seriamente que una persona que goza de buena salud relativa se dejará amputar, pasivamente, el brazo izquierdo, siempre y cuando se le prometa que se hará con anestesia?

Pero lo demás, ¿no ha confirmado la experiencia histórica la violencia de las reacciones económicas del capital internacional ante viejas tentativas de «tranformación gradual»? (pensemos en el Chile de la Unidad Popular y en el frente popular de 1936). La única «ventaja» lograda por el «gradualismo», en este caso, no es la de impedir o retrasar la reacción del enemigo. Es la de darle tiempo al enemigo para preparar su réplica y su desquite con toda tranquilidad. Es una ventaja que sólo favorece al capital y en absoluto al proletariado.

La reacción económica del capital internacional, ¿condena a toda revolución socialista en Europa occidental a un fracaso se-

23. Santiago Carrillo: *Eurocomunismo y Estado*, ed. cit., pp. 83, 138-139. Amendola, *op. cit.*, p. 74. Fabre-Hincker-Sève, op. cit., p. 220, escriben, por el contrario: "...en el mundo actual, y particularmente en el caso específico de Francia, una intervención *exterior abierta* —militar, política e incluso económica— es cada vez más peligrosa para el imperialismo".

24. Por ejemplo, Santiago Carrillo, *op. cit.*, pp. 134-138.

guro, o a la opción desgarradora entre el repliegue autárquico, desmoralizador y empobrecedor, y la capitulación? No se ha demostrado. Europa occidental no es lo mismo que Cuba o Cambodia. Es un enorme potencial industrial, económico, tecnológico, con la clase obrera y la *intelligentsia* tecnológica más avanzadas del mundo. También es, desde el punto de vista capitalista, el segundo mercado del mundo, inmediatamente después del de los Estados Unidos. Por sólo dar un ejemplo, el bloqueo de un eventual bloque socialista formado por Francia, Italia, España y Portugal significaría para el capital alemán occidental una disminución del 25 % de sus exportaciones. ¿Cómo podría compensar, de un día para otro, semejante pérdida en el mundo actual? ¿Puede pensarse seriamente que se lanzaría automática e inmediatamente a semejante operación suicida?

La hipótesis de que la revolución socialista, victoriosa en uno o varios países de Europa occidental, se vería condenada, desde pital internacional, no está tampoco demostrada. El mundo actual no es ya el de 1919. La burguesía imperialista ya no es la única fuerza que dispone de armas económicas decisivas. Están también los estados obreros burocratizados. Están las burguesías y pequeñas burguesías en el poder en los países semicoloniales, al acecho siempre de cualquier ocasión de conseguir un trozo mayor del pastel. Están la clase obrera y el movimiento obrero de los demás países capitalistas, empezando por los demás países de Europa occidental, comprometidos, de buen o mal grado, en una empresa de internacionalización de la lucha de la clase, estimulada por el Mercado Común, aun cuando el ritmo sea insuficiente, dada la internacionalización mucho más acelerada del capital.

Incluso después de la revolución de Octubre, la burguesía imperialista no pudo proseguir con una política de intervención militar abierta (aunque muy limitada) más allá de un corto límite de tiempo, dos o tres años. Se vio obligada a reconocer el hecho revolucionario como un hecho consumado. La solidaridad internacional desempeñó un papel importante en este sentido.[25] ¿Cómo no darse cuenta de que las relaciones de fuerzas son hoy infinitamente más favorables, a escala internacional, de lo que eran después de la primera guerra mundial? No existe ninguna razón para suponer que la solidaridad internacional con una verdadera revolución socialista no pueda paralizar políticamente al imperialismo.

El movimiento obrero de la Europa del sudoeste debe disponerse para una auténtica «negociación de un Brest-Litovsk económico y financiero». Nuestra baza principal en esta negociación es la televisión (que les faltaba a Lenin y Trotsky en 1918). La inversión más rentable —¡la primera!— que debería hacer el primer gobierno obrero francés, español, italiano, portugués, sería la instalación de la emisora de televisión más potente del mundo, con todos los repetidores necesarios para alcanzar, día tras día, todos los hogares alemanes, ingleses, holandeses, suecos, austríacos, daneses. Debería martillear continuamente a los millones de sindicados de esos países con las mismas preguntas: ¿Estáis de acuerdo en que se nos haga pasar hambre porque estamos realizando VUESTRO programa, el programa de VUESTRAS organizaciones? ¿Estáis de acuerdo en arriesgar vuestros puestos de trabajo para mayor gloria de la propiedad privada? ¿Estáis de acuerdo en impedirnos elegir democráticamente la vía hacia una sociedad socialista autogestionada y libre? ¿O preferís que pongamos en común nuestros recursos, para construir juntos un mundo sin desempleo y sin hambre, un mundo en el que los trabajadores serán por fin dueños de su suerte en la libertad?

Apostamos que los candidatos a Ludendorff de 1978 o de 1981 se morderían pronto las uñas, como debió hacerlo el Ludendorff de 1919, apenas diez meses después del inicio de las negociaciones de Brest-Litovsk...

Pero una política así debe prepararse desde ahora, tejiendo lazos entre las distintas filiales de una misma multinacional, multiplicando los encuentros entre delegaciones de una misma rama industrial de distintos países, consolidando unos primeros acuerdos de unidad de acción sindical a escala europea e internacional. Pero para preparar este futuro —el único realista para asegurar la supervivencia de la revolución socialista en Europa occidental—, la política del «¡produzcamos, franceses!», o la de aliento al proteccionismo y la de la blandura en la defensa de los trabajadores inmigrados, es, hablando en propiedad, suicida.

No existe ninguna razón para suponer que una revolución socialista victoriosa no goce, en estas condiciones, de un amplio campo de maniobra, capaz de evitar la asfixia a corto o medio plazo, siempre y cuando su dirección demuestre audacia, espíritu de resolución, y la capacidad política suficiente para llevar la ofensiva dentro del campo enemigo, para convertir la cuestión del sabotaje y del bloqueo eventuales de una auténtica experiencia socialista, claramente apoyada por la mayoría de la nación y de los trabajadores, en el objeto principal de debate

25. Véase, en particular, al respecto: "La révolution d'octobre et le mouvement ouvrier européen" (La revolución de Octubre y el movimiento obrero europeo), coloquio presentado por Victor Fay, EDI, París, 1967. Falta, por desgracia, un informe sobre los movimientos de solidaridad en Gran Bretaña, particularmente importantes desde el punto de vista estratégico.

y de lucha política en el seno de los demás países de Europa: ¡ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE EUROPA! ¡PLAN SOCIALISTA DE DESARROLLO DE EUROPA Y DEL TERCER MUNDO! He ahí las armas secretas de que dispone toda revolución socialista victoriosa en Europa occidental. No son ya tan sólo unas formidables armas de propaganda y agitación políticas. Son también armas económicas de gran eficacia.

Citaremos el siguiente diagnóstico de uno de los socialdemócratas franceses más moderados a este respecto. Es la mejor respuesta al pánico económico que tratan de provocar los eurocomunistas en relación con la eventualidad de una revolución socialista:

«La Francia de la izquierda unida deberá aliviar estas presiones. Su peso económico, su capacidad de innovación en la investigación básica y aplicada, su desarrollada agricultura, su puesto en el mercado europeo, le dan los elementos para una negociación con sus interlocutores. Así como el actual gobierno se anticipa a los deseos del capitalismo internacional, una política industrial distinta puede acrecentar nuestra autonomía de decisión y, en consecuencia, nuestra libertad de movimientos y nuestro peso en los asuntos internacionales. También debemos concebir audazmente una estrategia ofensiva diametralmente opuesta a la tentación de repliegue.

La ofesiva no puede ni debe limitarse a las relaciones económicas internacionales, sino extenderse al combate ideológico... Una ofensiva política como esa se incorpora a la inspiración permanente del socialismo. Si es cierto que el internacionalismo ha conocido contratiempos en el pasado, la idea que lo subtiende sigue siendo de actualidad. La solidaridad de los trabajadores más allá de las fronteras procede de un impulso generoso, pero también de la necesidad. Si no, ¿cómo dar una respuesta al desafío de las multinacionales? ¿O cómo tratar de resolver los problemas planteados por la división internacional del trabajo?»

(Jean-Pierre Cot, en «Le Monde Diplomatique», sept. 1977.)

Lo que sería cierto para «la Francia de la izquierda unida», ¿no sería mil veces más cierto para la Francia de la revolución socialista victoriosa?

Queda el aspecto militar de la cuestión. También ahí está en tela de juicio la buena fe, si no la coherencia de la argumentación. El imperialismo no tolerará un «cambio brusco de las relaciones de fuerza», se nos dice. ¿No es más cierto que el imperialismo reaccionará ante *cualquier* cambio de las relaciones de fuerza, sea brusco o «gradual»? ¿Y dónde se ha demostrado que la victoria de la revolución socialista en Francia hubiera de representar para el imperialismo un golpe más duro que la paridad conquistada por el ejército soviético en materia de proyectiles de cabeza nuclear múltiple, o que los decisivos progresos de la electrónica en la URSS? Pero todavía no hemos oído nunca a nuestros severos censores, que nos echan en cara nuestro «aventurerismo irresponsable», proponer la suspensión del rearme soviético o del desarrollo cualitativo de la tecnología de la industria soviética.

Partiendo de ahí, el problema queda reducido a sus verdaderas proporciones. Son inevitables las reacciones políticas y militares del imperialismo ante todo progreso de la revolución, en la parte del mundo que sea, e indudablemente en Europa, así como son inevitables estas reacciones ante todo fortalecimiento de envergadura de la URSS o del «campo socialista». Esto es indudable. Pero la cuestión está en saber *qué forma* adquirirán estas reacciones, si la reacción más probable es la del desencadenamiento de una intervención militar masiva (500.000 soldados y 5.000 aviones como en Vietnam), o incluso el desencadenamiento de una guerra nuclear.

Ahora bien, esto no depende tan sólo de la voluntad y de la fuerza militar del imperialismo. Depende también de las relaciones de fuerzas a escala mundial y de las condiciones políticas y sociales internas de los Estados Unidos. Pocos observadores negarán que, en función de la situación creada por la derrota política infligida al imperialismo por la revolución vietnamita, es *políticamente imposible* para los Estados Unidos una reedición, a corto o medio plazo, de la aventura vietnamita en Europa occidental o en Africa. Correría el peligro de crear una tensión sociopolítica tan grave en el seno mismo de los Estados Unidos, que los peligros para la supervivencia del imperialismo serían de gran envergadura. La misma observación es más aplicable todavía al desencadenamiento de una guerra nuclear contra una revolución socialista victoriosa en Europa.

Esta situación, desde luego, sólo es transitoria. Está a la merced de un cambio en el clima sociopolítico en los Estados Unidos. Este cambio puede producirse. Puede incluso ser preparado sistemáticamente, a partir del momento en que el espectro del comunismo vuelva a levantar la cabeza en Europa occidental. Pero se necesita tiempo para llevar a término esta removilización de la «mayoría silenciosa» norteamericana. ¿Y quién dice que seguirá «silenciosa» ante la locura de la empresa proyectada? ¿Quién dice que un socialismo con rostro humano en Europa occidental no pueda provocar una formidable toma de conciencia del mismo proletariado norteamericano?

El tiempo es precioso, y debe aprovecharse. Y no es el menor de los argumentos en favor de una estrategia revolucionaria en Europa occidental el hecho de que puede disfrutar de un contexto internacional momentáneamente muy favorable: por primera vez desde 1917, tiene la posibilidad de escapar a una inmediata intervención militar masiva por parte de sus enemigos internacionales.

5 de septiembre de 1977.

10

El PC italiano, apóstol de la austeridad

Entre todos los partidos comunistas, el Partido Comunista italiano es el que más lejos ha ido en la vía de la adaptación a las necesidades coyunturales de «su» burguesía, el que desempeña en su país el papel más claro de salvador del régimen capitalista, amenazado de muerte. Un examen más minucioso de la orientación que defiende en materia de política económica es tanto más importante cuanto que permite poner al descubierto las *tendencias* inherentes al eurocomunismo en su conjunto, que no se han desarrollado todavía plenamente en la mayoría de los demás países de Europa occidental, en el Japón, en Australia o en México.

Puede, además, proporcionar a los militantes marxistas revolucionarios un tema de discusión con los militantes de los PC de sus respectivos países, en el sentido de subrayar el contraste —molesto para los dirigentes de los PC— entre la oposición, aparentemente, encarnizada a la política de austeridad, que desarrollan (a saber por por cuánto tiempo) los PC francés, español, portugués, británico, sueco, belga, y la manera brutal con que el PCI asume, en adelante, esta misma política de austeridad. Una tal discusión es, al mismo tiempo, una advertencia para el movimiento obrero de esos países, que corre el riesgo de encontrarse mañana en una situación análoga a la de Italia si los militantes sindicales y comunistas no se ponen en guardia y se movilizan a tiempo para oponerse eficazmente a virajes similares que se avecinan en sus países respectivos, si la vanguardia revolucionaria no logra modificar a tiempo las relaciones de fuerza respecto a los reformistas y los neorreformistas en el seno

del movimiento obrero organizado y de la clase obrera en su conjunto.

Una «explicación» de la crisis tomada en préstamo a la burguesía

A los dirigentes del PCI no se les puede negar un mérito: el de la coherencia ideológica y política. Su objetivo estratégico está perfectamente claro: evitar a cualquier precio un enfrentamiento global y frontal entre el capital y el trabajo, enfrentamiento que, según ellos, sólo puede terminar con una derrota del movimiento obrero. El medio táctico no está menos claro: evitar que coincida una exacerbación de la lucha de clases con la grave crisis económica que está atravesando el capitalismo italiano; aplicar, con este objeto, una práctica sistemática de colaboración de clases a todos los niveles. La política económica que se desprende de ahí consiste en el resuelto apoyo a la política de austeridad del gobierno Andreotti.

Pero esta política exige, en su conjunto, frente a los sectores más conscientes y avanzados de la clase obrera, a los intelectuales y los estudiantes, una cobertura ideológica que la inserte en una explicación estructural de la crisis y en el esbozo de una solución global a esta crisis. Fue a esta tarea que se consagró prioritariamente el secretario general del PCI, Enrico Berlinguer, durante todo el invierno de 1976 a 1977.

Lo que antes que nada resulta chocante en esta tentativa de establecer una coherencia ideológica de conjunto del proyecto político-social del PCI es el abandono cada vez más abierto del marxismo, con una velocidad casi desconcertante si se la compara con la prudencia con que los dirigentes de la socialdemocracia alemana —el precedente histórico que viene más de inmediato a la mente —actuaron, en el mismo sentido, en el período 1914-1923. Puede decirse, sin exageración, que la explicación de la crisis económica actual —al menos en sus aspectos coyunturales— propuesta por Berlinguer, y repetida por la mayoría de los principales dirigentes del PCI, está, por entero, tomada en préstamo a la ideología burguesa actualmente predominante en Occidente, e incluso a las corrientes menos «progresistas» de esta ideología.

Ya en el informe que presentó al comité central del PCI en octubre de 1976 (reproducido en el semanario «Rinascità» el 19 de octubre de 1976), Berlinguer se limitó a mencionar dos causas fundamentales de la crisis: la inflación, y la «transferencia de recursos» de los países industrializados a los países del «tercer mundo» (es decir, el alza del precio de las primeras materias, ante todo del petróleo). En el discurso de clausura pronunciado en la conferencia de los intelectuales convocada por el PCI, en enero de 1977, la «explicación» de la gravedad de la crisis queda reducida, de hecho, al solo factor de la modificación de las relaciones con el tercer mundo. (Este discurso, junto con una alocución pronunciada ante la asamblea de obreros comunistas de Lombardía el 30 de enero de 1977, fue publicado por la editorial del PCI en un librito que lleva el elocuente título de: *La austeridad, ocasión para transformar Italia.* Las citas provienen de este libro.) [1] En él leemos lo siguiente:

«... No debemos perder nunca de vista la significación general del grandioso ascenso protagonizado por estos pueblos (del tercer mundo): un ascenso que cambia el ritmo de la historia mundial, que poco a poco hace tambalear todos los equilibrios pasados y presentes, y no tan sólo los relativos a las relaciones de fuerzas en el interior de los distintos países capitalistas. *Es este ascenso*, o, al menos, es él principalmente, *el que*, operando en profundidad, *hace estallar las contradicciones de toda una fase del desarrollo capitalista de postguerra, y determina en distintos países unas condiciones de crisis nunca antes alcanzadas*.» (P. 16.) (Las cursivas son nuestras.)

Dejemos a un lado las «condiciones de crisis de una gravedad nunca antes alcanzada»: Berlinguer se olvida demasiado precipitadamente de la crisis de 1929-32, mucho más grave que la crisis actual. Pero atribuir la recesión económica, o su gravedad, principalmente al alza del precio del petróleo, equivale a repetir los productos de la intoxicación de la ideología burguesa (aunque disimulándolos tras el sombrerazo ritual ante «el ascenso grandioso del movimiento de liberación nacional»). Esto es algo que se emparenta con un keynesianismo burdo (¡que el propio Keynes hubiera rechazado!), que juega con la ignorancia, y extendido a escala de la economía capitalista internacional. El alza del precio del petróleo ha tenido, supuestamente, un efecto deflacionista sobre la economía imperialista (mediante la «transferencia de recursos», por citar el informe de Berlinguer al CC del PCI en octubre de 1976). De ahí la recesión.

Por desgracia para los defensores de esta tesis, la «transferencia de recursos» no es en absoluto igual a la suma total de las entradas suplementarias de los países de la OPEP (Organización de los Países Exportadores de Petróleo), sino que lo es, únicamente, a la fracción de estas entradas *retirada* del circuito internacional de mercancías y capitales, es decir, atesorada por los países exportadores de petróleo. Ya que los recursos suplementarios de estos países que se utilizan para la compra de bie-

1. Enrico Berlinguer: *Austerità, occasione per transformare l'Italia*, Editori Riuniti, Roma, 1977.

nes suplementarios a los países imperialistas no tienen ningún efecto de «reducción de la demanda global». Representan, por el contrario, una *demanda suplementaria* de bienes exportados, y por lo tanto producidos, por los países imperialistas. Ahora bien, los superávits de las balanzas de pagos de los países de la OPEP en 1973, 1974 y 1975 eran mucho más bajos de lo inicialmente previsto: 57.000 millones de dólares en 1973, 35.000 millones en 1974, 34.000 millones en 1975. Esto representa menos del 2 % del producto nacional bruto (PNB) de los países imperialistas, en la media anual, y ya menos del 1 % en 1975. La incidencia del alza de los precios tampoco ha superado, indudablemente, el 1,5 o el 2 %. Partiendo de ahí, no se ve muy claro cómo una recesión y una inflación tan graves como las que hemos conocido pueden atribuirse «principalmente» a este factor, marginal y secundario.

Pero aún hay más: los marxistas, por no hablar ya de Marx, nunca han aceptado la tesis que pretende explicar las crisis económicas exclusiva o principalmente por la baja de la demanda global, a escala nacional o internacional. De hecho, la sobreproducción de mercancías, más que derivarse de los descensos de la demanda global, los *precede*. Si intervienen los fenómenos de demanda es poque, en vísperas de la crisis, la demanda y el consumo, *aun desarrollándose*, no crecen *al mismo* ritmo que la capacidad de producción. La sobreproducción y su forma contemporánea, bajo el «capitalismo tardío», de capacidad de producción excedentaria, estaban presentes y eran visibles mucho antes de que estallara la crisis. Eran visibles desde principios de los años 70. Sobre esto, Berlinguer no abre boca. Ya que resulta difícil atribuirles la responsabilidad a las luchas emancipadoras de los pueblos del llamado tercer mundo.

Para los marxistas, una crisis de sobreprodución no es tan sólo una *crisis de sobreproducción de mercancías*. También es una *crisis de sobreproducción de capitales*, en el sentido de una crisis de acumulación. La baja de la tasa media de ganancia, tanto como la capacidad de produción excedentaria, induce a los capitalistas a reducir las inversiones productivas. Es el otro mecanismo desencadenador de la crisis. También él era visible, desde finales de los años 60 y principios de los 70. También a este respecto Berlinguer sigue la norma: en boca cerrada no entran moscas. Un pésimo «comunista»; un pésimo «marxista».

Si Berlinguer echa por la borda todo un siglo de conquistas de la teoría marxista de las crisis económicas, no es fortuitamente o por simples conveniencias de salón. La teoría de la «transferencia de recursos» al extranjero tiene por objeto justificar teóricamente la inevitabilidad de la austeridad, de los «sacrificios de consumo» que deben ser consentidos por «todos».[2] La lucha de clases desaparece del centro del análisis. Se ve rechazada al margen trivial de los «sacrificios que deben repartirse equitativamente», un lugar común repetido por innumerables demagogos liberales y reformistas desde hace decenios, en ocasiones similares.

El abandono del marxismo es indispensable para dar coherenca al abandono de la lucha de clases, a la adopción de un proyecto de salvamento del régimen capitalista. La ideología del «interés general», de «la suerte de la nación», por la que hay que preocuparse prioritariamente (estas fórmulas se reiteran una y otra vez en boca de Berlinguer en los tres informes citados), es, evidentemente, incompatible con la tesis desgastada de ese viejo barbudo del siglo XIX según la cual se da, en el seno de cada país capitalista, una *irreconciliable* oposición de intereses entre el capital y el trabajo, entre la burguesía y el proletariado. Y, puesto que la ideología del «interés general» debe pasar por delante por razones estratégicas y tácticas, se tira el marxismo a la basura.

La transición entre el marxismo, aún proclamado formalmente no hace mucho, y su abierto abandono, ha sido tan rápida, que puede inducir a error a los militantes, e incluso a los cuadros más seguidistas. Hay que camuflar pues la operación y borrar las huellas. Esta ingrata tarea ha sido asignada a un miembro de la comisión económica del PCI, Sergio Zangirolami. En un libro apresuradamente escrito, logra la proeza de exponer, en una primera parte, aunque sea de una forma bastante sumaria, la teoría marxista de las crisis, de desarrollar, en una segunda, el análisis de la crisis actual y de la forma de salirse de ella propuesta por la dirección del PCI, *y de eliminar todo vínculo entre la «teoría general» y el «análisis específico»*. El descenso de la tasa de ganancia, que desempeña un papel central en la «teoría general», ni siquiera se menciona en el análisis de la crisis actual.[3]

2. "No fue por casualidad que, en el "Informe sobre la economía italiana", elaborado por el CESPE y publicado en julio último, hablamos de la necesidad de una "reducción importante" de la parte del producto nacional bruto destinada al consumo. Esto es necesario, no tan sólo para volver a equilibrar la balanza de pagos con el extranjero, sino también, y ante todo, para financiar las inversiones." (Eugenio Peggio, economista del PCI, en la revista económica "Politica e economia", n.º de sept-oct. 1976.)

3. Sergio Zangirolami: "Economia politica marxista e crisi attuale". Editori Riuniti, Roma, 1977.

Así como la crisis resulta, en último análisis, del descenso de la tasa media de ganancia, al mismo tiempo constituye el mecanismo por medio del cual el modo de producción capitalista prepara el reemprendimiento de la dinámica de la acumulación, es decir la reelevación de la tasa de ganancia media. La crisis tiene como función objetiva desvalorizar, disminuir el valor global del capital (se eliminan las empresas más débiles), y por consiguiente aumentar la tasa de explotación de la clase obrera. Este nuevo ascenso de la masa y de la tasa de ganancia puede constatarse, por lo demás, actualmente, en los países imperialistas.[4]

Ahora bien, otro hecho significativo es que, en las cien páginas de informes de Berlinguer a las que hacemos referencia, *sólo una vez se cita la ganancia* (p. 59, op. cit.), *y esta única vez se cita en un sentido totalmente positivo*: «Afirmamos... que el mercado, la empresa, la ganancia, pueden y deben conservar una función incluso en el marco de una economía que se desarrolle bajo una voluntad pública democrática (sic) y esté orientada por ella.» Eso es todo. No hay ni para pipas.

Puesto que Berlinguer ha arrojado por la borda tanto la doctrina marxista de las crisis como la doctrina marxista de la lucha de clases, tiene que ocultar la evidencia, es decir, el hecho de que *la función principal de la política de austeridad es la de modificar el reparto del producto nacional a expensas de los asalariados y en beneficio de la burguesía.*[5] Sin esta modificación no es posible, en el régimen capitalista, ninguna recuperación de la tasa de ganancia, ninguna reactivación de las inversiones productivas ni ninguna recuperación económica duradera. Los Helmut Schmidt y demás socialdemócratas derechistas y agresivos tienen por lo menos el mérito de la franqueza. Ellos lo proclaman a los cuatro vientos: «Las ganancias de hoy son los puestos de trabajo de mañana.» Pero como Berlinguer se ve confrontado con una de las clases obreras más combativas y radicalizadas del mundo, no puede decirlo con la misma crudeza. Se ve obligado, pues, a sumar, al pecado mortal de la traición a los intereses de clase del proletariado, el pecado venial de la hipocresía y la falsificación (igual que los socialdemócratas alemanes de los años 1918-1923).

He ahí por qué la aceptación de la política de austeridad, es decir, de reactivación de las ganancias de los capitalistas, está inserta en una fraseología opaca acerca de la «programación económica». Volveremos más adelante sobre la función real de esta «programación», que no es tan sólo palabrería, ni muchísimo menos, en la realidad actual del capitalismo italiano. Pero antes de examinar su función económica, desvelemos su función falsificadora.

Berlinguer presenta las cosas como si una programación semejante pudiera impulsar una elevación considerable del consumo público (transportes comunes, alojamiento, sanidad, enseñanza, cultura, etc.), una modernización a gran escala de la agricultura en Italia meridional, una reabsorción del paro entre los jóvenes, patricularmente dramático,[6] un desarrollo espectacular de la investigación científica, etc. («Rinascità», 19 de octubre de 1976). Una de dos: o la «transferencia de recursos» (por emplear la terminología de Berlinguer) necesaria para financiar todos estos gigantescos proyectos se realiza esencialmente a expensas de la plusvalía, y, en este caso, se traducirá en un nuevo descenso de la tasa de ganancia y, por lo tanto, en una «huelga de inversiones» aún más masiva que la realizada durante o inmediatamente después de la recesión; o se hace esencialmente a expensas de los gastos de consumo, y en este caso implica *una reducción draconiana de los salarios reales* que la clase obrera no estará muy dispuesta a aceptar, aunque el PC la llame a ello, mientras conserve, en lo esencial, sus organizaciones y sus libertades democráticas. En ambos casos, el «proyecto» del PC desemboca en un verdadero desastre para el proletariado.

Pero la eventualidad más probable, la que corresponde a la experiencia real de la «programación económica» de todos los países imperialistas en los últimos decenios (la de Francia, la de los Países Bajos y la de Gran Bretaña, sobre todo), es que la realidad de la propiedad privada de los medios de producción, del derecho y del poder de los capitalistas de disponer de las máquinas y de la fuerza de trabajo, limite hasta el extremo

4. Citemos un solo ejemplo: el de Australia. En 1976, los beneficios capitalistas aumentaron en el 33 %, los salarios en el 11,6 %, el coste de la vida en el 15 %. Como resultado de esta disminución de los salarios reales, la parte de los beneficios en la renta nacional alcanzó el nivel más alto desde 1970.

5. El semanario del PCI "Rinascità" publicó, sin embargo, el 20 de mayo de 1977, el informe de un debate entre economistas comunistas en el que Napoleoni afirma, en particular, que para aumentar el empleo productivo, es decir, para "suscitar en la industria una demanda de mano de obra... hay que afrontar, lo repito, de forma draconiana, el problema de la situación económica de esas empresas, con referencia en particular al coste del trabajo".

6. Según "Mondo Economico", de Milán, del 28 de febrero de 1976, el 62 % de los parados italianos en la primavera de 1975 tenían menos de 25 años. De 775.000 parados jóvenes, 620.000 todavía no habían tenido nunca ningún empleo.

cualquier incidencia y eficacia de la «programación económica». Lo esencial de los grandes planes se queda en el papel. En la práctica, sólo se lleva a cabo aquello que es conforme a los intereses del gran capital, aquello que «redondea» y completa sus proyectos de inversiones o aumenta su rentabilidad directa o indirectamente. Es el único medio, repitámoslo, de evitar, *en régimen capitalista*, que el «sector privado» no deshaga sistemáticamente lo que el «sector público» emprende laboriosamente (y lenta y burocráticamente). Ya que es un «sector público» administrado por un *estado burgués*. El PC se guarda mucho de reclamar la gestión obrera de las empresas nacionalizadas.

Bajo el régimen capitalista, por razones estructurales, ninguna «programación económica» puede ser más que *supletoria* respecto a la actividad de las empresas privadas, ante todo de los trusts y los monopolios. Decir otra cosa a los trabajadores significa engañarlos deliberadamente. Significa inducirlos a creer que la pretendida «economía mixta» podría emanciparse gracias a no se sabe cuál milagro de los imperativos de la ganancia y de la competencia, es decir, que sería estructuralmente distinta de la economía capitalista, que evolucionaría según unas leyes distintas a las del modo de producción capitalista. Esto es un burdo juego de prestidigitación, desmentido cien veces por la historia.[7]

El contenido real de la política económica del PCI

¿O sea que la «programación económica» es una simple engañifa? En este caso, sería difícil de comprender por qué ha sido introducida sucesivamente en los países imperialistas, uno tras otro. Sería también difícil de comprender el sentido del *doble ofrecimiento* realizado por el PCI a la burguesía de su país.

En los discursos de Berlinguer hay una denuncia vigorosa que adopta a veces, incluso, acentos patéticos. Pero no se trata de una denuncia del modo de producción capitalista. No se trata de una denuncia del beneficio de la firma individual como motor del desarrollo económico. No se trata de una denuncia del *modelo de acumulación* capitalista. No, se trata de una denuncia del *modelo de consumo* de los años 50 y 60, basado en la adquisición de bienes de consumo duraderos, simbolizados por el automóvil privado. Y esta denuncia se combina con la de todo lo que sea arcaico, atrasado, subdesarrollado, en el capitalismo italiano.

«La austeridad, según su contenido y según las fuerzas que gobiernen su aplicación, puede ser utilizada ya sea como instrumento de depresión económica, de represión política, de perpetuación de las injusticias sociales, ya sea como ocasión para un nuevo desarrollo económico y social, para un riguroso saneamiento del estado, para una profunda transformación de las bases de la sociedad, de la defensa y de la expansión de la democracia...» (Berlinguer, *op. cit.*, pp. 14-15.)

Y, aún más claramente:

«De hecho, me parece evidente que estos objetivos contribuirán a configurar unas bases sociales y una política económica y financiera dirigidas orgánicamente contra los despilfarros, los privilegios, los parasitismos, la disipación de los recursos: realizarán, pues, aquello que debe constituir la esencia de lo que es, por naturaleza y por definición, una verdadera política de austeridad. Es más, podría observarse que, a menudo, en las sociedades decadentes, se han combinado, se combinan y se combinarán la injusticia y el desorden, mientras que en las sociedades en ascenso la justicia y la parsimonia (!) se hacen compañía.» (*Op. cit.*, p. 27.)

Digamos, para cualquiera que tuviera un último escrúpulo en levantar una severa requisitoria, como la nuestra, contra Berlinguer, y que viera perfilarse, así fuera de manera oscura y, por así decirlo, pervertida, algún proyecto socialista, algún proyecto de derrocamiento del capitalismo, detrás de fórmulas vaporosas como «transformación de las bases de la sociedad» o «nuevo desarrollo social», que el propio Berlinguer no pierde ocasión de poner los puntos sobre las íes: de lo que se trata es, en efecto, de tranquilizar a la burguesía, sin dejar suspendida ninguna ambigüedad.

He aquí lo que afirma en su informe a la conferencia de los intelectuales:

«Nuestra iniciativa no es ningún acto de propaganda o de exhibición de nuestro partido. Pretende ser un acto de confianza; pretende ser, una vez más, un acto de unidad, es decir, una contribución que solicita la de los demás partidos para permitir un trabajo y llamar a compromisos comunes, que implicarán

7. Los dirigentes del PCI subrayan gustosamente el lamentable fracaso de la "programación económica" aplicada hasta ahora en la misma Italia. El "programa" de 1965-70 preveía un aumento del empleo en 800.000 unidades; hubo una disminución de 172.000 unidades. Preveía una reducción de entre el 22 % y el 15 % de la diferencia entre el valor añadido por habitante y el de los habitantes del Sur; esta diferencia aumentó entre un 22 y un 24 %. Etc. (Sergio Zangirolami, *op. cit.*, p. 92.) Pero en lugar de explicar este fracaso por las contradicciones inherentes y por la naturaleza misma de una "programación" *capitalista*, que no puede sustraerse a los imperativos del beneficio, de la competencia, del enriquecimiento privado y de la propiedad privada, lo atribuyen a las "debilidades" y a la "ineficacia" de los gobiernos de "centro-izquierda".

a todas las fuerzas democráticas y populares (lo cual incluye, para la dirección del PCI, a la democracia cristiana, el principal partido de la burguesía italiana; E. M.). Debido también a su carácter y a su intención unitarios, nuestro proyecto no pretende ni puede ser, pienso, ningún programa de transición hacia una sociedad socialista; debe proponer, más modesta y concretamente, el trazado de un desarrollo de la economía y de la sociedad cuyas características y formas nuevas de funcionamiento pueden obtener la adhesión y el consenso también de todos aquellos italianos que no tienen convicciones comunistas o socialistas, pero que poseen una aguda conciencia de la necesidad de liberarse y liberar a la nación de las injusticias, distorsiones, absurdos y laceraciones hacia las que nos están haciendo derivar las bases actuales de la sociedad.» (*Op. cit.*, pp. 24-25.)

Esto es claro y preciso. «No queremos una transición inmediata hacia el socialismo. Nuestras propuestas no se orientan hacia semejante transición.» Pero puesto que no existe ninguna sociedad que pueda ser a la vez capitalista y no capitalista, como la «economía mixta» es un cuento de hadas, lo que «proponemos», partiendo de ahí (sin decirlo de forma que los obreros a los que «debemos» engañar lo comprendan claramente, aunque la burguesía, con su experiencia política, infinitamente superior, sí lo ha comprendido, sin lugar a dudas), es *sustituir un capitalismo «irracional», arcaico, absurdo,* en el que una buena porción de la plusvalía está despilfarrada por el «clientelismo» y el «parasitismo» tan gratos a la democracia cristiana, por *un capitalismo modernizado, racionalizado, competitivo, expansionista y dinámico.* Tan sólo en el marco de este capitalismo «racionalizado» podrá el movimiento obrero consolidar y extender sus conquistas, podrá el nivel de vida de los trabajadores aumentar tras una fase de «sacrificios inevitables» («repartidos equitativamente», se añade de dientes para afuera). Se trata, una vez más, de una pura y simple repetición del proyecto socialdemócrata clásico, formulado por el dirigente sindicalista alemán Tarnow durante la gran crisis de 1929-32: convertirse en médico a la cabecera del capitalismo enfermo; ya que si el enfermo no se restablece, el pastel no aumentará y habrá menos migajas para los trabajadores...

¿Es creíble, tiene alguna posibilidad de éxito esta política económica propuesta por el PCI a la burguesía? Sí y no. Indudablemente, los grandes monopolios italianos no se mostrarían hostiles a desembarazarse, como resultado de la política de austeridad, y con la colaboración activa de los sindicatos y del PC (es decir, utilizando su presión), de numerosos elementos de despilfarro y de desorden que arrastra el capitalismo italiano desde la unificación del país (como producto de la particular

forma histórica en que se llevó a cabo), y desde el período del fascismo. El reinado de la democracia cristiana no ha eliminado estos elementos, a pesar de los veinte años de expansión económica. Nada de esto es incompatible con la producción, la realización y la acumulación de la plusvalía, que constituyen la naturaleza y la razón de ser del capitalismo. *En un contexto económico y social favorable,* este proyecto lograría incluso una aprobación global del gran capital (exceptuando a los sectores arcaicos y parasitarios), comparable a la que, en Francia, saludó el designio, en resumidas cuentas análogo, desarrollado por de Gaulle en su V República.[8]

Sólo que el proyecto del PCI llega con veinte años de retraso. Presupone una vigorosa expansión económica del capitalismo italiano, sobre todo en el mercado mundial. Ahora bien, la eventualidad más probable es, por el contrario, la de una desaceleración duradera de la tasa de expansión del comercio mundial y de una exacerbación de la competencia internacional, en la cual —como lo reconocen los portavoces del PCI— el capitalismo italiano tiene fuertes desventajas estructurales, producto del pasado. En la mejor de las hipótesis, sería preciso un enorme esfuerzo en inversiones, *durante todo un período,* tan sólo para compensar este retraso y ponerse al nivel adecuado. Conquistar una parte cualitativamente superior del mercado mundial respecto a la actual parece una utopía completa (en la que, por lo demás, los propios capitalistas italianos no creen demasiado).

La perspectiva de «modernización» y «racionalización» desemboca, por consiguiente, en la de una reducción duradera y a largo plazo de la parte del consumo en una renta nacional que no puede ya crecer más que lentamente. Desemboca, pues, ya sea en una tensión y una grave crisis social de más larga duración, ya en una derrota y una desmoralización de la clase obrera, haciendo descender al conjunto del movimiento obrero a un nivel mucho más bajo. En ambos casos, se da el fracaso del proyecto político del PCI.

Pero el proyecto de modernización del capitalismo italiano, precisamente por insertarse en un contexto internacional preciso, comporta otra dimensión, que apenas se atisba en los análisis del PCI. Dada la exacerbación de la competencia interimperialista, dada la total distorsión entre el área de operación de los grandes monopolios expansionistas y rentables, por un

8. "Un grupo social puede, e incluso debe ser dirigente antes de conquistar el poder gubernamental (ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder)." A. Gramsci: *Quaderni del Carcere*, a cura di V. Gerratana, Torino, 1970, p. 2.010.

lado (de los que son prototipo, en Italia, la FIAT o la Pirelli), y por otro el área de las sociedades públicas o mixtas condenadas a sobrevivir a fuerza de subsidios públicos reiterados y crecientes, la actividad, la orientación y los intereses de las «multinacionales» de origen italiano tenderán a desbordar cada vez más las fronteras nacionales. De ahí se deriva una tendencia en aumento hacia la interpenetración internacional de los capitales, ya sea mediante fusiones, ya mediante absorciones: FIAT-Allis Chalmers y Pirelli-Dunlop constituyen ejemplos en este terreno.[9] De ahí se derivará, igualmente, una incapacidad cada vez mayor para cualquier «programación económica nacional» capitalista —es decir, que respete la propiedad privada, el imperativo del beneficio y las leyes del mercado— de ejercer un control sobre tales monopolios, sobr la amplitud, la orientación v la localización de sus inversiones.

Los dirigentes del PCI lo intuyen confusamente (sin por ello sacar conclusiones estratégicas o tácticas). En el programa electoral del PCI de 1976, leemos, en el capítulo «Cómo salir de la crisis económica»:

«Nuestra opción sigue siendo la aceptación de un régimen de mercado abierto, es decir, un régimen de competencia abierta en el terreno internacional... Pero no hay contraste entre una opción antiproteccionista y la adopción de una política de inversiones orientada a aumentar, con precios competitivos, la producción italiana de bienes agrícolas e industriales que hayan sido importados en cantidades y a precios crecientes en el curso de los últimos años... Debe aplicarse una política de inversiones que haga entrar a Italia en los sectores productivos más cualificados desde el punto de vista tecnológico, reforzar y renovar la capacidad de exportación...» («Unità», 16 de mayo de 1976).

Pero como *todas* las potencias imperialistas tratan de reducir las importaciones y de aumentar las exportaciones, ¿cuál será el resultado global? En el caso de Italia, ¿no se conoce ya la sentencia antes del juicio (siempre en el supuesto de que no se dé un derrota aplastante de la clase obrera)? Hay que dar pues otro paso. Y con ello se llega a la mísera «solución» siguiente, formulada por el dirigente de los sindicatos CGIL, Luciano Lama, uno de los principales dirigentes del mismo PCI:

«... está claro que la interdependencia de la política económica de los distintos países es cada vez mayor en el tiempo... Excluyo, sin embargo, *a priori*, que, por nuestra parte, podamos llegar o acercarnos al pleno empleo aplicando una política de autarquía... Hay que operar, por el contrario, en el interior de los reagrupamientos internacionales, incluso en el plano económico, con objeto de inducir (!) a los países de Europa occidental y del mundo capitalista avanzado a comprender que es el interés de todos (!) el resolver el problema del empleo en Italia...».[10]

¿Es posible caer más bajo en la trivialidad y en la difusión de ilusiones estúpidas en el seno de la clase obrera? Se empieza por admitir que la crisis es excepcionalmente grave. Se prosigue subrayando la violencia de la competencia capitalista. Se reconoce que, en esta crisis, hay una fuerte desventaja para los capitalistas italianos. Se admite que éstos, para «relanzar» la producción, tratan de reducir los «costes de trabajo». ¿No tiene acaso el desempleo como función *esencial* lograr este objetivo?[11] Pero se concluye confiando en la generosidad de los capitalistas extranjeros, que, sin lugar a dudas, abandonarán voluntariamente una parte del mercado con el objeto de ayudar a esa querida Italia a «resolver el problema del empleo». Mientras que, en la jungla capitalista, el comportamiento normal de la burguesía ha consistido siempre en intentar, en época de crisis, *explotar el paro* en casa del vecino y del competidor (cosa que han vuelto a hacer en esta ocasión los capitalistas suizos, alemanes, del Benelux, devolviendo a los trabajadores inmigrados italianos a sus lugares de origen), Lama finge creer que, esta vez, los rapaces aceptarán, *en tiempo de crisis, aumentar el paro* en sus propios países, por los bellos ojos de Enrico Berlinguer. Y este «análisis» ridículo es presentado solemnemente como un ejemplo de cordura «comunista»...

Es verdad que el PCI no siempre habla con una sola voz, que sus portavoces no sólo tienen diferencias en el seno del comité central —en el capítulo II hemos aludido ya a los debates en el CC en octubre de 1976—, sino también en público. Así, el dirigente del ala derecha del PCI, Amendola, no tiene reparo en afirmar, en un artículo publicado en octubre de 1976 bajo el sugestivo título de «Coherencia y rigor», uan posición que se opone casi frontalmente a los sindicalistas comunistas:

«Cuando hablamos de los sacrificios necesarios que los trabajadores deben consentir paar salir de la crisis, sería erróneo

9. La parte de la cifra de negocios de la FIAT realizada en el extranjero, que aún en 1973 era un 40 %, ha superado ya el 50 % y alcanzará dentro de poco el 60 %. (Arturo Cannetta, in: "Consigli", n.º 27/28, agosto-septiembre de 1976.)

10. Luciano Lama: *Intrevista sul sindicato*, a cura di Massimo Riva, Laterza, Milán, oct. 1976, p. 101.

11. Otro abandono de una tesis elemental de Marx. Para Lama, la reconstitución periódica del ejército industrial de reserva ha dejado de ser una necesidad objetiva del capital. Es tan sólo una "tesis" de "ideólogos burgueses" propuesta coyunturalmente, y que podría sustituirse perfectamente por la tesis opuesta. (*Op. cit.*, pp. 103-104.)

concebir estos sacrificios, como a veces ocurre, como «concesiones» que deben hacerse a los capitalistas y al gobierno, como el «precio» de una supuesta maniobra comunista para entrar en el gobierno a cualquier precio. Los sacrificios son, por el contrario, necesarios para que el país (!) salga de la crisis, en interés atne todo de los trabajadores; para que los jóvenes encuentren trabajo, por la mejora de las condiciones de vida del pueblo... Es por esto que no es justo hablar de contrapartida a exigir a cambio de los sacrificios requeridos para el esfuerzo de cambio.» (Citado en: Henri Weber: *PCI: aux sources...*, ed. cit., p. 68.)

Según parece, el «comunista» y el «marxista» Amendola no podía ni prever, ni señalar, que los sacrificios impuestos a los trabajadores aumentan los beneficios *capitalistas*, y sacan a la *burguesía* de la crisis, sin que los jóvenes encuentren trabajo, y deteriorándose las condiciones de vida del pueblo en vez de mejorar.

Por lo demás, ¿no equivale a caer en la más trasnochada y burda ideología burguesa afirmar fríamente la «inevitabilidad» de los «sacrificios» del nivel de vida de los trabajadores en época de crisis?[12] Estos «sacrificios» no son ni más ni menos «inevitables» que las crisis económicas mismas. No se derivan de ninguna «fatalidad», de ninguna «ley de bronce». Se derivan de la existencia del modo de producción capitalista, que no es ni «fatal», ni «inevitable», ni eterno, sino que sobrevive en función de unas determinadas relaciones de fuerzas sociopolíticas; es decir, puede ser derrocado por una clase obrera lo bastante fuerte, consciente y unida como para hacerlo. E incluso en el marco de este modo de producción, el reparto exacto de la renta nacional entre beneficios y salarios no es una cosa «fatal», ni siquiera se desprende automáticamente del nivel de empleo. Está determinado por las «relaciones de fuerza entre los combatientes», es decir, por los altibajos de la lucha de clases.

Casi da vergüenza tener que recordar estas verdades elementales a alguien que todavía se atribuye la etiqueta de «comunista», pero que finge, al mismo tiempo, haber olvidado que la función original e histórica del partido comunista, lejos de residir en convencer a los trabajadores de la «inevitabilidad» de la crisis y de los «sacrificios» necesarios qne impone al proletariado, fue, al contrario, la de educar, organizar y movilizar a los trabajadores para defender intransigentemente sus intereses, y preparar el derrocamiento del capitalismo, engendrador de crisis y de paro, aprovechando, con este objeto, los momentos de debilitamiento y de crisis grave del régimen.

12. "Es inmenso el daño que causan los demagogos de distinta extracción que nos presentan como a aquellos que quieren imponer a los trabajadores el peso de los sacrificios. Y esto no sólo porque los sacrificios son inevitables (!), se quiera o no, sino también porque de este modo ocultan el punto esencial... es decir, el hecho de que los sacrificios se decidirán ya sea por una voluntad política, ya según un plan consciente (sic) de equidad y de reforma, ya por el mercado, es decir, el mecanismo capitalista." (Reichlia, in: "Rinascità", 3 de diciembre de 1976.)

Pero el dirigente sindicalista del PCI, Trentin, se esfuerza por hablar otro lenguaje. Afirma que:

«...una política alternativa no puede dejar de desembocar en una modificación cualitativa del sistema. No en un capitalismo más racional. Sino en un sistema económico de transición. Cuando una colectividad, no a través de un decreto-ley, sino a través de una acción de masa, de formas nuevas de control obrero, de nuevas relaciones entre las instituciones representativas tradicionales y las formas nuevas de democracia de base, logra... determinar una asignación distinta de las inversiones, una política de reconversión como la que hoy sostiene el movimiento sindical, no puede hablarse simplemente de reestructuración, de racionalización capitalista. Pienso —y el capitalismo italiano se da perfecta cuenta— que lo que está puesto en cuestión es el poder del capital de disponer del beneficio.» (*Op. cit.*, p. 120.)

Dejemos de lado las contradicciones inextricables entre una política de sacrificios y de reducción del nivel de vida impuesta a los trabajadores y una acción de masa que se amplificaría hasta el punto de arrancar a los capitalistas el control obrero sobre la producción y las inversiones. Ya hemos analizado esto en el capítulo VIII.

Trentin no se da cuenta —o finge no darse cuenta— de que para que los beneficios puedan *repetirse* según criterios de «utilidad social» impuestos por los sindicatos y los partidos obreros, es preciso que antes haya sido *producidos*, es decir, que haya un volumen determinado de las inversiones productivas y empleo suficiente. Ahora bien, los capitalistas no invierten para servir la «utilidad social» ni a la «colectividad». Invierten para aumentar al máximo el beneficio privado y para disponer libremente de estos beneficios (dentro de los límites de las presiones fiscales, atenuadas por el fraude y la evasión fiscales institucionalizadas). Si no se ven colmadas sus aspiraciones y sus hábitos a este respecto, van a la huelga de inversiones. Desciende el nivel de empleo. Los maravillosos proyectos del plan se evaporan. Por lo demás, una agravación de la tensión social, que se deriva automáticamente de la amplificación de la «acción de masa», o incluso de la aparición de «formas nuevas de democracia de base» y de la generalización del control obrero, no podría desembocar más que en el mismo resultado.

En otros términos: el «sistema económico de transición», tan

del gusto de Trentin, está emparentado con la misma superchería que la «economía mixta». Nadie ha logrado jamás la proeza de obligar a los capitalistas a hacer funcionar las empresas en contra de sus intereses. O bien la ley del beneficio —del beneficio *privado*, se entiende— reina como soberana, y entonces el sistema funciona, en provecho del capital y (durante y después de la crisis) a expensas de las masas trabajadoras; o bien se intenta imponer un funcionamiento de las empresas, y de la economía en su conjunto, contrario a los intereses de la burguesía, y entonces *hay que quitarle el derecho a disponer de los medios de producción*, es decir, hay que nacionalizar las empresas, confiscar el beneficio, hacer que la colectividad determine la magnitud y el destino de las inversiones, y adoptar todos los medios necesarios para poder *imponer* este plan, cosas que nunca podrán hacerse por «consenso». Esto lleva por nombre empezar la revolución socialista. Quedarse entre estas dos posibilidades significa hundirse una vez más en la utopía, significa correr directamente hacia el derrumbe y el retroceso de la actividad productiva.

«El nuevo modo de consumo»

La pieza maestra de la apología de Berlinguer de la política de austeridad que pide el gran capital es un alegato en favor de «un nuevo modelo de consumo»: sustituir unos gastos de consumo privado por gastos de consumo público. De forma bastante demagógica, la dirección del PCI trata de «recuperar», de esta manera, de paso, algunos de los temas de la «contestación» intelectual de los años 60. Y todo esto Berlinguer lo presenta, sin pudor, como el desarrollo de «elementos de socialismo» en el seno de la sociedad capitalista (informe al CC de octubre de 1976). Se trata, una vez más, de un eco apenas deformado de las tesis socialdemócratas clásicas sobre el «socialismo municipal» y el «salario político».

Una primera contradicción se deja ver de inmediato, desvelando el carácter burdamente falsificador de todo el proyecto: entre las partidas que deben reducirse del consumo individual («alienante», según parece) se cuenta... ¡la carne bovina, porque Italia importa demasiada y esto pesa en la balanza de pagos! Dado que en un régimen de economía monetaria y de propiedad capitalista el único mecanismo que mediatiza el consumo es la compra, el único medio de «reducir el consumo» es aumentar los precios. Pero al aumentar los precios sólo se reduce el consumo de las personas con pocos ingresos. La perorata grandilocuente sobre el «modelo de consumo» desemboca pues en quitarle el bistec al obrero, sin por ello impedir que los burgueses se atiborren (y que ni se hable de «racionamiento equitativo», que, en un país como Italia, desembocaría inevitablemente en el tráfico del mercado negro, que afectaría exactamente igual a los trabajadores y a los pobres, favoreciendo a los especuladores y a los capitalistas). ¡Y unos «sindicalistas» que defienden estas injusticias tienen la poca vergüenza de acusar de «corporativismo» a los trabajadores que intentan protegerse contra semejantes exacciones! Decididamente, el cinismo no conoce límites.

Otra contradicción chocante: el desarrollo del «consumo público» presupone una evidente expansión de los gastos públicos. Ahora bien, Berlinguer repite la tesis, propagada por la burguesía, de que los gastos públicos son, según parece, «excesivos» en Italia,[13] de que «la política de austeridad» debería aplicarse también al sector público. (*Op. cit.*, pp. 41-42.) ¿Cómo realizar la hazaña de reducir y aumentar simultáneamente los gastos públicos?

Los economistas del PCI contestan, molestos, que hay que «racionalizarlos», es decir, hay que reemplazar los gastos públicos de «despilfarro» (entre los cuales se guardan de mencionar los gastos militares, dado que ahora son fieles a los «compromisos internacionales» de Italia, es decir, a la OTAN) por gastos públicos «que estimulen directa o indirectamente el desarrollo económico». Pero esto no es más que un subterfugio para eludir la cuestión clave: el programa económico en su conjunto, ¿implica un aumento o una reducción de la parte del presupuesto en el PNB? Nadie de buena fe podrá negar que implica un aumento, incluso un aumento considerable. ¿Está dispuesta la burguesía a aceptarlo y a pagar por este aumento? ¿Cómo obligarla? ¿Se impondrá lo esencial de esta enorme carga a la clase obrera (que está ya pagando más del 60 % de los impuestos en Italia)? ¿Lo aceptará la clase obrera, y cuáles serían las desastrosas consecuencias de ello sobre su nivel de vida? El «análisis comunista» no se arriesga a levantar estos problemas, por no hablar ya de resolverlos.

Pero todo este programa está doblemente viciado en su raíz. Históricamente, el desarrollo de los servicios públicos, que beneficia, ante todo, a los trabajadores, está siempre vinculado, en la sociedad burguesa, a períodos de rápida expansión de la

13. En realidad, según las estadísticas de la CEE, los gastos del estado representaron, en 1975, en Italia, el 42 % del producto nacional bruto, frente al 44,2 % en Bélgica, el 46,4 % en Gran Bretaña, el 48 % en Alemania occidental, el 53,1 % en Irlanda, y el 55,3 % en los Países Bajos. Sólo Francia tenía un porcentaje (apenas) más bajo, con un 41 %.

producción, las rentas y los beneficios capitalistas. He aquí un marco limitador insuperable. A la burguesía le interesa hacer estas concesiones para que aumente el peso de los reformistas en el seno de la clase obrera. Además, los «rebotes indirectos» de estas concesiones la benefician generalmente más que los simples aumentos directos de salario. No puede hacerlo, sin embargo, más que cuando la coyuntura es buena. Esperar tales aumentos de los servicios sociales en un clima de crisis económica y de descenso de la tasa de ganancia equivale a creer en los Reyes Magos. Los únicos gastos públicos que la burguesía trata de desarrollar en un clima así son los subsidios directos e indirectos a las empresas capitalistas, la «garantía estatal del beneficio capitalista», ante todo el de los monopolios. Esto no estimula mucho «otro modelo de consumo».

Sin duda, incluso en un período de desaceleración del crecimiento capitalista, los trabajadores pueden lograr, mediante luchas directas y vigorosas, nuevas conquistas sociales (otra cuestión es cuánto tiempo podrán conservarlas si no prosiguen la lucha hasta el derrocamiento del capitalismo). La huelga general de 1936 conquistó las vacaciones pagadas para todos en Francia, ejemplo, si lo hay, de «cambio del modelo de consumo». Pero para que se arrancara esta conquista era necesaria, precisamente, una huelga general, junto con el miedo de la burguesía a la revolución. Incluso la reforma más importante del movimiento obrero internacional de los años 30 aparece, pues, como subproducto de una lucha de masas de alcance objetivamente revolucionario. Hoy, el PCI quebranta y asfixia las tentativas de huelga generalizada en Italia. No pretende en absoluto arrancar reformas con la amenaza de la revolución. Quiere negociar con la patronal bajo el signo del «interés común». Apostamos a que, por esta vía, no logrará gran cosa en cuanto a las reformas de «consumo socialista» con las que deslumbra a los ingenuos.

La peor contradicción de esta política está en que, por un lado, asume que el «modelo de consumo» de los años 50 y 60 corresponde, evidentemente, a la lógica capitalista (Berlinguer, *op. cit.*, p. 26), que es la lógica de la producción y de la venta masivas de *mercancías*, del auge universal del enriquecimiento *privado*, pero, por otro lado, propone fríamente cambiar el «modelo de consumo» sin salir del régimen capitalista. En su dinámica fundamental, el «modelo de consumo» de los servicios públicos propuesto por Berlinguer está basado en la lógica de la satisfacción de las necesidades. Hasta un Galbraith comprendió que, *por esta razón*, no puede ser sino marginal en el régimen capitalista. ¿Piensa seriamente Berlinguer que una economía basada en el beneficio puede integrarse, como sector fundamental, en una economía que niega esencialmente el beneficio? El

misterio católico de la transustanciación es una broma comparado con este otro misterio...

Un balance provisional

Si se elimina toda la palabrería y se disipan todas las cortinas de humo, nos queda una cosa esencial e inmediata: los dirigentes del PCI se han deslizado subrepticiamente hacia una tesis que acepta la tesis de la patronal, a saber, que el alza de los salarios es una de las causas esenciales de la inflación, que la lucha contra la inflación es prioritaria, y que exige, por lo tanto, una política de ingresos que haga descender los salarios reales, no adaptándolos al aumento vertiginoso del coste de la vida. He aquí el contenido, sin maquillaje, de la política de austeridad.[14]

En octubre de 1976, Luciano Lama recusaba una vez más esta tesis de forma «enérgica», aun defendiendo, al mismo tiempo, la idea de que los aumentos «automáticos» de salarios (no la escala móvil, sino los aumentos por antigüedad, las pensiones extralegales, etc.) serían contrarios a los intereses del movimiento obrero (*op. cit.*, pp. 83-90). Pero Berlinguer es mucho más brutal. Hablando ante los obreros comunistas de Lombardía, comienza por decir que el incremento del coste de trabajo no es la única (!) causa de la inflación (p. 41). Y luego, descubriendo sus baterías, prosigue:

«Decimos, en suma, que el problema de la dinámica de los costes del trabajo, comparada con la de los demás países europeos, debe tomarse en consideración y afrontarse (!), pero que

14. A la tesis según la cual las reducciones de los salarios reales son inevitables para "sanear la economía nacional" subyace la teoría que convierte al aumento de los salarios en causa de la inflación. Hoy la adoptan alegremente algunos economistas comunistas, como Ezio Tarantelli (véase, en particular, su artículo "Scale mobile e inflazione", que "recupera" totalmente los ataques "teóricos" burgueses contra la escala móvil como mecanismo autoalimentador de la inflación. Este artículo se publicó en la revista "Politica e Economia", n.º de sept-oct. de 1976). Remite, a su vez, a la teoría ricardiana, que establece una relación directa e inmediata entre el aumento de los salarios y el descenso de la tasa de ganancia, sin la mediación —descubierta e introducida por Marx en su crítica a Ricardo— de la composición orgánica del capital. Así, el auge neorricardiano en teoría económica, que parte de la escuela de Cambridge y del papel de Sraffa, ha influenciado profundamente al PCI, y tiene incidencias prácticas desastrosas para la defensa de los intereses de los trabajadores y para la justificación seudohistórica de la ofensiva burguesa y de la culpabilización de los sindicatos.

esto debe hacerse en un marco más ancho y que corresponda mejor a la realidad.» (*Op. cit.*, p. 42.)[15]

Y, al resumir la actividad del PC, Berlinguer es todavía más claro: «¿Cuál es el hecho más significativo, desde el ángulo político y de clase, de la crisis actual? Es el hecho de que el mundo capitalista, y con él el viejo personal político que ocupa aún posiciones (!) de poder, se ve obligado a volverse hacia nosotros, hacia la clase obrera, hacia los trabajadores y los comunistas, como hacia una fuerza que se ha convertido hoy en indispensable para poner las cosas en su sitio, para hacer funcionar la máquina de la economía y la del estado, para devolver la eficacia a todo el sistema social italiano... Hay en esto algo realmente nuevo desde el punto de vista histórico que se pone de esta forma en relieve: las viejas clases dominantes y el viejo personal político ya no están, en adelante, en condiciones de *imponer* sacrificios a la clase obrera; hoy, los sacrificios, *tienen que rogarnos* que los hagamos, y nos ruegan que los hagamos...» (*Op. cit.*, p. 52.)

He aquí una cosa que tiene, al menos, la virtud de la franqueza. El capital no es ya capaz *de imponer* a los trabajadores una disminución de los salarios. Tiene que *«rogar»* al PC y a las direcciones isndicales que se la concedan. Y los burócratas del PC, manos a la obra, sin reticencias ni reservas mentales: «Pero ¿en nombre de qué nos piden ayuda los viejos grupos dominantes? No dicen, desde luego, que nos la pidan para salvar al capitalismo, para conservar sus privilegios de clase. Dicen que los sacrificios de los trabajadores sirven para lograr tres objetivos de interés general: sanear la economía nacional, acentuar el relanzamiento de la producción, mantener y extender el empleo. ¿Qué respuesta debemos dar a estos tres objetivos? No tenemos dudas: les contestaremos tres veces «sí», pero debemos añadir inmediatamente otra cosa...» (*Op. cit.*, p. 53.)

En otros términos: los capitalistas, que son listos, tratando de facilitar la traición de los intereses de los trabajadores por parte de los reformistas, no presentan el salvamento del régimen capitalista como tal salvamento del régimen capitalista, sino como «salvamento de la economía nacional». Berlinguer, que es ingenuo, se deja engañar.

¿El capitalismo? «¡No somos unos traidores! ¡No lo vamos a salvar!» Pero ¿y la economía nacional? «Eso es otra cosa. Si se apela a los nobles sentimientos, si la patria está en peligro, entonces contestamos: ¡Presentes!» Pero el muy ingenuo lo proclama a los cuatro vientos: ¡tonto y contento de serlo! Aunque quizá no sea tan ingenuo como todo eso. Es necesaria precisamente esta dosis de ingenuidad, de cinismo y de desenfado para poder tener la posibilidad de hacerles tragar la píldora a los trabajadores y poder esperar, al mismo tiempo, la gratitud de la patronal.

Pero nuestro falso ingenuo adopta también, por momentos, unos aires de matasiete: «¡Cogedme o hago un disparate!»:

«Si se pretente lograr estos objetivos manteniendo el sistema social italiano tal como es, con sus estructuras económicas y sus ideas de base, entonces la cosa no tira adelante... Para lograr estos tres objetivos de interés general, hoy existe una sola vía: hay que salirse, así sea gradualmente (*sic*), de los mecanismos y los valores que han presidido el desarrollo italiano de los últimos veinticinco años, y hay que introducir en la sociedad y en la economía italianas por lo menos algunos (*re-sic*) de los objetivos, los valores y los métodos propios del ideal (!) socialista.»[16]

La burguesía habrá contenido la respiración durante once segundos, tiempo de llegar a la última parte del pasaje: ¿Salvar al capitalismo? ¡Jamás! ¿Salvar la economía «nacional», aunque sea capitalista? Desde luego. Pero no bajo cualquier pretexto ni bajo cualquier cobertura ideológica. Sólo salvaremos la economía capitalista si nos permitís hacerlo bajo la cobertura de la introducción —gradual, naturalmente, muy, muy gradual—, en el seno de esta economía, de «valores» tomados del «ideal socialista»: programación, servicios públicos amplios, mayor racionalidad, etc. El capitalismo «saneado» y modernizado gracias a tomar en préstamo «valores socialistas» no es una síntesis tan falsa como eso de lo que efectivamente ha sucedido durante los últimos decenios. Es, después de todo, la misma definición que dio Karl Marx de la sociedad por acciones: superar la propiedad privada en el marco de la propiedad privada; superar el capitalismo en el marco del modo de producción capitalista.

Pero ¿cuál es el balance de la operación si descendemos de las nubes por donde planean los grandes valores del espíritu a esta mísera tierra, podrida de egoísmos privados y de intereses de clase? Según las estadísticas oficiales, que no reflejan toda la verdad, el coste de la vida aumenta en 1,4 % en enero, 2,3 % en febrero, 1,5 % en marzo, 1,1 % en abril, o sea, acumulativamente, en más o menos el 6,4 % en cuatro meses (en ritmo anual, esto da casi un 20 % de aumento). Pero la escala móvil de salarios sólo da a los trabajadores un ajuste de 6 puntos, o sea, de alrededor del 3 % como máximo (14.334 L. mensuales para

15. Berlinguer no menciona ni una sola vez la responsabilidad de los monopolios, de su política de precios y de la política bancaria y monetaria a su servicio, entre las causas de la inflación, mientras que, en la primera parte del libro de Zangirolami, desempeña aún un papel real.

16. "La austeridad...", *ed. cit.*, pp. 53-54.

los salarios inferiores a seis millones de libras anuales), para compensar tres meses de alza del coste de la vida. Y los asalariados que cobran entre 6 y 8 millones de libras anuales sólo reciben la mitad de esta suma, o sea, menos de un 2 % en algunos casos. Ha habido pues, efectivamente, un inicio de disminución de los salarios reales.

«Rinascità» (25 de marzo de 1977) reconoce, por lo demás, que desde febrero de 1977 la escala móvil ya no garantiza la integridad del poder adquisitivo más que a los salarios nominales de alrededor de 300.000 liras mensuales, inferiores a la media de los salarios en la industria. El diario burgués francés «Le Figaro» resume correctamente la situación:

«El compromiso histórico concluido entre la democracia cristiana y el PCI tiene su homólogo en el plano económico, al haber comprendido los dos partidos el peligro que correrían dejando demasiado tiempo sin riendas a la inflación. Se trata de un acuerdo de principios de año entre la patronal (la Cofindustria) y la intersindical. Los sindicatos han hecho serias concesiones, y es probable que hubieran ido más lejos si la base hubiera estado dispuesta a aceptarlo, lo cual no era el caso. Se han suprimido siete días festivos... Segundo punto, y punto principal: la escala móvil, tan sacrosanta como los días festivos... ha sido modificada y sus efectos atenuados.» (31 de mayo de 1977.)

Los sacrificios han sido pues concedidos. ¿Han desaparecido, con ocasión de ello, las «viejas estructuras capitalistas»? ¿Y qué hay del empleo, el gran argumento que, en el fondo, justifica los sacrificios a los ojos de los trabajadores menos conscientes? *El empleo ha retrocedido en 1,1 % en relación al primer trimestre de 1976*, pese a un aumento de la produción del 10,9 % («Neue Zürcher Zeitung», 24 de mayo de 1977). Erosión del poder adquisitivo de los salarios + pérdidas de empleo = pronunciado incremento de la productividad, es decir, de la plusvalía relativa, es decir, de los beneficios.

He aquí el balance. ¿Se trata de un balance de «valores tomados del ideal socialista»? ¿O es un balance clásica, burda y enteramente capitalista?

En un período de crisis económica grave, el movimiento obrero no puede resignarse a una batalla puramente defensiva de protección de los salarios reales: este es el núcleo racional de las tesis de Berlinguer y de Lama. Si el paro se propaga y se estabiliza, los salarios acabarán por ceder. La clase obrera y el movimiento obrero corren el riesgo de verse debilitados por la división entre aquellos que están dispuestos a perder una parte de su poder adquisitivo con tal de conservar el empleo y los parados, cada vez más desesperados, dispuestos a dejar de lado al sindicato y la solidaridad de clase con tal de obtener como sea

un empleo. *Es necesaria, pues, una respuesta obrera de conjunto a la crisis.*

Los elementos esenciales de esta respuesta deben combinar la exigencia de mantener y de reforzar la escala móvil de salarios para defender el poder adquisitivo con reivindicaciones orientadas a la realización del pleno empleo: reducción radical de la semana de trabajo (35 horas de inmediato); reparto del trabajo entre todos los trabajadores (escala móvil de horas de trabajo) sin reducción del salario semanal; confiscación de las empresas cerradas y reanudación de sus actividades bajo control obrero; nacionalización, sin indemnización ni compensaciones, y bajo control obrero, de las industrias básicas; elaboración, por parte de las organizaciones obreras, de un plan de desarrollo económico centrado en la satisfacción de las necesidades de las masas; creación de empresas públicas modernas dentro de este marco; centralización de todo el sistema de crédito en un solo banco público, gestionado bajo control obrero; control obrero sobre la producción y las inversiones; supresión del secreto comercial y del secreto bancario; establecimiento inmediato de un catastro de fortunas para combatir la evasión de capitales y el fraude fiscal; gobierno obrero que rompa con la burguesía y con el estado burgués.

Este programa no podrá ser nunca objeto de un acuerdo con la democracia cristiana o con alas de la burguesía. Es un programa anticapitalista de confrontación, y no de conciliación entre las clases. Es un programa que no desemboca en una desmovilización de la clase obrera, en el freno y la fragmentación de las luchas; exige, por el contrario, para su realización, una movilización general de la clase obrera y de todas las masas trabajadoras, así como su iniciativa y su autoorganización en un grado cada vez mayor.

¿Están maduras las relaciones de fuerza para semejante programa en Italia? Es en este punto donde la argumentación de Berlinguer y Lama alcanza su contradicción suprema. Nos dibujan la imagen de una economía y una sociedad burguesas decadentes, enfermas de muerte. Afirman, por otra parte, que la clase obrera se ha hecho tan fuerte y está tan unida que puede ser, desde hoy mismo, la fuerza determinante de la sociedad italiana. (Berlinguer, *op. cit.*, p. 52.) *¿Por qué no podría, entonces, imponer su solución de clase anticapitalista a la crisis, en el sentido que acabamos de indicar?* Y si objetivamente puede hacerlo, ¿por qué los Berlinguer y los Lama se niegan a entrar en esta vía? ¿Quizá porque han elegido deliberadamente salvar al capitalismo, por las razones de elección estratégica que están en la base del eurocomunismo?

¿Es tan nuevo todo esto como pretende Berlinguer? Este

falso ingenuo es también un falso innovador. No hace más que repetir lo que ya practicaron la socialdemocracia alemana en 1918-19, el PCF y el PCI en 1944-47. Entonces, el capitalismo era también demasiado débil para imponer sacrificios a los trabajadores. Los reformistas se ocuparon de eso. No obtuvieron precisamente recompensas por los servicios prestados, sino más bien el puntapié de los tontos. Volverá a suceder lo mismo si los trabajadores no impiden a Berlinguer sacar a la burguesía del mal paso en que está metida.

14 de junio de 1977.

11

El PCF, el Eurocomunismo y el estado

De la ortodoxia formal al revisionismo abierto

A finales de abril de 1971, la «Semana del pensamiento marxista», patrocinada por el PCF, organizó un coloquio bajo el título de «Cien años después de la Comuna. — Problemas de la revolución socialista en Francia.» [1] En él, François Billoux, hablando en nombre del Buró Político del PCF, resumió la posición clásica de Marx y la de Lenin en torno a la naturaleza del estado burgués y de la democracia burguesa:

«¿Puede hablarse de democracia en general, es decir, fuera de las realidades económicas y sociales, *de las relaciones de clase?* Creemos que no.

Todo estado, en una sociedad de clases, es, por naturaleza, el instrumento de dominación de una clase por otra.

Tan sólo el socialismo, poniendo fin a la explotación del hombre por el hombre, creará las condiciones que permitan terminar con la sociedad dividida en clases antagónicas, y podrá desarrollar continuadamente la democracia.» (P. 79)

Sólo que esta definición, *grosso modo* correcta, se combina de inmediato con elementos ambiguos que la convierten en contradictoria. A la definición del estado como instrumento de dominación de una clase, Billoux añade esta fórmula: «Tenemos en Francia el ejemplo de lo que es el estado actual, al servicio de los grandes monopolios.» Los «grandes monopolios» no son

1. El acta de este coloquio se publicó, con el mismo título, en Editions Sociales, París, 1971.

más que una fracción —aunque sea la fracción dominante— de una clase, la clase burguesa. El estado burgués francés está al servicio de la burguesía, no sólo al de los grandes monopolios. La forma en que arbitra los conflictos interburgueses —en particular los conflictos entre los «grandes monopolios» franceses, las multinacionales con vocación europea, las multinacionales dominadas por el capital americano y japonés, las «pequeñas y medias empresas» francesas, etc.— depende de numerosos factores, entre los cuales las relaciones de fuerza *en el momento dado* son un elemento importante, pero ni muchísimo menos el único.

A continuación, Billoux intercala entre el estado burgués y «el estado socialista» (hubiera sido más correcto decir «el estado obrero» o «la dictadura del proletariado») una fase de transición que designa como «democracia avanzada», durante la cual la clase obrera debe pasar el aprendizaje de «la dirección del estado». No precisa que puede tratarse de una experiencia de *dualidad de poder*, y que la clase obrera, perfectamente capaz de gestionar un estado obrero, es incapaz de gestionar un estado burgués, por la naturaleza misma de éste.

Pero sean cuales sean las reservas, se puede registrar el hecho de que, en 1971, el PCF seguía ateniéndose, en el plano de las proclamaciones teóricas abstractas, a la «ortodoxia formal» (en el plano de la política práctica, el deslizamiento oportunista parte de 1935, y tuvo prolongaciones cada vez más revisionistas, sobre todo en el período 1941-47).

Por lo demás, no fue tan sólo Billoux, representante de la «vieja guardia» staliniana, el que recordó la «ortodoxia» en este coloquio. Lucien Sève, en particular, desarrolló análisis interesantes, poniendo de relieve las relaciones entre la alienación de los trabajadores —incluyendo su alienación política— y la naturaleza misma del modo de produción capitalista (no únicamente del «reino de los grandes monopolios»):

«Cuanto más se reflexiona sobre este problema, en el fondo muy simple, tanta más conciencia se adquiere de que no existe otra vía, y en particular de que *no hay ningún atajo* (o supuesto atajo) *que permita ahorrarse la socialización de los medios de producción y de cambio*: ni el reformismo tradicional, que se imagina que pueden suprimirse, al menos parcialmente, los efectos de la alienación sin poner la mano en su causa última, es decir, en un régimen de propiedad privada en el que la masa de los individuos están desprovistos de propiedad sobre las condiciones sociales de su trabajo, y con ello de su vida entera, ni el anarquismo, que confunde la *recuperación* de detalle de algunos productos o *de algunas libertades inmediatas dentro de la sociedad alienada* con la emancipación real y general en relación a las condiciones objetivas de la alienación, lo cual lo convierte, de hecho, en una variante estrepitosa del reformismo.» (*Ibid.*, p. 30. Las cursivas son nuestras.)

Ahora bien, seis años más tarde, el mismo Lucien Sève, en colaboración con Jean Fabre y François Hincker, publica en las mismas Editions Sociales un libro dedicado al estado, en el cual se defienden las *tesis opuestas* a las del coloquio de abril de 1971.[2] Ahora se nos presenta un «estado democrático» que no es, según parece, ni un estado burgués, ni un estado obrero, es decir, precisamente, un estado que no sería ya «el instrumento de dominación de una clase por otra». Y ahora se nos presenta un clase obrera en pleno proceso de desalienación, de dominación sobre sus condiciones de vida, *sin* abolición previa del modo de producción capitalista, *sin* supresión de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, gracias al solo hecho de haber «recobrado algunas libertades en el seno mismo de la sociedad alienada» y alienante.

Sería inútil señalar aquí nuevamente las etapas intermedias que han llevado, en el plano teórico, desde las posiciones aparentemente «ortodoxas» de 1971 hasta las posiciones abiertamente revisionistas de 1977. Este es un estudio que aconsejamos a los marxistas interesados en demostrar cómo se imbrican estrechamente, en el seno de la sociedad burguesa, la teoría marxista, la ideología pequeñoburguesa y la práctica de la lucha de clases, cuál es el grado de autonomía de cada uno de estos factores, y cuáles son *los límites de esta autonomía*.

Es un hecho el que (igual que el revisionismo bernsteiniano) el revisionismo del PCF respecto a la cuestión del estado no tiene sus últimos orígenes en el dominio puramente teórico. Se trata de la codificación teórica *post festum* de una práctica reformista, de colaboración de clases, asentada desde tiempo antes. La teoría ha sido remodelada para servir al oportunismo práctico que, por su parte, no ha nacido de una falta de claridad teórica, sino de presiones sociales, de la integración en el medio ambiente, de la estratificación en el seno del proletariado (burocracia obrera, aristocracia obrera, peso predominante del aparato, fusión creciente de este aparato con las capas sociales pequeñoburguesas, etc.).

Pero merece ser puesto en evidencia un eslabón intermedio en el paso del PCF de la «ortodoxia formal» al revisionismo abierto en relación a la teoría marxista del estado. Se trata de la articulación de este revisionismo con la teoría del capitalismo monopolista de estado. En *Le Capitalisme monopoliste*

2. Fabre-Hincker-Sève: *Les communistes et l'Etat*, Editions Sociales, París, 1977.

d'Etat («Traité marxiste d'économie politique», tome 2, Editions Sociales, París, 1971) se defiende extensamente la tesis de una simbiosis entre el estado y los monopolios, que tendría por resultado el que el estado asumiera cada vez más la tarea de superar las contradicciones de la acumulación de capital *por estos monopolios,* lo cual agravaría las contradicciones entre estos monopolios y los sectores no monopolistas de la burguesía y de toda la sociedad.

Detrás de esta tesis, aparentemente descriptiva, se perfila ya una revisión teórica de gran envergadura. El estado contemporáneo, en Europa occidental, no estaría ya determinado, en sus formas específicas, por el modo de producción capitalista, sino por unas necesidades técnicas y coyunturales del desarrollo económico. Sería, por así decirlo, puramente «funcional», socialmente «neutro», pudiendo ser utilizado por otras clases sociales, según la evolución de las relaciones de fuerzas sociales:

«La democracia avanzada, al liberar el dinamismo de las clases y capas explotadas y dominadas por el capital financiero, permite, modificando el contenido (?) del estado legado por el capitalismo monopolista de estado, modificar fundamental y progresivamente sus formas, y atacar las bases de las relaciones sociales.» (*Ibid.*, p. 264.)

En otros términos: coloquemos a una nueva élite dirigente a la cabeza del aparato del estado, y su inmenso peso (régimen tributario, sector nacionalizado, crédito) puede utilizarse, más o menos automáticamente, al servicio de las masas trabajadoras. Hasta el último congreso del PCF este revisionismo subyacente se combinaba todavía, naturalmente, con profesiones de fe públicas a favor de las tesis «ortodoxas», como puede verse por las citas de Billoux y de Sève reproducidas más arriba.

Será interesante diseccionar la argumentación con la que Sève y sus coautores justifican su revisionismo, desvelar sus sofismas, subrayar su filiación respecto a razonamientos análogos que condujeron a la degeneración teórica de la socialdemocracia clásica, e indicar su resultado político, práctico, desastroso para el movimiento obrero y la clase obrera.

La naturaleza del aparato de estado

Una primera confusión de gran envergadura consiste en situar en un mismo plano las mil y una funciones que el estado —todo estado, y en particular el estado burgués en la época del capitalismo de los monopolios —cumple para satisfacer determinadas necesidades *objetivas* del proceso de reproducción material, y la naturaleza del aparato del estado como instrumento para el mantenimiento, la consolidación, la defensa y la reproducción de la dominación de una clase sobre otra.

El reparto del correo, la garantía de la seguridad de las instalaciones de gas, la organización de la enseñanza, la vacunación contra epidemias, la construcción y conservación de carreteras, son funciones útiles e indispensables dado el actual estado de desarrollo de las fuerzas productivas y de las necesidades sociales, independientemente de la naturaleza de clase del estado. Hoy las cumple el estado burgués. Mañana las cumplirá el estado obrero, sin modificación previsible del 99 % del personal que las desempeña. Ningún comunista, estando en su sano juicio, ha propuesto jamás «acabar con los carteros», los trabajadores del ferrocarril o los profesores de instituto, por la sola razón de ser partidario de «acabar con el aparato del estado burgués».

Habría que añadir, desde luego, que el *contenido* de la enseñanza, guiado y vigilado por el estado burgués, la *estructura jeárquica* de la administración de correos, de los ferrocarriles, de la SDF o de «Gaz de France», la *imbricación* de la administración de las obras públicas con los intereses capitalistas privados que toman a su cargo su ejecución, incluso el *trazado concreto de las carreteras* (fuertemente influenciado por la presión de grupos de interés inmobiliarios e industriales que representan a fracciones de la clase dominante), conocerán profundas modificaciones después de una revolución socialista, es decir, después de la toma del poder por el proletariado. No por ello es menos cierto que la idea de «acabar con el estado» en todos estos terrenos se manifiesta infundada e irrealista.

Pero la cuestión readquiere una actualidad candente y decisiva cuando pasamos de las funciones de reproducción material desempeñadas por el estado a sus funciones de *reproducción de una determinada estructura social,* es decir, de reproducción de la dominación de clase. Creerse que los generales, los comandantes de la CRS, los jefes de policía, los altos funcionarios de los ministerios económicos o del Quai d'Orsay, sirven los intereses de la «reproducción material», es decir, los intereses de la «sociedad en su conjunto», exactamente igual que los profesores de instituto, los carteros, los empleados del ferrocarril o los de la seguridad social, significa, evidentemente, incurrir en un burdo sofisma. Estos personajes, lejos de servir los intereses de la «sociedad en general», sirven los intereses de la clase dominante *contra* la inmensa mayoría de los ciudadanos. Ellos son los que representan ese «cuerpo parasitario», separado del «cuerpo social», del que hablan Marx y Engels. Ellos son los que constituyen ese célebre «aparato de estado», esa «máquina estatal» que tantas veces Marx y Lenin subrayaron debía ser rota

por la clase obrera,[3] ya que no podía tomarla a su servicio. Nada de lo que ha ocurrido desde 1914 —ni la experiencia de la Reichswehr bajo la República de Weimar, ni la del ejército español bajo la República, entre 1931 y 1936, ni la de los generales del ejército frnacés en los años 30, por no hablar ya de la «sinarquía» de Pucheu, q.e.p.d., ni la del papel del ejército y de los carabinieri italianos en la «estrategia de tensión» con que se trató de «quebrar» el ascenso de las luchas obreras en 1969, ni la de Pinochet en Chile, por no citar más que los ejemplos más chocantes y mejor conocidos— permite cuestionar esta conclusión.

Esta conclusión no se deriva de un juicio apriorístico y dogmático. Es el resultado de un análisis de los mecanismos de reclutamiento del personal dirigente de este aparato de estado, de la comprensión del ligamen entre la necesaria interiorización ideológica y la capacidad de cumplir eficazmente determinadas funciones. No se puede ser un carcelero eficaz y con deseos de hacer carrera si se decica uno a organizar sistemáticamente fugas de presos, ni se ha conocido jamás a un jefe de estado mayor que sea un pacifista convencido y practicante. Este análisis conduce a la constatación de que, en la sociedad burguesa, las eminencias del aparato del estado, aquellos que representan y encarnan «la máquina del estado», con independencia de sus procedencias individuales, son absorbidos e integrados en la clase burguesa, aunque sólo fuera por la magnitud de sus ingresos y la inevitable acumulación de capitales a que conduce. En su conjunto, pues, no pueden sino servir los intereses de la burguesía.

Sève opina otra cosa. Escribe:

«En este sentido, hay, sin ninguna duda, en el estado actual, algo que debe *suprimirse*: el poder del gran capital. Esta tarea es *decisiva*: de ella depende la suerte del cambio político y social. Comienza por el cambio de mayoría y la instalación de un gobierno democrático, que tiene encomendada la aplicación del programa de la izquierda. Inmediatamente deben iniciarse las grandes transformaciones de las estructuras políticas y económicas; por ejemplo, las nacionalizaciones. Debe alcanzarse un *nivel* suficiente para debilitar seriamente, de entrada, la dominación monopolista. Más allá, habrá que empujar la democracia hasta hacer irreversibles, en sus objetivos y en sus medios, las conquistas que respondan a la voluntad y al voto de la mayoría. Esto es hacer la revolución en las condiciones de la Francia de hoy.» (*Les communistes et l'Etat*, ed. cit., p. 148-149.)

3. Cf., en particular, Karl Marx: *La guerra civil en Francia*, y Lenin: *El estado y la revolución.*

Nos encontramos ante una petición de principios caracterizada. Puesto que aquello que debía resolverse, Sève y sus colegas lo suponen resuelto anticipadamente. ¿Existe la forma de alcanzar «un nivel suficiente» de desmantelamiento del «poder del gran capital» (es decir, *del poder político y económico de la burguesía como clase*) dejando intacta, en lo esencial, la jerarquía del ejército, de la policía, de los CRS, de los ministerios, fingiendo que se los puede «democratizar» por medio de pequeños retoques, gradualmente? ¿No es acaso inevitable que esta «máquina del estado» no sólo sabotee, sino que incluso trate de impedir, por todos los medios, incluidos los medios violentos e ilegales, toda tentativa de «hacer irreversible la democracia», es decir, de quebrar el poder de clase de la burguesía? ¿No es ésta la ensñanza de toda la historia del capitalismo, sobre todo desde que el movimiento obrero ha adquirido una fuerza de masas que inquieta al gran capital? ¿Podría Sève citar *un solo ejemplo* histórico en sentido contrario? El aparato del estado burgués *deja de respetar* «la voluntad y el voto de la mayoría» a partir del momento en que éstos entran en un conflicto irreconciliable con los intereses de clase fundamentales de la burguesía. Esta es la lección de la historia en la que se basa la teoría marxista del estado burgués. Insinuar lo contrario significa atraer a la clase obrera a una emboscada sangrienta.

La contradicción de la posición de Sève y compañía estalla, por así decirlo, en una sola frase, cuando, bajo el título evocador de «¿Quebrar el estado?» (¡fíjense en los interrogantes!), escribe:

«El poder giscardiano... se esfuerza (!) por convertir a la policía en una simple engranaje del orden monopolista, y, chocando en esta vía con dificultades, intenta utilizar cada vez más, con este objeto, a la gendarmería, la cual, por formar parte del ejército, está obligada a la disciplina. ¿Cuáles son, en esta situación, los intereses y las reivindicaciones de las masas populares, de las organizaciones obreras y democráticas, a las que hoy se unen, en torno a un cierto número de puntos, los sindicatos de policías? Son que la policía tenga asignada, por un poder democrático, la única (!) misión de garantizar las libertades, de asegurar la seguridad de las personas y la protección de los bienes, en el respeto a la legalidad y a las instituciones que el pueblo se ha otorgado. Esto pone a la orden del día, no su «supresión», sino su profunda reforma democrática, poniéndola al servicio exclusivo del pueblo y de la nación, cosa que coincide con los intereses del mismo personal de policía.» (*Ibid.*, p. 148.)

Lucien Sève se olvida de un pequeño detalle: el de que seguimos estando en régimen capitalista, al cual, según él confiesa, no hay que abolir durante la fase de la «democracia avanzada».

Ahora bien, bajo el régimen capitalista, la «legalidad» protege, en lo que a bienes se refiere, *la propiedad privada* capitalista. La «legalidad» conserva y ratifica la jerarquía y la disciplina en el seno del ejército, de la gendarmería y de la policía. Una «reforma democrática profunda» de estas instituciones —si es que la expresión tiene algún sentido— pasa, fatalmente, por el cuestionamiento de esta jerarquía y esta disciplina, lo cual equivale, precisamente, a la *desagregación progresiva* de estos aparatos represivos, de esta «máquina del estado». En cuanto a que esta desagregación sea una forma esencial, primordial, de su destrucción, estamos totalmente de acuerdo, sobre todo después del ejemplo vivo de Portugal. Que los soldados tengan el derecho democrático a reunirse en asamblea cotidiana para discutir (y, llegado el caso, rechazar) las órdenes que reciben; que sustituyan por comandantes elegidos a los comandantes nombrados. Excelente extensión de la democracia.

Pero, ¿puede creerse por un solo instante que la jerarquía militar asistirá pasivamente a semejante proceso de desintegración de *su* ejército? ¿No está claro que a través de semejante proceso revolucionario un nuevo ejército sustituye al viejo? ¿Quién no comprende que esto acentúa al máximo la exacerbación de las contradicciones políticas y sociales, y que es absurdo y criminal presentar las cosas como si todo esto pudiera efectuarse «dentro de la ley y el orden», tan sólo mediante la votación de leyes en el parlamento?[4]

Y, sobre todo, ¿cómo no ver que unos procesos tan revolucionarios, tan tumultuosos, son irrealizables sin constantes ataques a la propiedad privada, es decir, sin negar diariamente esta famosa «protección de los bienes» que Sève y compañía asignan como función, alegremente, a su «policía democrática»? ¿Y cómo

4. En un libro, por lo demás repulsivo, dadas sus insinuaciones acerca de una "complicidad" entre el poder gaullista y los protagonistas de mayo del 68 en Francia, René Andrieu escribe, aún, en 1968: "Significaría caer en el cretinismo parlamentario creer que bastaría obtener la mitad más uno de los votos para la Asamblea para que la revolución se realice. Si bien, como ya hemos subrayado, el sufragio universal puede dar la mayoría a los partidos que se reclaman del socialismo, no tiene, sin embargo, la virtud de otorgar, por sí solo, el poder real, mientras la vida de la nación siga estando dominada por la feudalidad burguesa. Para detentar el poder real no basta, en efecto, con formar gobierno. Además hay que poner fin a la dictadura de hecho de la burguesía, es decir, a la dominación de los dueños de los monopolios que, al disponer de todos los resortes de mando del estado y de la economía, pueden paralizar la producción, organizar la fuga de capitales al extranjero, torpedear al franco, utilizar, con fines de sabotaje, a los altos funcionarios de la administración, a los cuadros superiores del ejército y de la policía". (René Andrieu: *Les communistes et la révolution*, Editions 10/18, París, 1968, p. 248.)

no ver que este proceso colocará a cada policía y a cada soldado ante una opción desgarradora: apoyar (o al menos renunciar a reprimir) las iniciativas y movilizaciones impetuosas de las masas (incluyendo las de los soldados más revolucionarios), o prestarse a la represión (incluyendo la tentativa de represión sangrienta) de estas iniciativas?

El Portugal de 1975 ha sido la última demostración de lo bien fundado de este análisis. Al final de esta evolución, no hay «democratización» del aparato del estado que se tenga en pie. Lo que se da es, o bien su estallido (y el proletariado acogerá, naturalmente, con los brazos abiertos a todos aquellos que pasen a su lado, incluyendo a oficiales, en la lucha por el derrocamiento del poder burgués), o bien la restauración de su «integridad», que pasará por encima de los cadáveres de proletarios, de revolucionarios y de «soldados rebeldes» exterminados por los detentores del orden burgués.

Libertades democráticas e instituciones del estado democrático-burgués.

Una segunda confusión fundamental que se perfila detrás de la revisión de la teoría marxista del estado burgués se refiere a la identificación entre las libertades democráticas de las masas y las instituciones estatales burguesas, es decir, las instituciones del estado burgués bajo su forma de democracia parlamentaria.

El parlamento no es una institución «impuesta» a la burguesía por la lucha de las masas trabajadoras. Es una institución de origen típicamente burgués, destinada originalmente a controlar el empleo de los impuestos pagados por la burguesía. Es por esto que tradicionalmente la burguesía era contraria al sufragio universal, queriendo reservar el derecho a elegir parlamentarios tan sólo para los propietarios de capital.[5] Todas las demás instituciones del estado burgués tienen el mismo origen y la misma función de proteger los intereses de los poseedores (contra el

5. Los ideólogos más representativos y más lógicos consigo mismos de la burguesía revolucionaria se oponían al sufragio universal, en el que veían una amenaza para la libertad (la libertad de explotar, claro está). Este fue el caso, en particular, de Locke, Montesquieu, Voltaire, Fichte, Kant, Turgot, etc. Incluso los "levellers", la extrema izquierda de la revolución burguesa inglesa del siglo XVII, adoptaron este punto de vista. Véase, al respecto: Leo Kofler: *Zur Geschichte der bürgerlichen Gesellschaft*, Mitteldeutsche Druckerei-und Verlagsanstalt, Halle/Saale, 1948, pp. 444-45, 455-56, 462 y ss.

absolutismo semifeudal, indudablemente, pero también contra el pueblo desposeído).

El sufragio universal, por el contrario, fue, con pocas excepciones, siendo la más clara la de Alemania, una conquista impuesta por el movimiento obrero a una burguesía recalcitrante.[6] La misma observación es aplicable a la libertad de asociación, la libertad de manifestación y la libertad de prensa sin trabas, así como al derecho de huelga no reglamentado. La burguesía ha querido limitar la extensión de las libertades democráticas fundamentales para que no entren en conflicto con la defensa de la propiedad privada. Tan sólo el ascenso del movimiento obrero organizado ha podido imponer su extensión, es decir, ha suprimido parte (¡no la totalidad!) de estas limitaciones.

De acuerdo con la lógica del sistema burgués, el sufragio universal y la extensión de las libertades democráticas han tenido, por otro lado, un corolario doble: una sangría fiscal cada vez mayor a los ingresos de los trabajadores (éstos pagan hoy más del 50 % de los impuestos directos, y desde siempre pagan la mayor parte de los indirectos en todos los países capitalistas avanzados), y una extensión continua del poder y el peso en el estado de las ramas del ejecutivo sustraídas al control del parlamento y que constituyen, en última instancia, la garantía del orden burgués. Cuantos más representantes del movimiento obrero entran en el parlamento, tanto más tiende a reducirse el papel del parlamento en el conjunto de los mecanismos del estado burgués.

Esto no implica, evidentemente, que la clase obrera y el movimiento obrero organizado sean indiferentes a la forma que reviste el estado burgués y al grado de extensión de las libertades democráticas de las masas en el seno de este estado. Comparada con las formas más represivas del estado (dictaduras militares o bonapartistas, dictaduras fascistas), la forma democrático-parlamentaria del estado burgués permite un desarrollo más libre, más orgánico, de la lucha y de la organización obreras, un mayor auge del movimiento obrero, una acumulación de experiencias y una posibilidad de educación que sirven al desarrollo de la conciencia de clase. Paradojalmente, incluso desde el punto de vista de la necesaria lucha contra las ilusiones electoralistas, unas condiciones duraderas de democracia burguesa permiten alcanzar, a la larga, unos resultados más concluyentes, siempre que la vanguardia revolucionaria sea lo bastante amplia, lo bastante inluyente en el seno de las masas, y lo bastante experimentada en el plano político. Bajo los regímenes dictatoriales, estas ilusiones tienden a reforzarse entre las amplias masas, de acuerdo con la conocida fórmula: qué hermosa es la salud cuando se está enfermo...

6. G. Therborn ("New Left Review", n.° 103) nos recuerda la fecha tardía en que se generalizó el sufragio universal en la mayoría de los países capitalistas avanzados: después de la primera guerra mundial...

La desastrosa experiencia del proletariado europeo con el fascismo y el stalinismo ha tenido un efecto realmente traumatizante de rehabilitación de la democracia burguesa a los ojos de las masas (una democracia burguesa que estaba notablemente desacreditada en el período 1929-1939). Una de las principales armas que tiene hoy la burguesía consiste en defender, día a día, el célebre axioma: no hay libertad política e individual sin democracia burguesa; no hay libertad pública si no hay libre empresa. La socialdemocracia internacional toma hoy, vigorosamente, la antorcha de esta empresa de falseamiento ideológico, con el SPD alemán a la cabeza. Los partidos llamados eurocomunistas se suman hoy cada vez más a esta «Santa Alianza».

No es difícil demostrar el carácter mixtificador de esta empresa. Si las instituciones del estado democrático-burgués son realmente el marco «natural» y «predispuesto» para la consolidación y la extensión de las libertades democráticas, ¿por qué toda esa gente no reclama la generalización del *principio de eligibilidad* a todos los niveles de las instituciones estatales? ¿Por qué no reclama la elección de los jueces, la elección de los oficiales, la elección de los directores de departamento en los ministerios? ¿Por qué no inscribe en la constitución el derecho al trabajo y al mínimo vital *garantizados* a todos los ciudadanos? ¿No sería eso «democrático»? ¿O no se deberá más bien a que no sería compatible con la función del estado burgués, que consiste en garantizar la propiedad capitalista, la valorización del capital y la producción de plusvalía?

¿Por qué no se suma el *principio de revocabilidad de los elegidos a voluntad de los electores* al principio de eligibilidad generalizada de todos los «jefes» administrativos? ¿Será acaso porque esto perjudicaría la «competencia técnica»? ¿Y qué hay entonces de la «competencia» de los diputados y senadores, que han de decidir sobre problemas no ya de un solo dominio, sino de cien dominios de especialización a la vez? ¿No será más bien que estos principios ya no permitirían la independencia del aparato del estado *en relación al pueblo* trabajador, independencia que constituye precisamente la condición previa de su función de defensa de los intereses de clase de la burguesía?

Y, en el mismo orden de ideas: ¿por qué no reclaman la aplicación general del principio de limitación de las pagas de los altos funcionarios, de los jefes del ejército, los ministros y los

parlamentarios, limitándolas al sueldo de un obrero cualificado, principio aplicado por la Comuna de París y defendido por Marx y por Lenin?[7] ¿Acaso porque la aplicación de este principio impediría que el proceso de selección del alto personal del estado funcionara en sentido burgués (superando la competencia por el enriquecimiento individual, impidiendo la integración automática de ese personal a la burguesía por medio de la acumulación de capital)?

No es, pues, por casualidad que ni el Programa Común, ni el programa propio del PCF («Le Socialisme pour la France» [El socialismo para Francia], o: Georges Marchais: *Le Défi démocratique* [El desafío democrático]), ni los comentarios de Sève-Fabre-Hincker,[8] prevean ninguna de estas auténticas transformaciones revolucionarias de la democracia. *Todos respetan la estructura existente del estado democrático-burgués, que es precisamente la expresión y la garantía de su naturaleza burguesa.* Dicho en otros términos, *todos aceptan la limitación decisiva de las libertades democráticas de las masas que se deriva de esta estructura del estado,* aun cuando propongan determinadas extensiones de las libertades democráticas que, precisamente, no afectan las bases mismas del aparato del estado burgués.

Nuestra posición es diametralmente opuesta a ésta. Somos partidarios de una consolidación, de una extensión, de una ampliación cualitativas de las libertades democráticas de las masas. Pero sabemos que todo proceso en este sentido tropieza, y seguirá tropezando, con las estructuras del estado burgués, por mucho que sean democrático-parlamentarias. Partiendo de ahí, es inevitable un conflicto entre este proceso de extensión y la defensa de las instituciones del estado burgués. Este conflicto constituye el contenido mismo de la dualidad de poder, de la situación revolucionaria propiamente dicha. Desde el punto de vista político y pedagógico, este conflicto tiene por objeto destruir progresivamente, a ojos de las masas, la legitimidad del estado burgués, haciéndolas pasar por la experiencia práctica de una forma más alta de democracia, de un incremento de derechos y libertades que les son negados en la democracia burguesa. Así es como se funda una legitimidad democrática nueva y superior, la de la democracia proletaria, la de los consejos obreros. Sin la victoria de esta segunda legitimidad sobre la primera, a los ojos de la mayoría de la población, no habrá, en los países

7. Karl Marx: *La guerra civil en Francia* (*La guerre civile en France*, in "Marx-Engels: Oeuvres choisies en 2 volumes", Editions du Progrès, Moscou, p. 557), por no citar más que un ejemplo.

8. Véase, en particular, todo el capítulo 2 de la 2.ª parte (pp. 153 y ss.) de *Les communistes et l'Etat,* ed. cit.

industriales avanzados, ningún auténtico derrocamiento del estado burgués, ninguna auténtica revolución socialista.

Desde el punto de vista práctico e institucional, este conflicto conduce a la implantación de órganos de poder obrero y popular que encarnan un *nuevo* estado, un *nuevo* poder de clase, y que no pueden ser los mismos órganos del poder de clase de la burguesía. Pueden y deben ser, por el contrario, unos órganos que aseguren una extensión incluso de *los derechos y libertades políticas e individuales de las masas,* y no tan sólo una extensión de los derechos económicos y sociales (derecho al trabajo, a la seguridad social durante toda la vida, es decir, un mínimo vital garantizado, derecho a la igualdad efectiva entre hombres y mujeres, entre trabajadores inmigrados y trabajadores autóctonos, etc.).

Si no lo son, la empresa no tiene posibilidades de triunfar en los países capitalistas industrialmente avanzados, dados el nivel de experiencia y de conciencia de las masas trabajadoras. Por esto somos partidarios resueltos del pluralismo de partidos políticos y de la libertad de expresión de todas las corrientes ideológicas, políticas y culturales.[9] Nuestras divergencias con los eurocomunistas no se dan en torno a este punto, sino en torno a la contradicción inevitable y explosiva entre las instituciones del estado burgués democrático y la extensión de las libertades y los derechos políticos, tanto económicos como sociales, de las masas trabajadoras, contradicción que, a partir de un determinado nivel de movilización de las masas, se convierte en irreconciliable y desemboca en una opción muy precisa: o bien superar y quebrar el aparato de estado burgués, o bien restringir y reprimir por la violencia las libertades y la acción de las masas (eso que Mario Soares, Melo Antunes y compañía han llamado tan lindamente «anarcopopulismo», durante el ascenso de la revolución portuguesa en 1975).

Democracia indirecta y democracia directa

Aquí es donde llegamos a otra contradicción chocante de las tesis eurocomunistas sobre el estado. Los dirigentes e ideólogos eurocomunistas hablan mucho de la «extensión de los derechos democráticos de las masas», de «la participación creciente de las masas» en la gestión del sector nacionalizado y del estado.[10]

9. Véase, al respecto, el proyecto de tesis del Secretariado Unificado de la IV Internacional: "Democracia socialista y dictadura del proletariado", revista "Inprecor", n.º 10.

10. Véase, en particular, *Les communistes et l'Etat,* pp. 164-66.

Están incluso dispuestos —al menos en Francia, que es donde esta corriente tiene más fuerza— a «recuperar» parcialmente la idea fundamental de autoadministración y autogestión de las masas, que constituye el antídoto más popular del peligro y del veneno de la burocracia, de la cual los trabajadores desconfían cada vez más, y con mucha razón.[11] Pero en ningún momento ponen de relieve el conflicto tendencial, y a la larga irreconciliable, entre las instituciones representativas de la *democracia indirecta* y las manifestaciones e instituciones múltiples de la *democracia directa.*

El parlamento, aunque se lo elija por sufragio universal, sigue siendo, como prototipo de institución de la democracia representativa indirecta, la expresión de una *profunda desconfianza* respecto a la capacidad de las masas trabajadoras y populares para gestionar sus propios asuntos. Una asamblea constantemente renovada a voluntad de los electores estaría en manos de la «sobrepuja» y de la «demagogia», dicen los turiferarios del parlamentarismo burgués (incluyendo a socialdemócratas, incluyendo a stalinistas, incluyendo a eurocomunistas). Si se arranca el velo de hipocresía que cubre esta mercancía, se revela de inmediato su verdadera naturaleza: dejad que el pueblo elija a parlamentarios en base a promesas y a «programas» electorales demagógicos y embusteros. Pero, por favor, no impidáis luego a estos caballeros «gobernar» con «sentido de responsabilidad individual», sin que se les someta a la «constante presión de la calle», es decir, no les impidáis engañar a sus electores, traicionar sus promesas y legislar en interés del orden burgués. La «mercancía» resulta bastante maloliente.

Cuanto más aumentan la iniciativa, la acción directa de las masas, tanto más se amplía su movilización, y se multiplican sus iniciativas de autoorganización y de democracia directa en los terrenos más diversos —desde el control obrero en la empresa hasta la organización de «mercados populares»; desde la asunción del control de los servicios públicos hasta la implantación de instituciones culturales y de guarderías «salvajes»—. Pero cuanto más se amplía, de este modo, el área de la democracia directa, tanto más se amplifica y se convierte en irreconciliable el conflicto con las instituciones del estado democrático-burgués. No se trata tan sólo de un conflicto con el aparato regresivo propiamente dicho o con las eminencias de la «máquina del estado». Se trata también, potencialmente, salvo contradicciones absolutamente excepcionales, de un conflicto con los órganos de la democracia representativa indirecta, que defienden desesperadamente su monopolio de la «soberanía», su derecho de decisión en última instancia, y la «autoridad» del gobierno que es emanación suya y no emanación de la nueva mayoría y de la nueva soberanía popular surgidas de las masas movilizadas.

11. "Esto transformará, progresiva y muy profundamente, su relación con el estado. Unas formas de *autoorganización sociales parciales* son concebibles de entrada o a corto plazo. Se inscribirán en un movimiento cuya perspectiva, en nuestra opinión, es la de conducirnos a la *autogestión nacional de conjunto*... Esto será lo que, tomando en cuenta las condiciones de hoy y su evolución previsible, prefigurará aquello que los clásicos del marxismo llamaron *extinción del estado.*" (*Les communistes et l'Etat*, p. 167.)

Este conflicto real se basa, en particular, en el hecho de que la democracia representativa indirecta considera al «ciudadano» —incluyendo al ciudadano asalariado— como *individuo atomizado y alienado,* como individuo sometido a las mil y unas presiones no sólo de la ideología burguesa, sino, y sobre todo, del trabajo y del consumo tal como los modela el capital y tal y como dominan toda su existencia. Este «ciudadano» no es en absoluto el protagonista, no es ni siquiera un actor del drama político. No puede ser ninguna otra cosa que un comparsa y un figurante.

Por el contrario, en el marco del proceso de implantación de la autoorganización de las masas, de los variados mecanismos de la democracia directa, el «ciudadano» —y ante todo el ciudadano asalariado— ya no está aislado, y está cada vez menos alienado. Toma conciencia de su fuerza gracias a la afirmación del número. Trasciende sus prejuicios individuales participando en la determinación de las decisiones colectivas. No se contenta con depositar una papeleta en la urna. Toma parte en procesos de toma de decisiones, en la aplicación de estas decisiones y en la verificación de su aplicación, de su conformidad con la decisión mayoritaria. Este ciudadano no es ya comparsa o figurante, sino que pasa a ser, cada vez más, actor, protagonista del drama político.

Nadie de buena fe podrá negar que se trate de un gran salto hacia adelante de la democracia, si le da a esta palabra su verdadero contenido (y los que lo niegan confiesan, por ello mismo, que, para ellos, «el poder real en manos del pueblo» es ya sea una utopía, ya una amenaza. Su «democracia» se reduce a dar al pueblo una apariencia de poder, no el poder real). También cae por su propio peso el que esto permite transformar la democracia de democracia formal en democracia real, con un *contenido* real de poder en manos de las masas. Que sea incompatible con una acentuación y un reforzamiento del poder de los organismos representativos, es algo que todos los períodos revolucionarios que hayamos conocido, en Europa y en otras partes,

desde la Comuna de París y la revolución rusa hasta la revolución portuguesa, confirman una y otra vez.[12]

Los eurocomunistas han caído en la trampa. Proclamar, por un lado, la necesaria «extensión de los derechos democráticos de las masas», y exigir, por otro lado, el «reforzamiento y la extensión de los poderes y el prestigio del parlamento», equivale a intentar conciliar el agua y el fuego. En la práctica, es imposible. Y significa, en la práctica, que los eurocomunistas, arrastrados por la lógica de la aceptación del papel «progresista» del estado democrático (burgués), optarán, igual que los socialdemócratas después del 4 de agosto de 1914, por el estado burgués y contra la libertad de acción de las masas a partir del momento en que la tensión social, la exacerbación de las contradicciones de clases y el ascenso de la combatividad de las masas provoquen un conflicto real e irreconciliable entre el primero y la segunda.

El PC italiano ha sido, hasta ahora, el que más lejos ha ido en esta vía. El acuerdo programático concluido, en verano de 1977, por el PCI con los otros cinco «partidos del abanico constitucional», incluyendo a la democracia cristiana, el principal partido político del gran capital, incluye toda una parte referente a la defensa de «la ley y el orden público» que concede un poder discrecional muy amplio a la policía burguesa:

«La policía puede, en adelante, recurrir a la detención preventiva de los «sospechosos», proceder directamente al interrogatorio de las personas detenidas, sin la presencia de un abogado, registrar las casas declaradas «refugios subversivos» incluso sin orden de registro, y practicar las intervenciones telefónicas a discreción.» *

En este caso se trata, evidentemente, de una *restricción* y no de una extensión de las libertades democráticas. El PCI, arrastrado por la lógica de la «defensa del parlamento»,[13] ha modificado también su actitud en torno a la cuestión del referéndum. Ahora trata de *limitar*, y no de extender, el derecho a la iniciativa de referéndum de las masas, ya que este derecho «minaría» la autoridad del parlamento (podría aparecer una mayoría popular opuesta a la mayoría parlamentaria, como ocurrió con el referéndum sobre el divorcio).

Los dirigentes del PCI, por lo demás, no se abstienen de poner los puntos sobre las íes ni de sacar todas las conclusiones ideológicas revisionistas de su viraje hacia el «compromiso histórico». Puesto que un «marxista» no puede decir «sí» al estado democrático burgués sin decir «sí» a sus aparatos de represión, por fuerza tiene que *negar el carácter de clase* de estos aparatos. Uno de los principales dirigentes del partido, Bufalini, declaró, en el comité central de marzo de 1977:

«El movimiento obrero y popular debe colaborar con las fuerzas encargadas de la salvaguardia del orden democrático (!) y sostenerlas moralmente y públicamente. La policía, para nosotros, no ha sido nunca el enemigo, ni siquiera en los años 50 y 60, cuando se la utilizaba para la defensa de los privilegios de clase y chocábamos con ella. Pero hoy la situación ha cambiado completamente, de arriba abajo. Hoy, la policía tiene la misión de defender el orden democrático contra los ataques de las bandas enemigas de este orden, de la República nacida de la Resistencia.» (Cit. en «France Nouvelle», 1.º de abril de 1977.)

Bufalini no admite ya el hecho de que la policía sigue defendiendo un determinado orden *socioeconómico*, es decir, la dominación de una clase y de un modo de producción predominante; de que esta dominación de clase, en Italia, es la de la burguesía; de que este modo de producción es el modo de producción capitalista; de que la historia nos proporciona ejemplos innumerables —y suicidas— de ilusiones en una política «democrática» que supuestamente defiende «el orden democrático» por encima de las clases —empezando por el ejemplo de la socialdemocracia durante la república de Weimar (en la que el ministro del Interior y jefe de la policía de Prusia, Severing, reinó quince años sobre la policía «democrática», hasta el momento en que se le echó del poder de un papirotazo —por medio de un teniente y diez soldados— cuando el golpe de estado de von Papen,

* Franco Turigliatto: "Le PCI, de la «non confiance» à la «corresponsabilité»." (Reproducido en "Inprecor", nueva serie, n.º 12, 15 sept. 1977.)

12. No descartamos la eventualidad, improbable pero no imposible, de que, gracias a un muy alto nivel de desarrollo de la conciencia política de las masas, a una influencia política cualitativamente mayor de las organizaciones revolucionarias, a una crisis de fragmentación de los partidos reformistas, pueda darse, después de un prolongado período revolucionario, una coincidencia entre una mayoría parlamentaria y una mayoría emanada de los órganos de la democracia directa. En este caso, tanto mejor. Pero lo que nos parece inadmisible y contrario a los intereses del proletariado es subordinar la realización del programa revolucionario, aunque esté apoyado por una mayoría de los ciudadanos claramente expresada, a la obtención previa y duradera de una mayoría parlamentaria estable.

13. Hasta qué punto han llevado el cretinismo parlamentario los dirigentes del PCI es algo que puede verse en la siguiente cita, salida de la pluma de un ex "izquierdista" del PSIUP, Libertini, que hoy se ha unido al PCI y a su fracción parlamentaria, y que exalta el hecho de que el comunista Ingrao, como presidente de la Cámara, haya "restablecido, muy severamente, el uso de la corbata". ("Quale Parlamento?", Einaudi, Turín, pp. 68 y 43.)

en julio de 1932, sin que se produjera la menor acción de «defensa de la democracia» por parte de esa policía).

La variante «de izquierda» del eurocomunismo

Estas contradicciones de la teoría revisionista del estado de los principales dirigentes e ideólogos del eurocomunismo son tan flagrantes, y hasta tal punto contradictorias con las lecciones de la historia, que los defensores más inteligentes del eurocomunismo tienen que tomar sus distancias respecto a los sofismas demasiado escandalosos. Este es el caso, en particular, de Bruno Trentin, el dirigente de los metalúrgicos italianos, y de Fernando Claudín, ex dirigente del PC español, a los que se puede considerar como los representantes típicos de la variante de izquierda del eurocomunismo.[14]

Habíamos visto ya cómo Trentin quería presentar la estrategia del PCI, en materia de política económica, no como una tentativa de racionalización del capitalismo italiano, sino como una tentativa de transformación de la naturaleza capitalista de esta economía. Sus posiciones en torno al estado van en una dirección análoga:

«Pienso que debe reflexionarse mucho sobre la cuestión de la pluralidad y de la dialéctica de los poderes, desde una óptica totalmente distinta a la de la división de poderes en la sociedad burguesa. Bajo este punto de vista, la fuerza de los consejos, en una sociedad de transición, reside en el hecho de seguir siendo una potencia autónoma y conflictiva, es decir, de no ser la Institución del poder. En este punto, pienso que la distinción de Gramsci entre la naturaleza pública del consejo y la naturaleza privada del sindicato y del partido debería pensarse de nuevo y profundiarse. El consejo puede convertirse en el segundo poder, o, como decía Adler,[15] en la verdadera cámara baja de una democracia socialista, en la medida en que sigue siendo una fuerza de control, y de control conflictivo, que completa la acción de las demás instituciones democráticas, incluyendo las instituciones electivas.» (*PCI: aux sources*..., ed. cit., p. 134.)

Y, más adelante:

«...la descentralización de los poderes del estado a nivel territorial y la multiplicación de las ocasiones de confrontación entre las estructuras institucionales del estado (asambleas legislativas nacionales y regionales, y las formas de democracia directa más o menos institucionalizadas, consejos de fábrica, consejos de zona, comités de barrio, comités de usuarios, consejos de escuela y de universidad, etc.) que pueden producirse en los planos local y nacional me parecen estar convirtiéndose en el nuevo terreno de iniciativas del movimiento obrero, por una transformación del estado en la fase de transición.» (*Ibíd.*, p. 135.)

Dejemos de lado el hecho de que se confiesa abiertamente la filiación respecto a Max Adler, es decir, respecto al austromarxismo, que trató de «combinar» los soviets con la democracia burguesa, la dominación de clase del proletariado con la dominación de clase de la burguesía, cosa de la que Lenin y Trotsky se burlaron implacablemente. Dejemos de lado el hecho de que, entre las «estructuras institucionales del estado», sólo se enumeran los órganos elegidos y representativos, y se olvida, como por casualidad —¿será una casualidad?—, toda la máquina permanente del estado, la policía, la gendarmería, el ejército, los altos funcionarios, los jueces inamovibles, etc. La confusión reside en el hecho de que Trentin se desliza, imperceptiblemente, desde las funciones *contestatarias* del poder burgués que ejercen los consejos y los comités de la democracia directa en el marco de un *estado burgués en descomposición*, es decir, desde una situación revolucionaria, hasta el papel de «cogestión» de estos mismos consejos (sobre lo cual habría mucho que decir, pero no es éste el tema del presente libro) en el marco de una «democracia socialista» (es decir, de un estado obrero), sin revelarnos el secreto de *cómo se pasará de una cosa a la otra*, lo cual constituye, precisamente, el objeto de toda la controversia.

En torno a la cuestión de si debe o no haber una asamblea elegida por sufragio universal junto a un congreso de los consejos obreros en el marco de una democracia socialista, podríamos discutir sin acalorarnos demasiado. Una vez roto el poder económico y el poder estatal de la burguesía, ésa es tan sólo una cuestión táctica, no una cuestión de principios.[16] Pero la

14. En su juventud, el mismo Jean Ellenstein cayó en esta versión "izquierdista" del eurocomunismo: "No se trata de confiar en la burguesía para no desencadenar la guerra civil, se trata de atarle las manos para impedirle desencadenarla". (*Problèmes de la révolution socialiste en France*, ed. cit., p. 189.) Efectivamente. Pero ¿cómo atarle las manos realmente sin desarmarla, es decir, sin desmantelar y desagregar su ejército, y sin armar al proletariado y a las masas trabajadoras?

15. Referencia a: Max Adler: *Politische oder soziale Demokratie*, Berlín, 1926. Véase también, del mismo autor: *Die soziale Staatsauffassung des Marxismus*, Viena, 1922, obra en la que aprueba explícitamente la idea de destrucción de la máquina opresora del estado, idea defendida por Marx (pp. 275-280). Los eurocomunistas, incluso los de "izquierda", se sitúan a la derecha de los austromarxistas; cosa que basta para circunscribir su miseria teórica.

16. Véase una defensa del mantenimiento de una asamblea represen-

cuestión que provoca apasionamientos, porque se trata de una cuestión de vida o muerte para el movimiento obrero, es la de si es o no posible pasar del estado burgués al estado obrero (a la «democracia socialista»), del poder de clase de la burguesía al poder de clase del proletariado, «por la vía pacífica», es decir, sin desmantelar ni romper «la máquina estatal» burguesa, ante todo su aparato de represión. *Y, en cuanto a este tema decisivo, Trentin no dice esta boca es mía.* Por esto es que sus grandiosos vuelos sobre los consejos obreros están singularmente desprovistos de credibilidad. ¿Unos consejos obreros «tolerados» por el aparato de estado burgués? ¿En pacífica simbiosis con él? ¿Repartiéndose las migajas del banquete con los señores von Seeckt, von Schleicher, Badoglio, Mola, Franco, Pétain, Salan, Spinola, Eanes, o con ese corderito que es Pinochet? ¡Que nos den un librito con instrucciones para su uso!

Fernando Claudín es, indiscutiblemente, más lúcido y más refinado en su análisis y su argumentación. Comprende el dilema entre la aceptación de la legitimidad del estado burgués (democrático) y el apoyo al impetuoso movimiento anticapitalista de las masas. Comprende las terribles implicaciones de este dilema en cuanto a *la represión o la autodefensa* del movimiento de masas, incluso —¡y sobre todo!— cuando éste representa la mayoría absoluta de la nación:

«El gran PCI se encuentra en la encrucijada. No son pocos los que piensan que su vía democrática al socialismo puede desembocar en una vulgar colaboración con la democracia cristiana para administrar la crisis y racionalizar una vez más al descompuesto mecanismo capitalista, cumpliendo funciones análogas a las del laborismo inglés o las de la socialdemocracia alemana. Con la diferencia de que, en las condiciones italianas, el ejercicio de esa función difícilmente podría prescindir de una represión a la Noske contra el movimiento popular. Y habría que pasar por profundos desgarramientos y rupturas en el propio partido.

A nuestro juicio, no es ésa la eventualidad más probable. El poderoso movimiento obrero italiano se ha forjado una rica historia de luchas y experiencias, dando muestras repetidas de gran iniciativa y combatividad. Ya se manifiestan en sus filas vigorosas reacciones contra los peligros que se ciernen sobre él y sobre la democracia italiana. Algo parecido puede decirse del PCI, cuyos vínculos son muy estrechos con ese movimiento obrero, y en general con las masas populares, siendo muy sensible a las presiones que ejercen sobre él...

...La cuestión crucial que está planteada... es la de encontrar una política capaz de agrupar y movilizar unitariamente a esas fuerzas para una transformación profunda del país. De agruparlas a la ofensiva, con la conciencia de que es inevitable el enfrentamiento con los actuales grupos dominantes del capitalismo monopolista. Lo que parece indudable... es que la realización de esta gran tarea pasa por una rectificación estratégica de la fuerza principal de la izquierda italiana. Entre la aventura del extremismo y la aventura del «compromiso histórico»... tiene que haber espacio para una política realista (?) de avance hacia la transformación democrático-socialista de la sociedad italiana. Pero la crisis no concede plazos demasiado largos.» (Fernando Claudín: *Eurocomunismo y socialismo*, pp. 144-146.) *

Lo menos que puede decirse es que el comienzo y el final del tercer párrafo parecen contradecirse singularmente. El «inevitable enfrentamiento» con los «actuales grupos dominantes del capitalismo monopolista», ¿no es también un enfrentamiento inevitable con su aparato de estado? ¿Cómo prepararse para ello eficazmente si se adormece a las masas con ilusiones acerca de una «vía pacífica al socialismo», o de un «compromiso histórico»? Y si hay que «*romper* con la aventura del compromiso histórico» (y esperar que, «bajo la presión de las masas», incluso la dirección del PCI realizará esta ruptura), ¿no provocará esto, precisamente, ese «profundo desgarramiento» al que alude el primer párrafo, pero que Claudín rechaza luego como improbable, sin tomar en cuenta *la integración* de innumerables cuadros del PCI en el aparato estatal y paraestatal burgués, integración que explica, precisamente, el «compromiso histórico»?

Repitámoslo una vez más: la divergencia entre marxistas revolucionarios y eurocomunistas no tiene nada que ver con la necesidad de echar a un lado toda concepción putschista de una toma del poder realizada contra la mayoría de los ciudadanos (cosa que implicaría, dada la actual estructura socioeconómica actual de Europa occidental, contra la voluntad de la mayoría del proletariado). Tampoco tiene que ver con la necesidad de que se afirme, *con palabras y con actos*, el respeto a las libertades democráticas de las masas, lo que implica, nuevamente, en las condiciones concretas de Europa occidental, el respeto íntegro al pluralismo político, ideológico y cultural. La noción de «vía pacífica al socialismo» y el rechazo de la «dictadura del pro-

tativa elegida por sufragio universal en el marco del estado obrero en: Nicos Poulantzas: "L'Etat et la transition au Socialisme", in "Critique Communiste", n.º 16, junio de 1977, pp. 23 y ss.

* Fernando Claudín: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo XXI, Madrid, 2.ª ed., 1977. Las citas han sido transcritas de acuerdo con la edición citada. (N. d. E.)

letariado» no conciernen a este aspecto democrático necesario de la revolución socialista. Está referida a la ilusión de un aparato de estado «neutro», que se somete gentilmente a la opinión de la mayoría de los electores, que se deja «democratizar» gradualmente, transformándose sin resistencia de instrumento de defensa de la propiedad privada y de la explotación capitalista en instrumento de supresión de la propiedad privada y de abolición del capitalismo. Esto lo rechazamos como utópico e ilusorio. Lo menos que puede decirse es que el veredicto de la historia va hasta ahora a favor de nuestra tesis, no a favor de la de los eurocomunistas.

La verdadera etapa de transición: la dualidad de poder

¿Quiere decir esto que la revolución socialista se reduciría, en nuestra opinión, a la sola acción insurreccional, y que la alternativa se reduciría a la opción entre «insurrección» y «elecciones»? Sería una caricatura de la tesis leninista, marxista revolucionaria, reducirla a la sola «insurrección», que no es más que el punto final del proceso revolucionario, y que podría, por lo demás, en unas condiciones favorables de relación de fuerzas, llevarse a cabo sin prácticamente ninguna efusión de sangre, a condición de antes haber desagregado, moral y políticamente, el aparato armado de la burguesía, y de haber logrado que la inmensa mayoría de la población, incluyendo a los soldados, admita la legitimidad de los consejos obreros y populares.

Para nosotros, resulta inconcebible que pueda pasarse de golpe de un poder estatal «normal» de la burguesía a un poder estatal nuevo de los trabajadores. El paso del uno al otro exige tiempo, sobre todo en los países donde las instituciones estatales de la democracia burguesa conservan un gran prestigio y una gran legitimidad a ojos de la mayoría de los trabajadores. *Las masas tienen que pasar el aprendizaje de las formas superiores y nuevas de democracia.* Tienen que haber tenido tiempo de asimilar la significación y la utilidad de los nuevos órganos estatales que ellas mismas están creando. Al mismo tiempo, las instituciones del poder burgués —ante todo el aparato armado— han de conocer un proceso de descomposición y de parálisis progresivas, sin el cual, por lo demás, es inconcebible la implantación *generalizada* de órganos de poder de los trabajadores.

La etapa histórica concreta durante la cual se efectúa este proceso combinado de descomposición del poder burgués y de emergencia del poder obrero se llama etapa de dualidad de poder. He aquí la verdadera «etapa de transición» entre el poder de estado «normal» de la burguesía y la revolución socialista

victoriosa. Contraponemos esta fase de dualidad de poder a los conceptos eurocomunistas de «democracia avanzada» y de «estado democrático».[17] Esta contraposición testimonia, una vez más, la divergencia estratégica (y analítica) fundamental que separa la tesis marxista de la tesis reformista.

Para nosotros, la dualidad de poder es la expresión de la lucha de clases llevada a su paroxismo: lucha entre aparatos estatales (o preestatales) antagónicos, que se disputan el poder de hecho y la adhesión de la mayoría de ls ciudadanos sobre un terreno minado.

Por ejemplo, inmediatamente después del golpe de estado de Franco, en julio de 1936, la réplica victoriosa de los obreros de Cataluña y, en menor medida, del Levante, de Andalucía, de Madrid, de Asturias, de Aragón y del País Vasco, no consistía tan sólo en derrotar militarmente y desarmar a los insurgentes militar-fascistas. Consistía también en armarse ellos mismos, en constituir milicias obreras, en ocupar las fábricas, las estaciones, las centrales eléctricas y telefónicas, todos los centros nerviosos del «poder real». Reanudaron la producción bajo su propia dirección, cubriendo el territorio de la República de multitud de comités que dirigieron, en gran medida, la vida económica y social, al menos durante los primeros meses de su victoria contra los generales.

La inmensa mayoría de los trabajadores reconocieron la legitimidad de estos comités. En muchos casos, sobre todo en el plano local, ejercieron todos los poderes. Pero coexistieron, *a nivel nacional*, con un gobierno y otras instituciones del estado burgués (incluyendo los restos de un ejército burgués regular). En este sentido, hubo, efectivamenute, *dualidad de poder*. Y su incapacidad para centralizarse espontáneamente, así como la

17. Claudín se da perfecta cuenta de las contradicciones y peligros de la "vía electoral" y de la "alianza antimonopolista" concebida como una alianza con partidos burgueses: "[esta táctica subordina] la lucha social y, en general, la acción de masas, a la alianza con unas u otras fracciones de la burguesía (la «no monopolista» constituye la masa fundamental de la burguesía, explotando a gran parte de la clase obrera) y al temor de que esa lucha desarrolle la autonomía de las organizaciones obreras y populares unitarias, eleve su papel político, poniendo en entredicho el sacrosanto «papel dirigente» del partido comunista". (Fernando Claudín: *Eurocomunismo y socialismo*, ed. cit., p. 131.)

Y, aún más claramente: "El sentido del planteamiento que estamos haciendo es que la concepción estratégica de las «dos etapas» tiende a incidir, por las razones expuestas, en el sentido de disociar la lucha política de la social —muy en la tradición de los partidos comunistas, como ya dijimos—, de subordinar la segunda a la primera, de privilegiar en ésta el movimiento electoral, de frenar la lucha de clases para no obstaculizar las alianzas con la «burguesía no monopolista»"... (*Op. cit.*, p. 132.)

negativa de todos los partidos, incluidos los anarquistas, a promover esta centralización, les resultó fatal. Acabaron por ser resorbidos, integrados, y luego ahogados por el estado burgués.

Los eurocomunistas persiguen la quimera de realizar un cambio cualitativo del régimen socioeconómico (pasar del capitalismo al inicio de la construcción del socialismo) ahorrándose tanto la confrontación global entre las clases como, incluso, la exacerbación de la lucha de clases, gracias a la astucia, a la conciliación, y al frenado sistemático de las movilizaciones obreras. Nosotros decimos: para que el inicio del socialismo reemplace al capitalismo, hay que desmantelar la máquina de estado de la burguesía, con el acuerdo de la mayoría de los ciudadanos y de la gran mayoría del proletariado. Esto sólo es posible a través de una inmensa movilización de masas, acompañada por una autoorganización generalizada. He aquí el verdadero sentido del período de la dualidad de poder.

Los eurocomunistas charlan sobre el «estado democrático» de la «democracia avanzada» que «desmantelaría el poder de los monopolios». Pero no abren boca sobre la naturaleza de clase de este estado, ni sobre el lugar y la función del aparato de represión (de la «máquina estatal») en su seno.[18]

Nicos Poulantzas considera muy improbable la repetición de una crisis revolucionaria en Occidente que desemboque en una situación de doble poder (se olvida de que tales situaciones no son en absoluto características de la revolución rusa de 1917, sino que se han repetido en Alemania en 1918-19, en Italia del norte en 1920, en España en 1936-37 en el territorio republicano, en Hungría en 1956, y, parcialmente, en Chile en 1972-73 y en Portugal en 1975). Y prosigue:

«Ahora bien, en la cuestión de la ruptura, este momento de prueba de fuerza del que hablas no podría situarse más que entre el estado y su exterior absoluto que sería la organización centralizada de los poderes populares de base... Estoy de acuerdo en cuanto a la necesidad de la ruptura. Pero, después de todo, no es evidente que la prueba de fuerza pueda existir realmente, revolucionariamente, más que entre el estado como tal, por un lado, y su exterior absoluto (?).... es decir, el movimiento, los poderes populares, en la base centralizada como segundo poder...

...La ruptura revolucionaria no tiene por qué traducirse forzosamente bajo la forma de centralización de un contraestado que se enfrente en bloque con el estado mismo. Puede atravesar el estado, y pienso que, actualmente, no se producirá sino de esta forma... Los poderes populares de base, las estructuras de la democracia directa serán los elementos de diferenciación en el seno de los aparatos de estado, de polarización de una amplia fracción de estos aparatos por parte del movimiento popular, fracción que, en alianza con este movimiento, se enfrentará a los sectores reaccionarios y contrarrevolucionarios del aparato de estado sostenido por las clases dominantes.» (En «Critique Communiste», n.º 16, pp. 20-22.)

Estas observaciones exigen puntualizaciones a tres niveles. Ante todo a nivel empírico. La historia entera de las revoluciones del siglo XX en países con mayoría proletaria dentro de la población activa indica que la tendencia a la autoorganización de las masas trabajadoras es *espontánea e inevitable* en una situación revolucionaria. Partiendo de ahí, ¿deben los revolucionarios, sí o no, alentar y estimular la centralización de esos órganos? Si no lo hacen, la restauración del poder estatal burgués está al cabo de la calle, a pesar de todas las victorias grandiosas (y de todas las ilusiones) de la fase ascendente de la revolución. Esta es, en particular, la trágica enseñanza de Cataluña en 1936-37, de Chile en 1972-73 y de Portugal en 1975.

Por lo demás, no tiene fundamento la acusación que Poulantzas dirige contra los marxistas revolucionarios, de acuerdo con la cual consideraríamos a la revolución proletaria en una relación de «exterioridad absoluta» respecto al estado burgués. Concedemos una gran importancia a la desagregación del *aparato* de estado burgués, que implica, en particular, que sectores enteros de este aparato escapan a *la autoridad central* burguesa para ponerse bajo la autoridad proletaria y popular por mediación de los mecanismos de autoorganización. Piénsese en la importancia decisiva que tiene para el proceso revolucionario una autoorganización de los empleados de la electricidad, de los empleados de banca, o de los técnicos y periodistas de la televisión, y se comprenderá que la lucha «en el interior del estado» reviste para nosotros una importancia decisiva. Si los bancos, las centrales eléctricas, la televisión, no siguieran ya las órdenes del gobierno, sino que, por el contrario, se concertaran con un comité central de huelga, o incluso con un consejo obrero central, para determinar su comportamiento cotidiano, el estado burgués quedaría paralizado en un 99 %, el poder estaría ya en gran medida en manos del proletariado.

18. No se encuentran, a este respecto, en Fabre-Hincker-Sève, más que trivialidades vacías de todo sentido, como: "Las funciones de la justicia, de la policía y del ejército se ven, consecuentemente, redefinidas (!)..." "En cuanto al ejército... se verá confirmado (!) en su misión de defensa nacional, con exclusión de cualquier otra." "Una profunda restauración (!) de la administración, de sus reglas y métodos de funcionamiento, se derivará de ello, garantizando (!) los intereses públicos y los de los ciudadanos." (*Op. cit.*, pp. 176, 177, 179.) Así es cómo se quitan de encima, alegremente, la cuestión de la naturaleza de clase del estado y la de la lucha de clases.

Pero eso sería a condición, precisamente, de que todo esto se estructurara como contrapoder, de que se viera acompañado por la descomposición del *aparato central* de poder de la burguesía, de que los trabajadores del sector público concernidos no aceptaran ya ni la jerarquía, ni las leyes, ni los reglamentos, ni las «reglas de juego» que subtienden el poder capitalista. De no ser así, no hay ninguna «crisis de ruptura», sino tan sólo una sustitución de una «élite de derecha» por una «élite de izquierda» en la cúspide del *estado burgués.*

En segundo lugar, a nivel analítico. Poulantzas deja de lado demasiado aprisa la enseñanza positiva del Gramsci de 1919-20 sobre los ligámenes sociológicos, estructurales, por así decirlo, entre *la naturaleza del proletariado y la naturaleza del poder proletario.* No contesta en absoluto la pregunta crucial de si el proletariado puede, *por su misma naturaleza social,* erigirse en *clase* dominante, de si puede tomar plenamente conciencia de sus intereses de clase y puede *ejercer realmente* el poder político de estado a través de «asambleas representativas» elegidas por ciudadanos atomizados. No examina de ninguna forma las razones sociales profundas por las que las masas de asalariados han constituido espontáneamente comités y consejos en todas las situaciones revolucionarias en las que han dispuesto de una plena libertad de acción; ni los vínculos entre esta libertad de acción y la organización consejista. Digámoslo de una vez: toda tentativa de fragmentar y de ahogar la centralización de los órganos de poder obrero y popular que surgen en el curso del proceso revolucionario no puede significar más que una limitación y una represión de la libertad de acción de las masas, es decir, resulta, precisamente, incompatible con «una vía democrática al socialismo» (puede adoptar, evidentemente, la forma de una «contarrevolución democrática», como ocurrió, al comienzo, con la república de Weimar, con el gobierno Negrín en España, o con el gobierno Soares en Portugal). *En los países con una mayoría proletaria dentro de la población activa, una revolución socialista democrática implica, precisamente, que la autoridad política suprema no sea etxerna a la autoorganización de las masas, sino que les sea propia.* Pero Poulantzas no dice gran cosa de esa «exterioridad».

Finalmente, en el plano práctico. Los desgarramientos en el seno del aparato del estado burgués acompañarán, indudablemente, la emergencia de una situación de dualidad de poder. En este sentido, estamos de acuerdo con Poulantzas en subrayar que una situación revolucionaria implica una «articulación» entre la emergencia de un nuevo poder y una lucha en el seno del viejo poder.

Pero, dejando aparte el hecho de que esta lucha sólo puede ser producto de esa emergencia (¡este fue, muy claramente, el caso de Portugal!), esta forma de plantear la cuestión elude, una vez más, el verdadero dilema. ¿Se trata de una simple lucha por «reorganizar» la máquina del estado burgués (por «democratizarla»)? ¿O se trata de un *proceso de descomposición de esta máquina?* ¿Es imaginable una auténtica revolución socialista que triunfe tan sólo «sustituyendo» a los generales «reaccionarios» por generales «democráticos», dejando intacta la estructura del ejército, con su jerarquía, su disciplina ciega, etc.? La cuestión no está en saber si la revolución «atravesará» o «no atravesará» el ejército (evidentemente, sí lo atravesará; si no lo hace, su victoria es improbable). La cuestión está en saber si la revolución, para vencer, tendrá que destruir la *estructura del ejército burgués* y sustituirla por el pueblo en armas, con comandantes elegidos, independientemente de cuántos serán los oficiales del viejo ejército que pasarán al lado del pueblo (cuantos más sean, tanto mejor, naturalmente).

Repitámoslo: se trata de una cuestión eminentemente práctica. Si, para conciliarse «la neutralidad» (ilusoria) «del ejército», se evita modificar su estructura jerárquica, se asistirá pasivamente al «restablecimiento de la disciplina» por la jerarquía, se ahogarán las tentativas inevitables de autoorganización de los soldados, *no se evitará la prueba de fuerza, sino que se provocará, en las peores relaciones de fuerza,* una «lucha de clases» tan sólo marginal y rudimentaria «atravesando el ejército». Si, por el contrario, se alienta por todos los medios la introducción de la lucha política y de la lucha de clases «en el seno del aparato del estado» —incluyendo al ejército—, entonces se alienta, se pretenda o no, un proceso de descomposición de la vieja estructura, que se verá sustituida por nuevas estructuras surgidas de las movilizaciones y de la autoorganización revolucionaria. El caso de Chile es el más elocuente a este respetco. Pero no está menos claro el veredicto de Portugal. No existe vía intermedia entre estos dos términos de la alternativa, precisamente porque el estado, igual que el modo de producción, es una *estructura.* No puede ser «un poco burgués y otro poco obrero», como no hay alimentos que sean «un poco carne y un poco pescado».

El célebre prefacio de Engels

Nos hemos abstenido, hasta ahora, de cualquier referencia a los «textos sagrados» de los clásicos del marxismo, para no dar al análisis ese tono dogmático que tan molesto resultaría para los militantes obreros. Pero estas referencias, evidentemente, no son inútiles, en la medida en que se considere —y nos

encontramos en este caso— que los escritos de los clásicos, es decir, el *corpus* de la doctrina marxista, no son más que una sistematización y una generalización científica de 150 años de experiencia de la lucha real de clase del proletariado a escala mundial.

El prefacio escrito por Engels para la obra de Marx *Las luchas de clases en Francia, 1848-1850* desempeñó un papel particularmente importante en el debate entre marxistas y revisionistas en el seno del movimiento obrero internacional durante los años que precedieron y siguieron a las explosiones revolucionarias de 1917-1920. Los reformistas revisionistas utilizaron a fondo los argumentos de Engels para defender una táctica electoralista, de acumulación gradual de las fuerzas que conducirían «irresistiblemente» al hundimiento del capitalismo, argumentos que parecían dejar de lado, como «superado», el recurso de la insurrección. No es casual que los principales representantes del eurocomunismo se refieran hoy profusamente a este mismo prefacio de Engels en su justificación de la «vía pacífica, democrática y electoral al socialismo»,[19] exactamente igual a como lo hicieron ayer los Bernstein, Ebert y Scheidemann contra Rosa Luxemburg, Lenin, Trotsky, y sus compañeros.

Ahora bien, pocos militantes comunistas de hoy recuerdan —¡así está la formación marxista en Europa occidental, a pesar de su «masificación» indiscutible!— que el intento socialdemócrata de ayer, igual que la empresa eurocomunista de hoy, de poner a Engels al servicio de una estrategia legalista a cualquier precio, no es nada más que una enorme superchería.

El texto impreso por la socialdemocracia alemana en 1895 es un texto *recortado y censurado bajo el pretexto de evitar persecuciones legales*. Bernstein, Kautsky y Cía. jamás publicaron el manuscrito íntegro de Engels, pese a que lo tenían. Este manuscrito fue publicado por primera vez por el Instituto Marx-Engels, de Moscú, en 1930.[20]

Engels protestó vehementemente contra los recortes que se le habían impuesto (por no hablar ya de los recortes que no había aceptado y que Wilhelm Liebknecht efectuó en el «Vorwärts»). Los términos de esta protesta no dejan lugar a dudas acerca de lo que realmente pensaba sobre el fondo de la cuestión:

«Liebknecht me ha jugado una mala pasada. De mi introducción a los artículos de Marx sobre la Francia de 1848-1850 ha

19. Cf., entre otros: Santiago Carrillo: *Eurocomunismo y Estado*, ed. cit., pp. 118-123; Fabre-Hincker-Sève: *Les communistes et l'Etat*, ed. cit., pp. 118-120.

20. MEW, t. 22, p. 645, en cuanto a los hechos, pp. 509-527 para el texto íntegro del prefacio de Engels.

tomado todo lo que pudiera servirle en apoyo de la táctica pacífica a cualquier precio, con rechazo de todo empleo de la violencia, que considera oportuno predicar desde hace algún tiempo, y particularmente ahora, cuando se preparan leyes de excepción en Berlín. Pero yo sólo predico semejante táctica para la *Alemania de hoy*, y eso *aun con fuertes reservas*. Para Francia, Bélgica, Italia, Austria, esta táctica, en su conjunto, no es apropiada, y, en el caso de Alemania, puede mañana convertirse en inaplicable.» (Carta a Paul Lafargue del 3 de abril de 1895. *Marx-Engels Werke*, t. 39, p. 458, Dietz Verlag, 1968.)

No menos elocuente es la carta enviada por Engels a Richard Fischer, miembro de la dirección de la socialdemocracia alemana:

«...No puedo suponer, a pesar de todo, que se hayan decidido a aceptar en cuerpo y alma la legalidad absoluta, la legalidad en todas las circunstancias, la legalidad incluso frente a leyes violadas por sus propios autores, en resumen, la política de ofrecer la mejilla izquierda a los que nos han golpeado la derecha. Lo cierto es que «Vorwärts», algunas veces, reniega de la revolución con tanta energía como aquella con que antes la predicó... Opino que no ganarán ustedes nada predicando la renuncia absoluta a la acción directa («Dreisschlagen»). Nadie se lo creerá, y *ningún* partido, del país que sea, llega tan lejos como a renunciar a la resistencia armada contra ilegalidades (que se le impongan)...

...Quieren ustedes transformar una táctica del momento en una táctica duradera, una táctica de aplicación relativa en una táctica absoluta. Esto, yo no lo hago, no puedo hacerlo sin desacreditarme para siempre.» (*Ibid.*, pp. 424, 425.)

Es interesante constatar que entre las frases censuradas del texto de Engels publicado en «Neue Zeit» sólo dos modifican profundamente la aparente oposición del texto a la acción insurreccional. En la página 523, encontramos censurada la frase: «en todas partes, la acción directa *no preparada* ha pasado a un segundo plano.» Y, en la página 521, el pasaje:

«Incluso en la época clásica de las luchas armadas en la calle, el efecto de la barricada fue más moral que material. Si aguantaba hasta que este efecto moral tuviera éxito, entonces se lograba la victoria. Si no, venía la derrota,»

venía seguido, en el manuscrito de Engels, por la siguiente frase, censurada por «Neue Zeit»:

«Este es el punto principal a tomar en consideración cuando se examinan las posibilidades de eventuales combates callejeros *en el futuro*.»[21] (La cursiva es nuestra.)

21. MEW, t. 22.

Estos extractos demuestran, más allá de toda duda, que el viejo Engels, en vísperas de su muerte, no descartaba en absoluto el recurso a la revolución, y que de ningún modo defendía una evolución pacífica, legalista, gradualista, electoralista, hacia el socialismo. Seguía siendo lo que siempre fue: un auténtico revolucionario. Por lo demás, para comprender su verdadero pensamiento, hay que relacionar todas esas consideraciones formuladas por él con otros comentarios redactados en la misma época sobre el mismo tema, en distintas ocasiones.

Así, por ejemplo, su prefacio a *La guerra civil en Francia*, el escrito que Marx dedicó a la Comuna de París, prefacio que redactó con ocasión del 20 aniversario de la Comuna, el 18 de marzo de 1891, finaliza con el párrafo siguiente, que no admite ningún equívoco:

«La Comuna hubo de reconocer inmediatamente que la clase obrera, una vez llegada al poder, no podía seguir sirviéndose de la vieja máquina de estado; que esta clase obrera, para no perder su propia dominación recién adquirida, tenía que eliminar, por una parte, la vieja máquina de opresión, hasta entonces empleada en contra de ella, pero también, por otra parte, asegurarse contra sus propios mandatarios y funcionarios, declarándolos amovibles en todo momento y sin excepción...

...en realidad, el estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, y eso, naturalmente, tanto en la república democrática como en la monarquía; y en el mejor de los casos es un mal del que hereda el proletariado, vencedor en la lucha por la dominación de clase, y del que, igual que la Comuna, no podrá dejar de recortar los aspectos más perniciosos, en la medida de lo posible, hasta que una nueva generación que haya crecido en unas circunstancias sociales nuevas, libres, esté en condiciones de deshacerse de todo ese jaleo del estado.

El filisteo socialdemócrata cae una vez más en un terror sagrado ante el término dictadura del proletariado. Bien, ¿quieren saber ustedes qué aspecto tiene esta dictadura? Miren la Comuna de París. Era la dictadura del proletariado.» (MEW, t. 22, pp. 197, 199.) [22]

Y, en una carta a Karl Kautsky del 3 de noviembre de 1893,

22. En el manuscrito de Engels, las palabras "el filisteo socialdemócrata" estaban tachadas y reemplazadas por "el filisteo alemán", con una letra que no es la de Engels. En las ediciones del prefacio hechas por el Instituto Marx-Engels de la URSS, así como por diversas editoriales controladas por los PC europeos, durante los años 30, 40 y 50, se utilizan las palabras "el filisteo socialdemócrata". Pero en la edición de las obras completas de Marx-Engels de los años 60 reaparece, sin explicaciones, "el filisteo alemán".

hablando de la huelga general, encontramos las siguientes palabras, proféticas (cuya importancia histórica subrayó, con justicia, Trotsky):

«Tú mismo dices que las barricadas han pasado de moda (aunque podrían volver a ser útiles, a partir del momento en que el ejército se componga, en 1/3, o en 2/5, de socialistas, y en que importe darle la ocasión de ceder); pero la huelga política debe, o bien triunfar inmediatamente... o bien terminar en una derrota colosal, o bien conducir *directamente a las barricadas.*» (MEW, t. 39, p. 161.)

Puede verse hasta qué punto fueron coherentes estas posiciones de Engels, y hasta qué punto siguen teniendo hoy una actualidad candente. Es imposible la conquista del poder por el proletariado sin la destrucción de la máquina burguesa de estado. El proletariado no puede renunciar a la violencia en toda circunstancia, y menos cuando de lo que se trata es de oponerse a la tentativa del enemigo de impedirle, por la fuerza, realizar la plena movilización de sus fuerzas. El enfrentamiento frontal entre las clases provocará una desagregación interna del ejército, y hay que crear las ocasiones oportunas para que los soldados se pasen al lado de las masas trabajadoras. Nos encontramos ahí en el centro de las controversias entre los eurocomunistas, por un lado, y los marxistas revolucionarios por otro: la necesaria autodefensa de las masas, y la necesaria desagregación del ejército burgués.

Un testimonio abrumador

Algunos de los representantes autorizados del eurocomunismo han invocado, imprudentemente, el ejemplo chileno para justificar su táctica y su estrategia. Según ellos, la experiencia vendría a demostrar que toda tentativa de enfrentarse al ejército burgués sólo puede terminar con un aplastamiento sangriento de la clase obrera. Allende fue vencido, según parece, por ser demasiado radical, por haberse dejado influenciar por las «provocaciones criminales de la ultraizquierda», por no haber concluido a tiempo un compromiso con la democracia cristiana y el ejército.

Semejante relato de la experiencia de la Unidad Popular disfraza los hechos reales hasta hacerlos irreconocibles. Lo cierto es que *Allende aplicó una estrategia similar, si no idéntica, a la de los eurocomunistas.* El hecho de que sectores crecientes del proletariado lo desbordaran por la izquierda, y escaparan al control de la Unidad Popular, es algo que está en la naturaleza de las cosas en una fase de exacerbación objetiva de la lucha

de clases. Lo mismo se reproduciría en el sudoeste de Europa si llegaran al poder gobiernos «de izquierda» y aplicaran la política inspirada por los eurocomunistas. Pero la orientación fundamental de Allende consistió en respetar los marcos de la legalidad burguesa y de las instituciones democrático-burguesas, en respetar la constitución y el parlamento, en concluir un pacto constitucional con la democracia cristiana, en proclamar a los cuatro vientos que respetaría la integridad y la estructura del ejército, porque era «democrático» y respetaría, a su vez, la constitución.

Se ha olvidado ya que fue bajo el gobierno Allende, y con la complicidad tácita de ese gobierno, cuando se dio al ejército el derecho a «restablecer el orden» en las fábricas, realizando registros en ellas para descubrir los depósitos de armas. Se ha olvidado ya que fue bajo el gobierno Allende cuando el ejército «restableció el orden» en sus propias filas, deteniendo y *torturando* a marineros y soldados que habían cometido el «crimen»... de informar al gobierno legal de los planes golpistas de sus oficiales. Se ha olvidado ya que fue el propio Allende el que introdujo a los jefes del ejército *—incluyendo al mismísimo Pinochet—* en su gabinete... exactamente igual que Martínez Barrio, *después del putsch de Franco,* invitó al jefe militar y político de los putschistas, el general Mola, a formar parte de un «gobierno republicano de unión nacional». Los eurocomunistas se disponen a repetir esta política suicida, que contiene graves peligros para los trabajadores de Europa occidental si éstos les dejan hacer.

Sobre las verdaderas lecciones de la experiencia chilena, hay un testimonio abrumador, procedente de una fuente no sospechosa para los cuadros comunistas: el testimonio de Volodia Teitelboim, el principal teórico y el segundo dirigente político del partido comunista chileno. En el número de enero de 1977 de la edición *española* de la «Nueva Revista Internacional» (órgano de los PC, publicado en Praga), Teitelboim publica un artículo titulado «Reflexiones sobre los "mil días" del gobierno de la Unidad Popular en Chile» *—artículo que desapareció misteriosamente de la edición francesa de la misma revista,* cuando, normalmente, todas las ediciones son idénticas. Podríamos citar largos extractos de este artículo, pero nos limitaremos a poner en relieve tres pasajes particularmente elocuentes:

a) Sobre la «vía pacífica y electoral» al socialismo:

«A nuestro entender, en última síntesis, los hechos de Chile demuestran que, en determinadas circunstancias, como consecuencia de una vasta y compleja evolución histórica, tras un laborioso proceso de acumulación de fuerzas y de unidad de sectores interesados en el cambio social, es posible alcanzar, a través de las urnas, *algo que es mucho más que una mera y aún importante victoria electoral, pero que es a la vez mucho menos que el poder real.*

...dentro del proceso revolucionario chileno constituyó, sin duda, un error haber elevado las formas de lucha a la categoría de esencia, absolutizando en los hechos la vigencia de una sola vía... Si el desarrollo pacífico de la revolución correspondía a una posibilidad real y traducía la voluntad del movimiento popular chileno, debe contarse siempre con el ánimo adverso del enemigo dispuesto a todo, a impedir por cualquier medio la revolución.» (Volodia Teitelboim, art. cit., reproducido en «Materiales», n.º 3, mayo-junio de 1977; pp. 25-26.)

b) Sobre la naturaleza social del estado bajo la «alianza antimonopolista» y la «democracia avanzada»:

«Pero la llegada a la presidencia de la república de Salvador Allende no podía cambiar por sí sola la naturaleza de clase del estado ni el carácter de las fuerzas armadas, de la policía, de la administración pública. Para ello, es menester insistir en que un asunto capital en todo proceso por vía pacífica (!) lo constituye la necesidad de garantizar también una correlación de fuerza militares favorables al desarrollo de la revolución. Se trata de un asunto clave... Se debía al efecto colocar el aparato estatal bajo la presión organizada del pueblo, hasta lograr ponerlo crecientemente a su servicio. Aún más, había que desarrollar una democracia activa, participante, de masas, arrancando a los sectores reaccionarios trozos de su imperio, que fueran siendo transferidos a la conducción de los trabajadores, de los sectores progresistas de la sociedad...» (*Ibid.,* p. 30.)

El lenguaje es vago y ambiguo. Es el lenguaje del seudocentrismo, que finge entrar en una crítica tímida del reformismo y que puede recaer, en cualquier instante, en los antiguos errores. La vía pacífica que se traduce en una relación de fuerzas militar; la presión que arranca trozos de poder a los «reaccionarios» (¿basta con una simple «presión» para «arrancar»?); un poder de estado reaccionario que pasa «crecientemente» al servicio del pueblo: todas estas cosas están marcadas con el sello de la confusión. Sin embargo, para cualquiera que quiera escuchar esta voz, llena de mala conciencia, el mensaje está claro: *hay que arrancar el poder al aparato de represión burgués, y transferirlo a la democracia directa de las masas, es decir, a los órganos de poder obrero y popular.* Lo demás no es más que mala literatura y cortinas de humo para ocultar las huellas de una operación que conduce al desastre.

c) Sobre la actitud de la Unidad Popular respecto al ejército:

«Una de las mayores debilidades del movimiento popular chileno fue que este problema se planteara mal, pobre y vergon-

zosamente, más bien a niveles de personalidad, excluyendo la participación que les correspondía a partidos de fuerte raigambre popular y a las masas mismas. Se mantuvo largamente en el mando a jefes militares y de policía que aparecían remisos al cumplimiento de sus deberes... Creemos sinceramente que también nosotros, comunistas, adolecimos de un vacío histórico, por la insuficiencia y la debilidad de nuestra política militar y ante las fuerzas armadas.

Es utópico pensar en la neutralidad política del ejército. Cosa distinta es producir, en una situación determinada, un período de neutralización, *como resultado de la lucha exterior y dentro de las fuerzas armadas,* para impedir que se consumen los planes del sector fascista de conducirlo al golpe reaccionario...

...El origen de clase de los miembros del ejército es un dato de primera importancia; pero en definitiva el hecho de que su mayoría sean hijos de obreros y de campesinos pobres sólo se expresa de modo manifiesto hacia el exterior y actúa abiertamente, de modo masivo, bajo el estímulo de una coyuntura revolucionaria y *a condición de que exista una organización, un trabajo en el interior de los cuarteles.*» (*Ibid.*, pp. 33-34.)

Estas elocuentes conclusiones tienen tanto mayor peso cuanto que proceden de un dirigente y de un partido *que actuaron en un sentido exactamente opuesto;* que, hasta septiembre de 1973, no dejaron de cantar «la unidad», la «neutralidad política» del ejército, y su respeto a la constitución; que, por esta razón, se negaron a organizar cualquier trabajo en el seno del ejército, y que denunciaron como provocadores y «caballo de Troya de la reacción» a los militantes revolucionarios que, con unos medios limitados y ultramodestos, trataron de esbozar un trabajo en ese sentido.[23]

El cinismo de Teitelboim se manifiesta, por lo demás, de la forma más clara cuando, en su sigilosa polémica contra los eurocomunistas (¿o se estará convirtiendo en un eurocomunista de izquierda?), ni siquiera menciona el hecho de que, actualmente, el PC chileno predica una orientación todavía más derechista

23. Nos limitaremos a algunas citas de una entrevista concedida por Luis Corvalán, secretario general del PC chileno, a finales de 1972, a la "Nouvelle Revue Internationale" (n.° de diciembre de 1972), que ilustran perfectamente la lamentable quiebra de la orientación política y de las perspectivas de ese partido, apoyadas en un cien por cien por Teitelboim:

"De este modo, la revolución antiimperialista y antioligárquica que ha empezado en nuestro país constituye, al mismo tiempo, una etapa de transición al socialismo y, por ello, forma parte integrante de la lucha de los pueblos del mundo entero por la liberación nacional, la paz y el reemplazo de la sociedad capitalista por una sociedad socialista." ("Nouvelle Revue...", cit., p. 134.)

"Como ha declarado nuestro partido en distintas ocasiones, la victoria lograda en las elecciones presidenciales de 1970 ha comportado la conquista de una parte (!) tan sólo del poder político. El enemigo trata de desalojarnos de nuestras posiciones, mientras que nosotros nos esforzamos por organizar el terreno conquistado y proseguir nuestro avance. Lo que significa que la lucha de clases sigue librándose en torno a la cuestión central de toda revolución, la del poder." (Ibíd., p. 137.)

"La Central Única de Trabajadores ha declarado categóricamente (!) que, en caso de levantamiento reaccionario, los obreros y los empleados ocuparían las empresas y servicios y estarían preparados para cualquier eventualidad (!)." (Ibíd., p. 138.)

"La inmensa mayoría del país rechaza la sedición y la guerra civil que quisiera imponernos la reacción, y más en particular los grupos fascistas. Esto significa que, pese al reagrupamiento de la oposición dentro de una «Confederación Democrática», no todos (!) sus participantes tratan de derribar al gobierno. Si bien una parte relativamente pequeña (!), aunque no la menos peligrosa, de la oposición toma el camino de la sedición, la otra parte, la más numerosa, quiere permanecer en el marco de la Constitución." (Ibíd., p. 139.)

"La actividad política del MIR y de los demás agrupamientos ultraizquierdistas, de los que la prensa reaccionaria hace una gran publicidad, es de las más perjudiciales al gobierno de la Unidad Popular. *Su política de ataque frontal contra la burguesía* y contra la oposición en bloque, *la ocupación de empresas* y de fundos agrarios pequeños y medios, las provocaciones y aventuras, con una gran exhibición de armas de fuego, *el poner el acento sobre la tesis de la inevitabilidad de un enfrentamiento armado,* la explotación oportunista de tal o cual debilidad del movimiento popular, llevan agua al molino de la oposición en general y de los conspiradores en particular." (Ibíd., p. 140. Las cursivas son nuestras.)

"Conforme a la Constitución, el ejército no hace política. Naturalmente, el ejército, ante todo, son hombres. Y el hombre, lleve o no uniforme, es un ente social. El proceso revolucionario exacerba la lucha de clases, afecta al conjunto de los ciudadanos. Sería, pues, una ilusión pensar que las fuerzas armadas siguen impermeables a las influencias de nuestra época. También en ellas se refleja y se manifiesta la diversidad de clases y de actitudes políticas que caracteriza a la sociedad chilena. Pero sean cuales sean las diferencias, *los militares se sienten unidos por cierto número de valores: el respeto a la Constitución y a la ley, la obediencia al gobierno legítimamente constituido.* Sin duda, no se excluye la posibilidad de la entrada en escena de un (!) jefe militar ávido de poder, como, por ejemplo, el ex general Viaux, que, a finales de 1969, se rebeló contra el gobierno precedente intentando evitar la victoria de la Unidad Popular.

La situación actual no puede prolongarse indefinidamente. Sin embargo, en las condiciones de nuestro país, pueden aportarse cambios, no siguiendo estrictamente los caminos clásicos abiertos por otras revoluciones, *sino en el marco de la ley, teniendo en cuenta la evolución que se opera en la forma en que los militares conciben su papel en la sociedad que el pueblo quiere construir.*" (Ibíd., pp. 141-142. Las cursivas son nuestras.)

que en la época de la Unidad Popular: la única política *práctica* que acompaña la autocrítica consiste en la orientación hacia... una alianza con la democracia cristiana, o sea, un «compromiso histórico» a la italiana. Esto no permite, ciertamente, desarrollar un trabajo en el interior de los cuarteles para desmantelar los cuerpos de oficiales reaccionarios.

¿Cómo dejar de extraer de esta trágica experiencia, y de este testimonio abrumador, la lección imperiosa de que toda confusión sobre la naturaleza de clase de la máquina del estado constituya una emboscada para la clase obrera, y puede costarle millares de víctimas, así como todas sus libertades y sus conquistas económicas? ¡Que los trabajadores de los países de Europa occidental y de los demás países imperialistas, que los militantes y cuadros comunistas, mediten sobre las palabras de Teitelboim y recuerden que más vale prevenir que curar! Y más vale impedir la victoria de un Pinochet europeo que hacer autocríticas resonantes a destiempo.

La conciencia de una grave crisis económica y social en Europa occidental, unida, contrariamente a los años 1929-33, a un ascenso de la combatividad obrera, acompañada incluso, en varios países, por una radicalización política, crea condiciones propicias para la transformación de las luchas defensivas de los trabajadores contra los ataques a su nivel de vida, a su nivel de empleo y a sus conquistas pasadas en verdaderas explosiones prerrevolucionarias y revolucionarias. La vanguardia obrera, la vanguardia de todas las formas del movimiento de masas, sólo se encontrará armada para evitar que sean desviadas estas luchas hacia distintas formas de colaboración de clases y de colaboración gubernamental con la burguesía —lo cual permitiría, a fin de cuentas, un nuevo salvamento del régimen capitalista en dificultades— si adquiere toda la comprensión necesaria sobre la naturaleza del poder burgués y del estado burgués, si se orienta resueltamente hacia la toma del poder por los trabajadores.

Indice analítico y de nombres

BIBLIOGRAFIA DE ED. FONTAMARA RELACIONADA CON EL TEMA